



TÚ, eres
mi
destino

ENRIQUE GARCÍA



TÚ, ERES MI DESTINO
ENRIQUE GARCÍA DÍAZ

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera conciencia.

Primera Edición: Diciembre 2015

Imagen de la portada: Sutterstock

Fotocomposición: Poppy Pots Design©

Título Original: Tú, eres mi destino

Del texto: Enrique García Díaz©

Corrección morfosintáctica y de estilos: Tara Howell©

De esta edición: Red Apple Ediciones©

Enrique García Díaz©2015

ISBN: 978-84-944283-6-4

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro –incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet– y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Marcos madrugaba para ser el primero sobre el tatami en la clase de defensa personal. Durante los últimos tres años había demostrado una dedicación y una entereza sin igual con respecto al resto de los alumnos. Pareciera que su vida se basaba en tres pilares: dedicación, esfuerzo y entrega. Pero no sólo con las artes marciales, sino con todo lo que le rodeaba. Había terminado el instituto con las mejores notas posibles de sacar. Y ahora esperaba que llegara el momento de comenzar en la facultad. Su mayor interés era el Arte en todas sus muestras. Desde el clásico hasta el moderno, pasando por el Renacimiento italiano, del cual era un gran admirador. Soñaba con viajar a Italia para estudiarlo de primera mano. Y con ese propósito había solicitado una beca para estudiar el año próximo en Bolonia. Esperaba ansioso que le comunicaran si tendría la suerte de pasarse el año siguiente visitando la galería de los Medici, o la de los Uffizi en Florencia.

Llevaba más de una hora ya esa mañana manteniendo su concentración ajena al par de ojos que lo seguían en cada uno de sus movimientos, cada una de sus piruetas, de sus llaves hasta dar con sus huesos en el tatami. Sólo entonces percibió el rostro de Enrico, el hombre que se había encargado de su cuidado y su educación desde el día que sus padres fallecieron.

—Me he descuidado —le dijo incorporándose. Se volvió hacia Lorenzo, a quien saludó respetuosamente y caminó hacia Enrico.

Un hombre de cincuenta años vestido con un traje negro de corte moderno, una corbata azul turquesa, gemelos en los puños de la camisa y zapatos lustrados hasta el punto que uno podía verse reflejado en ellos.

—Me lo llevo, Lorenzo —le dijo por encima del hombro de Marcos. Su entrenador asintió sin decir nada más mientras volvía a su clase. Enrico pasó su brazo por encima de Marcos y sonrió—. Buenas noticias —le dijo mientras lo miraba con una sonrisa de satisfacción—. Te marchas a Bolonia.

Marcos se mostró confundido por tal noticia. No esperaba en verdad que lo llamaran. Miró a Enrico con una sonrisa que ocupaba todo su rostro, mientras su pecho se henchía de felicidad.

—¿No me estarás tomando el pelo? —le preguntó agitando un dedo delante de suyo mientras entornaba la mirada.

—¿Cuándo lo he hecho? —Se excusó Enrico abriendo los brazos en señal de sorpresa—. Te han admitido en la facultad de Historia del Arte de Bolonia. Y no sólo eso, sino que te han concedido la beca por un año.

—Pero...—balbuceó el joven mientras no podía imaginar que todos sus deseos se hubieran hecho realidad de un solo golpe—. Todo ha sido así... ¿de repente?

—Bueno... tú ya me conoces...

—¿Has movido algunos hilos? —le preguntó volviendo a entornar su mirada hacia Enrico.

—A ver... mover... mover... quien dice mover... —Se excusó Enrico mientras gesticulaba—. Sólo hice unas llamadas para que agilizaran tu expediente. Nada más. Prometido —le confesó mientras Marcos sonreía de mala gana—. Además, me urgía saberlo.

—¿Te urgía? ¿Por qué? —le preguntó confundido Marcos frunciendo el ceño.

—Tengo que pedirte un favor —le dijo con gesto serio mientras apoyaba su mano en el hombro del muchacho.

—Claro. Lo que sea. Sabes que te debo lo que soy —le recordó mientras apretaba con cariño la mano de Enrico, y este lo palmeaba en la cara.

—No me debes nada. Ya me lo has pagado durante todos estos años con tu cariño. Pero esto es distinto. Ve y cámbiate. Tengo algo importante que contarte.

Marcos lo miró con una mezcla de sorpresa e intriga. ¿Qué era aquello tan importante que tenía que contarle? ¿Qué tenía que hacer en Bolonia aparte de estudiar? Sumido en una maraña de pensamientos encontrados y algunos alocados se dirigió al vestuario.

Sentados en un café, uno frente al otro, Enrico le contó a grandes rasgos qué quería de él. En todo momento Marcos escuchó atentamente, sin perder ni un solo detalle de la explicación. Enrico podía hacerse una idea de la cantidad de preguntas que se agolpaban en la mente del muchacho.

—¿Estás seguro? —le interrumpió en un momento de su exposición, sin poder creer en lo que le estaba contando.

—Tan cierto como que te estoy viendo.

—Pero... ¿crees que en verdad...?

—Lo creemos. Tanto Alfredo como yo. La que no sabe nada de todo esto es mi hermana Claudia, a quien informaremos a su debido tiempo. No te preocupes.

—Dime una cosa, ¿por qué yo?

—Porque eres la persona ideal.

—Oh vamos, Enrico, me adulas —le dijo sonriendo complacido por ese comentario, pero no convencido del todo de que fuera así.

—Porque eres el que mejor encaja para este asunto. ¿A quién voy a mandar a Ángel? ¿A Fernando? Seamos serios, ellos no pueden llegar donde tú si podrás. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Eres audaz, rápido de pensamiento y capaz de reaccionar ante cualquier imprevisto. Te has preparado para ello durante estos últimos años. Estás perfectamente capacitado. Por eso no te preocupes. Y ahora dime, ¿qué te parece? —le preguntó mostrando una fotografía de una chica de diecisiete años que sonreía a la cámara. Se mostraba alegre, feliz.

—Es muy guapa —Se limitó a asentir mientras la observaba.

—Es mi sobrina. Se llama Laura. De ella se trata, pero nunca debe saberlo.

Marcos sostenía la fotografía con dos dedos mientras su mirada pasaba de la chica a la de Enrico quien asentía convencido de lo que estaba haciendo.

—Por aquí —le indicó el hombre junto al coche. Marcos sabía que lo esperarían para recogerlo y llevarlo a un punto en concreto para conocer a Alfredo Tespi, el gran magnate de la moda italiana. Marcos pensaba en todo aquello en lo que Enrico le había metido. Pero no podía decirle que no después de que él se encargara de su educación.

El coche se detuvo frente a un hotel a la afueras de Bolonia. Esperó en el interior a que le abrieran la puerta. Otro hombre trajeado lo aguardaba para conducirlo a una habitación donde se alojaba Alfredo Tespi, quien ahora hablaba por su móvil gesticulando. Por un breve instante su mirada se cruzó con la de Marcos y asintió levemente como si le dijera que en seguida estaría con él. Marcos aguardó pacientemente mientras Alfredo acababa. Cuando lo hizo caminó hacia él y le estrechó la mano con firmeza mientras lo miraba a los ojos.

—Bienvenido Marcos.

Se acomodaron mientras les servían café y Alfredo le contaba lo mismo que había hecho Enrico.

—Por encima de todo ella no puede enterarse de nada. Quiero mantenerla al margen. Y quiero que se comporte y se divierta como una chica de su edad.

—Entiendo —asintió Marcos muy seguro de sus palabras.

—Te hemos buscado un alojamiento provisional hasta que comience el curso. Luego puedes elegirlo tú mismo. Por supuesto tienes completa libertad para hacer lo que mejor consideres en cada momento. Y no te preocupes por los gastos. Todos están cubiertos.

Marcos asentía mientras iba memorizando todas y cada una de sus explicaciones. Definitivamente se había metido en un buen lío del que no sabía cómo saldría. Pero por encima de todo no debía olvidar que estaba en Italia para estudiar Arte en la facultad.

Marcos permanecía tumbado sobre la cama de su cuarto en el piso que compartía con dos de sus compañeros: Carlo y Silvio. Después de pasar algún tiempo en una residencia para estudiantes, le habían propuesto unirse a ellos dos para abaratar el coste del alquiler. Así que se mudó hacia ya tiempo, con el visto bueno de Alfredo Tespi y Enrico. Llevaba despierto desde hacía ya algunas horas pensando en que tendría que levantarse para asistir a clase. Pero eso no era lo que le preocupaba, puesto que nunca le había representado un gran problema. La cuestión que pululaba en su mente era bien distinta y que tenía que ver con lo sucedido entre Laura y él la noche del sábado pasado. Algo que desde que llegó y la conoció no esperaba que pudiera suceder. Ni se le había pasado por la cabeza. Ni siquiera el día que tropezó con ella en la sala de lectura de la facultad.

«—Vamos tío, necesitamos un par de libros de consulta —le urgió Silvio mientras caminaba con paso rápido.

—Venga que no es para tanto —protestó Carlo parándose a sacar una lata de refresco de la máquina frente a la sala de lectura.

—Te esperamos dentro —le dijo Marcos mientras empujaba las puertas y golpeaba a la chica, que salía en esos momentos, haciéndola perder el equilibrio por un momento. Marcos logró sujetarla por la mano con un movimiento rápido ante la mirada de sorpresa de ella misma y de sus compañeras.

Los portafolios se esparcieron por el suelo vomitando una cantidad de apuntes.

—Lo siento, no era mi intención...

—Oh, vaya, no te preocupes. Ha sido culpa mía por ir hablando y no fijarme en que la puerta se abría —le dijo señalando a sus compañeras mientras se agachaba sobre los folios para recogerlos junto a él.

—No, de verdad la culpa es mía por no mirar si salía alguien. ¿Estás bien? —le preguntó observándola para comprobar que no se había hecho nada mientras sus dedos se movían torpes por entre los folios rozando sin querer los de ella. Provocándole una sonrisa divertida por este involuntario gesto. Se situó sus cabellos rizados detrás de su oreja y se humedeció los labios de forma tímida y casi imperceptible para cualquiera menos para Marcos, mientras sentía arder su rostro.

—Sí, no te preocupes —le dijo de pasada procurando que no la viera sonrojarse antes de que su acento le llamara la atención—. No eres italiano...

—No... Soy español.

—Te he visto en la clase de Arte clásico. Con la profesora Beretti, ¿verdad? —le preguntó mientras se incorporaban ante la atenta mirada de sus respectivos amigos.

—Sí, estoy en primero de Arte —le dijo entregándole el resto de folios provocando una sonrisa bastante extraña al mismo tiempo que sus cejas subían y bajaban con rapidez—. Soy Marcos.

—Laura.

—Bien Laura, cuando te apetezca puedo compensar mi torpeza invitándote a un café —le dejó caer mientras los allí reunidos en un pequeño corro sonreían con complicidad.

—Seguro —asintió Laura entrecerrando sus ojos sin poder dejar de mirarlo y sentir una sensación de alegría repentina esa mañana.

Salieron de la biblioteca dejando a Marcos junto a Silvio, quien sonreía.

—¿Y esa risa?

—Tío, ¿quieres pillar con Laura? —le preguntó Silvio sin poder creer que su compañero estuviera pensando en hacerlo.

—¿Pillar? No te entiendo —le respondió sacudiendo la cabeza.

—Lo del café hombre. Lo del café —insistió Silvio mientras juntaba sus dedos y los agitaba ante él en un típico gesto italiano.

—No hay nada malo en invitarla, ¿no? —le comentó encogiéndose de hombros mientras se adentraba en la biblioteca. Necesitaba conocerla mejor. Convertirse en su amigo. Esa había sido la primera vez que había coincidido con Laura. Y podía asegurar que no lo había hecho a posta.

—Si tú lo dices —asintió Silvio mientras caminaba detrás de Marcos.

Sonrió divertido ante la ocurrencia de su amigo. ¿Liarse con Laura? De locos. Sin duda que eso era de locos, se dijo»

Se levantó de la cama y tras darse una ducha que aclarar sus ideas se dirigió a la cocina a desayunar. Sin embargo, permanecía ausente pensando en sus cosas.

—Eh, Marcos. Eh, eh, estoy aquí —insistió Silvio mirando a su compañero mientras agitaba su mano delante de él en un intento por captar su atención.

—Sí, perdona. ¿Qué decías? —comentó Marcos con una voz soñolienta mientras desviaba su mirada hacia la de Silvio, quien ahora esbozaba una sonrisa de complicidad.

—Digo que llevas más de diez minutos mirando la taza de café sin ni siquiera pestañear. ¿Se puede saber qué te pasa? Se te va a quedar frío.

Marcos bajó la mirada hacia la taza de café, que tenía entre sus manos, y a la cual había dejado de prestar atención hacía ya tiempo. La cogió para llevársela a los labios y sorber un poco, pero finalmente desistió en su firme propósito. Su rostro reflejó cierto rechazo por el estado en el que el café se encontraba. Estaba frío.

—Te lo acabo de decir —señaló Silvio haciendo un gesto hacia la taza—. No lo has tocado si quiera desde que lo pusiste en la mesa. Y luego te has quedado ahí, pensativo en tu mundo. ¿No estarás pensando en Laura? —le comentó con un toque de ironía en su voz al tiempo que abrió sus ojos.

—¿Quién yo? —exclamó consternado Marcos ante las últimas palabras de su amigo.

—¿O en lo sucedido el sábado en la fiesta en el piso de Stella? En serio, ¿qué hay entre Laura y tú? —le preguntó entornando su mirada mientras sonreía y Marcos resoplaba ante aquella evidencia.

Se quedó pensativo recordando por un breve instante como ella había bailado en exclusiva para él. Insinuándose. Mirándolo como si en verdad esperara que él se le uniera. Pero sólo se limitó a contemplarla mientras bebía y charlaba con el resto de los allí presentes. Fue entonces cuando las luces se bajaron, la música se suavizó y ella lo buscó directamente. Hablaron, rieron, jugaron con sus manos, se rozaron de una manera que a Marcos le pareció bastante reveladora. Llevándolo

al límite. ¿Qué le pasaba a Laura con él? ¿Y a él con ella? Desde aquel día que la invitó a un café todo había cambiado entre ellos. Era como si algún mecanismo se hubiera puesto en marcha de repente y ahora ninguno de los dos, quería o sabía cómo pararlo. Nunca había buscado esa clase de complicidad que rozaba lo...

—En serio, ¿estáis juntos? Porque a juzgar por la cantidad de tiempo que pasáis, es lo que todos creen. Y todo desde que coincidiste con ella en la biblioteca una mañana que buscábamos libros para un trabajo. Luego vino el café que le prometiste como disculpa por el golpetazo que le diste. Y a ese le siguieron muchos más... —le recordó con toda intención tratando de hacerle ver la realidad y al mismo tiempo sonsacarle algo de información al respecto de ellos.

—Tomo café con ella como con cualquier otra persona. En las horas libres —le explicó con total naturalidad.

—Vale, hasta ahí te lo paso. Pero, ¿cómo explicas lo que sucedió el sábado? —le preguntó arqueando sus cejas esperando una respuesta.

—Lo sé, lo sé. Soy consciente de que hemos conectado, pero de ahí a pensar que salimos juntos... —le aseguró como si no se creyera las palabras de Silvio. Era consciente de que la situación se había complicado bastante en los últimos meses. Justo después de las Navidades que pasaron juntos. Recordó que ella le había insistido a asistir a la fiesta que sus padres daban. Por supuesto que quería acudir para estar cerca de ella, pero entonces la invitación le llegó doblemente y a que el propio Alfredo se encargó de llamarlo. Ahora los recuerdos de aquella noche volvían a atraparlo.

«Estaba preciosa como ninguna otra de las chicas que allí había. Enfundada en aquel vestido azul noche de pronunciado escote que había captado toda su atención. Y para sorpresa de él, Laura no se había separado de su lado en casi toda la noche, como si temiera que pudiera esfumarse.»

—No hace falta que pases la noche conmigo. Ve y atiende a tus amigos y amigas —le dijo Marcos sintiendo que eran el centro de atención de esa fiesta.

—Son demasiado aburridos —le aseguró poniendo sus ojos en blanco—. Prefiero estar contigo.

Marcos sonrió tímidamente mientras sentía su rostro encenderse.

—Es un cumplido muy bonito.

—No es un cumplido. Es la verdad —le corrigió dejando a Marcos sin saber qué decirle.

Si ella seguía por ese camino le sería difícil mantener la compostura. Por fortuna, aquella noche eran muchos los que querían estar con ella, incluido un chico alto, elegante y que parecía tener bastante interés en ella a juzgar por las atenciones que le prestaba. Pero, a pesar de ello, ¿por qué lo miraba por encima de su hombro cuando se volvía? ¿Por qué siempre parecía estar buscándolo entre la multitud y cuando daba con él se limitaba a sonreírle mientras alzaba su copa en señal de brindis? Enrico no le advirtió del doble peligro que correría. Ni él supo valorar esta posibilidad. Y lo que más le fastidiaba era que ella era atractiva como ninguna otra. Que en cierto modo le apetecía besarla, acariciarla, pero cruzar esa línea sería traicionar la confianza de Enrico. Debía resistir todo lo que pudiera»

—¿Qué pasa tíos? —les dijo Carlo a modo de saludo mientras entraba en el salón donde Silvio y Marcos aún desayunaban. Ambos lo saludaron con un gesto de sus respectivas cabezas—. Voy por un *café*.

—¿Qué opinas de Laura y Marcos? —le soltó Silvio como si se tratara de un disparo a bocajarro dejando a Carlo mudo, mientras paseaba su mirada de uno a otro con la boca abierta. Silvio encendió un cigarro y aspiró con ansia.

—Pues lo que todos. Que entre ellos hay rollo, ¿no? —Le comentó mientras se sentaba y dejaba el café sobre la mesa—. Mira, no sé qué clase de juego os traéis Laura y tú, pero si es cierto que sois la comidilla de todo Primero de Historia del Arte.

—No sabía que la gente tuviera tanto interés en nosotros —le confesó asombrado por el comentario.

—Ya claro. Bueno es normal que no te enteres de lo que pasa a tu alrededor estando pendiente de Laura —le aclaró burlón—. Yo también lo haría.

«Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Si, una de ellas es Laura pero no por lo que la gente piensa»

—Ella demuestra un interés desmedido en ti. Pero tú no pareces reaccionar. ¿Cómo puedes explicar eso? —apuntó Silvio.

—No lo sé, yo sólo digo que...

«Me di cuenta el día de Navidad y después cuando nos hemos saltado alguna que otra clase. Me encanta estar cerca de ella. Rozarla de manera casual, sentir su mirada fija en mí, y tantas sensaciones. Pero también es muy peligroso»

—Mira, Laura está tremenda. Pero sabes que tiene un problema —le advirtió Carlo mientras removía el azúcar en el café.

—¿No me digas? —asintió Marcos tratando de no pensar en ella como la chica que le atraía, que le provocaba esas ganas de besarla en cada momento, en cada rincón de la Facultad... ¿Problema? ¿Eran conscientes Silvio y Carlo del verdadero problema de Laura?

—Su padre es Alfredo Tespi, a quien por cierto conociste en la fiesta de Navidad, con eso ya te lo he dicho todo —le informó antes de tomar un poco de café—. Si a ello le añadimos que tu beca finaliza dentro de poco.

—También lo tengo asumido —asintió Marcos con desgana, como si estuviera algo molesto o cansado con el mismo discurso de siempre—. Por ello me retraigo.

«Me controlo por otros motivos que no voy a explicarlos»

—Oye, que quede claro que yo no te estoy diciendo que no puedas hacer nada. Yo sólo te estoy avisando. Aunque después de haber conocido a su padre...

—Lo conozco. Conocía la vida de Laura antes de que supiera que sería compañera mía, aquí en Bolonia. Es de dominio público, ¿no? —dijo de manera causal ya que temía que pudieran deducir que él había conseguido la información por otro canal.

—Entonces también sabes que intentaron secuestrarla hace unos meses. Salí en las noticias. Desde ese día está más que protegida. Si te interesa Laura, como a gran parte de la clase de primero de Historia del Arte, puedes intentarlo a ver qué pasa y más si ves que ella está interesada en ti. Pero te advierto que no lo tendrás nada fácil para salir por ahí.

Marcos sacudió la cabeza sonriendo de manera burlona.

—Lleváis tonteando como dos colegiales desde las Navidades. No sé qué sucedería en la fiesta de los Tespi pero algo cambió, ya te lo he dicho. Y desde el sábado —le recordó Silvio mientras sus cejas formaban un arco que reflejaban la sorpresa—. Demasiado revelador.

—¿No me digas que no te puso a cien? —le preguntó Carlo recordando la forma en la que ella se había movido delante de él—. Porque si Viola me hiciera ese bailecito a mí... uff... no quiero ni imaginar lo que vendría después porque me pongo malito.

—Tampoco creo que fuera para tanto —se limitó a decir mirando a ambos mientras la imagen del cuerpo de Laura junto a suyo provocando el deseo inundaba su mente. Su mirada posada en su rostro, sus labios entreabiertos reclamando un beso, sus manos ascendiendo por su brazos y él limitándose a sonreír y a evitar el contacto pero no de una manera evidente. La rodeó por la cintura para sentirla más cerca de él. Y luego al marcharse... el suave roce de sus labios envolviéndolo mientras mantenía su mirada fija en él.

—¿Cómo puedes decir eso? —Le preguntó extrañado Carlo mirando a Silvio—. Yo creo que te estaba tirando los trastos claramente.

—No sé —dijo Marcos mirándolo como si no entendiera qué podría significar que se liara con Laura. Sabía que entre ellos había saltado la chispa de la química, pero quería quitarle importancia a este hecho.

—Venga hombre, ¿cómo puedes decir eso? Tío, eres corto o me empiezas a preocupar... —le dijo Carlo mirándolo seriamente

—Laura y yo nos llevamos bien y congeniamos... pero nada más —les aclaró con toda naturalidad—. Y ahora sería mejor que nos largáramos a clase —les sugirió mirando el reloj.

—No me toques las narices con las clases, tío —protestó Carlo de mala gana.

—Oye, ¿no será que Laura no te gusta? —se aventuró a preguntarle Silvio.

—¿Qué dices! ¿Cómo no va a tirarle Laura? Porque a ti te pone ¿no?

—Pues claro que me gusta. ¿Satisfechos? —admitió finalmente mientras sonreía y se levantaba a prepararse un café que tomó en seguida.

—Entonces, ¿por qué sigues dándole cuerda? Te valdría más tirar de ella para atraerla hacia ti. Además, ¿recuerdas lo que te dije a principios de curso?

—Que no debo comerme el tarro por una chica —repitió con un sonido monótono en su voz. *«Créeme que esa era mi premisa al pisar Bolonia antes de conocer a Laura. Pero después de todo este tiempo juntos... y viendo lo que está sucediendo estos últimos días. No estoy seguro de nada»* Cada vez pensaba más y

más que pudiera llegar el momento en que los sentimientos pudieran ser demasiado fuertes como para echarse atrás. No quería llegar al punto de enamorarse de Laura—. ¿Y tú que me cuentas de Viola? —le preguntó alzando las cejas cambiando el tema con el fin de desviar la atención de la conversación.

—Bueno, Viola y yo somos buenos amigos —empezó diciendo mientras paseaba su mirada por sus dos compañeros—. Pero, no vayáis a pensar que estamos pillados, ¿eh? Hemos tenido nuestros momentos... pero ya está. No hay más —dijo de manera tajante.

—Eso es Marcos. Haz como Carlo, si una tía como Laura te pide guerra... dásela. ¿A qué esperas? La tienes en el bote —le dijo Silvio interviniendo en la conversación.

—¿Por qué no te acercas tú a Paola? —le preguntó con inusitado interés Marcos mirando fijamente a Silvio.

—¿Yo? Bueno, en eso ando, pero no parece darse cuenta que existo —le dijo sacudiendo la cabeza.

—¿En serio? No me lo puedo creer. Por eso andas detrás de ella como un perrito faldero, ¿no? —Le dijo Carlo provocando un gesto serio en el rostro de Silvio—. Para que se dé cuenta que existes.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? Paola merece la pena —dijo alzando las manos en alto para dejar claro lo que ella significaba para él—. Me pone con esos pantalones tan ceñidos que... —Silvio se mordió el labio imaginando las caderas y el culo que le marcaban.

—Ya veo ya —bromeó Carlo mientras le daba una palmada en el hombro a Silvio—. En fin, pero volviendo a ti. ¿Por qué eres tan tímido con la tía más buena de primero? Que por otra parte va detrás de ti a juzgar por cómo te mira ella de vez en cuando y se comporta contigo...

—Lo sé, lo sé. Pero vámonos o no entraremos en clase.

—Marcos, deja que te diga que a veces eres un pelmazo con las clases —le rebatió Silvio.

—Lo que tiene es prisa por verla —le dijo a Silvio guiñándole un ojo.

—Será eso —asintió Marcos mientras sonreía por los comentarios. Pero en verdad quería verla. Comprobar que estaba a salvo. Que no le había sucedido nada, aunque iba a clase en coche con sus guardaespaldas Marcos no se quedaba tranquilo hasta que no la veía.

—Deberías ser más descarado. Más atrevido, no sé —le comentó Silvio mientras se levantaba de la silla y caminaba a su habitación.

Salieron del piso a la vez en dirección a la Facultad de Arte para comenzar una nueva semana.

—Oye Silvio, ¿cómo llevas el trabajo de Mascardi? Te pregunto a ti porque aquí el empollón seguro que lo tiene ya terminado —dijo mirando a Marcos con una sonrisa irónica.

—Todavía no lo he acabado. Me lo tomo con calma.

—Sí, como con Laura —le dijo chocando la mano con Silvio mientras sonreían a Marcos.

—Esperar a que os vacile.

«Si pudiera haberlo detenido antes de que se me fuera de las manos. ¿Tomarme mi tiempo? ¿Joder, si pudiera lo detendría cada vez que estoy con ella! Lo encerraría para que no corriera y poder disfrutar de su compañía. Entonces si me tomaría todo el tiempo del mundo con ella»

Se acercaron despacio a la facultad pese a que Marcos parecía tener prisa e incluso daba la impresión de estar algo nervioso. Pero todo ello desapareció cuando vio a Laura con sus compañeras en la entrada de la Facultad. Sin embargo, había un sentimiento extraño que comenzaba a hacerse más latente cada vez que la sentía cerca. Y si en un principio se debía a su sentido por velar por ella, desde hacía algunas semanas ese sentimiento se había hecho más acusado y diferente. Ahora la miraba de otra forma distinta a un principio.

Sus ojos se detuvieron en demasía en su rostro; en su nariz de trazos finos; en sus mejillas algo encendidas pero sobre todo en sus labios carnosos y que había tenido tan cerca de los suyos. Sus cabellos rizados de color oscuro caían sobre sus hombros pese a que algunos se mecían constantemente por el aire. En ese preciso instante, Laura pareció ser consciente de su presencia y desvió la mirada hacia el grupo de chicos que se acercaba. Sintió un leve sobresalto cuando percibió la mirada fija de Marco en ella con una mezcla de curiosidad e intensidad. Le devolvió la mirada y sonrió burlona por este hecho.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Viola al ver que su compañera sonreía tímidamente y Laura parecía algo más inquieta. Tan solo hubo de seguir la dirección de la mirada de Laura para descubrir la causa de su comportamiento —. *Umm* vaya, vaya. Mira quien viene ahí. Deja de mirarlo, que se te cae la baba —le aseguró mientras deslizaba su mano bajo el mentón de su amiga.

—¿Eh?... Ah... No, no claro... ¿Qué dices? —comentó de manera atropellada mientras fingía colocarse algunos mechones de pelo y sonreía como una tonta. Pero lo que no pudo controlar fueron las repentinas sensaciones que la invadían por dentro. Sintió el calor sobre su rostro de repente y como su pulso se aceleraba al sentir la mirada de Marcos. Trató de disimular buscando algo en su bolso mientras lo vigilaba de manera disimulada por el rabillo de su ojo.

—No deja de mirarte —le susurró Viola con toda intención, deslizando sus palabras con el consabido peligro que tenían—. Dinos, ¿qué pasó al final de la noche? Y no nos digas que nada porque no me chupo el dedo, cariño —le advirtió con un tono que dejaba claro que no se conformaría con una explicación absurda mientras sus ojos chispeaban por la emoción de enterarse de un nuevo cotilleo—. Se os ve juntos casi siempre. Os reís, charláis, os gastáis bromas, os piráis las clases para tomaros algún que otro café y no precisamente en la cafetería de la facultad donde todos podemos veros. Os vais a la ciudad para que nadie os moleste. ¿Cómo quieres que me sienta? —le preguntó fingiendo estar enfadada.

—Bueno sí... Nos llevamos bien —dijo de repente con un toque falta de interés en él mientras volvía a centrarse en la conversación con sus otras compañeras.

—¿Con quién te llevas bien? —preguntó Giulia mirando a Laura con el ceño fruncido.

—Hablamos de Marcos —respondió Viola moviendo sus cejas en complicidad con Giulia.

—Pues yo diría que entre vosotros dos hay algo más que “*llevarse bien*” —matizó sonriendo mientras abría sus ojos al máximo en clara señal de expectación.

—No vas a negar que te gusta mirarlo de vez en cuando. Y la cara que has puesto ahora al verlo llegar —le dijo Viola sonriendo.

—Vale, pero que pasemos las horas libres juntos, no significa que...

—¿Puedo saber de quién habláis? —preguntó Stella con toda intención interrumpiendo el comentario de Laura.

—Hablábamos de Marcos —respondieron al unísono Viola y Giulia mientras Laura ponía los ojos en blanco y resoplaba como si aquello fuera una tortura.

—¡De Marcos! —exclamó con un pequeño grito de satisfacción.

—Sí, ahí viene con Carlo y Silvio. Al parecer Laura lo tenía localizado desde que entró en la plaza.

—Marcos no está nada mal —comentó Stella—. Además, parece sentirse atraído por ti, dado el tiempo que te dedica —matizó con toda intención mientras esbozaba una sonrisa irónica.

—Ese cuerpo si es que digno Miguel Ángel. ¿Os habéis fijado en su espalda y en la anchura de sus hombros? —Les preguntó Giulia mientras ahora ella lo miraba entrecerrando sus ojos como si estuviera fantaseando con él al tiempo que se mordía el labio—. Me pregunto cuántas horas le dedica a ponerlo en forma.

—Sí, ya me gustaría ver que hay debajo de esa camisa —apuntó Stella.

—Pregúntale a Laura, que lo ha monopolizado para ella. Y no digamos el pasado sábado... —comentó Viola mirando a su compañera.

Las otras chicas la miraron y comenzaron a reírse captando la atención de Laura quien las miraba sin comprender nada.

—Deberías haberte visto la cara que has puesto —apuntó Viola mientras reía abiertamente—. Apuesto a que en tus fantasías más íntimas aparece Marcos.

Laura alzó su ceja derecha y sonrió de manera seductora y pícaro por aquel último comentario. No dijo una sola palabra, ni le pareció mal las bromas que sus compañeras hacían a propósito de Marcos y ella. Era algo lógico entre ellas.

—Apuesto a que le diste un buen repaso a su anatomía —comentó Stella con un toque de picardía en su voz.

—*Uhhhh* Stella, parece saber algo más —apuntó Viola con un toque divertido en su voz.

—No creas que fue para tanto —comentó de pasada Laura con un gesto de no darle importancia a este hecho.

—Pues se os vio marcharos juntos —apuntó a Paola con toda intención.

—Es verdad...

—¿Y qué pasó? —insistió Viola viendo que su amiga no parecía dispuesta a saltar prenda.

—Bueno pues no fue gran cosa.

—¡¡¡¿Qué?!!! —exclamaron a coro todas.

—Todas sabéis como me acerqué a él en tu casa durante la fiesta. Estuvimos charlando, tomando alguna que otra copa. Bailé delante de él, mirándolo, tratando de hacerle ver que me interesa. Me acerqué a él sintiendo su cuerpo pegado al mío, su aliento sobre mi rostro, esperando que me besara, que me acariciara y que por último me cogiera de la mano para sacarme de allí e irnos juntos los dos solos y acabar la noche bajo las sábanas en su piso —comenzó diciendo de manera pícaro mientras sus compañeras abrían los ojos expectantes—. Pero nada de nada. Se resisten chicas. Lo cual hace la empresa más interesante —confesó dando a entender que no parecía tener intención de abandonar fácilmente.

—Tal vez no seas el tipo de chica que le gusta —comentó Giulia sin ningún interés en particular.

—Giulia, deja que te diga que estábamos bailando tan pegados que yo no sabía si mi ropa era la mía o la suya —le aclaró algo molesta y sorprendida por aquel comentario—. Sentía su mirada fija en la mía, su deseo, su respiración agitada. ¿Quieres que siga?

—Pero entonces, ¿por qué no te lanzaste? —le preguntó Stella sin poder creer que se le hubiera escapado.

—No sé, tal vez esperaba que fuera él quien diera el primer paso. Pero luego cuando nos fuimos no pude resistirme —siguió diciendo mientras sus compañeras la miraban sin dar crédito—. Hubo un momento en que íbamos caminando entre risas y bromas y él pareció dejarse llevar, por fin. Aproveché para robarle un beso en una esquina.

«Me gustó sentirlo tan indefenso y tan tímido. Como si fuera la primera vez que besaba a una chica; que tuviera miedo de algo. Sentí sus brazos rodear mi cintura; su cuerpo firme sosteniendo el peso del mío y mis brazos rodeando su cuello para prolongar el beso. Sus caricias tímidas y fugaces por mi espalda perdiéndose hacia abajo mientras sentía el golpe de su deseo sobre mí», pensó recordando la escena.

—Tal vez tenga una chica en España —le dijo Viola recordándole su condición de estudiante con una beca.

—Podría ser, pero si en verdad fuera así no creo que pasara tanto tiempo conmigo no ¿creéis? —dijo muy segura de sí misma.

—A lo mejor es la primera vez que se enrolla —sugirió Stella mientras todas la miraban incrédulas por lo que acababa de decir—. Vale, vale es un comentario

—En verdad que hay algo raro en todo esto —apuntó Laura—. Y me propongo averiguarlo, sin renunciar a su agradable compañía.

Las tres miraron a Laura ansiosas por escuchar algún comentario más, ya que aquella situación prometía sin duda un desenlace más que interesante. Viola desvió su mirada de Laura y se volvió hacia Marcos y sus compañeros.

—En fin, que lo intentarás de nuevo con Marcos, ¿no? —le dijo Giulia mirando ahora a Laura, quien esbozó una sonrisa al pensar en su nuevo ataque.

Laura estaba encantada con su presencia y pensaba que merecía la pena seguir intentándolo sin pararse a pensar en los riesgos que podía acarrear su insistencia. El tema de Marcos y Laura se dejó estar cuando apareció Paola.

—¿Qué pasa no vais a clase? —les preguntó mirando a las cuatro a través de sus ojos azules como el cielo.

—Yo he tenido clase a primera hora, pero ahora tengo libre y quiero ponerme con el trabajo de este cuatrimestre para Arte clásico. Después me queda una clase a la que no sé si entraré y se acabó por hoy —respondió Giulia.

—Nosotras entraremos ahora —dijo Viola mirando a Stella, quien asintió recordando su clase en diez minutos y mudando el gesto de su rostro.

—¿Y tú Laura? —le preguntó Paola.

—Yo me lo estoy pensando.

—Entonces puedes quedarte conmigo y echarme una mano con el trabajo —apuntó Giulia interesada en realidad más por conocer más detalles sobre Marcos y ella, que por el trabajo.

—¿No has entrado a primera hora tampoco? —Le preguntó Viola mientras Laura ponía morritos y silbaba de manera distraída—. No sé por qué no me extraña. Bueno, tampoco es que necesites mucho las clases para sacar buenas notas. No sé cómo lo haces

—Vamos, chicas sólo tengo dos horas de clase —les explicó mientras sonreía llena de júbilo por este hecho.

—Ya, pero levántate para esto... —le recordó Viola algo molesta haciendo referencia a madrugar para decidir finalmente no entrar en clase.

—No me importa. Además, sabes que mi madre no me deja quedarme en casa, y menos en la cama si tengo clase. Lo que no sabe que es que muchas mañanas me levanto y vengo para sentarme en la cafetería —le explicó divertida mientras pensaba en ello.

—Un momento tú vienes a ver a Marcos —le dijo con una risa socarrona Viola mientras entrecerraba sus ojos—. Ya que no parece que tengas problemas para estudiar y sacar buenas notas.

—Es posible —le respondió Laura sonriendo sin poder evitar sentir un calor desmedido en su cuerpo y que se hizo patente en su rostro.

—Me he perdido algo, ¿chicas? ¿Qué pasa? —preguntó Paola confundida por aquella situación mientras su mirada se paseaba por todas las allí presentes aguardando una respuesta a tal misterio.

—Pero bueno, ¿no sabes todavía que Laura va detrás de Marcos? —le informó Viola como si aquello fuera noticia de primera plana.

—Pero... pensaba que era él quien iba detrás de ti para enrollarse contigo.

En ese momento, Viola hizo gestos a Laura sonriendo con intención mientras se mordía el labio y entrecerraba sus ojos mirando a Marcos, quien ahora se acercaba junto con Silvio y Carlo.

—Mira que cuadro tío —dijo Silvio con un toque de emoción en su voz al ver a las cinco chicas juntas—. Vaya quinteto.

—Sí, desde luego que están para enmarcar. Te advierto que si te cogen entre las cinco te hacen un hombre —le dijo Carlo con sorna mientras posaba la mano en el hombro de Silvio, quien resopló—. Por cierto ahí está tu Paola, enfundada en unos tejanos bien prietos como a ti te gusta. Ten cuidado no te de algo hombre, que la imaginación es muy mala.

Silvio tragó el nudo que se le había formado en la garganta al verla y al imaginar las cosas que haría con ella si se dejara. Marcos saludó levantando la mano mientras se acercaba al grupo y por un breve instante su mirada se detuvo más de la cuenta en el rostro de Laura. Lo sintió cerca rozando su pierna sin querer al tiempo que todas permanecían expectantes lanzando miradas a Marcos y Laura

—¿Tienes clase Marcos? —le preguntó Viola.

—Sí, claro.

—Ya no —intervino Laura captando su atención.

—¿La han cancelado? —le preguntó mirándola con el ceño fruncido.

—A ti sí. Venga vente a tomar un café y charlamos del trabajo —le dijo aferrándose a su brazo mientras lo miraba con toda intención, haciéndole ver que quería estar con él a solas.

Marco inspiró profundamente antes de responder pero sabía cuál era su respuesta y no porque ella se lo estuviera pidiendo, sino porque no podía permitir dejarla sola ni un instante.

—Bueno, tal vez no sea mala idea después de todo —le dejó caer para sorpresa de todos los reunidos que miraron a ambos.

—¿Para eso tanta prisa por venir a clase? —le susurró Silvio a Carlo sin que nadie más pudiera escucharlo.

—Lo que hace una tía —asintió Carlo mirando a su amigo.

Carlo asintió mientras miraba a Viola. Estaba guapísima esa mañana con el pelo corto situado detrás de las orejas, despejando su rostro de piel blanca y suave. Se centró en los botones desbrochados de su camisa en un intento por averiguar si le permitirían ver algo más.

—Bueno, pues entonces nos vamos, que estos que ir a clase —dijo sin soltarse del brazo de Marcos y sonriendo a todos.

—¿Vais estar por aquí luego antes de ir a casa? —les preguntó a Silvio y a Carlo

—Sí, claro. Por aquí estaremos —dijo Carlo mirando de reojo a Viola, quien en cambio parecía no prestarle demasiada atención esa mañana. Tal vez estuviera algo molesta con él por algo que hubiera dicho o hecho.

Se limitó a sonreír mientras volvía la mirada hacia Laura y esta le sonreía tímidamente mientras se disponía a marcharse. Se quedó de pie junto a Marcos y de esa manera aprovechar para estar más cerca de él. Sentir el calor que emanaba su cuerpo así como el poder de atracción que ejercía sobre ella. De manera impredecible e incomprensible sus dedos se encontraron ajenos al resto de miradas de los demás. Se trató de un leve roce que provocó una sonrisa en ambos. Un gesto al que ninguno parecía haberse dado cuenta. Se sentía extraño mientras su mirada permanecía fija en el suelo y sacudía levemente su cabeza como si no entendiera muy bien que le estaba pasando con Laura. Era consciente que existía cierta atracción por ella y que no se trataba de algo puramente físico, sino que había algo que despertaba su curiosidad y sus ganas de conocerla más. Pero eso era algo que nunca se planteó. No le estaba permitido. Levantó su mirada del suelo para centrarla en ella provocándole una nueva sonrisa, pero al mismo tiempo un leve temor así mismo. Laura le gustaba de verdad.

—Chicas, os veo esta tarde, ¿vale? —les recordó antes de centrarse en Marcos tratando de obviar las miradas tan explícitas de sus compañeras—. ¿Nos vamos?

—Por supuesto. ¿Vamos a la cafetería de la facultad?

Laura se limitó a mover su cabeza en sentido negativo dándole a entender a Marcos que se lo llevaría a la otra punta de Bolonia en busca de intimidad. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro mientras Laura lo miraba con ilusión por lo que pudiera surgir de aquella cita improvisada con un trabajo de por medio como excusa. Se sentía agradecida por ese sentimiento desconocido que Marcos había despertado en ella.

Se dirigieron al centro de Bolonia por calles hasta ahora desconocidas para Marcos. En todo momento trató de mantener la cabeza sobre los hombros; mirando a todas las personas que se cruzaban con ellos por si descubría algo extraño en ellas. No quería cometer ningún descuido por estar con Laura, por bajar la guardia unos momentos. Pero la verdad es que estar a su lado y pensar en su responsabilidad con su padre Alfredo Tespi era complicado. Caminaban solos cuando Laura lo sujetó de la chaqueta y lo atrajo hacia sus labios para besarlos de manera traviesa.

—Tenía ganas de verte —le dijo provocando una extraña sensación en Marcos. Algo que no sabía explicar.

—Bueno pues ya estoy aquí —se limitó a decirle mientras extendía sus brazos.

—¿Sólo se te ocurre decir eso? —le preguntó confundida por su reacción.

Tal vez esperara que él correspondiera a su beso y le confesara que en realidad también la había echado de menos. Pero prefirió no confesarle para mantener su cabeza fría, que no su corazón. Se encogió de hombros percibiendo cierta decepción en ella. La vio caminar delante de él sin decirle nada, sin esperar lo que quiera. Marcos sacudió la cabeza intentando pensar con claridad a pesar de todo lo que sucedía.

Cuando levantó la vista algo o mejor dicho alguien captó su atención. Entrecerró los ojos mirando al extraño que minutos antes estaba mirando un escaparate. Después de una fugaz mirada hacia él y otra a Laura había emprendido el camino tras ella. Marcos reaccionó al momento emprendiendo la carrera tras ella. Se situó a su lado de forma inconsciente pasó su brazo por su hombro captando su atención. Laura lo miró sorprendida por ese cambio mientras parpadeaba repetidamente como si estuviera imaginando aquello. Ahora Marcos la sonreía mientras ella ponía cara de no creer lo que estaba viendo.

—¿Por qué no vamos por aquí?

No dejó de mirarlo sin comprender a qué diablos estaba jugando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó entornando la mirada hacia él.

—¿Por qué no iba a estarlo? —le preguntó soltándola para situarse frente a ella y poder localizar al extraño.

—Es que... No importa. Olvídalo —le dijo mientras esperaba que la rodeara con su brazo de nuevo.

Cuando Marcos comprobó que el extraño se había vuelto a detener, él aprovechó para sacarla de allí cuantos antes. Laura lo miraba de reojo tratando de averiguar qué demonios le sucedía. «¿Por qué está tan raro? Bah, será que es lunes», se dijo así misma tratando de disfrutar de su compañía.

Marcos pareció relajarse aunque tampoco podía hacerlo demasiado ya que ahora tenía que enfrentarse a Laura. Llegaron al café y se sentaron en una mesa algo apartados. Laura pretendía estar con él a solas y tener unos momentos de intimidad, pero él parecía estar más preocupado por otros asuntos que ella desconocía y que él no le revelaría.

—¿Estás bien? —le preguntó una vez más mirándolo de frente, cogiendo su mano para mostrarle que ella estaba allí.

—Pues claro...

—Es que te noto raro.

—Es lunes, no me hagas caso —le dijo sonriendo al tiempo que apartaba su mano de la de ella para coger la taza. Laura lo observaba sin comprender qué le sucedía. ¿Acaso no quería estar con ella? «Pues se lo podría decir abiertamente. No iba a pasar nada por hacerlo», pensó mientras él lanzaba fugaces miradas a la ventana como si estuviera esperando a alguien.

—Oye, ¿esperas a alguien? Lo digo porque no paras de mirar la calle.

—No... no. No conozco a mucha gente aquí —le dijo sonriendo una vez más—. Bueno, ¿qué querías hablar del trabajo?

Laura movió su cabeza sin entender nada de lo que sucedía. Todo era tan surrealista. ¿Es que no se había dado cuenta que lo había sacado de la facultad para estar con él? Para charlar de lo que sucedió entre ellos el sábado. Pero, él parecía no enterarse de nada. ¿O no le interesaba ella, o era algo corto? Aquello la estaba consumiendo.

«Tal vez sería mejor no perder más el tiempo con él. Total para lo que me sirve estar con él», pensó con una mezcla de rabia y de tristeza porque pensaba que él era un chico que merecía la pena, pero si no estaba interesado en ella... ¡Ni siquiera había correspondido a su beso como merecía! Ni que le hubiera dicho que tenía ganas de verlo...

—Olvida el trabajo. Es más, creo que debería irme a la biblioteca —le soltó de repente algo cabreada por su comportamiento haciendo ademán de levantarse e irse.

Marcos se sintió sobresaltado por ese repentino cambio en ella. Pero quedaba claro que él lo había provocado. Él con su intento de guardar las distancias podía provocar una ruptura definitiva. Algo que no podía suceder.

—Espera —le pidió sujetándola por la mano con delicadeza.

Laura se volvió para enfrentar su mirada cuando sintió la calidez de su piel sobre la suya propia. Y entonces comprendió que por mucho que se dijera que debía dejarlo, aquella sensación que sentía en ese momento le decía lo contrario.

—Tal vez deberías ir a clase. No quiero hacerte perder el tiempo —le sugirió con un tono que fue perdiendo fuerza a medida que él la miraba y sacudía su cabeza.

Marcos se levantó como un resorte de su asiento y salió tras ella. Cuando salió por la puerta ella se estaba poniendo el abrigo sin prestarle ninguna atención. Ni siquiera se molestó en volver el rostro para ver si venía detrás. Sólo cuando sintió como al sostenía de la mano y la volvía hacia él para quedarse suspendido en sus brillantes ojos.

—Disculpa mi comportamiento. No he dormido bien, la verdad. No quiero que te sientas mal. Y además, tú nunca podrías hacerme perder el tiempo —le aseguró mientras no podía dejarla de mirar y acariciarle la mano con el pulgar mientras Laura sentía como si estuviera recibiendo varias descargas.

Marcos se maldijo porque su comportamiento podía echar a perder todo. Pero, ¿no lo haría si decidía dar el siguiente paso? ¿No pondría en peligro todo si accedía a los deseos de Laura, y los suyos propios? Debería hablar con su padre para dejar algunas cosas claras e incluso tal vez con Enrico.

—¿En serio querías hablar conmigo del trabajo que tenemos que presentar para Arte Clásico, o ha sido una disculpa para estar a solas? —le preguntó

entornando la mirada hacia Laura mientras ella sonreía y ponía sus ojos en blanco.

—Chicos, que cortos sois en ocasiones —le dijo mientras posaba su otra mano en el rostro de él y lo apartaba de ella entre risas. Pero por algún motivo ambos seguían agarrados por sus manos—. Me gustaría que me aclararas si estoy perdiendo el tiempo contigo.

Marcos inspiró antes de responderle. Sabía que ella le pediría una explicación de lo sucedido el sábado. De por qué motivo se había mostrado tan reacio a besarla cuando ella parecía estar pidiéndoselo a gritos. Tenía que estar a su lado a cualquier precio. Pero si en un principio pensaba que era por lo que su padre lo había llamado a Bolonia, ahora ese no era el motivo principal.

—Claro que no estás perdiendo el tiempo.

—Pues no es la impresión que tengo a veces. Busco la manera de quedarme a solas contigo lejos de la pandilla. Intento captar tu atención y hacerte ver que me gustas pero tú pareces no tener interés alguno en mí. Por eso creo que es mejor que me aleje de ti —le recaló mientras sentía como el pulso se le aceleraba y como su rostro enrojecía.

—No me gustaría que lo hicieras —le confesó mientras Laura lo miraba expectante por aquellas palabras—. En serio, no es que quiera hacerte perder el tiempo. Pero entiendo mi situación.

—Vale, es posible que cuando acabe el curso no volvamos a vernos. O puede que encuentres la manera de quedarte en Bolonia. Eso lo entiendo. Pero, no entiendo que una chica esté por ti y puedas ser tan frío. No lo comprendo. Es mejor que volvamos a clase —le pidió algo desilusionada por ver que él no parecía mostrar interés en ella, o al menos era la impresión que le daba.

Marcos se quedó mirándola sin saber qué más podía decirle. No podía confesarle el motivo por el que estaba en Bolonia porque no lo comprendería y le parecía demasiado. Pero si hablara con su padre lo comprendería. Estaban tan cerca que podía sentir su respiración. El aroma de su colonia invadir sus sentidos y haciéndole perder la cordura en esos momentos. Debía detener aquello antes de que fuera demasiado tarde. Se separó de ella a duras penas mientras esbozaba una sonrisa irónica. Marcos se sentía tan vulnerable ante ella que sentía que su voluntad ya no le pertenecía con aquella chica a su lado. Se había prometido no cruzar aquella línea que delimitaba lo racional de lo pasional. Y debía seguir así al menos hasta que hablara con su padre.

—Me gustaría que siguiéramos siendo amigos y compañeros —le confesó temiendo que ella se alejara y todo se complicara.

Laura se volvió para mirarlo con los ojos entrecerrados y sacudiendo su cabeza sin poder comprenderlo.

—Sí, es lo único que parece que podemos llegar a ser —le confesó con cierto tono de amargura y decepción en el tono de su voz mientras Marco apretaba los dientes maldiciéndose así mismo por lo que sin querer había provocado.

La acompañó hasta la Facultad sin pensar en nada más que no fuera ella y en su bienestar. Laura intentaba comprender los motivos que lo impulsaban a mostrarse de aquella manera. «*Pero, ¿quién podía entender a los chicos? Deberían venir con un manual bajo el brazo*», se dijo tratando de animarse y no pensar en Marcos, por el momento.

Marcos tuvo la sensación de que a medida que los días pasaban Laura parecía estar perdiendo poco a poco el interés en él. Todos se estaban dando cuenta de ello. Pero, ¿qué podía hacer? Intentaba acercarse a ella para mantener el hilo de unión entre ellos. Pero sabía que ella podía cortarlo en cualquier momento. El fin de semana se acercaba y él tenía que estar cerca de ella. Pero antes de que llegara el viernes debía hablar con Alfredo Tespi.

Quedaron en la Piazza Mayor para dar un paseo y charlar sobre eso tan importante que Marcos le había referido por teléfono. En un principio, Alfredo se asustó porque no tenía constancia de que hubiera sucedido nada extraño. Mientras Marcos estaba con él Giorgio velaba por Laura, así lo habían acordado.

—¿Cómo estás Marcos? —le preguntó estrechando su mano con cordialidad, pero algo en el rostro del muchacho le respondió antes de que él lo hiciera—. ¿Va todo bien?

—Bueno... la verdad es que todo... todo...

—¿Sucedo algo con Laura? —le preguntó con una entonación que a Marcos le hizo sospechar que podía intuir lo que sucedía entre su hija y él.

—La verdad es que la situación se está complicando.

—¿Complicando? ¿En qué sentido? —Le preguntó algo preocupado por esta afirmación—. No han vuelto a sucederle nada. Ni creemos que nadie la esté siguiendo. ¿Puedes ser más preciso? —le pidió entornando su mirada hacia él y empleando un tono que no dejaba lugar a dudas.

—Verás, creo que no se trata de eso. Es sobre que entre Laura y yo... La verdad se me hace complicado contárselo —Marcos titubeó sin saber cómo explicarle al padre de Laura lo que había sucedido entre ellos.

—Entre Laura y tú ha surgido algo ¿verdad? ¿Te gusta? ¿Se trata de eso? —le preguntó sorprendido mientras sonreía y posaba su mano sobre el hombro de Marcos.

—Sí.

—Ya nos hemos dado cuenta Claudia y yo.

—¿Cómo? —le preguntó extrañado por sus palabras. ¿Qué sabían ellos?

—Laura no deja de hablar de ti en casa. Y cada vez que suena su teléfono salta como si la hubiera pinchado con una aguja. La notamos más alegre, despreocupada por lo que sucede a su alrededor. No creas que no hemos visto cómo te miraba en la fiesta de Navidad. O ciertos aspectos que su madre ha notado. Pero no veo cuál es el problema.

Marcos sintió que se desprendía de una pesada carga al escucharle a Alfredo decir eso.

—Creo que si surgiera algo entre nosotros... yo... No quiero que llegado el momento puedan interferir en todo.

—No lo harán. Es más, creo que podrían incluso ayudarte, si de verdad ella te importa —le aseguró esbozando una tímida sonrisa—. Aunque déjame decirte que lleva unos días algo alicaída. ¿Qué ha sucedido?

Marcos sacudió la cabeza restando importancia a este hecho.

—Deben ser las clases. No tiene importancia. Gracias por decírmelo.

—¿Eso era todo? —quiso saber Alfredo mientras entornaba su mirada hacia Marcos esperando que le dijera la verdad.

—Sí.

—Bien, Si eso es todo lo que tenías que contarme... Si quieres que te llevemos a algún sitio... Tengo el coche aparcado allí.

—Prefiero caminar.

—No te preocupes, Marcos. Y no molestes a Enrico por este asunto. Es más, apuesto a que te diría lo mismo que yo. Sólo nos preocupa la seguridad de Laura mientras yo intento averiguar quién está detrás de todo. Eso es lo más importante y que ella no se entere de nada.

—Así se hará.

—Cualquier cosa no dudes en llamarme.

—Lo haré.

Alfredo se despidió de él dejándolo junto a la fuente de Neptuno mientras en su cabeza revoloteaban infinidad de pensamientos con un denominador común: Laura.

Laura sabía que vendrían a buscarla de manera puntual a la salida de las clases. Si no era el chófer de su padre, lo haría Giorgio o Steffano. Desde que intentaron secuestrarla toda precaución era poca y en raras ocasiones podía regresar a casa con sus compañeros de clase. Siempre bajo la aprobación de su padre y escoltada de cerca por alguno de sus hombres. Era lo que tenía ser la hija de Alfredo Tespi, uno de los hombres más ricos e influyentes no sólo de Bolonia, sino de toda la Toscana gracias a la moda.

Laura vivía en un mundo en el que todo estaba controlado por su padre. Desde sus horarios, sus amistades y compañeros de Facultad. Laura parecía haberse

acostumbrado a este estilo hasta que apareció Marcos y puso patas arriba su vida tan programada. De repente sintió ganas de salir de la vitrina donde su padre parecía haberla colocado con el fin de protegerla. Quería divertirse, salir con sus amigos, hacer locuras propias de una chica de su edad, reír sin miedo a que le sucediera algo, disfrutar de la compañía de Marcos y que el destino decidiera por ellos. Pero, ¿acaso tenía licencia para soñar despierta con él?

—¿Vendrás a mi fiesta? —le preguntó Viola cuando salían de clase. Por fin era viernes y un mundo de oportunidades se abría ante ella en ese fin de semana.

—Síiiiiiii... —respondió arrastrando su afirmación con clara intención de que no se la perdería por nada. Había logrado convencer a sus padres de que la dejaran ir.

—¿Y Marcos?

—Supongo. No lo sé. No he hablado con él de... —se limitó a decir sin que pareciera tener mucho interés en ello.

—¿Qué pasa? ¿Ya no estáis tan unidos? —le comentó Giulia intentando averiguar porque durante esa semana apenas si habían compartido horas juntos.

—Nada sin importancia. Estamos cada uno a lo nuestro. El trabajo de Arte Clásico, las lecturas, y por si no fuera bastante mi padre... ya sabéis cómo es esto —les explicó tratando de parecer neutral, como si fuera lo más normal del mundo. Aunque en el fondo sabía que algo había sucedido entre ellos, porque durante días a penas si habían intercambiado un par de palabras.

«*Lo echo de menos. Su mirada, dulce, tierna, misteriosa y curiosa*»

—Se le nota algo raro, ¿verdad? —comentó Viola, quien se moría de ganas por averiguar que estaba sucediendo entre ambos.

—La verdad es que sí. Me tiene desconcertada. Me rompe los esquemas —comenzó a decirles mientras sentía un extraño ahogo en su pecho. Necesitaba desahogarse con ellas—. Quedo con él en las horas libres para estar solos. Intento hacerle ver que me gusta, pero en cambio él parece ausente en todo momento. Como si en realidad mi compañía no le motivara, como si tuviera la sensación de que está perdiendo el tiempo cuando está conmigo —les confesó con una mezcla de decepción en su voz.

—Tal vez no tenga interés en ti —le sugirió Giulia con toda naturalidad mientras Viola intentaba hacerle ver que se había pasado.

«*¿Y por qué me sujetó por la cintura con aquella mezcla de seguridad y ternura la otra noche? ¿Por qué pude sentir el calor que transmitían sus manos traspasando la tela de mi camisa? ¿Por qué nos quedamos mirándonos a los ojos como dos conocidos que vuelven a encontrarse tras mucho tiempo sin verse? ¿Por qué sentí sus deseos de besarme pese a todo? ¿Y su aroma impregnado en mi ropa, en mi cuello, en mis manos? ¿Por qué me hizo sentir todo aquello? Y después se comporta de esta otra manera. ¿Por qué ofrece dos caras? ¿Cuál es la del auténtico Marcos?»* se preguntaba cuando sus pensamientos se apartaban del Arte.

—Sí, lo he pensado. Se me han ocurrido infinidad de respuestas a cual más alocada —les confesó riéndose a carcajadas mientras se llevaba la mano a la boca.

—A lo mejor le van los tíos... ya me entiendes —le dejó caer Viola.

Laura miró el reloj sin hacer caso a aquella pregunta y se dio cuenta que seguramente la estarían esperando.

—En fin nos vemos mañana por la noche en tu fiesta.

—¿Y esta tarde?

—Quiero meterme con el trabajo. Me quedaré en casa —les confesó algo desanimada. La situación con Marcos parecía estar afectándola más de lo que ella había imaginado en un principio.

—Sí, claro. No te preocupes.

Laura vio el coche de su chófer esperándola ya a que saliera de clase para llevarla a casa. Giorgio estaba apoyado sobre el vehículo mientras escrutaba con su mirada a las chicas, quienes salían en esos momentos esperando reconocer a Laura. Pero lo que no esperaba éste era que apareciera detrás de él y le tocara el hombro.

—Señorita Laura

—¿Cómo estás Giorgio? A Giulia y a Viola ya las conoces —le dijo haciendo referencia a ésta y desviando su atención para que no le preguntara por qué no salía por la puerta.

—¿Cómo estás? —Le preguntaron a coro con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa muy seductora cada una—. ¿Nos vamos? —le preguntó haciendo ademán de abrirle la puerta del coche.

—Sí, claro. Bueno chicas que...

—Laura. Laura.

Alguien la llamaba desde la distancia abriéndose paso entre la multitud. Cuando lo vio aparecer se sintió sorprendida porque fuera Marcos. Parecía nervioso e impaciente por hablar con ella.

—¿Quieres comer conmigo? —le preguntó de manera directa sorprendiendo a los allí reunidos cuando estuvo a su altura.

Laura se quedó apoyada sobre el coche sin saber cómo reaccionar. Su repentina aparición, su sorprendente oferta y su mirada deseando que aceptara trastocaron por completo sus planes. A eso se refería cuando les había dicho a sus amigas que Marcos la desconcertaba. Ahí estaba la prueba. A penas si se habían visto durante la semana y ahora de repente quería comer con ella. ¿Los dos solos?

—Pero... debería avisar a mi padre... y no sé si me dejará —balbuceó nerviosa mientras sentía su corazón latir desbocado.

—Pues llámalo. ¿A qué esperas?

Viola y Giulia estaban igual de asombradas por aquella repentina invitación. «*¿Y decía Laura que estaba distante?»* se preguntó Viola mientras observaba a Laura y con la mano se despedía de ella junto a Giulia.

—Cuidala, Y que os aproveche —le susurró con toda intención Viola antes de despedirse de Marcos.

—Ciao papa. ¿Cómo estás?

—¿Has quedado con alguien? —le preguntó en broma Carlo al ver a Marcos allí de pie esperando.

—Espero a Laura. Está hablando con su padre, pidiéndole permiso para ir a comer conmigo.

—¿Qué? No me lo puedo... —comenzó a decir Carlo mientras sonreía de manera irónica—. En ese caso nos vamos. Dame un toque y nos vemos esta noche ¿no? Bueno si no estás muy liado, ya me entiendes.

—Déjalo hombre, no ves que tiene ganas de estar con Laura. Si no puedes quedar no pasa nada. Sabes que seguramente estaremos por donde siempre —le apuntó Silvio frotándose las manos por este hecho.

—Tranquilos que nos veremos antes.

—Eso será si Laura quiere soltarte —apuntó Carlo entre risas—. Oye ¿y Viola?

—Se ha marchado con Giulia hace un momento.

—Joder, ni siquiera me ha esperado —dijo en voz baja apretando los puños.

—Imagino que todavía estás a tiempo de alcanzarla —le aseguró Marcos señalando hacia la calle por la que se había ido.

Laura apareció después de intercambiar unas palabras con Giorgio mientras Marcos la contemplaba en todo momento cuando se acercaba a él. Estaba preciosa enfundada en su chaqueta negra abierta y bajo la cual destacaba un jersey rojo ajustado a su perfecta figura. Marcos sonrió al verla acercarse. Deslizó su brazos bajo el suyo captando su atención por completo. Al volverse se encontró con el rostro risueño y la mirada expectante de Laura.

—Me lo llevo chicos. Me ha invitado a comer —les dijo mientras Marcos la observaba y percibía una sonrisa que iluminaba su rostro de aquella manera tan especial.

—No vemos —les dijo éste a modo de saludo mientras se iba con Laura y ambos eran objeto de cuchicheos a sus espaldas.

—Tendrá suerte el español —comentó Silvio mirando cómo se alejaba con Laura colgada de su brazo.

—Pues tú deberías hacer algo, o te quedarás este año sin estrenarte —le dijo Carlo mientras señalaba en dirección a Paola, quien charlaba con Viola y Giulia en esos momentos. Al parecer no se habían marchado.

—Ya hijo, ya. Pero qué le vamos a hacer —le comentó encogiéndose de hombros.

Los vieron alejarse en dirección desconocida mientras unos y otros comentaban acerca de la nueva situación.

—Pero ¿y esos dos dónde van? —preguntó una voz detrás de todos ellos.

—¿Qué pasa Fabrizio? No te has enterado todavía... —le dijo Paola mirando a éste mientras sonreía.

—Enterarme, ¿de qué? —preguntó con gesto de no comprender nada e incluso pensó si le estaban tomando el pelo.

—Déjalo Stella, este anda en su mundo —le dijo Viola posando la mano sobre el hombro de Fabrizio.

Se quedó pensativo mirando como Marcos y Laura se alejaban sin comprender nada, hasta que finalmente comenzó a atar cabos y emitió un grito de sorpresa.

—¡No me lo puedo creer! Ahhhhhhhhhhh... ¿esos dos? Ahhhhhhhhhhh

—Vaya, salió la loca de Fabrizio —dijo Carlo mientras sacudía la cabeza y tiraba de Silvio—. Anda vámonos.

Caminaron por las calles del centro de la ciudad ajenos a la estrecha vigilancia de Giorgio. Alfredo Tespi no iba a permitir que su hija anduviera sin protección. De manera muy discreta la seguía en la distancia sin perderla de vista en ningún momento. Por su parte, Laura era consciente de ello, pero no quería decir nada para no estropear el momento.

—¿Qué ha dicho tu padre? —le preguntó rompiendo el silencio que se había instalado entre los dos.

—Que podía ir a comer. Pero es curioso... —Laura se mordió el labio mientras Marcos la miraba intrigado por aquel comentario—. Cuando le dije que iría contigo no puso ninguna objeción y creía escuchar una sonrisa irónica. Creo que le caes bien a mi padre después de haberte conocido en la fiesta de Navidad.

—Me alegro que te haya dejado venir.

—¿Qué te ha parecido la clase?

—¿Soporífera? No debí entrar —le respondió mirándola por un momento mientras caminaban el uno al lado del otro permitiendo que en ocasiones sus manos se rozaban y sus dedos parecían regalarse furtivas caricias, ajenas a los ojos de los demás—. Debí haberte pedido que nos la piráramos.

—Para otra vez ya lo sabes —le dijo mientras se apartaba el pelo de su rostro para poderlo mirar mientras Marcos aprovechaba esta circunstancia para echar un vistazo a su alrededor.

—Necesitas algo para sujetarlos —le dijo Marcos situándose delante de ella tratando de controlarse cuando la tenía ante él. Sin embargo, tras la conversación con su padre parecía algo más predisuesto a iniciar algo con Laura.

—Espera, creo que tengo una goma en el bolsillo interior de mi chaqueta. ¿Te importaría buscarla mientras yo me sujeto el pelo? —le preguntó viéndolo sonreír irónico y divertido por tal propuesta mientras ella se sujetaba el pelo. Sabía que ella era consciente de lo que le había pedido y por ello no vaciló—. Aunque si lo prefieres puedes sujetarme el pelo —le propuso humedeciéndose los labios de manera provocativa mientras entornaba su mirada hacia él. Sin duda que buscaba provocarlo y ver hasta dónde podía llegar.

El hecho de quedarse frente a ella le permitía tener una perspectiva más amplia de la Piazza y controlar si alguien intentaba acercarse a ellos.

—No vale. Sujétalos tú —le propuso mientras introducía su mano en uno de los dos bolsillos interiores de su chaqueta en busca de la goma del pelo. Intentó no ser descarado a la hora de mirar sus pechos tan cerca de su mano. Un suspiro escapó por entre sus labios cuando Marcos los rozó. Intercambiaron sus miradas sonrieron de manera cómplice. Laura intuía que Giorgio la estaría observando y no le hacía la más mínima gracia que la viera con Marcos en una pose cariñosa aunque en casa su madre intuía que algo le sucedía con él. Pero la tensión entre ellos no pareció relajarse sino que fue a más.

—Déjame —le pidió mientras le sujetaba el pelo y se sentía prisionera entre sus brazos pero de un modo protector. Disfrutaba de aquellas improvisadas caricias en su nuca provocando que se erizara su piel. Sus dedos jugueteando nerviosos sobre esta zona mientras no sabía si Marcos comprendía lo que le estaba provocando. Quiso centrarse en algo que no fuera él, pero tener su boca tan cerca de la suya avivaron en Laura el repentino deseo de besarle allí mismo.

Marcos sentía el aroma de su perfume envolverlo por completo hasta dejarlo sumido en un extraño mar de sensaciones. Deseó hundir su rostro en su cuello y aspirar aquella fragancia que inundaba su piel. Laura le sonrió tímidamente pero sin que él supiera su verdadero motivo. Imaginó por un momento que la besaba y entonces sus manos temblaron de manera inaudita y sin quererlo resbalaron por la nuca de Laura provocándole un leve suspiro. Abrió sus ojos al máximo dándole a entender que una rebelión de sensaciones había estallado en su interior

—¿Te tiemblan las manos? —le preguntó mientras lo miraba con un gesto risueño en su rostro.

—Sí... bueno es por el frío. Parece que Mayo está siendo algo fresco —le respondió con la primera disculpa que le vino a la mente—. Bueno ya estás —le dijo finalmente cuando hubo acabado de recogerle el pelo y ahora la miraba dando un paso atrás.

Laura se encontraba demasiado abrumada por todo aquello que le estaba sucediendo. ¿De dónde había salido Marcos? Provocándole la sonrisa; el deseo de perderse entre sus brazos; de pasar las horas del día a su lado.

—Me gusta cómo te ha quedado —le dijo abriendo los ojos al tiempo que asentía convencido de ello. Llevaba días, encerrado en sí mismo dándole vueltas a lo que Laura le provocaba y a lo que su padre le había dicho. Y había tomado la decisión de seguir adelante aceptando lo que el destino le deparara.

—¿Sí? ¿En serio te gusta? ¿No lo dirás para complacerme? —Le preguntó mientras su ceja derecha formaba un arco que denotaba incredulidad por sus palabras—. Anda deja de mirarme de esa manera —le pidió entre risas y algo cortada por ser el centro de atención en esos momentos. Seguía aferrada a él zarandeándolo de manera juguetona, pero de repente, sintió los brazos de él rodeándola con una mezcla de firmeza y ternura para después atraerla hacia su cuerpo.

Marcos se quedó pensativo con la mirada fija en un punto. Pero en realidad contemplaba a dos personas que llevaban un rato dando vueltas a la Piazza, como si estuvieran esperando. Aquello le hizo desconfiar, y más cuando en repetidas ocasiones los miraban. Pensó en lo hombres de Alfredo pero no estaba seguro de que lo fueran. Se centró en ella unos segundos para que no notara nada al respecto de aquellas personas. Estaba realmente preciosa con las mejillas encendidas. Sus ojos parecieron iluminarse mientras lo miraban con inusitado interés por saber qué haría con ella. Entreabrió sus labios mientras volvía a quedarse a escasos centímetros de él. Un hombre le sonrió al tiempo que les decía:

—*Viva l'amore.*

Marcos y Laura se quedaron callados al escucharlo decir aquello. Después se miraron y sonrieron con complicidad hasta que estallaron en carcajadas.

—Anda vamos a comer. ¿No tienes hambre? —le preguntó pasando su brazo por los hombros de ella, mientras lo miraba entusiasmada por su decisión de rodearla —. Sí, en verdad que tengo hambre. ¿Dónde piensas llevarme? —le preguntó mirándolo con curiosidad.

—Conozco una *trattoria* aquí cerca.

Laura asintió complacida mientras caminaba bajo su brazo sin importarle en esos momentos quien pudiera estar vigilándola. No podía negar lo que sentía por Marcos, por su manera de ser, de comportarse, de hacerla reír, de sacar a la niña traviesa y juguetona que llevaba dentro... Pero por encima de todo esto, porque estando con él se olvidaba de quien era ella.

—Dime, ¿por qué me has invitado a comer?

—Dime, ¿por qué has aceptado? —le respondió Marcos captando toda su atención y mirándola sorprendida.

—¿Siempre respondes a una pregunta con otra?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿por qué no me dices...?

—Porque me apetecía comer contigo y recorrer Bolonia junto a alguien de aquí. Que me explique un poco la historia de la ciudad. ¿Y quién mejor que tú para hacerlo? —aseguró mientras la miraba esperando su reacción por aquella confesión.

Laura sonreía, pero no esperaba que la parte final de ésta la dejara sin palabras. Le apetecía pasar la tarde con ella. Llevaba toda la semana dándole vueltas en su cabeza a lo sucedido entre ellos. Tal vez estuviera preocupado por algo, o no quisiera reconocer lo que sentía. Ella por su parte deseaba descubrir cómo era Marcos bajo esa fachada de chico despistado. Pero su vida no le permitía muchas alegrías como para quedar a solas con él. De manera que tendría que aprovechar esa tarde al máximo. Exprimir el tiempo hasta que no quedara nada salvo ellos dos.

—Es tu turno. Yo ya he respondido. ¿Por qué aceptaste?

—Me apetecía olvidarme del mundo por unas horas y tú eres quien puede conseguirlo —le confesó de manera rotunda mientras sonreía burlona y sus cejas se perdían bajo su pelo. Marcos la miró sin poder responderle ya que su explicación había sido demasiado explícita.

Llegaron a una pequeña y elegante *trattoria* bastante animada de gente. Fueron acomodados en una mesa algo apartada del resto y que era de las pocas que quedaban libres pero que Laura agradeció por la intimidad que representaba.

—Parece que todos nos ven como si fuéramos una pareja —se aventuró a decir Laura con una sonrisa divertida mientras recordaba al hombre de la plaza que se había dirigido a ellos con “un viva el amor” Ahora observaba el sitio que les había otorgado y después fijaba su mirada en Marcos, quien permanecía en silencio contemplándola. Pero de repente pensó que había metido la pata hasta el fondo con ese comentario. Marcos se dio cuenta de su cambio de actitud y quiso quitar hierro al comentario.

—Hey, ¿a qué viene esa cara? —le preguntó mientras sin pensarlo deslizaba su mano —bajo el mentón de Laura. Pero en sus ojos esta vez encontró una mezcla de rabia y desilusión contenida.

—No me hagas caso, a veces digo muchas tonterías —le dijo mientras sacudía su cabeza tratando de ser coherente y no construir castillos en el aire. Volvió a fijar su mirada en un punto de la mesa evitando a Marcos quien la seguía mirando como si ella no hubiera dicho nada.

—Bueno, lo que acabas de decir...

—Un pensamiento absurdo e inconsciente de una joven alocada e inconsciente. He tenido que rogar a mi padre para que me dejara estar aquí y ahora contigo; pero con todo y con eso, soy consciente de que de haber dado esquinazo a Giorgio. Ahora estará velando por mí no muy lejos de donde nos encontramos —le informó esbozando una sonrisa llena de tristeza y rencor a su situación. ¿Qué chica de su edad desearía estar en su situación? Y no se refería a estar con Marcos ahora, sino a su vida en conjunto.

—Lo entiendo, pero trata de no pensar en ello ahora. ¿Quieres?

—Es difícil no pensarlo Marcos. Créeme, no es fácil ir a todas partes con un guardaespaldas pegado a ti porque han tratado de secuestrarme —le confesó mientras ahora echaba un vistazo al menú y dejaba que Marcos asimilara aquellas palabras y fuera consciente de lo que había. «Por eso te siento tan lejano en ocasiones», pensó mientras trataba de que esos pensamientos no le amargaran el día.

Marcos aprovechó este momento de confusión para echar un vistazo por la ventana. Quería asegurarse que allí fuera no había ningún peligro. Tal vez por eso él estaba allí en Bolonia, para que la vida de Laura fuera algo menos estresante. Con alguien de su edad junto a ella en todo momento protegiéndola sin que ella se percatara de ello.

—Mírame.

Laura levantó la mirada de la carta del menú sin saber qué pretendía Marcos.

—Y ahora sonrío o no te invitaré a comer —le dijo tratando de parecer que lo decía en serio.

Laura lo miró confundida. Aturdida por su capacidad de conseguir que ella se olvidara de quien era aunque fuera por un solo minuto. Durante toda la semana lo había percibido ausente con ella y de repente hoy la invitaba a comer mientras procuraba hacerla pasar un rato agradable. ¿Qué clase de persona era Marcos?

—Eso está mejor —le dijo éste mientras asentía.

—Que conste que lo he hecho sólo porque me invitas —le dejó claro mientras no podía dejar de pensar en cómo era.

El camarero se acercó a tomarles nota mientras ninguno de los dos dijo nada más pero si hubo un intercambio de miradas reveladoras por parte de ambos, que denotaba que se lo estaban pasando bien. Pidieron una botella de vino como si aquella comida fuera una especie de celebración.

—Hablemos de ti —comenzó diciendo mientras esbozaba una sonrisa enigmática mientras sus ojos se abrían con expresión de interés.

—Adelante. ¿Qué quieres saber? —le preguntó Marcos apoyando su espalda en el respaldo de la silla con aspecto de querer relajarse, aunque en realidad su postura le permitía tener la ventana controlada en todo momento.

—Nunca me has contado por qué elegiste Italia para estudiar Arte.

Laura lo contemplaba intrigada por lo que tuviera que contarle. Deseando conocer más sobre su vida, sus gustos, sus aficiones ya que pese a que había compartido mucho tiempo, él se mostraba demasiado reservado en cuanto a su vida privada. Era tal el misterio que lo rodeaba, que en ocasiones Laura lo sentía como un extraño a pesar de la complicidad entre ellos.

—Era la mejor opción que tenía. Así perfeccionaba mi italiano y conocía alguna que otra ciudad de Italia.

—Bueno, que conste que no hablas italiano tan mal —le dijo a modo de cumplido mientras sus dedos jugueteaban con el pie de la copa y su mirada ahora se quedaba fija en esta. Su mente evocó su primer encuentro en la biblioteca y su forma de hablar. Esa situación le provocó la risa.

—Viniedo de ti es todo un cumplido y un honor —le dijo cogiendo la copa y levantándola en alto—. Pero, ¿de qué te ríes?

—Oh, no es nada. Estaba recordando la primera vez que nos vimos... en la biblioteca. Reconozco que tu italiano ha mejorado bastante desde entonces —le confesó mientras no dejaba de reír.

—Ah sí, el portazo que te di. De verdad que me sentí como un estúpido.

—Fue culpa mía por no mirar al frente. Me pareció todo un detalle que me ayudaras a recoger todos mis apuntes.

—Era lo menos que podía hacer.

—Eso e invitarme a un café —le recordó con una chispa de alegría en su voz. Como si por un momento se hubiera olvidado de quien era ella—. ¿Una estrategia para ligar? —le preguntó entrecerrando sus ojos y haciendo un mohín con sus labios.

—Noooo, nada más lejos de la realidad —se apresuró a decirle mientras su risa se contagiaba—. Venga brindemos.

Laura lo miró con gesto divertido mientras elevaba la copa, que previamente había llenado el camarero.

—¿Por qué?

—Por ti. Porque tu vida sea más fácil y llevadera —le dijo con un tono suave, casi musical que erizó la piel de Laura e hizo que su copa se balanceara en su mano. Sentía la calidez de su mirada sobre ella y como conseguía elevar más su deseo por besarla, por sentir sus brazos alrededor suyo—. Pero es un brindis que sólo me incluye a mí. Es... demasiado personal, ¿no crees? Deberíamos brindar por algo que se ajuste a nosotros dos no.

—Entonces, ¿por qué no sugieres algo?

Laura abrió la boca para decirle algo pero en ese momento el camarero llegó con la ensalada provocando una pequeña pausa. Se quedó pensativa un solo momento mientras intentaba encontrar algo que se ajustara a ambos.

—¿Qué te parece si brindamos porque nuestros deseos se cumplan?

—Me parece acertado —le dijo acercando su copa para entrecollarla suavemente con la de Laura mientras no podía apartar sus ojos de ella, estos eran una especie de hechizo que no pretendía romper.

—Venga dime, ¿cuál es tu mayor deseo? —le preguntó Laura juguetona mientras se humedecía el labio y luego se lo mordía nerviosa.

Marcos sonrió fugazmente mientras inclinaba la cabeza y su mirada se dirigía a la ventana una vez más aprovechando que parecía pensar en su pregunta.

—La verdad es que si te lo confieso, no se cumplirá.

—Buena apreciación. Luego eso significa que esperas que se cumpla, ¿eh?

—Por supuesto. Los deseos son para cumplirlos —le dijo convencido de ello, mientras volvía la mirada a la ventana.

—¿Sucede algo? —le preguntó inclinándose un poco hacia delante. Controlando en todo momento la urgente necesidad de extender su mano y acariciar la de él.

—No, claro. Sólo que... —balbuceó incapaz de encontrar las palabras. ¿Cómo podía decirle que su mayor deseo era ella? Decírselo podría complicar las cosas pese a la conversación que había mantenido con Alfredo Tespi. Recordaba a cada momento la situación de ambos. Ella era la hija de un hombre poderoso a la que le parecía imposible alcanzar pese al interés de ella por él, y al beneplácito de su padre. Él era alguien de paso en Bolonia aunque todo el lío en que lo había metido

Enrico lo estaba complicando. Marcos sonrió de nuevo tratando de mostrarse complacido, alegre y jovial en su compañía, aunque la procesión fuera por dentro. Sabía que no se enamoraría de ella porque eso sólo pasaba en las películas y en las novelas. No en la vida real. No le pasaría a él—. Pero dime, ¿y tú? ¿Qué es lo que más deseas en estos momentos?

Laura sacudió la cabeza como si no quisiera pararse a pensar en ello, pero en su mente gritaba con todas sus fuerzas su deseo mientras lo miraba con cariño. «*Besarte, perderme en tus brazos y pensar que puedo cambiar mi vida*»

—Me gustaría tener otra vida —le respondió convencida mientras sonreía y asentía convencida de que eso era posible.

—Es lógico y lo entiendo dada la situación que te toca vivir. Pero al decírmelo no se te cumplirá.

—Sé que es complicado que lo haga, por eso no me importaría gritarlo a los cuatro vientos. Intentas acostumbrarte pero siempre hay algún momento en que deseas con todas tus fuerzas ser la hija de una persona normal y corriente. Te parecerá extraño pero cumpliré mi mayoría de edad el próximo agosto. Puedo asegurarte que aunque la alcance no creo que mi vida cambié mucho a la que llevo ahora —le dijo sintiéndose cómoda con él—. Es la primera vez que hablo tan abiertamente del tema.

—Dime, ¿han vuelto a intentarlo? —le preguntó Marcos con cautela, ya que no quería que se alterara por los recuerdos. Ni él también quería parecer muy interesado en su vida privada la cual conocía por los relatos de Enrico y Alfredo.

—No, la verdad es que desde que Giorgio me vigila, no han vuelto a intentarlo. Es como un bulldog —le dijo riendo abiertamente.

—Celebro escuchar eso —le dijo alzando la copa en alto y arrancando una nueva sonrisa en el rostro de Laura—. Por cierto tienes colores.

—Es por el calor que hace aquí —se excusó ella mientras agitaba sus manos frente a su rostro en un intento por darse aire y rebajar la sensación de calor que sentía por todo su cuerpo.

—Sí, sí. Lo que tú digas —bromeó Marcos mientras asentía y Laura abría los ojos al máximo y reía.

—No, no es lo que tú piensas. No es por el vino —protestó de manera divertida, jovial, feliz mientras intentaba tranquilizarse y ahora miraba a Marcos como si en realidad fuera a matarlo allí mismo, aunque prefería quedarse arrullada entre sus brazos.

—De acuerdo, no es el vino, pero déjame decirte que te favorecen.

Laura cerró los ojos un breve instante mientras sacudía la cabeza. «*No puedo evitar esconder lo que Marcos me hace sentir con sus palabras. Maldita tonta, se me nota demasiado que me gusta, aunque él lo sabe así que tampoco pasa nada. Tal vez debería tratar de controlarme*», se dijo mientras evitaba mirarlo. Inspiró hondo intentando recomponer la situación, pero cuanto más pensaba en tratar de evitarlo, más comprendía que le resultaba difícil. Pero al mismo tiempo le gustaba sentirse así, halagada por Marcos.

—¿Vas a seguir por ese camino? —le preguntó entornando su mirada y alzando el mentón de manera orgullosa.

—¿Cómo? No sé a qué te refieres —le dijo en ese momento, mientras él lanzaba fugaces miradas a la ventana de manera distraída.

—¿Qué miras? Llevas desde que hemos llegado lanzando miradas por la ventana —observó pensando que tal vez se estuviera aburriendo con ella.

—Oh, no es nada —le respondió centrando su atención en ella de nuevo y no en el A3 negro que llevaba aparcado en la acera de enfrente. Sus dos ocupantes no sólo no se habían bajado de este, sino que estaban comiendo pizza. No sabía a ciencia cierta si serían hombres de Alfredo o enviados por quien tuviera interés en Laura. En cualquier caso prefirió no alarmarla.

Laura puso sus ojos en blanco sin saber que responderle. Le sobrepasaba. Le hacía perder los nervios. Pero, ¿qué demonios le pasa? En cuanto se muestra relajado y amable de repente parece distraerse, evadirse y no hacerme caso. «*¿Qué ocultas Marcos?*», se preguntaba mientras simulaba beber y lo observaba por encima de su copa.

Marcos decidió olvidarse del coche mientras disfrutaban de su pizza. Intentaría comportarse como ella se merecía, aunque no le gustaba nada la presencia de aquel coche.

Los dos hombres permanecían dentro del coche mientras terminaban de comer una porción de pizza comprada en un local cercano. La mirada siempre fija en el lugar donde comían Marcos y Laura. Llevaban allí apostados vigilando y esperándolos desde el momento que los vieron entrar en el restaurante.

—¿Cuánto tiempo crees que estarán? —le preguntó el más joven mientras ahora asomaba la cabeza fuera de la ventanilla.

—Llevan casi tres cuartos de hora —le informó mirando el reloj del salpicadero del coche—. No tengo ni idea de lo que tardarán en comer. De todas formas no podemos movernos de aquí, así que, ¿qué más te da lo que tarden?

—¿Tenemos alguna orden específica?

—Sólo seguirla... por ahora.

—¿Y el chico?

El conductor se encogió de hombros sin saber qué decirle.

—Las órdenes atañen a la chica.

—Pero, supongo que no lo quitaremos de en medio, ¿no? —quiso saber empleando un tono de preocupación en su voz.

El hombre al volante lo miró sin comprender que quería decir.

—¿Acaso te estás ablandando?

—No. Sólo digo que no me gustaría llegado el caso... y ya sabes.

—No tiene que sucederle nada. Es tan solo un compañero. Anda acaba de comer —le dijo haciendo un gesto hacia su porción de pizza.

☪

—¿Qué opinas de Viola y Carlo? —le preguntó de repente Laura sorprendiéndolo con esa pregunta.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa? —preguntó como si no se enterara de lo que sucedía a su alrededor.

—¿No me digas que no sabes que están medio liados? Carlo es tu compañero de piso. ¿No te ha comentado nada? —le preguntó mirándolo perpleja por sus palabras y por la expresión de su rostro.

—No sé si quiera si están juntos —le respondió encogiéndose de hombros.

—¿Sabes que eres muy diplomático cuando quieres? —le comentó sonriendo por sus palabras y con cara de no creerlo.

—Te digo lo que sé —le repitió levantando las manos en alto y poniendo cara de inocente—. ¿Qué sabes tú?

—Bueno, poca cosa. Son una pareja curiosa —dijo y al momento se quedó pensativa. «Una pareja», se dijo. No sabían la suerte que ambos tenían por tener a alguien a su lado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tan pronto se odian, como se comen a besos. ¿No te has dado cuenta? ¿En qué mundo vives Marcos? —le preguntó como si no se creyera que él no supiera nada de esa relación.

—La verdad es que mi atención está en otros asuntos. Me disculpas, voy al cuarto de baño.

—¿Y si viene el camarero por los postres...? —le preguntó sorprendida por su comportamiento. ¿Cómo era posible que no supiera que su compañero de piso estaba liado con su amiga y compañera de clase a la vez? En verdad que le daba la impresión que vivía en su mundo y que el resto no parecía importarle lo más mínimo.

—Tarta de queso —le dijo guiñándole un ojo y deslizando su dedo por su nariz provocándole un leve cosquilleo. Lo siguió con su mirada mientras en su cabeza volvían a revolotear extraños pensamientos en torno a él. Un chico rodeado por un halo de misterio que en vez de aclararse parecía enredarse más y más.

—¿Quién eres, Marcos? —se escuchó preguntar en un susurro mientras él desaparecía de su vista.

Caminó con el móvil en la mano marcando el número de Alfredo. Empujó la puerta del baño y se aseguró que no había nadie. Luego se encerró mientras esperaba a que Alfredo respondiera.

—¿Qué pasa Marcos? ¿Cómo marcha la comida? La he dejado porque se le notaba sus ganas de estar contigo. Y sé que a tu lado está segura —le dijo con una ligera risa—. Dime, ¿algún contratiempo?

—Hay un A3 negro aparcado a escasos metros del restaurante.

—No tengo esa marca de coches —le dijo de inmediato sabiendo lo que quería saber Marcos.

—Hay dos hombres en su interior.

—Bien, avisaré a Giorgio para que se acerque en cuanto termine de comer.

—Hazlo, pero que no se delate. Que no llame la atención. Eso alertaría a Laura, aunque intuye que él está cerca.

—Le diré que esté atento por si debiera intervenir.

—Escucha tengo que volver a la mesa. Sólo quería asegurarme si eran hombres tuyos.

—No, no lo son. Puedo asegurártelo. Ten cuidado Marcos —le dijo con un toque de advertencia y preocupación mientras apretaba con crispación el teléfono.

Marcos abandonó del cuarto de baño para regresar a la mesa, donde ahora Laura jugueteaba con su cuchara. La observó detenidamente sin que ella se diera cuenta. Le pareció indefensa y frágil. Le había confesado sus temores y sus anhelos. Y él haría todo lo posible por desterrar los unos y lograr que cumpliera los otros. Inspiró hondo mientras trataba de contener sus impulsos de robarle un beso para asegurarle que él estaba allí. Que no la abandonaría. Que se había ganado algo más que su amistad.

Laura sonrió al ver como la miraba. Le hizo un gesto con su cabeza para que se sentara.

—¿Quieres un poco de pastel? —le preguntó partiendo un trocito de este para recogerlo con la cuchara y tendiéndoselo para que lo probara.

Marcos se quedó mirando la expresión de su rostro por encima de la cuchara.

—Si no te importa que me la lleve a la boca.

—Si me importara no te la ofrecería —le rebatió dejándolo cortado. Sonrió al sentirse tocado y hundido por su comentario, además de su expresión llena de picardía—. Te advierto que hay gente muy escrupulosa.

—Yo no —le dijo con franqueza al tiempo que encogía sus hombros como si no le diera importancia a este hecho.

Marcos cogió la cuchara dejando que sus dedos rozaran los de Laura de manera tímida, pero intencionada al mismo tiempo. Ella se dio cuenta de su acción y dejó que la acariciara sin decir nada, sintiendo, saboreando ese momento mientras Marcos se llevaba la cuchara a su boca y pensaba si los labios de Laura serían tan dulces y tan suaves como el pastel. Era consciente del juego de seducción por parte de ella pero en ese momento era precisamente lo que menos necesitaban.

—¿Quieres un pedazo del mío? —le preguntó Marcos señalando con la cuchara su porción de tarta de queso.

Laura tenía su rostro apoyado sobre su mano mientras su mente tejía sueños que tal vez nunca llegarán a cumplirse. Asintió de manera casi imperceptible mientras Marcos le tendía la cuchara esperando su reacción. Le sorprendió no hiciera ademán de cogerla, sino que acercó su boca a lentamente. Pero lo que no esperaba era que él la retirara justo en el momento, que ella iba a cubrirla con sus labios. Sonrió divertida cuando él se la retiró.

—Eh, eso no es justo —protestó como un niño mientras su pecho se agitaba de manera acelerada y mostraba un fingido enfado.

—¿Serías capaz de decirme que es lo justo y que no lo es en este momento? —le preguntó dejándola pensar en ello, sin que fuera capaz de darle la respuesta.

«Es injusto que el destino juegue con nosotros como lo está haciendo. Pero tal vez después de todo sea lo justo ya que pertenecemos a mundos opuestos», se dijo mientras sonreía tímidamente y volvía a acercarse a la cuchara de Marcos.

—Es justo que me des un trozo de tu tarta. Yo te di de la mía —le recordó mientras Marcos asentía complacido por esa explicación. Apoyó sus manos sobre la mesa y se inclinó hacia la cuchara. Cuando la vio acercarse a Marcos se le pasó por la cabeza cometer una locura, justo en ese momento quiso levantarse y que fueran su boca lo que encontrara. Pero desistió controlando una vez más sus impulsos. No podía permitir que nada lo distrajera.

Laura sonrió divertida mientras sentía la mirada de él fija en todo momento, pero no en sus ojos, ni en su rostro sino en sus labios. Sabía lo que debería estar pensando, lo que tal vez estuviera deseando hacer y lo que a ella no le hubiera importado. Recibir sus labios a cambio de un pedacito de tarta de queso. Pero por ahora se conformaba con tener su sabor en la cuchara, mientras sonreía y se humedecía los labios relamiéndose.

Marcos pidió la cuenta aprovechando que Laura se había ausentado para ir al baño. Durante esos minutos aprovechó para ver si el coche seguía allí. Apretó sus dientes en un claro gesto de furia cuando descubrió que no se había movido. Ni sus ocupantes se habían bajado. Estaba claro que los estaban vigilando, y que seguramente aguardarían a que salieran del restaurante para ir tras ellos. Bueno lo principal era protegerla. De manera que su mente comenzó a trabajar rápido.

Cuando Laura regresó a la mesa Marcos estaba de pie listo para marcharse.

—Gracias —le dijo acercándose hasta él para besarle de manera tímida y dulce, pero reveladora mientras él le correspondía.

—¿Puedo saber por qué? —le preguntó confundido por su gesto.

—Por hacer que me olvide de mis problemas por unas horas.

—No tiene importancia, aunque celebro que lo haya conseguido aunque sea por unas horas.

Abandonaron la *trattoria* sumidos en una especie de halo mágico ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor, o eso quería hacerle entender Marcos. Volvió el rostro de manera inconsciente hacia aquel coche y sintió un repentino escalofrío recorriendo su cuerpo, pero no le dijo nada a Laura para no asustarla sin motivos. Buscó a Giorgio pero no lo encontró a primera vista. Laura pareció darse cuenta de lo que sucedía. Fijó su mirada en la misma dirección que la de Marcos y vislumbró el coche. Si era lo que pensaba sólo tenía a Marcos para ayudarla. «¡Marcos!» gritó en su mente al darse cuenta del peligro que podía correr por ella.

—¿Sucede algo? —le preguntó a Marcos, consciente de lo que podía estar sucediendo.

—No, nada. Anda vámonos. Me apetece tomar un café. Voy a llevarte a un sitio muy íntimo —le dijo al reconocer que ese coche no pertenecía a su padre.

«Pero, ¿dónde está Giorgio?» se preguntó sintiendo que por primera vez deseaba que apareciera.

—Arranca —ordenó más joven al conductor mientras arrojaba su cigarrillo por la ventanilla y después la subía.

—Nos ha visto —le dijo éste poniendo el motor en marcha.

—Ve despacio.

El Audi A3, se deslizó lentamente por la calle manteniendo cierta distancia con los dos chicos que parecían caminar ajenos al vehículo.

Fue Marcos, quien volvió el rostro de repente para ver como el coche se les acercaba. Laura percibió que algo no iba bien. ¿Era lo que ella creía? ¿Qué iban por ella una vez más? Miró por encima de su hombro al ver como el coche se aproximaba mientras su pulso se aceleraba poco a poco sintiendo como su corazón parecía querer subirsele a la garganta.

—¿Confías en mí? —le preguntó de repente mientras su mirada iba del rostro de Laura al coche y le apretaba la mano con decisión.

Laura asintió ya que el miedo parecía haber paralizado su garganta y las palabras se le habían quedado atascadas.

—¡Entonces corre! ¡Vamos! —le gritó sin soltarla mientras emprendían la carrera cruzando por delante del coche, obligándolo a frenar con un chillido estridente de sus neumáticos.

La puerta del pasajero se abrió de golpe y el hombre salió mientras detrás de él se formaba un atasco. Se volvió hacia ellos levantando en alto su mano con el anular bien extendido. Volvió dentro del coche para golpear el salpicadero con evidentes signos de cabreo por haberlos perdido.

—¡Joder! Sabían que les estábamos siguiendo. ¡Mierda!

—¿Qué hacemos? —le preguntó el conductor mientras continuaba esperando a poder girar en la siguiente calle.

—Da una vuelta por si los vemos. De todas maneras tampoco pasa nada. Sabemos dónde vive ella y sus compañeros.

—El chico...

—No sé quién es. Pero si piensa que nos la puede jugar...—El hombre esbozó una sonrisa de hiena—. Lleva las de perder.

Marcos y Laura no pararon de correr hasta que estuvieron completamente seguros que ya no les podían seguir. Se adentraron en la Piazza Maggiore, donde consiguieron mezclarse con la gente que allí había en esos momentos. Sólo entonces decidieron detener su carrera frenética y mirarse fijamente mientras jadeaban por el esfuerzo de la carrera hasta que poco a poco comenzaron a recuperar el pulso. Marcos se acercó hasta ella para abrazarla con todas sus fuerzas, con todas sus ganas haciéndole ver que estaba allí con ella. Que la protegería hasta el final. Que no estaría sola. La sentía entre sus brazos mientras la besaba en el pelo y le pasaba la mano por el mismo con ternura. Laura quería seguir aferrada a él por temor a que si se separaba, algo malo podría sucederle. Sus manos tomaron su rostro enmarcándolo sólo para él al tiempo que las yemas de sus pulgares acariciaron sus mejillas mientras abría los labios para tomar aire.

—¿Estás bien? Asegúrame que lo estás, por favor —le pidió con una voz firme.

Laura cerró los ojos e inspiró profundamente al tiempo que sus propias manos cubrían las de él para que no las apartara. Quería que las dejara allí como si fueran una protección para ella.

—Estoy bien —consiguió decirle mientras sentía la suave caricia de sus dedos en sus mejillas de aquella manera tan... reveladora. Quería que él se inclinara sobre ella y la besara. Que le dijera que no corría peligro y que nunca permitiría que le sucediera nada, que siempre estaría a su lado para protegerla. Pero eran unos deseos muy egoístas por su parte. Arriesgar la vida de él por cumplir los suyos propios... —¿Y tú? —quiso saber mientras ahora era ella quien le pasaba las manos por su cara y un gesto de preocupación empañaba sus ojos.

—Yo estoy bien. No te preocupes. Me preocupa más lo que pueda sucederte a ti —le dijo con toda intención dejando paralizada a Laura.

—No deberías estar...

—¿Contigo? —le preguntó sorprendido porque pudiera estar pensando en ello. No. Él no la dejaría sola. No la abandonaría. Se lo había prometido.

—¡Mierda! No quiero que meterte en este lío. Por mi egoísmo, por mis ganas de estar contigo —le dijo mientras se mesaba los cabellos presa de los nervios

—Tengo miedo por tí, Marcos —le confesó mientras lo abrazaba y dejaba que su cabeza reposara en su pecho para escuchar los latidos de su corazón.

—No tienes nada que temer —le aseguró mientras ella levantaba su mirada—. Y ahora vamos, regálame una de tus sonrisas —le pidió deslizándose su mano bajo su mentón para que lo hiciera posible mientras pensaba en sus palabras acerca de que quería estar con él.

Laura sonrió de manera dulce y cariñosa mientras sentía su rostro arder. Marcos había llegado a su vida sin previo aviso, sin preguntarle que pensaba de ello y ella le dejó entrar sin pedirle nada a cambio. Pero ahora mismo le preocupaba la suerte que pudiera correr por estar con ella. Debía alejarlo de ella cuanto antes. Lo miró entre el velo de las lágrimas que ahora empañaban sus ojos.

—Creo que sería mejor que tú y yo... —comenzó diciendo entre balbuceos porque en el fondo no deseaba lo que le iba a decir—. Es mejor que te alejes de mí. Que no volvamos a quedar. Que...

—¿Quieres que me marche de tu lado? —Le preguntó algo confundido por su petición—. ¿Por qué?

—Porque tengo miedo de que pueda sucederte algo malo. Algo que no me perdonaría en la vida —le confesó mirándolo con una intensidad y una preocupación que hasta ahora no había sentido por él—. ¡Vete! ¡Aléjate de mí antes de que sea demasiado tarde! ¡Márchate! ¡No quiero volver a verte! —le gritó empujándolo mientras sus palabras sonaban sin convicción. Sin sentir lo que decía. Diría o haría cualquier cosa antes de que a él le sucediera algo por su culpa.

—No pienso dejarte sola ni un instante —le dijo con franqueza al tiempo que deslizaba sus dedos por los labios de ella trazando su contorno—. Además, no es cierto lo que dices. En realidad no quieres que me aleje de ti.

—Pero... ¿y si te sucede algo? ¿Y si te hieren o te matan? Ya has visto que no van a detenerse hasta que consigan su objetivo —le recordó sintiendo un escalofrío recorrer su espalda con el solo hecho de imaginarlo tirado en un charco de sangre—. No me lo perdonaría en la vida.

El brillo de las lágrimas producía un efecto mágico en sus ojos. Las retuvo con todas sus fuerzas mientras la congoja la atenazaba el corazón. Pero al cerrarlos para contenerlas una escapó rauda de sus ojos para deslizarse por su mejilla.

—Nada va a sucederme —se apresuró a decirle mientras borraba el trazo de su lágrima —. Pero eres un estudiante Erasmus que tiene una familia en España, unos amigos, alguna chica esperando tu regreso, no sé...

—Mis padres están tranquilos. Y mis amigos tienen su vida propia. Ah, y no me espera ninguna chica —matizó mientras sonreía—. Estoy libre. ¿Es que acaso estás pensando tener algo conmigo al respecto? —le preguntó tratando de provocarle la risa. Hacerle olvidar lo que había sucedido, o podría llegar a suceder.

—Serás... creído.

«¿Es que no te das cuenta de lo que me pasa cuando estoy contigo? ¿No te has fijado en las miradas que te lanzo? ¿Es que el hecho de haber estado juntos al fin de semana pasado en la fiesta de Stella no significa nada para tí?» se preguntaba una y otra vez mientras miraba a Marcos con cara de incredulidad. «Chicos, ¿quién los entiende? ¿Es que sólo se enteran si te los llevas a la cama?»

—Anda vamos —le dijo sonriendo—. Es mejor ir a tu casa.

—¿A mi casa? —le preguntó contrariada. Sabía que si iba y les contaba lo sucedido, no la dejarían volver a salir.

—Tus padres deberían saber lo que ha pasado, ¿no crees?

—Pero estará vigilada y tendrán opciones de cogermelo. Y entonces tú... —dijo nerviosa ante esta posibilidad mientras se mordía el labio en señal de temor.

—No te preocupes. Iremos por una ruta distinta. Vigilaremos cada una de las calles por si hay algo fuera de lo normal —le prometió cogiéndola de la mano una vez más.

Laura inspiró hondo pensando en lo que su padre diría de todo esto. En cuanto se enterara la encerraría en casa y sólo saldría para ir a la facultad evitando fiestas y demás acontecimientos sociales. Aunque no le atraía nada la idea, tal vez fuese lo mejor. Si con ello salvaba a Marcos. Alejarse de él no era lo que ella deseaba, pero era una posibilidad para que no corriera riesgos innecesarios. ¿Se sacrificaría para que él siguiera vivo? Su mente y su corazón iban por caminos distintos. ¿Lograrían encontrarse en algún punto de los mismos?

—En cuanto se lo contemos a mi padre no podré salir de casa salvo para ir a la facultad. Ni siquiera podría quedar con mis compañeras para salir. Ni podría verte —le susurró en sus labios mientras sentía la urgente necesidad de que la besara.

Marcos sonrió de manera tímida mientras sopesaba en su mente esas palabras. Había algo entre los dos. ¿Tal vez una mera atracción? ¿Un deseo? Le gustaba Laura, eso no podía negarlo, pero si no se mantenía frío, todo podría complicarse en demasía.

—Pues entonces vendré a visitarte y tomaremos un *capuccino con panetone* —le dijo sonriendo en un intento de quitar hierro a la situación.

—Mira que eres... —El calificativo se quedó en suspenso cuando él se quedó mirándola pensativo sin saber cómo reaccionar. Si ya la situación se había enredado desde un primer momento, ahora con la escena vivida con sus perseguidores... Debía tomarse las cosas con calma y esperar a ver qué les deparaba el destino. No quería forzar la situación y que después las consecuencias fueran irreparables.

—Insisto en ir a tu casa —le dijo haciendo un gesto con su cabeza. No había soltado su mano en ningún instante durante el trayecto, hasta que Laura se soltó situándose frente a él impidiéndole el paso con sus brazos—. ¿Qué sucede ahora?

—Prométeme que no dirás nada de lo sucedido a mis padres —le pidió entornando su mirada hacia él y apuntándolo con un dedo como si lo estuviera acusando.

—Pero... No puedo hacerlo. No me pidas que pase por alto lo sucedido. Corres peligro —protestó Marcos mientras giraba el rostro hacia el otro lado de la calle evitando mirarla. Laura se apresuró a volverlo hacia ella posando su mano en su mejilla. Su mirada parecía reflejar enfado, pero en cuanto posó su otra mano en su rostro enmarcándolo y mirándolo de aquella manera tan intensa, no pudo pensar, ni pudo hablar, porque en esos momentos no era consciente de que su voluntad ya no le pertenecía.

—Yo se lo contaré llegado el momento. ¿De acuerdo? —le pidió mientras inconscientemente sus dedos acariciaban el rostro de Marcos con una exquisita ternura.

Marcos parecía resignado ante aquella petición. ¿Qué podía decirle si se lo pedía de aquella manera? Si accedía a hacerlo la complacería. Además, él podría hablar con Alfredo en otro momento. Sacudió sus brazos y su rostro reflejó la resignación mientras ella le sonreía.

—Tú ganas. Tienes mi palabra —le dijo alzando la mano como si estuviera jurando.

Entonces sucedió algo que él no esperaba. Laura se aferró a los brazos de él para que se quedara quieto en el sitio mientras lo besaba. Sintió sus labios suaves posarse sobre los suyos de una manera fugaz, pero de una manera tan dulce que lo descolocó por completo olvidando su cometido. No pudo reaccionar de otra manera que no fuera correspondiendo a su beso fugaz. La miró desconcertado mientras los ojos de ella chispeaban de emoción y sonreía divertida.

—¿Por qué me miras de esa manera?

Marcos se guardó sus pensamientos para él sólo. No quería hacerle partícipe de lo que le hacía sentir porque pensaba que hacerlo lo haría más vulnerable y no podía permitírselo en esos momentos.

—Eres tremenda —le dijo sacudiendo la cabeza sin poder creer lo que le estaba sucediendo.

Dieron varias vueltas a la manzana para comprobar que no había ningún coche fuera de sitio. Que nada raro sucedía en las inmediaciones de la casa de Alfredo Tespi. Sólo cuando Marcos estuvo seguro al ciento por cien tomó a Laura de la mano y corrieron hacia la puerta. Llegaron sin que nadie los esperara y menos su madre, quien frunció el ceño al verla aparecer mientras charlaba con Alisa, la encargada de que todo en la casa estuviera en orden.

—¿Qué hacéis aquí tan pronto? Pensábamos que te tomarías la tarde para comer con Marcos.

—Es que no teníamos nada más que hacer. Hemos comido, tomado café... —le comentó con un leve temblor en su voz producido por los últimos acontecimientos.

Claudia entornó su mirada hacia su hija como si intuyera que algo raro había sucedido para que ella hubiera regresado tan pronto.

—Tu padre está terminando de arreglar unos asuntos antes de irnos a Milán la semana que viene —le informó dirigiéndose a Laura mientras pasaban al salón y se sentaban. Marcos se desprendió de su abrigo y lo dobló dejándolo sobre un sillón. Al momento una persona del servicio de la casa vino por él. Luego cogió el

de Laura así como su bolso.

—¿Milán? No sabía nada —le confesó Laura confusa por aquella repentina noticia.

—Ni yo, mi pequeña —suspiró resignada su madre—. Todo ha sido muy repentino. Así son los negocios. Ya sabes que tu padre va a dejar la presidencia de la compañía y hay todavía muchas cosas por terminar; reuniones, firmas, ya sabes... —le comentó con un toque algo monótono en su voz—. No sé si tu padre te pedirá que vengas con nosotros —le informó muy serio mientras el gesto del rostro de Laura reflejaba el consiguiente mal humor y rechazo.

—Pero sabes que esas reuniones de papá son muy aburridas. Además, él estará constantemente reunido y tú estarás igual de ocupada con las finanzas de la firma —le recordó con un tono que ahora reflejaba cierto malestar.

—Lo sé, lo sé, pero...

—Tengo que estudiar. Los exámenes finales están a la vuelta de la esquina. Y Marcos y yo tenemos que entregar un trabajo conjunto la semana que viene, ¿verdad? —le preguntó mirándolo de repente con un gesto de complicidad mientras Marcos estaba dispuesto a jurar que así era. Que en verdad tenían que hacer un trabajo.

—Sí, es verdad el trabajo de la profesora Bercelli —afirmó Marcos fingiendo sorpresa por no haberse dado cuenta de ello.

La madre de Laura los miró a ambos con una sonrisa divertida. Sabía que era una ocurrencia de su hija. De su inexperiencia y su sentimientos hacia Marcos.

—¿Por qué te ríes, mamá?

—Porque mentís muy mal —le dijo provocando una sonrisa de complicidad en ambos muchachos—. No sé si de verdad tienes que entregar ese trabajo o no pero seguro que no corre prisa. Y en cuanto a los parciales... llevas todos aprobados con muy buenas notas.

—Es cierto. Tenemos un trabajo que hacer —insistió Laura tratando de convencer a su madre y a ella misma porque Marcos no estaba ahora mismo pensando en ello, sino en lo que supondría que sus padres se marcharan dejándola sola, a excepción de los hombres de seguridad.

La puerta del despacho en el que su padre se encontraba, se abrió de repente. Por ella apareció Alfredo Tespi el gran diseñador y vendedor de moda de Italia. Sonrió abiertamente al ver a su hija allí.

—Mi pequeña, ¿qué hacéis aquí? Terminasteis pronto de comer —le dijo mirando el reloj y fingiendo ser ajeno a todo lo sucedido gracias a Marcos.

—Sí, acabamos pronto. ¿Te acuerdas de Marcos? Estuvo en la fiesta de Navidad —le dijo dirigiéndose hacia éste.

—Claro que lo recuerdo —asintió con una sonrisa bien disimulada mientras le estrechaba la mano y se miraban fijamente. Laura creyó ver cierta complicidad entre su padre y Marcos, que le agradó. Como si le hubiera caído bien nada más conocerlo. O como si ya se hubieran visto antes—. ¿Qué tal el curso, Marcos?

Tal vez fue sólo Marcos quien detectó una excesiva entonación en la pregunta de Alfredo, y el mensaje implícito.

—Con algunos problemitas, pero sacándolo adelante.

—No sé si os dije que Marcos es español y que estudia en Bolonia con una beca —le dijo Laura mientras su rostro se iluminaba cada vez que hablaba de él.

—Eso significa que estarás en Bolonia hasta que finalice el curso, ¿no? —quiso saber Alfredo mientras cogía la mano de su hija entre las suyas y la palmeaba cariñosamente, pero miraba a Marcos esperando que le diera noticias.

—En principio así lo haré.

Aquella afirmación provocó un nudo en la garganta de Laura, y una mirada de tristeza no ajena para ninguno de los presentes.

—Bueno, tal vez encuentres la manera de quedarte y seguir estudiando aquí.

—Eso es algo que todavía no me he planteado —le dijo mirando de reojo la reacción de Laura a sus palabras. No sabía exactamente qué decir, ni cómo comportarse. Todo había cambiado en las últimas semanas. Y ahora más después del incidente con el coche, del que Laura parecía no querer contar nada.

—El tiempo dirá. Bueno, estoy preparando todo para irnos a Milán —le informó mirando ahora a su madre.

—Sí, mamá ya me lo ha contado —dijo en un susurro, que no pasó desapercibido mientras bajaba la mirada hacia sus manos para que percibieran sus vidriosos ojos—. Que dejas la firma y todo lo que eso acarrea.

—¿Sucede algo? —le preguntó su madre mirando a Laura y luego a Alfredo. Después miró a Marcos, quien intentó que Alfredo descifrara su expresión. Marcos asintió levemente cuando él le hizo un gesto con sus cejas. No había dicho nada hasta ahora. Se lo había prometido a ella y no iba a traicionarla, aunque sabía del riesgo que corrían al no contar lo sucedido.

—Me estáis asustando —intervino Claudia por el silencio que se había posado en el salón.

Laura no podía dejar de pensar en el Audi A3 que los estaba vigilando desde el otro extremo de la calle. Ni la pequeña persecución, a la que se habían visto sometidos. En esos momentos sólo podía pensar en el peligro que podría correr Marcos por estar junto a ella, y no en el suyo propio. Si era egoísta no le pediría que se alejara. Y no lo haría porque algo en su interior se lo impedía. Ahora bien, no podía permitir que le sucediera nada mientras estuviera con ella. De manera que iba a pedirle algo a su padre que por primera vez no era para ella.

—Papá, quería pedirte protección para Marcos —le pidió levantando la mirada de sus manos para fijarla en los ojos de su padre.

Su madre se sobresaltó al escucharla. Miró al muchacho buscando una respuesta pero Marcos estaba tan sorprendido por la petición de Laura, que no sabía que responder.

—¿Por qué me pides eso? ¿Qué ha sucedido? ¿Has tenido algún percance? —le preguntó mirando de reojo a Marcos buscando su confirmación. La llamada que le había hecho desde el restaurante lo había inquietado.

—¿Hay algo que deberíamos saber hija? —le preguntó su madre alterada mientras la miraba fijamente.

Laura inspiró hondo mientras cerraba los ojos. Al abrirlos los dejó fijos en Marcos, mientras una tímida sonrisa se perfilaba en su rostro risueño. Marcos percibió la preocupación por él, el cariño en su mirada, la ternura en su sonrisa, su sacrificio por protegerlo, ya que recordaba lo que le había dicho que haría su padre. Dejarla en casa.

—Está bien es mejor que lo sepáis por mí. Cuando salíamos del restaurante —comenzó diciendo mientras su padre fruncía el ceño y su respiración se agitaba. Su madre se había quedado boquiabierta esperando que ella continuara—. Un coche comenzó a seguirnos.

—¿Qué coche? —le preguntó su padre interrumpiendo su narración fingiendo saberlo en esos momentos.

—Un Audi A3. Pensé que eran conocidos tuyos pero recordé que nunca hemos tenido ese tipo de coche.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó su madre angustiada por la narración de los hechos.

—Nada mamá. Marcos reaccionó rápido cogiéndome de la mano para salir corriendo delante de ellos. Se vieron obligados a dar un frenazo —resumió sin dar más detalles.

—¿Lograste verles la cara? ¿Algo que nos pueda ayudar a localizarlos? —le preguntó su padre furioso porque le hubieran dado ese susto.

Laura sacudió la cabeza.

—Pero, ¿y Giorgio? ¿Dónde se suponía que estaba? —preguntó Claudia exaltada por este incidente mientras miraba a Alfredo.

—Le dimos esquinazo —respondió Laura con cierto pudor porque de no haberlo hecho tal vez nada hubiera sucedido.

—Pero... ¿cómo que le disteis esquinazo? ¿Sabes lo que has hecho? ¿Cómo...? Te vendrás a Milán con nosotros. No hay más que hablar —le dijo de repente su madre.

—Nooo, no voy a permitir que acaben con mi forma de vida. No dejaré que se salgan con la suya. Hacerlo sería darles la razón. Quedarme en casa no arreglaría nada porque lo seguirían intentando de una u otra manera —le rebatió Laura mirándola fijamente mientras su corazón latía acelerado por el solo hecho de separarse de Marcos.

—No hay elección. No pienso dejarte aquí sola. Vendrás a Milán con nosotros —le dijo su madre alzando la voz de manera autoritaria sin importarle que Marcos estuviera allí.

—No lo estaré. Tengo a Giorgio, a Steffano. Y también a mis amigos. Y a Marcos —le dijo mirándolo de manera fija y sin pensar fríamente que lo pondría en peligro si fuera a todas partes con ella.

— ¿Prendes poner la vida de este chico en peligro por tu egoísmo? —le preguntó incrédula dirigiendo su mirada a Marcos, quien permanecía callado e imparable.

Aquella pregunta la dejó sumida en un silencio. Sus hombros parecieron relajarse de repente como si se sintiera abatida por la situación que estaba atravesando. Su madre tenía razón: su egoísmo ponía en peligro a Marcos. Pero, ¿qué podía hacer? Quería estar con él y a la vez protegerlo. Algo que por ahora le parecía imposible.

— ¿Te das cuenta el peligro que corre por estar contigo y ayudarte? —le preguntó tratando de hacerle ver el riesgo innecesario que ahora corría.

—Lo sé. ¿Crees que no me culpo por ello? ¿Crees que no me arrepiento de haber quedado con él? Pero no pensé que pudiera suceder algo después del tiempo pasado. Quiero hacer mi vida, no quiero vivir con miedo. Ni quiero esconderme. No es justo. Quiero la vida de una chica de diecisiete años. ¿Tan complicado es tenerla? —les preguntó mirándolos con una mezcla de rabia e impotencia.

Marcos la contemplaba ensimismado, asombrado por el poder que desprendía por todos sus poros. Por la determinación que demostraba en seguir adelante con su vida, independientemente de lo que pudiera sucederle. Ahora más que nunca la admiraba por su valentía porque estaba dispuesta a luchar por lo que quería. Intercambió una mirada con Alfredo como si quisiera ver que él estaría junto a ella.

—No has dicho nada —apuntó su madre mirando a su marido, quien en todo momento parecía estar calculando los riesgos de todo ello.

—Laura tiene razón. No puede estar escondiéndose toda su vida. Es cierto que durante el último año no ha llevado una vida acorde a su edad. Ahora va a la universidad donde está en su derecho de divertirse y salir. Eso no podemos negárselo —siguió diciendo mientras el rostro de su mujer reflejaba el asombro lógico por esta explicación—. Pero también es cierto que necesitas protección. Y según parece ahora más que nunca.

—Aceptaré la protección siempre y cuando incluya también a Marcos —le dijo con seriedad mientras le lanzaba una fugaz mirada.

—Pues claro, Marcos también contará con protección. Pero, muchacho, ¿te ha explicado Laura lo que supone estar a su lado? —le preguntó entornando su mirada hacia él fingiendo en todo momento que se conocían perfectamente. Y que él sabía cuál era la situación.

—Soy consciente de su situación —le respondió con una determinación y una autoridad que sorprendió a los tres—. Y tenga por seguro que no pienso separarme de ella en ningún momento.

Aquellas palabras insuflaron ánimos a Laura, quien no podía dejar de sentir aquello por él. No, sabiendo que no le fallaría.

—No eres consciente de lo que estás diciendo, hijo —le interrumpió la madre de Laura—. ¿Y tu familia en España? ¿Qué pensarán de todo esto si llegan a enterarse de lo que sucede? ¿Piensas decirselo? —le preguntó con un toque de angustia en su voz.

—Entiendo su preocupación, pero no debería hacerlo. Lo sabía cuándo invité a comer a Laura —dijo mirándola con intensidad, con decisión. La encontraba preciosa con aquella media sonrisa tímida. Miró a Alfredo recordando la conversación que habían tenido a comienzos de semana; no la había olvidado—. En cuanto a mi familia no se preocupe, siempre he sido bastante independiente.

—Pero... ¿Y qué pasará si por desgracia...?

—Eso no sucederá —le aseguró Marcos convencido de sus palabras—. Quédate tranquila.

—Pero... Pero, ¿lo estás oyendo? —le preguntó a su marido Alfredo, quien escuchaba con atención cada palabra—. Esto no es un juego, muchacho. A mi hija han intentado secuestrarla.

—Lo sé. Pero tampoco pienso dejarla de lado.

—Pero dime, ¿qué pasará una vez que finalices tus estudios aquí en Bolonia? ¿También te quedarás junto a ella aunque no se haya resuelto este problema? —le preguntó contrariada por la situación.

Aquella pregunta captó toda la atención de Laura. No había nada que deseara más en este mundo que él le prometiera que se quedaría con ella más allá del curso. Ese era el deseo que había pedido en la comida. No quería ser egoísta una vez más. Ya bastante lo había sido al meterlo en este lío. «¿Por qué no rechacé tu oferta sabiendo lo que podía suceder? ¿Por qué no lo evité?», se preguntaba en esos momentos. Pero no encontró la respuesta en sus pensamientos; ni en sus palabras. No. La respuesta estaba en su piel cuando se erizaba con el leve roce de los dedos de él. En los latidos de su corazón al acelerarse cuando él la miraba haciéndola sentirse única. En el deseo latente que experimentaba cuando sus labios se acercaban tentadores a los de ella.

—Ese es un tema que ahora mismo carece de importancia, ¿no cree? —se limitó a responderle con un gesto serio en su rostro.

—Tienes toda la razón Marcos. Ahora mismo lo que cuenta es protegeros a los dos. Dejármelo de mi cuenta y no os preocupéis —intervino Alfredo tratando de quitar hierro al asunto.

—Gracias papá —le dijo Laura dándole un beso en la mejilla.

—Pero a condición de que hagas todo lo que Giorgio y Steffano digan. Y nada de darles esquinazo, que nos conocemos. Hacerlo te pondría en un serio riesgo y a Marcos también —le advirtió alzando su dedo índice en alto para reforzar su advertencia.

— ¿Eso significa que no tengo que ir a Milán con vosotros? —le preguntó con cierto recelo a que su padre cambiara de opinión.

— ¿Quién ha hablado de que vengas a Milán? —le preguntó mientras alzaba una ceja y miraba a su mujer.

—Esto es de locos —murmuró Claudia mientras sacudía la cabeza y se llevaba la mano a los ojos como si no quisiera ser testigo de lo que allí se estaba organizando. Miró a Alfredo intentando que le aclarara qué diablos estaba sucediendo allí. Porque estaba segura de que algo había que no le había dicho.

—Bueno, creo que es hora de que me marche —dijo de repente Marcos para decepción de Laura, quien lo miró aterrada porque estuviera solo por Bolonia y porque deseaba pasar la tarde con él.

— ¿Puedo ir contigo? Quiero asegurarme que llegas bien a casa —le dijo con un tono de preocupación, que le agradó produciéndole un extraño revuelo en su interior.

—No es necesario, de verdad. No me pasará nada —le dijo con una amplia sonrisa al tiempo que por dentro se sentía querido cada vez que ella mostraba su preocupación por lo que pudiera llegar a sucederle—. Es mejor que te quedes y descanses.

—Pero...

—Marcos tiene razón hija. Es mejor que te recuperes del susto. Estás agitada y él estará bien —intervino su madre—. Uno de los chicos lo acercará a su piso o a la residencia de estudiantes donde se aloje.

Laura no parecía convencida del todo a juzgar por el gesto de decepción de su rostro. No quería separarse tan pronto de él, aunque se volvieran a ver esa misma noche. Las horas lejos de él se le harían eternas sin saber con qué llenarlas.

—Deja que se marche con él —dijo de repente su padre desconcertando a su esposa Claudia una vez más.

Nada más escuchar aquellas palabras el rostro de Laura se iluminó mientras recogía su chaqueta y su bolso. Marcos miró fijamente a Alfredo mientras asentía con sus ojos de una manera imperceptible para los demás.

—Prometo estar de vuelta en seguida —le dijo a su madre mientras la besaba en la mejilla.

—Ha sido un placer volverlos a ver, señores —dijo Marcos de manera cortés a los padres de Laura mientras ella lo aguardaba impaciente.

—Avisaré a Giorgio para que os lleve —dijo Alfredo mientras iba en su busca.

Durante esos breves instantes de espera Laura sentía la mirada de Marcos provocando diferentes sensaciones que no era capaz de describir. ¿Estaba segura de lo que estaba haciendo? Parecía estar dando un paso más allá de lo permitido, pero en esos momentos no sabía cómo frenar a su corazón.

—Giorgio, lleva al joven Marcos donde te indique. Ah, y trae de vuelta a Laura. Luego te daré más instrucciones.

—Sí señor.

Los dos chicos siguieron a Giorgio mientras Alfredo y Claudia permanecían en silencio observando cómo se marchaban. Una vez a solas por completo Claudia se dirigió a su marido en busca de una explicación por sus últimas decisiones.

—Vas contarme ahora mismo qué está pasando aquí —le exigió Claudia con un tono que no dejaba lugar a dudas, y que provocó una sonrisa irónica en Alfredo—. ¿Por qué te has mostrado tan permisivo con Laura? Su vida corre peligro —le recordó agitada porque aún no se le había pasado el susto de lo narrado

por su hija.

—Tranquilízate mujer —le dijo con una calma que exasperó más aún a Claudia—. Ven un momento al despacho.

—¿Que me tranquilice? Pero...

—Laura está en buenas manos —le aseguró mientras extraía un portafolios de la caja de seguridad.

—¿Con Marcos? Pero, ¿y si le sucede algo? ¿Te has parado a pensar en...? ¿Qué es esto? ¿Qué quieres que haga con este portafolio? —le preguntó mientras lo tomaba en sus manos.

—Ábrelo y lee su contenido, pero ten cuidado de no extraviar ningún papel.

Claudia miró a su esposo como si no lo conociera. ¿Qué estaba tramando? ¿Qué contenía aquel portafolio? Decidida a averiguar la verdad lo abrió y comenzó a leer lo que éste contenía. Su rostro pasó de la incredulidad a la sorpresa a medida que iba leyendo. Sólo contenía una hoja, con la información justa y necesaria, pero muy concluyente. Cuando acabó de leerla cerró el portafolio y lo devolvió a su marido, quien sonrió complacido.

—¿Entiendes ahora que esté algo más tranquilo?

—Pero... ¿Cómo...? ¿Y de dónde...? —intentó preguntar Claudia mientras no encontraba las palabras necesarias para formular sus preguntas.

—Hable con tu hermano.

—¿Con Enrico? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? —le preguntó mientras su marido asentía—. ¿Y Laura? ¿Sabe algo?

—Nada. Y tiene que seguir sin saberlo incluso una vez resuelto el problema. En cuanto a tu hermano, le comenté la situación y al momento me propuso esta solución. Marcos es un gran muchacho, que se merece toda mi confianza. Verás como todo se resuelve.

—Si se resuelve —le rebatió no muy convencida.

—Lo hará. Confía en mí. Estamos muy cerca de hacerlo. Por eso quiero que Laura esté al margen de todo. Ya sé que para ti es complicado, pero su presencia con nosotros en Milán podría entorpecer las investigaciones.

—¿Has acudido a la policía?

Alfredo sonrió mientras posaba su mano sobre el hombro de su mujer.

—Tengo amigos que se están encargando de todo. He hablado con algunos dentro de la policía. No te preocupes.

—Pero, ¿cuándo lo decidiste? ¿Y por qué no me lo consultaste? —le preguntó sorprendida e incluso molesta por no haberla hecho partícipe de todo ello.

—Cuando sucedió por primera vez. No te lo dije para no alarmarte. Era mejor así. Cuantos menos lo sepan mejor para Laura.

—¿Eres consciente del riesgo que corre? Si llegara a enterarse...

—No se enterará. Confío en la discreción de Marcos. Además, eso no es lo que me preocupa ahora —la interrumpió dejando a su mujer con la boca abierta y mirándolo como a un extraño al tiempo que esbozaba una sonrisa—. Lo que me preocupa es que Laura se está enamorando de él.

Claudia sonrió al darse cuenta que él también se había fijado en cómo se miraban. Pareció relajarse al escuchar a su marido hablar con tanta seguridad, con tanto aplomo.

—Estaría por asegurar que a Marcos le sucede lo mismo.

—Es algo que nosotros no podemos evitar. Es lógico que pueda surgir algo entre ellos, son jóvenes, entusiastas, alocados, y el amor llama a su puerta por primera vez y...

—Pero, ¿crees que eso no pondrá en peligro sus vidas? —insistió alarmada Claudia.

—¿Quién puede proteger mejor a Laura sino el chico que se ha enamorado de ella?

Claudia quiso decir algo pero no encontró las palabras adecuadas a aquella explicación tan obvia por parte de su marido.

—Lo tenías todo pensado...

—Sí, desde hacía tiempo. Pero dejemos los detalles para más adelante durante nuestro viaje a Milán —le dijo recogiendo algunos papeles y caminando hacia su esposa a quien obsequió con un beso en la mejilla—. No te preocupes, Laura está en muy buenas manos.

Marcos le indicó la dirección en la que debería dejarlo pero no sería tan estúpido como para llevarla hasta su verdadera casa, por si acaso los estaban siguiendo. Nada descabellado después de lo sucedido. Se aparearía antes y serpentearía el laberinto de calles.

Apenas sí intercambiaron algunas palabras durante el trayecto, lo cual aprovechó Marcos para recapacitar sobre toda esta situación y en como conseguirían salir de ella sin que Laura no sufriera ningún daño. La miraba de reojo intentando averiguar si estaba más relajada. Podía percibir la rabia por haberlo metido en aquel embrollo que él tan bien conocía. Laura seguía intrigada por la determinación que Marcos había mostrado delante de sus padres. Por no querer apartarse de ella ni un solo instante. Por su frialdad para enfocar la situación y su valentía para no echarse atrás pese al peligro que lo rodeaba.

«¿Cómo es posible que se comporte con esa frialdad y esa tranquilidad? Ahora entiendo por qué miraba constantemente por la ventana. Sabía que nos vigilaban pero no me lo dijo para no asustarme. Pero, ¿y él? O no lo estaba, o sabía disimularlo muy bien. No es normal, por mucho que yo pueda atraerle, que disfrute de mi compañía sabiendo el peligro que corremos. Todo en torno a él es muy raro. Siempre tan reservado, tan misterioso... Es eso lo que me atrae de él. Y lo que hace que quiera permanecer a su lado»

Laura extendió su mano sobre el asiento para que sus dedos se rozaran de manera casual con los de Marcos. No habían tenido ni un solo instante de calma en el que las palabras dejaran paso a los gestos, como ese de ahora. En un acto reflejo Marcos cubrió su mano y la apretó de manera leve queriendo transmitirle todo su cariño. La miró a los ojos preguntándose si llegaría alguna vez a verse reflejado en ellos. Laura sentía la calidez de sus caricias sobre el dorso de su mano provocándole una sensación placentera. ¿Cómo conseguía que ella pudiera olvidarse de todo? ¿Qué toque mágico poseía para que sólo pudiera pensar en lo bien que se sentía cuando él estaba a su lado?

—Pare aquí por favor —dijo de repente Marcos cuando se percató que faltaba poco para llegar a su casa.

Laura se sobresaltó cuando lo escuchó decir aquellas palabras. Se había sumido en una especie de calma de la que no quería despertar. Miró a Marcos sorprendida porque se quisiera apearse del coche ya. ¡Tan corto le había parecido el trayecto!

— ¿Vendrás a buscarme para la fiesta de Viola? —le preguntó mientras el anhelo por volverlo a ver se posaba en su voz, y sus ojos brillaban ante esa posibilidad.

—Claro. Cuenta con ello —le respondió mientras acariciaba su mano—. Llámame en cuanto llegues a casa, ¿querrás?

—Sí, lo haré —musitó con una voz dulce pero cargada de anhelo por querer volverlo a ver pronto.

Marcos le dedicó una última sonrisa antes de apearse del coche y quedarse clavado en mitad de la calle mientras se alejaba, y ella lo observaba a través de la luna trasera con una mezcla de cariño y añoranza.

Cuando estuvo seguro de que se había marchado se adentró en una calle y emprendió la carrera girando a la derecha, luego a la izquierda hasta que estuvo seguro que nadie lo seguía. Entonces sacó su teléfono móvil del bolsillo interior de su chaqueta y marcó el número. Esperó poco antes de que la voz al otro lado de la línea respondiera.

— ¿Cómo ha ido todo?

—No te preocupes todo marcha bien. En diez minutos estará de regreso en casa.

—Sé que estando contigo nada malo puede sucederle.

—Agradezco tu confianza. Ten la seguridad que llegado el caso estaré dispuesto a dar mi vida por la de ella. Lo sabes.

—Esperemos que no lleguemos a ese extremo, lo digo porque ella perdería algo muy valioso que ha encontrado en ti.

Aquellas palabras provocaron un nudo en la garganta de Marcos, quien durante una breve pausa no logró articular ningún sonido.

—Márchate tranquilo a Milán y deja que yo me ocupe de Laura.

—Para ser tan joven tienes todo muy claro. Me sorprende tu madurez, tu profesionalidad, tu discreción y tu inteligencia. Mi mujer se ha quedado sin habla cuando ha sabido quien eras. Enrico me dijo que podía confiar en ti plenamente. Y no se equivocó.

Marcos sonrió por este comentario.

—Todo lo que se lo aprendí de él.

— ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Todas lo son Alfredo, pero adelante —le dijo esbozando una sonrisa.

— ¿Qué tal todo entre Laura y tú? He pensado en lo que hablamos el otro día...

Marcos suspiró y volvió a quedarse en silencio. Seguramente su madre ya se habría dado cuenta de que existía cierta química entre ellos. Cualquiera que estuviera con ellos, lo vería.

—Ahora no quiero pensar en ello Alfredo. Sólo quiero limitarme a protegerla, aunque no puedo evitar que ciertas situaciones se produzcan —se limitó a responderle sin darle más explicaciones, aunque su silencio pensando la respuesta que debía darle, había sido demasiado concluyente.

—Ya —comento Alfredo chasqueando la lengua mientras sonreía tímidamente—. Protégela Marcos y ante cualquier inconveniente no dudes en llamarme. Sea la hora que sea.

—Descuida. Que tengáis un buen viaje. *Ciao* —le dijo antes de pulsar el botón de colgar y quedarse con la mirada fija en la acera mientras la pregunta de Alfredo retumbaba en su mente: ¿qué había entre Laura y él? No sabía qué respuesta se ajustaría más. ¿Eran conscientes de la situación? ¿El peligro que les acechaba? Ahora ya era demasiado tarde. Volvió a mirar a ambos lados de la calle tratando de distinguir cualquier movimiento sospechoso a su alrededor. Se acercó con cautela al piso que compartía con Carlo y Silvio temiendo que pudieran estar esperándolo, aunque tampoco estaba seguro de que supieran quien era él, y donde vivía. No obstante, se deslizó por las calles aledañas vigilando a cada coche que pasaba cerca hasta llegar al portal.

Cuando llegó a casa lo primero que hizo fue coger su teléfono móvil y marcar el número de Marcos. Sentía su respiración agitada, su corazón latiendo como un caballo desbocado. Estaba asustada por lo ocurrido, aunque necesitaba escuchar su voz al otro lado de la línea. Cerró los ojos durante unos segundos mientras esperaba hasta que descolgó y la voz de Marcos la inundó por completo, tranquilizando a su acelerado corazón.

—Ya he llegado a casa —le dijo mientras se aferraba a su Smart Phone, como si fuera la mano de él, recordando su tacto suave—. ¿Qué tal estás?

—Sabes que yo estoy bien siempre que tú lo estés —le dijo con un tono de voz cargado de sentimiento.

—Bueno, pues ahora no muy bien.
—¿Por qué? —le preguntó alterando su voz temiendo que algo pudiera sucederle durante el tiempo que no estuviera con ella. Aunque era consciente que en todo momento los hombres de su padre la protegerían.
—Porque no estás aquí... conmigo —le dijo con un tono de voz que denotaba su desilusión por no tenerlo junto a ella.
Marcos permaneció en silencio mientras asimilaba aquella respuesta.
—Pasaré a buscarte mañana para ir a la fiesta en casa de Viola —le dijo finalmente mientras esbozaba una sonrisa.
—Lo sé, pero me habría gustado pasar contigo todo el día de hoy. Lamento lo sucedido —le confesó mientras su tono inicial de ilusión se tornaba en tristeza al recordar cómo se les había estropeado la tarde.
—No te preocupes, tú no tienes la culpa —se apresuró a decirle tratando de quitarle importancia a ese comentario—. Tú sólo la tienes por haber conseguido que pasara un rato genial.
—Eso es porque me sentía cómoda contigo. Espero que podamos repetirlo —le dijo deseando poder hacerlo.
—Seguro que sí. Mañana te veré. Ahora trata de relajarte.
—Contaré las horas que faltan —le dijo con un toque de urgente necesidad por tenerlo junto a ella.
—Seguro que sí. Descansa.

Laura colgó mientras cerraba sus ojos e infinidad de posibilidades y sueños se tejían en su mente al tiempo que apretaba su Smart Phone contra su pecho. Estaba ilusionada por poder ir con él a la fiesta de Viola. Se divertiría por todo lo grande y se olvidaría de quien era por unas horas. Se paró a pensar que haría si de repente se viera a solas con Marcos, ¿cómo reaccionaría? Sonrió con una mezcla de diversión y picardía al pensar en este hecho.

Sus padres tuvieron que adelantar su viaje a Milán. Lo primero que pensó fue en llamar a Marcos para que pasara a verla y se quedara. Y eso que se había pasado varias horas del sábado por la mañana chateando con él por WhatsApp. Estaba sentada en el sofá del salón cuando apareció su padre para darle algunas indicaciones durante su ausencia.

—Giorgio y Steffano están al tanto de todo. Y lo mismo sucede con Alisa. De todas maneras si os encontráis en apuros bastará con que nos llames y te diremos dónde ir —le recordó su padre con gesto serio.

—No tienes de qué preocuparte. Estaré bien. Prometo ser una chica obediente y responsable —repetió como si fuera una máquina programada con esa única frase.

—¿Estás segura? —le preguntó con un toque de humor en su voz—. Nada de despistar a Giorgio. Ya lo sabes...

—Hija, ante cualquier problema llámanos —le pidió su madre mientras la sujetaba por los brazos y la miraba fijamente.

—No va a pasarme nada. Estaré rodeada de mis compañeros y amigos en todo momento. Además ya habéis escuchado a Marcos: no piensa separarse de mí —les recordó sintiendo el revuelo en su ombligo de sólo de pensar que podría tenerlo para ella sola toda la noche.

Sus padres intercambiaron sus respectivas miradas, pero Laura creyó ver algo en ellas.

—¿Qué pasa? ¿Por qué os habéis mirado de esa manera cuando he dicho el nombre de Marcos? —les preguntó entornando la mirada hacia los dos con cierto recelo.

—No pasa nada cariño. Es bueno que ese chico se preocupe por ti —le dijo su madre con cierto retintín en el tono de su voz.

Laura sonrió tímidamente al comprender por donde iban los tiros. Intuía que su madre ya se había dado cuenta que a ella le gustaba Marcos y que él podría corresponderla. Seguramente su madre había tomado muy buena nota de este hecho mientras estuvieron los dos en el salón. Habría percibido ciertos gestos, miradas y por qué no decirlo, alguna que otra sonrisa delatora. Se lo habría comentado a su padre en cuanto ella salió por la puerta para acompañarlo. De ahí ese comentario y esa mirada.

—Pasarlo bien en Milán —les deseó despidiéndose de ellos.

—Y tú también cariño —le dijo su madre dándole dos besos antes de encaminarse hacia la puerta.

—Ten cuidado —le dijo su padre.

Los vio irse junto a Giorgio mientras sentía una extraña sensación de soledad, aunque en la casa quedaba Alisa. Eso le daría tiempo para pensar y recapacitar en lo que le estaba sucediendo con Marcos; pero antes llamaría a sus compañeras para charlar un rato, es más las invitaría a casa para tomar algo. Necesitaba distraerse y hacer que pasara el tiempo hasta que volviera a ver a Marcos. Se mordió el labio mientras pensaba en cuanto lo echaba de menos.

—Marcos, ¿qué tal ayer con Laura? No te vimos por la tarde en el Travertino. ¿Qué pasa se os alargó de más 'la siesta'? —le preguntó nada más verlo esa mañana mientras sonreía y entrechocaba su puño con el de Silvio

—Bueno no estuvo mal. ¿Qué hacéis levantados tan temprano un sábado? —les preguntó mirando a ambos como si no fueran ellos.

—Tío, hay que empezar a empollar. Los finales están ahí —apuntó Carlo.

—No tienes buena cara colega. Parece que no has pegado ojo —apuntó Silvio con gesto serio mientras levantaba su mirada de los apuntes.

—¿Tan cansado te dejó Laura? —le preguntó Carlo con sorna.

—Intentaron seguirnos para asustarla —les dijo con gesto serio dando por zanjadas las bromas. Debía ponerlos al tanto por si se veían cerca de ella y en la misma situación. De todas formas se acabarían enterando y prefería que fuera por su parte. Pero no le revelaría demasiado para no comprometerlos e incluso ponerlos en peligro.

—Te lo dije tío. Te lo dije —repetió Carlo levantándose de su asiento señalando a Marcos con su dedo—. ¿Le ha pasado algo? ¿Y a ti?

—No, sólo el susto, pero nada más. Yo estoy bien, gracias.

Silvio emitió un silbido mientras asentía.

—Tío, esto tiene mala pinta.

—Ya lo sé, lo sabía cuándo accedí a pasar el tiempo con ella, pero no era consciente que volvieran a intentarlo —le confeso sorprendido por este hecho.

—Y ahora... ¿qué piensas hacer? —le preguntó Carlo con inusitado interés intuyendo al respuesta que Marcos le daría.

—Por lo pronto ir con ella a la fiesta de Viola esta noche. Pasaré a buscarla por su casa —les dijo mirándolos mientras se encogía de hombros. No sabía cómo actuarían los hombres de Alfredo Tespi. Lo único que sabía es lo que él haría—. No sé qué va a pasar.

Carlo y Silvio se miraron entre ellos en silencio mientras Marcos se dejaba caer hacia atrás en el sofá y se pasaba sus manos por el rostro tratando de aclararse.

—Yo te diré lo que va a pasar. Vas a coger tu culo y vas a subirlo a un avión de vuelta a España. Eso es lo que va a pasar —le dijo con rotundidad Carlo mientras cogía un cigarrillo y lo encendía para calmar sus nervios.

—No puedo —le dijo mirándolo fijamente mientras en su interior sentía que ahora no podía dejarla.

—¿Cómo que no puedes? —le preguntó Carlo confuso.

—¿Por qué? —preguntó Silvio desconcertado—. Nada ni nadie te impide largarte

—No puedo, se lo he prometido.

—¿A quién? ¿A Laura? —le preguntó Carlo fuera de sí, mientras seguía fumando.

—A Laura y a sus padres. Les he prometido que me quedaría con ella. Que no la abandonaría.

Carlo y Silvio se quedaron callados mientras volvían a mirarse y después se centraban en Marcos, quien sabía lo que iban a decirle.

—No se trata de que no puedas, sino que no quieres. Lo cual es muy diferente —le corrigió Carlo serio.

—No puedo dejarla, Carlo. Entiéndelo. Ahora no puedo apartarme de ella —quiso hacerle entender mientras se incorporaba del sofá—. Ahora no.

—¿Prefieres que te metan un tiro por el culo antes que largarte de aquí? Mírame Marcos —le pidió Carlo mientras lo señalaba con su cigarrillo sujeto entre

los dedos. Escrutó su rostro fijamente mientras asentía y Silvio permanecía expectante, por lo que tuviera que decirle—. Sí, lo sabía. Me lo suponía —dijo finalmente mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué pasa? ¿Qué te suponías? —le preguntó Marcos encogiéndose de hombros esperando que continuara.

—Coño, que te has pillado por Laura —le dijo finalmente dejando a Marcos clavado en su sitio mientras Silvio miraba a uno y al otro sin poder llegar a pensar que fuera cierto.

—No me lo creo —soltó Silvio de repente—. Que no, hombre. ¿A qué no? —Le preguntó mirando a Marcos y esperando que éste le diera la razón... pero ni una sola palabra salió de su boca—. ¡Ostias, macho, ahora sí que la has liado parda!

—Te gusta Laura —murmuró Carlo mientras cogía una silla y se sentaba apoyando los brazos sobre el respaldo como si de un interrogatorio policial se tratara—. Te gusta de verdad.

Marcos sonrió débilmente sin poder rebatir aquella deducción, pues era cierto que le gustaba Laura. Le atraía, sentía necesidad de besarla, de abrazarla, de estar con ella. Quería provocarle la risa, hacerla sentir emociones y sensaciones que nunca antes había hecho con otras chicas en el Instituto. Pero ella...

—Te advertí que no te comieras el tarro por una chica.

—Y no me lo he comido —asintió Marcos.

—¿Entonces?

—Ha surgido —le respondió mientras cerraba los ojos unos segundos tratando de ordenar sus ideas—. No lo esperaba, ni lo había planeado... pero ha sucedido.

—¿Tiene que ver con el hecho de que sientas necesidad de protegerla? —le preguntó Silvio sin poder creerlo aún—. No querrás ser una especie de Kevin Costner... —le dijo riendo—. Te lo digo porque no te veo en ese papel de guardaespaldas.

—¿Por qué? —le preguntó mirándolo fijamente.

—Tío, no sé. Para empezar sólo tienes... —le dijo mientras lo miraba y sacudía la mano como si tratara de calcularle la edad.

—Diecinueve —le dijo Marcos sonriendo ante la falta de claridad de Silvio.

—¿Repetiste un año en el instituto? —le preguntó Carlo frunciendo el ceño.

—Digamos que pase un buen año —le confesó sonriendo, ocultándoles la verdad de su vida.

—Una chavala, ¿eh? —insistió Carlo mientras Marcos asentía y sonreía en complicidad.

—Pues eso tío, que no te veo haciendo de Costner con Laura —interrumpió Silvio.

—No te preocupes por ello. No soy el guardaespaldas de Laura. Ni siquiera tengo un arma —le dijo riéndose ante esta posibilidad.

—Mejor, recuerda que a Costner le pegan un tiro cuando se pone delante de ella para protegerla —le recordó Carlo abriendo su ojos en clara señal de advertencia.

—No creo que lleguemos a ese extremo —le dijo Marcos sonriendo por el comentario—. Estás exagerando.

—No sé tío, por muy pillado que estés por Laura... —le dijo Carlo sacudiendo la cabeza sin llegar a comprenderlo.

—No tienes que preocuparte, voy a tener mucho cuidado —le aseguró palmeando su rodilla con cariño mientras le sonreía.

—Eso espero —le dijo mientras estrechaba la mano con él—. Y si necesitas algo...

—No quiero que os metáis en líos. Sólo os estoy avisando para que estéis atentos a cualquier movimiento sospechoso en torno a Laura.

—Ya, pero Laura es también nuestra compañera —apuntó Silvio.

—Bueno y de lo otro, ¿qué? Tío como has podido pillarte así —le decía sin llegar a comprenderlo.

—Esto no aparece cuando uno quiere, ni avisa. Llega cuando menos lo esperas.

—Joder, que bonito que te ha quedado —apuntó Silvio.

—Apúntaselo para que se lo diga a Paola esta noche —bromeó Carlo mientras se reía de la cara que había puesto este.

—Mira quien habló. Te recuerdo que vamos a casa de tu querida Viola y que seguramente quiera enseñarte su habitación —le dijo guiñándole un ojo en señal de complicidad.

—Por mí, encantado. Voy preparado para ver todo lo que me enseñe. ¿Y tú? —le preguntó a Marcos, centrándose otra vez en él.

—¿Yo qué?

—¿Vas a decirle que no a Laura otra vez esta noche, si se te pone cariñosa? —le preguntó mientras arqueaba sus cejas.

Marcos sonrió mientras inclinaba su cabeza hacia delante para que la expresión de su rostro no lo delatara. No sabía qué sucedería esa noche, salvo que estaba dispuesto a pasarlo bien con ella. También sabía que no podría perderla de vista en ningún momento. Que debería estar atento a cualquier altercado, a todo lo que se saliera de lo normal. Lo cual haría que la noche fuera más entretenida porque debería estar cerca de ella y eso era precisamente lo que más deseaba.

—No sé si podré contenerme más.

—Lo tuyo sí que tiene mérito. Que Laura vaya tras de ti, te seduzca, y tú aguantes el tipo... —comentó Carlo sin poderlo creer—. Yo no podría. Ni que fueras un monje.

—No creo que enrollarnos arreglara nada ahora la situación —le aseguró pensando en lo que podría suponer que al final cruzaran la línea. Pero sería tan difícil no hacerlo sabiendo lo que había entre ellos, pensó con gesto turbado. Alejó de su mente esos pensamientos y se centró en Carlo—. Pero, ¿y tú qué? Tú ya no tienes esos problemas desde que estás con Viola ¿no?

—Bueno... Sí... Pero es distinto tío. Yo a ti te veo algo pillae te por Laura.

—De pillae te nada, Carlo. Se está enamorando —le corrigió Silvio.

—¿Y tú como lo sabes si nunca lo has estado? —le preguntó arqueando una ceja de manera muy sutil.

—Lo estoy por Paola —le respondió muy seguro de lo que decía.

—Ah, Paola, no recordaba. ¿Vas a entrar a matar por fin esta noche o seguimos esperando?

Marcos lo miró sin poder reprimir una sonrisa al ver a Silvio como babeaba constantemente por Paola.

—Todo a su tiempo caballeros —les dijo estirándose del cuello de su camisa—. Paola... Paola... es...

—Alguien que no está a tu alcance, Silvio. Vamos, no pierdas más el tiempo —le dijo Carlo mirando a su amigo seriamente—. Fíjate otro objetivo. No sé, Stella por ejemplo. Está muy bien y parece hacerte caso.

—Déjalo Carlo, si su ilusión es salir con Paola, pues adelante —intervino Marcos sorprendiendo a ambos compañeros.

—Seamos serios...

—Nada es imposible. A lo mejor Paola descubre algo distinto en él que la atrae y siente que quiere estar con él.

—Como tú con Laura, ¿no? —bromeó Carlo mientras miraba a Marcos sin entender porque lo animaba—. Os habéis pasado juntos tonteando y jugando al despiste medio curso, sin decidirlos a enrollaros cuando todos sabemos que hay entre vosotros.

—Reconozco que tenía miedo.

—¿Miedo? ¿A qué? —le preguntó un sorprendido Silvio.

—A sentir algo por ella.

—Pufff, pero, ¿qué me dices? Sí, sí, definitivamente te has pillado por Laura y me alegro por ti porque es una tía que lo vale. Pero tal vez la situación actual no sea la más apropiada para hacerlo. Sigo pensando que deberías largarte antes de que sea demasiado tarde —le recordó con voz seria.

—Ya es demasiado tarde para echarme atrás, ya te lo he dicho —les confesó mientras se frotaba las manos y las miraba recordando como ella las había cubierto para quitarles el frío esa misma mañana—. ¿Qué me dices de ti con Viola? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos con esa relación de aquí te pilló aquí te mató? ¿Puedes asegurarme aquí y ahora que ni Viola ni tú vais a cruzar la línea que separa la amistad de comenzar a sentir algo más fuerte por esa persona? —le preguntó

dejando a Carlo con la boca abierta, pues siempre se había planteado esa posibilidad, pero nunca había conseguido encontrar la respuesta. Ni tenía intención de hallarla.

—Yo sé que no me pillaré por ella —le dijo muy seguro de sus palabras.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Lo estoy —le dijo con autoridad y convencimiento Carlo mientras pasaba su mirada de Marcos a Silvio.

—Me alegro por ti porque yo no he sido capaz de evitarlo. ¿Y sabes lo más curioso? Que me estaba pillando por ella sin ni siquiera yo saberlo —le dijo señalándolo con un dedo mientras Carlo se quedaba sin palabras—. Que cuanto más intentaba rechazarla y apartarme de ella... más ganas tenía de estar a su lado.

—¿Y ahora que lo has reconocido? ¿Qué piensas? —le preguntó Silvio.

—Ahora es cuando más acojonado estoy, tíos —les confesó mientras se reía—. No quiero fallarle, pero tampoco sé muy bien que hacer. Ni sé que espera de mí.

—*Puff* pues el otro día lo tenía muy claro lo que esperaba. Y esta noche estoy por apostar que querrá lo mismo —le advirtió Carlo con una sonrisa socarrona pero que no se alejaba de la realidad.

—Iros preparando, nenes. La noche será larga y promete emociones no aptas para menores —dijo Silvio dando un trago largo a su café.

—¿Es algo pronto no crees? —le preguntó Carlo mirándolo con gesto de sorpresa.

—Eres el tío más feliz que conozco.

—Gracias —le dijo levantando en alto su taza de café a modo de brindis.

—Vaya, pensaba que eras tú —le rebatió Carlo.

Marcos no dijo nada. Se limitó a ir a la cocina a por otro café para espabilarse.

—A ver si sabes responderme a esta pregunta —le dijo Marcos mirando a su amigo fijamente—. ¿Qué es peor, estar enamorado o descubrir que te estás enamorando?

Carlo se quedó en silencio meditando su pregunta hasta que dio una respuesta.

—Ambas. Porque descubrir que te estás pillando y no poder o querer pararlo ya es chungo. Y si no lo detienes acabas pillado del todo con lo que estarías enamorado —le dijo guiñándole un ojo en señal de complicidad.

Marcos se quedó pensativo con aquella respuesta mientras intentaba aplicarla a su situación personal. ¿Podría detener sus sentimientos por Laura? ¿Qué pasaría si los descubría y se daba cuenta que no podía o quería detenerlos? De entrada no podía separarse de ella, y no porque se lo hubiera prometido a ella o a su padre, sino porque comenzaba a comprender que su compañía se estaba convirtiendo en un ingrediente imprescindible en su vida.

Cuando sus compañeras aparecieron en su casa, Laura se había cambiado de ropa dando a su aspecto un toque más desenfadado y casual. Parecía algo más relajada aunque los recuerdos del coche siguiéndola la tarde anterior no parecían alejarse del todo. Es más, un terror atroz aún la invadía.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué nos has llamado? —Le preguntó Viola en cuanto puso un pie en casa de Laura—. ¿Y esa cara?

—Pensábamos que no te veríamos hasta la noche. Por cierto ayer noche os estuvimos esperando pero no aparecisteis —apuntó Paola con un gesto lleno de curiosidad y picardía a partes iguales mientras seguía a Viola y a Laura al interior de la casa.

—¿Estás sola? —le preguntó Giulia sin que este hecho le extrañara lo más mínimo.

—Mis padres se han marchado a Milán hace poco más de una hora —les dijo de pasada mientras se sentaba.

—Bueno, ¿qué pasó ayer entre vosotros para que no os viéramos por la noche? Porque debisteis pasarlo en grande para no bajar a tomar algo —comentó Viola mientras se sentaba y miraba con el ceño fruncido a su amiga.

—He pedido a Alisa que prepare café —comentó mientras esperaba a que ellas aceptaran o rechazaran su ofrecimiento.

—*Uff* a mí me vendrá bien para despejarme. Estoy bastante dormida —dijo Viola.

—Por mi bien —asintió Paola.

—Yo me apunto —dijo Giulia.

Durante unos segundos ninguna de las tres chicas dijo nada. Esperaron a que Alisa llegara con la cafetera y las respectivas tazas sobre la bandeja. Laura estaba intentando relajarse, al tiempo que meditaba por dónde empezar. No quería preocuparlas, pero al mismo tiempo necesitaba desahogarse y que mejor que hacerlo con ellas. Tomó un sorbo de café antes de comenzar la narración.

—Ha sucedido algo que no esperaba —comenzó diciendo mientras sus amigas la miraban con incertidumbre, y Viola se quedaba con su taza a mitad de camino de sus labios—. Todo marchaba genial entre los dos hasta que...—Laura detuvo la narración en este punto al recordar el momento en que Marcos y ella habían abandonado el restaurante. El coche siguiéndolos; el acompañante del conductor abriendo la puerta y saliendo de éste; Marcos cogiéndola de la mano para emprender la carrera frenética por las calles de Bolonia; su parada en la Piazza Maggiore, donde él la había abrazado tratando de calmarla, y protegerla; su mirada, sus palabras de aliento...

—¿Hasta qué...?! —le preguntaron a coro las tres chicas saltando sobre sus asientos presas de la angustia y casi derramando sus cafés.

Paola se había quedado inmóvil como una estatua y no era capaz si quiera de pestañear debido al suspense que Laura había creado en ese momento. Las miró fijamente mientras se frotaba las manos presa de los nervios.

—Nos siguieron cuando salíamos del restaurante —les dijo finalmente en un tono casi imperceptible.

Viola, Paola y Giulia intercambiaron sus miradas, pero sin ser capaces de pronunciar una sola palabra. ¿Quién los había seguido? Aunque las tres comprendieron al instante qué era lo que había sucedido.

—No nos estarás diciendo que han intentado... —comenzó diciendo Viola mientras entornaba la mirada hacia su amiga.

—No sé qué era lo que realmente querían, pero uno de ellos se bajó del coche; tal vez dispuesto a cogerme —recordó sintiendo un escalofrío recorrer su espalda.

—¿Y qué pasó? —preguntó Paola exaltada por la narración mientras se sentaba al borde del asiento con el consabido riesgo de caerse.

—Marcos me cogió de la mano y salimos corriendo por el centro de Bolonia para despistarlos.

—Que Marcos hizo ¿qué? —comentó nerviosa Viola mientras no cabía en sí de la emoción que la invadía mientras asimilaba todo.

Al escuchar su nombre Laura cerró los ojos y se dejó arrastrar por los recuerdos vividos con él. Le gustaba tanto que le dolía no poder estar ahora a su lado.

—Marcos se portó conmigo de manera increíble —les dijo mientras su rostro se iluminaba con sólo pronunciar su nombre y una sonrisa se perfilaba en sus labios—. Estuvo a mi lado en todo momento. Protegiéndome a riesgo de que lo cogieran a él. Ahora me dice que está dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de que a mí no me suceda nada —les confesó abriendo sus ojos al máximo y alzando sus manos.

—Eso es porque está enamorado de ti —le aseguró Giulia sin pensarlo dos veces mientras sentía cierta envidia por este hecho.

—O loco —apuntó Paola mirando a ésta quien asentía ante este comentario—. ¿Y tú qué piensas?

—Bueno... Aunque me agrada mucho su comportamiento no puedo dejar de pensar que el hecho de permanecer a mi lado es peligroso para él —Laura sintió el nudo formándose en su garganta y como su vista se nublaba con el sólo hecho de pensar que pudiera llegarlo a perder

—Su comportamiento es digno de admirar —exclamó Paola mientras miraba a Laura y sonreía con complicidad.

—Sí, no te lo discuto. Pero no me perdonaría que pudiera sucederle algo por mi culpa —dijo mientras temblaba con el sólo hecho de pensarlo.

—Pero has dicho que él está dispuesto a seguirte. No puedes prohibírselo ya que lo hará de todas maneras. Los tíos son así. No escuchan, te lo advierto —le apuntó mirándola seriamente—. Es una causa perdida.

—¿Y tu padre? ¿Qué dice? ¿Piensa que intentarán algo otra vez? —le preguntó Giulia intrigada por todo ello.

—Mi padre me ha puesto más protección. Giorgio y Steffano.

—Entonces nada de salir, ¿no? —Murmuró Viola con fastidio temiendo que no pudiera acudir a la fiesta que daba esa misma noche—. Ni tampoco lo hará Marcos.

—Bueno, no todo es malo. Podrás tener a Marcos para ti sola aquí en casa —le recordó Paola arqueando sus cejas en clara señal de lo que podía hacer con él.

—Nada de eso. Pienso ir a tu fiesta con Marcos —les dejó claro con un tono firme.

—Pero ello supone arriesgarte más de la cuenta —le recordó mirándola sin comprender su decisión.

—Mi padre ha doblado la seguridad para Marcos y para mí.

—¿Para Marcos también? ¿Por qué? —le preguntó Viola intrigada por esa noticia.

—Marcos vino conmigo hasta casa —les dijo con un cierto tono de orgullo en su voz por este hecho.

—¡Qué galante! —apuntó Paola con una sonrisa mientras se recostaba contra el respaldo del sillón, cruzaba una pierna por encima de la otra y se pasaba la mano por su pelo.

—Le pedí a mi padre que lo protegieran a él también mientras estuviera conmigo. No quiero que sólo se preocupen por mí —le dijo con un tono seco y firme.

—¿Cómo se lo tomaron tus padres? —le preguntó Giulia arqueando una ceja.

—De lo más normal. Ya conocían a Marcos desde la fiesta de Navidad —respondió Laura cayendo en la cuenta por primera vez en este hecho. Su padre se había mostrado natural ante esta petición. Incluso no lo dudó ni un solo instante, y juraría que entre él y Marcos había un vínculo especial que ella desconocía.

—¿Y Marcos? —preguntó Paola.

—No dijo nada. Le pareció bien.

—Debe sentir algo muy fuerte si está dispuesto a no dejarte sola sabiendo el riesgo que corres —apuntó Viola pensando en la clase de chico que haría eso.

—No sé qué es lo que siente pero... —se detuvo pensando en esa posibilidad. ¿Qué sentía en realidad Marcos por ella? Estaba convencida que si se trataba únicamente un mero deseo o el simple hecho de enrollarse con ella, seguro que no habría dudado en largarse dejándola sola con sus problemas. Peor entonces...

—Desde luego que es algo más que una mera atracción, niña. ¿Quién estaría tan loco como para arriesgarse por ti? Y no quiero que me malinterpretes —le pidió Paola mientras entrecerraba sus ojos.

Laura se quedó pensando en este hecho. Era cierto que él no le había confesado abiertamente lo que sentía por ella. Pero el mero hecho de quedarse arriesgando su propia vida...

—¿Te ha besado? —se aventuró a preguntarle Viola impaciente por querer saber si se habían enrollado ya.

—Digamos que he sido yo la que he tomado la iniciativa —le respondió sonriendo.

—Qué raro. No me puedo creer que no se haya enrollado contigo —comentó Paola sorprendida por este hecho.

—Muyyyy raro —puntualizó Giulia extrañada por este comportamiento.

—No sé qué pensar —les explicó mientras se mordía el labio.

—Tal vez él no quiere comprometerse, pero si está dispuesto a permanecer contigo... —sugirió Paola—. La verdad no sé a qué espera.

—Aquí pasa algo raro. ¿No será gay? —le preguntó Viola con toda intención mientras todas se reían por esa pregunta.

—¡Espero que no! —dijo Laura divertida por esa ocurrencia de Viola.

«No, Marcos no es gay. He podido sentir el golpe de la pasión contra mi cuerpo. Su deseo en su mirada. Pero no logró saber qué lo retiene»

—¿Y está noche, qué pasará? —preguntó Viola ávida de información.

Laura sonrió.

—Pienso divertirme a tope junto a él. Quiero que me haga olvidar quien soy. No quiero pensar en nada malo esta noche —les dijo mientras su mirada chispeaba de emoción y sus labios se curvaban en una sonrisa diabólicamente sexy y prometedora—. Disfrutaré de su compañía.

—Bueno, bueno. ¿Sólo de su compañía? ¿Estás segura de eso? —Apuntó Paola moviendo sus cejas con toda intención mientras Laura sonreía con picardía al pensar en cómo besaría Marcos—. Pero dejemos de hablar de Marcos y de mí. ¿Qué hay con Carlo? —le preguntó a Viola mirándola al tiempo que sus cejas subían y bajaban con expectación.

—No me lo menciones... —le soltó sin pensarlo Viola mientras su rostro se contraía en un gesto de fastidio.

—¿Tan mal están las cosas? —le preguntó una sorprendida Paola mirándola con sorpresa.

—Es un crío. No sé por qué me he fijado en él, la verdad.

—Te has fijado porque en el fondo te gusta. Es muy atractivo, debes reconocerlo —le dijo Laura convencida de este hecho.

—Hasta ahí no te lo discuto... pero tiene cosas de crío, de verdad chicas. Me dejó plantada el otro día en la fiesta de Stella para ir con sus amigos al salón y terminar de ver el partido. Estábamos hablando y tomando algo cuando llegaron sus amigos y lo convencieron para que se fuera con ellos. Y al día siguiente ni siquiera tiene el detalle de llamarme y preguntarme que tal estoy —exclamó enojada con el comportamiento de Carlo.

—Peleas de enamorados —apuntó Paola con una sonrisita malévola mientras sus ojos chispeaban de emoción por el cotilleo.

—Bueno pero seguro que hoy estará contigo y te compensará —le aseguró Laura quitando hierro al asunto—. Es más, ¿por qué no lo llamas y quedáis? —le sugirió mientras le tendía su propio teléfono.

—Es un crío. Luego se enfada porque ni siquiera le he hecho caso toda esta semana —les contó con un tono que mostraba su incredulidad por este hecho.

—¿Qué pasa? ¿Querías darle celos? —le insinuó con malicia Paola—. Ya te he visto con Giordano esta semana.

—*Puff*, ese sí que está como un tren —Fue lo primero que salió por su boca—. Pero no es mi estilo —se apresuró a decir antes de que sacarán conclusiones precipitadas—. Eh, no me miréis de esa manera que no hay nada entre él y yo. A mí me gusta Carlo, pero es que a veces no lo entiendo de verdad —comentó como si le fastidiara que fuera y se comportara como tal.

—Como Silvio —apuntó Paola.

—¿Te has fijado como te mira? Un día se le van a salir los ojos y se le van a caer al suelo. Por favor, y como babea —le dijo Viola imitando la mirada de Silvio y provocando la risas de sus amigas.

—Sí, ya me he dado cuenta. Aprovecha la oportunidad para decirme algo, o acercarse.

—¿Pero a ti te gusta o sólo le das cuerda para pasarlo bien? —le preguntó Laura interesada por este hecho.

—A ver, que quede claro que Silvio no es la clase de chico que me gusta, lo que pasa es que no me deja en paz —les comentó con voz que denotaba cierto cansancio por este hecho.

—Entonces tal vez debieras dejarle claro que no estás interesada en él, antes de que la cosa vaya a más.

—¿A más? ¿De qué hablas? —le preguntó Paola asustada por el significado que quisiera darle Viola.

—No sé, tal vez al final descubras que te gusta su insistencia y ya sabes... —le aclaró entre risas mientras miraba a Laura—. ¿Te imaginas?

—¿Por qué no? —Apuntó Laura—. Todo es posible.

—Ni de coña, chicas —dijo Paola poniendo los ojos en blanco y resoplando ante este hecho. No se imaginaba en brazos de Silvio bajo ningún concepto—. No. Jamás. Me niego —les dijo de manera rotunda sin dejar opción.

—Pues vete preparada esta noche para aguantarlo —le advirtió Viola con toda intención sabiendo que Silvio no cejaría en su empeño por acercarse a ella.

—No quiero ni imaginármelo. Por cierto, me marchó que quiero dar una vuelta por las tiendas a ver si compro algo para esta noche —les dijo levantándose del sofá.

—Vale, venga te acompaño. ¿Venís?

—Claro. Avisaré a Giorgio.

—¿Qué te vas a poner esta noche para tu chico? —le preguntó Viola con un tono seductor mientras le pasaba la mano por el brazo.

—Mejor pregunta por lo que no me voy a poner —le respondió Laura con toda intención provocando el escándalo en sus amigas mientras salía del salón para

buscar a Giorgio y en su interior la emoción de pasar la noche con Carlo la golpeaba con tanta fuerza en las costillas que creía que alguna se le partiría. Era verdad, con todo lo sucedido, no había reparado en qué se pondría para esa noche para que Marcos cayera rendido ante ella.

El tiempo pasado junto a Laura le había hecho recapacitar sobre sí mismo y sobre su vida pasada. Sus ansias por quererla besar a cada instante le parecían algo tan impropio de él. Llegaba a creer que en realidad no era él mismo. Y además debía mantener la cordura en todo momento. ¿De verdad podía pensar en una chica de la manera en la que lo hacía con Laura? ¿Por qué se permitía la licencia de soñar con ella de aquella manera? Sólo creía saber que ella empezaba a completar su vida de una manera peligrosa, pero agradable al mismo tiempo. Cogió su móvil y buscó su nombre en la agenda con rapidez. Pensó en llamarla para que el sonido de su voz al menos lo tranquilizara y mitigara su ausencia.

—Hola —escuchó al otro lado de la línea. Ojala pudiera ser testigo de cómo se había encendido su rostro al ver el nombre de él en la pantalla de su teléfono.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? —le preguntó mientras asentía a Viola, Paola y Giulia, quienes ahora hacían gestos y muecas con su rostros hacia el móvil. Y una sola palabra salía de sus labios, o mejor sería decir un nombre.

—Estoy de compras con mis amigas —le respondió con toda naturalidad mientras éstas la miraban y sonreían de manera divertida al escucharla

—¿Por qué no me dijiste que ibas a salir? Habría ido a... —le dijo incorporándose del sofá de inmediato dispuesto a salir en su busca.

—Agradezco tu preocupación pero ya nos marchamos a casa. Además, Giorgio está cerca —le dijo con un tono que no pretendía asustarlo. Nada le hubiera gustado más que estar con él, pero también necesitaba su espacio lejos de él. Quería comprobar cuanto lo echaba de menos, que deseos tenía por volverlo a ver...

—Vale pero prométeme que si ves algo raro me llamarás de inmediato.

—De acuerdo mi guardaespaldas —le dijo con un tono de burla en su voz mientras sonreía—. Por cierto, ¿qué te apetece que me ponga esta noche? ¿Pantalón o vestido? —le preguntó con voz sugerente mientras las tres amigas la contemplaban atónitas por el juego de seducción que estaba empleando con Marcos.

—Ponte un vestido —le pidió imaginándola con un vestido ceñido a su cuerpo. Iba con pantalones a la facultad y aunque los vaqueros le quedaban perfectos para su gusto.

—De acuerdo. Buscaré uno sólo para ti —le susurró con una voz cargada de intención, que provocó risas y gestos de perplejidad en sus amigas.

—Te veré en un par de horas más o menos —le dijo mirando el reloj mientras sonreía por el último comentario de Laura.

—Ummm, eso suena bien. Dime, ¿tanto me echas de menos?

Marcos sonrió pero no quiso revelar sus sentimientos en ese momento con Carlo y Silvio pululando a su alrededor. Si tenía que decirle algo, se lo diría única y exclusivamente a ella en persona. Pero, era cierto que en ese momento la echaba de menos. Ahora le gustaría estar con ella. Y esa sensación hizo que se le encogiera el estómago.

—Luego te veo. *Ciao*

—*Ciao*

Marcos apagó el móvil ante las atentas miradas de sus dos compañeros de piso.

—Tío, tío, tío —comenzó diciendo Carlo mientras se sentaba junto a Marcos, giraba el rostro para mirarlo fijamente—. Dime la verdad Marcos, ¿tanto te gusta Laura?

—Estaba preocupado por ella.

—Pero colega, deberías tomártelo con calma. Ella lleva a su propio guardaespaldas. No le va a pasar nada. ¿Es que quieres arriesgar tu vida? —le preguntó Silvio frunciendo el ceño sin entenderlo.

—Ya lo sé, pero aun así...

—Bueno, esta noche la tendrás toda entera para ti —le recordó mientras trazaba un cuerpo femenino con sus manos en el aire.

—Lo mismo puedo deciros yo a vosotros dos. Esta noche deberíais andaros con ojo o alguien más espabilado os las levantará.

—¿A Viola? —Le preguntó Carlo como si estuviera ofendido por tal suposición—. Ni de coña, Marcos. Sabes que la tengo comiendo de mi mano —le confesó con un tono abrumador de superioridad.

—Ándate con ojo, amigo —le advirtió mientras palmeaba a éste en la espalda.

—Que no Marcos, que no —repetía mientras sacudía la cabeza en sentido negativo—. Viola no se iría con otro.

—No estés tan seguro. Yo de ti trataría de arreglar la situación. Esta semana ni siquiera te ha hecho caso... y Giordano ha estado acechándola.

—Sí, como los buitres. Pero como se le ocurra... —Carlo se contuvo al ver el gesto de asombro de Marcos, quien no esperaba su reacción.

—Vaya en el fondo te pica que otro pueda fijarse en Viola —apuntó Silvio sonriendo.

—Pues tú deberías andarte al loro con Paola —apuntó Marcos—. Vamos si tanto te gusta, acércate a ella.

—Ya lo hago pero no se entera de que existo —dijo Silvio con desgana y rabia porque era la verdad.

—Bueno pues esta noche deberías pensar en la manera en la que vas a acercarte a ella. Y ahora señores, me voy a preparar.

—Nuestro Romeo tiene prisa —comentó burlón Carlo—. Sí, venga, date prisa en ir en busca de tu Julieta.

Marcos sonrió por ese comentario, pero la sensación de echarla de menos lo estaba torturando desde que terminó de hablar con ella por teléfono. En vez de calmar sus ansias por verla, su voz las había avivado mucho más si cabía. El vacío que había dejado en él no pareciera llenarse con nada salvo con su presencia.

Las tres amigas sonreían con toda intención a Laura mientras la contemplaban. Acababan de ser testigos de cómo su amiga había flirteado con Marcos a través del teléfono. Laura, por su parte, las miraba como si en realidad no hubiera hecho nada malo, para ella era de lo más normal.

—¿Qué? ¿Por qué me miráis de esa manera?

—Por la forma en que has seducido a Marcos por teléfono. ¿Vestido o pantalón? Buscaré uno sólo para ti. ¿Me echas de menos? —Repetió Viola entre risas imitando la voz dulce y sensual de Laura—. Vamos que lo tienes que haber puesto...

—Como una moto —apuntó Paola entre risas.

—Como para no querer estar contigo —apuntó Giulia.

Laura sonrió de manera pícaro mientras escuchaba a sus amigas burlarse de ella misma.

—Lo tienes rendido a tus pies.

Laura escuchaba a sus amigas mientras se mordía el labio de manera tímida y pensaba en todo lo que le había dicho por el móvil.

—Y dime, ¿te lo llevarás a casa esta noche? —le preguntó una curiosa Viola adoptando una pose de ingenuidad y parpadeaba con rapidez mientras entornaba su mirada hacia su amiga.

— ¡Cómo sois! —les comentó poniendo sus ojos en blanco por aquel comentario. Pero, en serio, ¿qué haría si llegado el caso un deseo incontrolable se apoderaba de ambos? Porque si de algo estaba segura era de que Marcos no podría resistirse por mucho más tiempo. La atracción existía. Al igual que el deseo—. Ya veremos que sucede.

Se despidió de Carlo y Silvio prometiéndoles que los vería más tarde, a lo que ambos asintieron sonriendo de manera burlona y cruel. Sabían que no dejaría sola a Laura esa noche, y que ella no se separaría de él ni un solo instante.

—Ha perdido la cabeza —apuntó Carlo cuando Marcos se hubo marchado—. Arriesgarse a que le peguen un tiro por ella...

—En el fondo la quiere —dijo Silvio de pasada sin pensar tal vez en el significado de sus palabras.

Carlo lo miró fijamente con el gesto serio y resopló al tiempo que sacudía la cabeza en un claro gesto de incredulidad.

Marcos salió de la casa mirando a todas partes por si algo raro le llamaba la atención. Se dedicó a callejear sin sentido durante un buen rato para evitar que lo siguieran, si era el caso. Entró en un centro comercial por una calle y salió por la parte trasera. Cuidaba mucho su itinerario para que nadie pudiera saber dónde iba. No conocía la clase de gente que quería perjudicar a Alfredo Tespi y a Laura. Pero cada vez que veía cerca un Audi A3 oscuro, todos sus sentidos se ponían alerta por lo que pudiera suceder.

Laura se mostraba impaciente por ver a Marcos. Se había dado una ducha para relajarse y caminaba por su habitación enfundada en un albornoz de color blanco. Comenzó a secarse el pelo con la toalla para después acabar con el secador. Quería estar espléndida esa noche. Sonrió con picardía ante este hecho mientras pensaba en él y esperaba que esa noche no hubiera ningún percance.

Marcos parecía ponerse más y más nervioso a medida que se acercaba a casa de Laura. Le parecía que era la primera vez que tenía una cita. Los recuerdos de aventuras pasadas en el instituto le parecían en ese instante demasiado lejanos, a pesar de que no había pasado tanto tiempo. Pero esta vez era distinto por varios motivos que no hacía falta repetir una vez más.

Cada cinco minutos miraba su reloj y una sonrisa risueña bailaba en sus labios mientras contemplaba su imagen en el espejo. Se dio cuenta que se estaba comportando como cuando tenía catorce o quince años y salió con un chico por primera vez. Ahora iba a la Universidad y se suponía que la tontería se le había pasado. El incesante hormigueo en su cuerpo por volverlo a ver; esa sensación de vacío en su estómago; el sudor en las palmas de las manos; no podía evitar sentirse emocionada. Dispuesta a cometer las más diversas locuras. Se quedó quieta durante unos segundos en los que pensaba en ellos dos. ¿Qué esperaba Marcos de ella?

En ese momento sus pensamientos quedaron interrumpidos por el sonido del timbre. Marcos no dejaba de mirar por encima del hombro por si había movimiento a sus espaldas. La noche empezaba a caer sobre Bolonia a pesar de que los días se iban haciendo más largos a medida que se acercaba el verano. Alisa le abrió la puerta y le pidió que pasara al salón.

—Laura vendrá en seguida. ¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias.

Se quedó a solas unos momentos. Quiso relajarse pero cuanto más lo intentaba más nervioso estaba. No la escuchó llegar al salón puesto que sus zapatos de tacón quedaban amortiguados por la alfombra del pasillo. Laura permaneció en el umbral de la puerta observándolo mientras hacerlo le provocaba una ligera sacudida. Le pareció demasiado tímido allí sentado con su mirada perdida en la inmensidad del vacío. Se permitió la licencia de robarle unos momentos a su intimidad a solas.

Marcos sentía su presencia. Un ligero temor tensó su cuerpo por unos segundos. Inspiró antes de girar su rostro para encontrarla de pie en el umbral de la puerta del salón como si fuese una aparición destinada sólo para él. Marcos sintió como la piel se erizaba y como un repentino escalofrío recorría su espalda cuando recordaba las palabras de Carlo: «*Estás pillado por Laura*» ¿Hasta qué punto era cierto? Aquel rostro angelical de trazos finos y delicados, donde sus ojos destacaban gracias al lápiz de ojos y el rímel. Su mirada reflejaba una mezcla de curiosidad y diversión. Sus labios apenas si tenían color y no los había perfilado. Aparecían sencillos, casuales, pero seductores y atrayentes al mismo tiempo. Su vestido de color negro sin mangas le quedaba como si fuera un guante. Como si hubiera sido hecho para ella. Ceñido en su justa medida. Sin duda alguna había acertado al pedirle que se pusiera uno, pero nunca imaginó que pudiera destacar tanto su atractivo.

Llevaba un bolso de color rojo, a juego con sus zapatos de tacón, que estilizaban sus piernas. Sintió que la boca se le secaba al tiempo que un nudo se formaba en su garganta. Anhelaba tenerla entre sus brazos para que su cuerpo calmara el dolor que su ausencia le había provocado. Era consciente que correría todos los riesgos que hicieran falta para protegerla de cualquier peligro. Pero también lo era de ahora mismo él corría uno mayor.

—Bueno... ¿Qué tal estoy? —le preguntó con un tono prudente en su voz, temiendo que no le gustara el vestido. O los zapatos, o el hecho de haberse perfilado sus ojos para destacarlos. Ella misma se miraba por ver si todo estaba en su sitio, que no había nada en ella que desentonara esa noche. Al ver que no era capaz de decir nada supo que había logrado dejarlo sin palabras, y que le costaría mucho poder hablar. No le quedó dudas de que lo había sorprendido—. ¿Hay algo mal? ¿Sucedo algo? ¿No te gusta? —le preguntó con un tono de voz que denotaba cierto desencanto mientras giraba delante de él.

Marcos abrió la boca para decirle algo, pero prefirió no hacerlo porque temía que sus palabras no justificaran lo que le hacía sentir en esos momentos. Le parecía que acababa de descubrir a una nueva Laura, que lo atrapaba aún más que la que él ya conocía.

—Bueno... yo... la verdad.

Laura sonrió complacida mientras se acercaba hasta él contoneando sus caderas con cada paso. Se le veía tan diferente al que ayer tomó la decisión de permanecer a su lado. Llevó su dedo hasta los labios de Marcos sintiendo su calidez mientras lo miraba a los ojos con intensidad y él sentía que se moría por dentro de ganas de rodearla por la cintura, atraerla hacia él y besarla. De ser él quien por primera vez diera ese paso. Su perfume lo envolvió, el mismo que lo había estado acompañando durante su ausencia al quedarse impregnado en su ropa. Era una especie de tarjeta de visita que decía: «*Para que no me olvides*»

—Veo que te has quedado sin palabras —le susurró tan cerca de sus propios labios que casi podía rozarlos. Laura se los humedeció lentamente de una manera sensual e irresistible para cualquiera—. Eso significa que te gusta cómo me he vestido.

—No encuentro las palabras para definir lo que he sentido al verte llegar.

Laura dibujó una sonrisa de complacencia.

—Ya me he dado cuenta —le dijo de manera divertida

—Estás... muy guapa.

Las palabras salieron de sus labios de manera lenta y suave, como una breve ráfaga de viento cálido. ¿Cómo podía resistir a la tentación? ¿Acaso era de piedra? Sentía la mirada de Laura escrutando su rostro, bajando hasta sus labios, al mismo tiempo que él descendía su mirada hacia los de ella. Los entreabrió dispuesta a recibir su beso mientras su respiración pareció agitarse ante su proximidad. Sentía que se adentraba en un peligro desconocido con cada beso que se daban, pero no le importaba.

El peligro parecía ser una constante en su vida, aunque el que ahora corría era más placentero. Los labios de ella rozaron tímidamente los de Marcos mientras cerraba sus ojos y sus brazos se posaban sobre los de él. La rodeó por la cintura permitiendo, que sus dedos se fueran posando lentamente sobre ésta, provocando un leve gemido en ella.

Marcos la atrajo hacia él con una mezcla de firmeza y ternura al mismo tiempo. El suave roce de sus labios provocó una sacudida extraña en su cuerpo. Laura

sentía su fuerza pero también su ternura. Se separaron lentamente como si en el fondo les costara hacerlo pues sabían que sus cuerpos eran como dos imanes destinados a permanecer unidos.

Durante al menos un minuto ninguno de los dos dijo nada sino, que se limitaron a contemplarse. Marcos sonreía de manera tímida, como si en verdad hubiera cometido algún delito con ella. Aquel beso no tenía nada que ver con los que ella le había robado en la calle.

—A veces muestras una seguridad arrolladora y otras se muestras tan tímido —le aseguró mientras sus palabras arrancaban una sonrisa en Marcos.

—Tal vez deberíamos irnos. Se nos ha hecho tarde —sugirió mirando su reloj, aunque en el fondo deseaba quedarse allí a solas con ella. Los dos solos junto a la chimenea del salón. Verían una película, contarías anécdotas de clase, hablarían de sus compañeros, tal vez se besaran... hicieran el amor... Pero sabía que ella estaría mejor con gente a su alrededor.

Laura lo seguía contemplando sin variar ni un ápice su postura. Asintió lentamente mientras entrecerraba su mirada. Volvió a acercarse a él de manera peligrosa. Hasta que sus mejillas se rozaron levemente.

—Por cierto, estás muy guapo —le susurró con toda intención mientras ahora se apartaba de él y guiñaba un ojo—. Avisaré a Giorgio.

La vio salir del salón pero no pudo evitar seguirla con la mirada mientras caminaba por el pasillo. Sabía cómo seducirlo. Como hacer que la deseara. Recordó por un instante como había sentido enormes deseos haberla besado desde que la vio aparecer en el salón con la luz de pasillo recortando su silueta tan provocativa. Pero prefirió esperar, ser paciente. No quería que aquello terminara, ni tan siquiera que saliera mal.

Laura regresó junto a él con una sonrisa en sus labios. Siempre que lo miraba o hablaba con él tenía esa expresión tan risueña en su rostro que lo desarmaba por completo.

—¿Nos vamos? —le preguntó cogiendo su chaqueta a juego con sus zapatos y el bolso.

Abandonaron el salón juntos pero sin cogerse de la mano, sin rozarse si quiera, aunque cualquiera podría darse perfecta cuenta del magnetismo que uno ejercía en el otro. Alisa los aguardaba con la puerta abierta y una sonrisa de complicidad en su rostro al verlos.

—Páselo bien señorita.

—Gracias Alisa. Regresaré tarde.

La chica asintió.

—*Ciao* Marcos.

—*Ciao*.

Giorgio estaba al volante mientras Steffano aguardaba a que la pareja se acomodara en el asiento de atrás. Se sentaron tan juntos que la rodilla de Laura quedó apoyada levemente sobre la de él. Dejó la mano libre sobre la parte del asiento para que la de Marcos la cubriera de caricias furtivas. Sus dedos dibujaron figuras sobre el dorso haciendo sonreír tímidamente a Laura.

—Su padre nos dijo que la dejáramos en la puerta de la casa. Luego, la esperaremos aquí cerca por si nos necesita.

—No hace falta que montéis guardia a la entrada de la casa de Viola, Steffano. Si os necesito os llamaré. Es más, ni siquiera sé si me quedará a dormir en su casa —comentó captando toda la atención de Marcos, quien no parecía esperar ese comentario. Sintió su mirada sobre ella por este hecho y sonrió sin que él pudiera percatarse de ello.

—En cualquier caso nosotros estaremos alerta por lo que pudiera suceder. Si necesita algo sólo tiene que llamarnos —le repitió con un tono de seguridad y cumplimiento del deber.

—De acuerdo.

Marcos la contemplaba mientras hablaba con Steffano. Estaba más nervioso que cuando fue a buscarla a su casa. En ese momento ella era un blanco en movimiento para los enemigos de su padre. No quería que lo que sentí por ella lo distrajera de su verdadera presencia en Bolonia.

Laura terminó de hablar con Steffano justo en el momento en que el coche se detenía a la entrada de la casa de Viola.

—Aguarde un momento —le pidió Steffano mientras bajaba del coche y les abría la puerta.

Marcos fue el primero en salir haciéndose a un lado para dejar paso a Laura flaqueada por Steffano y por él mismo. Sonrió divertida ante tal gesto.

—Si nos necesita...

—Descuida Steffano, os llamaré —le dijo con voz algo monótona por su parte—. Además, estoy en buenas manos —le dijo pasando el brazo por debajo del de Marcos mientras se apretaba más con él sintiendo su calor.

Steffano asintió y regresó al interior del vehículo mientras miraba fijamente y asentía. Se subió al coche y desaparecieron.

—En fin, vamos allá —dijo Laura respirando profundamente mientras su rostro dibujaba una sonrisa exquisitamente dulce y no se desprendía del brazo de Marcos.

La casa de Viola estaba algo apartada del centro de Bolonia. Contaba con dos plantas con un jardín y una piscina. La música se escuchaba desde la calle sin ni siquiera entrar en el recinto, ahora sonaba *Without you* de David Guetta. Laura miró a Marcos mientras se adentraba en la casa.

—Una canción muy sugerente para recibimos —le dijo mientras escuchaba la letra y él fruncía el ceño tratando de captar la letra. Sonrió finalmente al entenderla.

La gente bailaba en el interior y alrededor de la piscina. Marcos barrió toda la casa con su mirada así como a la gente con la que se cruzaban: la mayoría desconocidos. La primera que vino a saludarlos fue Viola. Los miró con cara de felicidad por verlos llegar juntos. Lanzó una mirada hacia sus manos que aparecían unidas. Luego miró a Laura, quien sonrió con picardía por este gesto.

Marcos parecía estar despistado mientras seguía buscando a sus amigos. Aunque en realidad lo que estaba haciendo era controlar las salidas con las que contaba la casa por su tuviera que sacar a Laura de allí ante cualquier imprevisto.

—Vaya, ya pensaba que no vendrías, ¿qué os ha entretenido? —le preguntó con un toque de querer saber detalles de lo que pudiera haber sucedido entre ellos dos.

—Me entretuve arreglándome. Le hice esperar al pobre —dijo volviéndose hacia Marcos para cogerlo del brazo y pasar su mano por este con cariño mientras su otra mano permanecía entrelazada con la de él.

—*Ahhhh*, te entretuviste —repitió Viola entornando su mirada al tiempo que se mordía el labio dando a entender que no se lo creía—. Sí, claro. Anda dame la chaqueta, la llevaré a mi habitación —le comentó con un tono que daba a entender que no la creía—. ¿Marcos?

—No gracias, me quedo con ella puesta.

Viola desapareció durante unos minutos en los que Laura y Marcos se quedaron a solas. Laura sintió deseos de que repitiera el beso que le había dado en su casa. Laura comenzó a moverse lentamente al ritmo de *Love me harder* frente a Marcos mientras él sonreía y levantaba las manos en señal de rendirse. Sacudía su cabeza mientras ella lo agarraba por la chaqueta para atraerlo hacia ella y le susurraba el estribillo. Le encantaba provocarlo porque sabía que él se mostraba demasiado tímido. Le sonreía de manera burlona, pícaro mientras él aguantaba el tipo lo mejor que podía. La miraba pensando cómo era que su compañera de clase pudiera encerrar a aquella chica tan seductora.

Para su alivio, Viola apareció de nuevo pero se quedó a escasos metros de ellos mientras veía bailar a Laura frente a Marcos. Entornaba la mirada hacia él y sonreía mientras él se limitaba a encogerse de hombros sin saber qué decir o hacer. Cuando Laura se percató de la presencia de Viola sonrió, alzó los brazos en alto y caminó hacia ella. La abrazó mientras Viola le susurraba en su oído.

—Como sigas bailando así delante de él, tendrás que llevártelo a la habitación. Aunque claro, no sé si el hecho de que te entretuvieras para venir... bueno ya sabes... —le dijo separándose de ella al tiempo que le guiñaba un ojo en señal de complicidad.

Laura puso cara de sorpresa por el comentario de Viola aunque no le extrañó, que su amiga pensara mal de ella. Seguramente creía que entre Marcos y ella había sucedido algo. Algo pecaminoso que no quería contarle.

—Oye Marcos, me llevó a Laura un rato —le dijo cogiendo a ésta por el brazo—. Por cierto Carlo y Silvio andan por ahí —le dijo señalando un rincón del

salón.

Marcos intercambió una mirada con Laura como si quisiera advertirle que tuviera cuidado. Fue ella quien se acercó hasta él, se sujetó a su brazo y aguardó sus palabras.

—Ten cuidado —le susurró de una manera tan personal. Marcos sintió la suavidad de su piel, sus cabellos rozando su rostro, sus ojos fijos en los suyos...

La contempló mientras ella se marchaba lanzándole miradas por encima de su hombro. Miradas que lo hacían sentir vulnerable ante ella.

Deambuló por la casa mirando hacia todas partes en busca de sus amigos. Había una barra improvisada en la que dos camareros servían bebidas. La familia de Viola sin duda tenía un alto poder económico a juzgar por la amplitud y diseño de la casa. Ahora la música le parecía estar más alta cuando intentaba pedir al camarero.

Laura por su parte se encontraba ahora junto a Viola y Paola, mientras Giulia y Stella bailaban en mitad de la improvisada pista mientras dos chicos lo hacían cerca de ellas intentando sin duda buscar algo más que un simple baile. Laura reía ahora al recordar como ella y Marcos habían improvisado un baile; o mejor dicho como ella lo había obligado a hacerlo.

—¿Crees que cederán ante ellos? —le preguntó Viola mientras los miraba.

—No creo, Giulia y Stella no son de las que se enrollan con cualquiera —apuntó Paola.

—Nunca se sabe. Por cierto, ¿cómo es que no te veo con Carlo? —le preguntó Laura mirándola extrañada por este hecho.

Viola abrió los ojos y sonrió de manera irónica.

—Si piensa que voy a ir detrás de él como si fuera su mascota, va listo.

—Pensé que se te había pasado el cabreo.

—¿Ah sí? Pues no sólo no se me ha pasado, sino que es tal el punto en el que me encuentro, que no tengo ganas de estar con él, ni siquiera verlo —le dijo pareciendo bastante cabreada con él.

—Deberíais sentaros a hablarlo —sugirió Paola mientras removía su mojito con la pajita.

—¿Otro mojito? —Le preguntó sorprendida Viola—. Es el tercero que te veo tomar. ¿Acaso pretendes emborracharte para desinhibirte? —le preguntó con un tono cargado de intención.

Paola se encogió de hombros mientras sorbía por la pajita y abría sus ojos mostrando su sorpresa por ese comentario.

—Bueno, ¿y tú? ¿Cómo va la cosa con Marcos?

—Bien —respondió como si fuera una máquina mientras se movía al ritmo de la música y miraba hacia la gente.

—¿Sólo bien? —le preguntó sorprendida por aquella escueta respuesta e intuyendo que no quería darle demasiadas explicaciones.

Laura la miró con gesto risueño en su rostro mientras asentía.

—¿De verdad le has hecho esperar? —le preguntó sin poder creer que lo hubiera hecho.

—Sí, me pilló sin acabarme de vestir.

—¿Te pilló eh? ¿Y qué pasó, te acabó de vestir o de desvestir?

Laura comenzó a reír ante aquella pregunta tan directa e ingeniosa. Miró a Viola con un gesto cargado de picardía en su rostro. Entrecerró los ojos y se mordió su labio dándole a entender que no soltaría prenda.

—¿Tú que crees? —le preguntó con un tono cargado de misterio y sensualidad.

Viola pareció abrir la boca para decirle algo, pero más bien fue porque estaba sorprendida por este hecho. Se montó su propia historia imaginándolos a solas en la habitación de Laura.

—Voy por una copa —le dijo dejándola con la intriga de saber qué había sucedido en realidad.

—Espera te acompaño.

Caminaron hasta la barra aunque por el corto camino hasta ella se detuvieron en varias ocasiones para saludar a Fabricio y Luca que charlaban animadamente mientras no dejaban de devorarse mutuamente con las miradas.

—Hola guapas, que bien os veo —les dijo Fabricio mientras les daba un par de besos a cada una.

—Pero, ¿cómo es posible que no os estéis espantando a los moscones con lo preciosos que estáis? —le preguntó Luca con un tono de incredulidad.

—Bueno, ya ves... —dijo Viola.

—Oye, que me ha dicho un pajarito —comenzó diciendo Luca mientras miraba con cariño a Fabricio— que tú y Marcos os entendéis —terminó diciendo sujetando a Laura por la muñeca mientras sonreía de manera pícaro.

—Bueno, somos compañeros de clase y amigos... —balbuceaba esta sin saber muy bien qué decirle.

—Sí, sí, rica. Lo que tú digas. Anda diviértete —le dijo palmeando su mano con toda intención.

Laura asintió mientras seguía camino de la barra junto a Viola.

—Por lo que veo no quieres que se entere mucha gente —le comentó Viola apoyándose en la barra—. Pero como sigas con esos bailecitos...

Laura puso cara de circunstancia mientras se reía ante esta situación que jamás pensó que viviría. No es que le importara que la gente pudiera saberlo, pero era consciente de que sobre ella se cernía una sombra y cuanta menos gente estuviera enterada de su vida mejor. Pidió una copa y se volvió buscando con su mirada a Marcos. No se había olvidado de él, es más tampoco podía dado que la gente se lo recordaba constantemente.

—Vamos a bailar —le dijo Viola mientras sonaba *Rain over me*.

Marcos se abrió paso hasta donde estaban Carlo, Silvio, y un par de amigos de ellos. Al verlo Carlo extendió su mano para estrechocarla y sonrió divertido.

—¿Qué pasa tío?

Marcos intuyó que Carlo ya había bebido bastante a juzgar por el tono de su voz, pero lo dejó pasar.

De momento ha pasado más bien poco o nada —le respondió abriendo los brazos señalando la casa.

—Oye tu chavala no se mueve mal, ¿eh? —le dijo señalando hacia la pista de baile donde bailaba con Viola.

Marcos desvió la mirada hacia ella para verla bailar mientras las miradas de los demás se centraban en ella. ¿Sintió una punzada de celos al ver como la miraban? Sacudió al cabeza porque no podía creer que eso le pudiera suceder a él.

—¿Qué tal todo con ella? —le preguntó mientras se levantaba del sofá y se apoyaba en el hombro de Marcos.

—De momento bien. ¿Cuánto has bebido? —le preguntó mirándolo con el ceño fruncido mientras el olor a alcohol emanaba por todo él.

—¿Qué importa? Me lo estoy pasando bien... ¿no? —le dijo mientras levantaba el vaso en alto y bebía.

—Lleva cinco como esa —apuntó Silvio.

—¿Por qué? ¿Es que quiere emborracharse hasta morir o qué? —le preguntó confundido por aquel comportamiento.

—Está cabreado con Viola. Por eso bebe.

—¿Aún no han solucionado nada? —preguntó mientras Silvio negaba con cara de pocos amigos.

—Y no parece que esta noche vayan a hacerlo.

—¡Joder Carlo, tío deja de hacer el gilipollas! —le pidió mientras intentaba quitarle el vaso.

—Estoy bien, Marcos. De verdad —le aseguró apartando el vaso lejos de su alcance.

—No, no lo estás. Mírate —le rebatió señalándolo mientras lo miraba sin comprender por qué hacía lo que hacía.

—Eh, tío, Marcos tiene razón —intervino Silvio—. Estás jodido por Viola.

—Ella pasa de mí. Mírala, ahí bailando delante de mí para regodearse.

—Tal vez deberías haber hablado con ella al llegar —le dijo Marcos preocupado por lo que pudiera hacer.

Viola y Laura seguían bailando ajenas a esta conversación y mientras otros dos chicos se habían acercado hasta ellas. Carlo sentía que la ira lo podía, y sentía como iba creciendo dentro de él.

—Venga, vamos a dar una vuelta. Salgamos al jardín —le sugirió mirando a Silvio para que lo ayudara con él.

—Que no tío. Que estoy bien —les dijo moviendo sus brazos como si fueran las aspas de un molino pero sin darse cuenta que había vertido el contenido de su vaso sobre Marcos. Éste no se inmutó al ver el estado de Carlo, y lo dejó pasar—. Joder, tío lo siento. No quería...

—Venga, vamos. Un poco de aire te vendrá bien.

—Yo de ti lo arrojaría a la piscina —le dijo Silvio sonriendo.

Silvio y él cargaron con Carlo para sacarlo fuera ante las miradas de los allí reunidos. Viola y Laura no fueron ajenas a este hecho. La primera se quedó mirándolo como si no entendiera porqué lo había hecho. ¿Por qué se empeñaba en comportarse como un verdadero crío? En su interior sentía lástima por Carlo, porque era alguien que merecía la pena, pero cuando se ponía en ese plan... Siguió bailando ajena a este hecho, pero de repente Carlo se soltó de Marcos y Silvio para dirigirse hacia donde estaban Viola y Laura, o más bien hacia el chico que bailaba frente a ella.

—Habrá problemas —dijo Silvio mirando a Marcos, quien se apresuraba a detenerlo.

—¿Qué pasa colega? ¿Te diviertes? —le preguntó mirándolo a los ojos. Luego bebió un trago sin apartar la mirada de él por encima del vaso.

—Me lo estaba pasando bien hasta que llegaste tú —le confesó con un tono serio mientras lo miraba con un gesto de superioridad e incluso de desprecio.

—Ya, pues lamento haberte aguado la diversión —le dijo sonriendo mientras Marcos tiraba de él para evitar problemas mayores.

—Estás borracho Carlo —le dijo Viola decepcionada por su comportamiento. Sentía por él algo que no era amor, ni mucho menos, pero si le gustaba.

—¿Y a ti que más te da? Ya veo que me has sustituido por este fantecho —le dijo señalando al chico que bailaba con ella.

—Eh, tío —le dijo tocándole en el hombro en clara señal de advertencia.

—Estoy hablando con mi chica. ¿Algún problema? —le preguntó Carlo en plan chulo dispuesto a partirse la cara con aquel tipo mientras Marcos y Silvio trataban de llevárselo.

—Ni caso amigo. Ha bebido demasiado —intervino Marcos queriendo evitar la pelea, mientras sentía la mirada atenta de Laura. La miró un segundo para comprobar que estuviera bien, ya que ella era su verdadera preocupación aquella noche.

Laura le devolvió la mirada percibiendo su preocupación por Carlo, pero también por ella. La vio acercarse hasta él preocupada por la situación. No podía dejarla sola, pero tampoco podía permitir que su amiga cometiera un soberana estupidez.

—Llévatelo Marcos, por favor —le pidió Viola antes de que la cosa se fuera de las manos.

—¡Dejadme, coño! —Decía Carlo tratando de soltarse de los brazos de Marcos y de Silvio.

Se alejaron casi llevándose arrastras, abriéndose paso entre la gente bajo la atenta mirada de Viola, quien no podía evitar sentir aquello por él.

—¿Seguimos bailando? —le preguntó el tipo a Viola dispuesto a rodearla por la cintura y atraerla hacia él.

—¡Piérdete gilipollas! —le espetó enfurecida por todo lo que estaba sucediendo.

—Vale, vale. Más vale que te busques a otro porque si de verdad ese es tu chico... —le comentó mirando hacia donde se habían llevado a Carlo.

Viola no pudo contenerse presa de la furia que la poseía y le propinó un fuerte empujón apartándolo de su camino mientras le dejaba claro lo que quería.

—¡Largaros de mi casa o pediré que os echen!

Los dos chicos se largaron sin decir nada más, aunque las miradas que le echaron fueron suficientes. Se quedó mirando a Laura abatida sin saber qué más decir o hacer.

—Tú no tienes la culpa.

—¿Por qué tiene que joderme la fiesta? —le preguntó mientras se mordía el labio y cerraba los ojos controlando su respiración. Estaba cabreada con Carlo por su comportamiento infantil. Por ponerse en evidencia una vez más. Por dar esa imagen delante de todos. ¿Qué pensaba de ella? ¿Eso era lo que él entendía por una relación? ¿Es que no podía encontrar un chico con el que mantener algo en serio? —A veces tengo la sensación de que soy como un imán de tíos inmaduros —aseguró mientras Laura la contemplaba con gesto de preocupación y de vez en cuando su atención se dirigía hacia la calle en la que se encontraba Marcos.

Laura estaba preocupada por Carlo, y a que aparte de ser compañero en clase y amigo de Marcos, era el chico con el su mejor amiga salía. Le hubiera gustado ir detrás de ellos con la excusa de estar con Marcos, pero prefirió quedarse con Viola, quien ahora la necesitaba más.

—Te envidio Laura —le confesó mientras la señalaba sujetando un cigarrillo con dos dedos.

—¿A mí? No creo que tenga nada que pueda causar envidia en estos momentos —le comentó abriendo sus ojos en un claro gesto de sorpresa por aquel comentario.

—No me estoy refiriendo a... bueno ya sabes... Me refiero a que has encontrado a Marcos. Alguien simpático, sincero, atento pero sobre todo adulto.

—Bueno... tal vez sea cierto todo eso que dices de él. Pero por ahora sólo somos compañeros, amigos...

—Pues yo creo que lo de compañeros y amigos ha pasado a un segundo plano —le rectificó sonriendo mientras se alegraba por ella—. Te lo mereces. Habéis congeniado desde el primer día de clase. Os habéis pasado más de medio curso tonteando hasta que os habéis dado cuenta de lo que hay entre vosotros.

El gesto de su rostro lo expresó todo. A Viola le pareció percibir cierta tristeza o desanimo en el gesto de Laura. ¿Cómo era posible? Entendía su situación familiar y que ir con guardaespaldas todo el día debía ser agotador. Pero tenía a Marcos para sobrellevarlo. A él lo veía interesado por Laura y estaba dispuesto a estar a su lado pasara lo que pasara con ella. Existía cierta complicidad entre ellos y nadie podía negarlo.

—¿A qué viene esa carita?

—A que ahora mismo no me planteo nada con Marcos dado como está mi vida. Es absurdo pensarlo. No puedo asegurarte si Marcos se quedará en Bolonia el año que viene para seguir con su carrera en la Facultad. Si mi padre lograra solucionar todo este asunto y por fin pueda tener una vida acorde a mi edad. Fíjate lo rápido que ha pasado el curso —le recordó resoplando, como si estuviera enfadada con el paso del tiempo por no haberle permitido disfrutar más.

—Se te ha pasado rápido porque tenías alguien con quien hacerlo. Alguien que llenaba tus horas libres —le dijo riendo.

—Demasiadas horas libres creo yo —exclamó Laura riendo a carcajadas recordando la infinidad de clases que se habían pirado juntos. Él siempre había estado ahí. Dispuesto a ayudarla, a estar con ella o escucharla simplemente. ¿Por qué ese desmedido interés? ¿Por enrollarse con ella? No, no era cuestión de sexo. Lo había percibido en su mirada, en su forma de comportarse con ella. Entonces... ¿Por qué no se había separado de ella cuando había tenido oportunidad de hacerlo?

—Me gusta tu idea de no pensar en el mañana —asintió Viola—. De este modo no te lo complicas. Nunca sabes qué va a suceder. La aventura, la emoción de lo desconocido. Piensa que todo se va a arreglar.

—Eso me repito en muchas ocasiones —le confesó son un tono de desesperanza.

Viola la contempló mientras daba la última calada a su cigarro y lo apagaba en un cenicero. La fiesta continuaba pese a todo y ahora Paola bailaba sola en un apartado de la pista ajena a todo lo sucedido. Viola le hizo una seña a Laura para que se fijara en ella.

—Mira —le dijo señalando a Paola—. Otra a la que tampoco parece importarle. Le dije que llevaba demasiados mojitos y ahora mírala bailando en medio de la pista rodeada de chicos. Vive feliz en su mundo. Anda vamos, acompáñame a tomar algo.

—Vamos, necesito algo que me anime —asintió Laura siguiendo a su amiga.

—Te has pasado ahí dentro y lo sabes —le estaba diciendo Marcos a Carlo en esos momentos—. ¿Qué ibas a hacer? ¿Pegarte con aquel tío? —le preguntó sin poder creer que fuera a hacerlo.

—Déjame.

—No, no te dejes. Eres mi amigo y no lo voy a hacer hasta que me expliques cómo coño se te han cruzado los cables de esa manera —le dejó claro mirando fijamente a Carlo, quien daba vueltas por la piscina como un león enjaulado.

—¡Joder Marcos! ¿Viste como bailaba con el pavo ese? Se la estaba comiendo con los ojos, colega —le explicó furioso consigo mismo mientras intentaba encender un nuevo cigarrillo pero el estado de nervios que tenía se lo impedía. Le temblaba la mano que sujetaba su Zippo. Fue Marcos quien lo cogió y le dio fuego—. Gracias.

—¿No te diste cuenta que lo hacía para picarte?

—Pues lo conseguí —le dijo de mala gana mientras fumaba.

—Tío, deberías haber tenido más cabeza —le sugirió Silvio posando su mano en el hombro de Carlo—. Era una jugarreta por su parte. Quería darte celos con ese tío, pero deberías...

—¿Por qué? ¿Porque no la llamé el domingo para quedar? ¿Quiere que le pida disculpas por algo?

—Deberíais aclarar vuestra relación —señaló Marcos.

—¿Relación? ¿Qué relación? —le preguntó Carlo, molesto por ese comentario.

—Bueno, no sé, si no quieres llamarlo así... Lo que haya entre Viola y tú. Habladlo y buscar una solución u os acabareis odiando —le dijo señalándolo con su dedo como si lo acusara.

—Entre Viola y yo... hay... Ya no sé ni cómo calificarlo, ¡coño! —dijo de repente arrojando la colilla al cenicero que encontró sobre el borde de la piscina.

Marcos le agarró la cabeza entre sus manos y lo miró fijamente. La mirada de su amigo aparecía vidriosa, por los efectos del alcohol. Estaba borracho o camino de estarlo. Más tarde se daría cuenta tal vez de la estupidez que había hecho.

—Si Viola te gusta y te apetece estar con ella, ¿a qué esperas para decirselo? Comportarte como alguien que se la merece, porque ella es una chica especial, así que no la cagues, ¿vale? —le advirtió palmeándole su rostro con cariño.

—Qué más quisiera yo que Paola me hiciera caso —confesó Silvio con rabia.

—Bueno, aún estás a tiempo. Entra a buscarla y charla con ella —le sugirió Marcos, mientras Silvio se quedaba cortado—. Y en cuanto a ti, deberías volver ahí dentro y disculparte.

—Estás de coña, ¿no? —le preguntó Carlo mirando a Marcos como si acabara de decir una chorrada.

—No, no estoy de coña —le respondió mirándolo fijamente—. Tío, si Viola te gusta, ¿qué haces aquí?

Carlo entornó la mirada hacia Marcos, quien no parecía dispuesto a desistir.

—Joder... Lo dices en serio... —comentó mientras se pasaba la mano por su rostro—. Tío, ¿tú lo harías por Laura? —le preguntó dejándolo tocado.

No se esperaba esa pregunta. Lo miró desconcertado y finalmente sonrió.

—No se trata de si yo...

—Venga Marcos. ¿tú lo harías? ¿Te rebajarías a pedirle perdón a Laura si la hubieras cagado? —le preguntó mirándolo detenidamente.

—Yo sí lo haría por Paola —dijo Silvio muy seguro.

—Para empezar, Paola debería estar saliendo contigo —le recordó Carlo—. Di, Marcos. ¿Lo harías?

Marcos asintió despacio siendo consciente en todo momento de la pregunta y de su única respuesta.

—Sí, lo haría si yo tuviera la culpa.

—¡Das por hecho entonces que en este caso la culpa es mía! —le dijo alterado incorporándose de su asiento de un salto.

—Una buena parte sí.

—Vale, una parte. ¿Y la otra? —le preguntó algo ofuscado por toda aquella situación.

Marcos resopló soltando todo el aire que llevaba acumulando durante ese momento. Volvió su mirada hacia la gente que bailaba alrededor de la piscina, bebían, charlaban. Otros buscaban algún rincón apartado para besarse.

—A ver, los dos sois culpables de lo que ha pasado, pero alguno tendrá que dar el primer paso, ¿no? Si no lo solucionáis la cosa puede ir a peor, te lo advierto.

—Es verdad tío, tienes que ir a pedirle disculpas —le dijo Silvio con su mano en la espalda de Carlo, al tiempo que éste lo miraba sin creer lo que le decía.

Carlo murmuró algo que ninguno de los dos pudo oír. Soltó todo el aire acumulado en su interior y miró a Marcos. En ese momento Fabricio y Luca caminaban hacia ellos. Al verlos, Carlo puso los ojos en blanco y a que sabían que le reprocharían su comportamiento.

—Vaya, pero sí parece que ya se nos ha pasado la borrachera —comentó Fabricio palmeando a Carlo en el rostro.

—Anda que buena la has liado, guapo —le comentó Luca mientras Carlo lo miraba como si no lo conociera—. Más te valdría largarte porque vamos...

—Nada de eso —intervino Marcos—. Este caballero va a volver a entrar y va a pedirle disculpas a Viola por lo sucedido. Y lo va a hacer ahora mismo, ¿verdad que sí? —dijo mientras pasaba un brazo por los hombros de este y lo obligaba a caminar de vuelta al interior ante la atenta mirada de incredulidad de todos.

—Hey. Silvio, ¿qué haces aquí? Te estaba buscando —le dijo Stella saliendo al jardín para ver qué sucedía con Carlo.

—Bueno... Estaba con Carlo y... ¿me buscabas? —le preguntó sorprendido porque se hubiera dirigido a él.

—Sí, era para invitarte a tomar algo, pero si no quieres... —le dijo antes de que Silvio dijera algo.

Se quedó pensativo unos segundos tratando de asimilar aquella invitación. ¿Stella lo estaba invitando a tomar algo?

—Por supuesto que podemos tomarnos algo —le dijo mientras la rodeaba con su brazo y ella sonreía.

Viola y Laura seguían charlando cuando vieron que Carlo regresaba con gesto abatido. Tal vez se hubiera dado cuenta de la tontería que había hecho, aunque para Viola ya era demasiado tarde. Laura le hizo una señal a Viola quien al volver el rostro se encontró con el de Carlo. En un primer momento no le hizo ninguna gracia verlo allí de nuevo, porque pensaba que volvería a liarla. Se plantó delante de él mirándolo furiosa por haberle echado a perder la noche.

—Que sepas que las has jodido —fue lo primero que le soltó mientras Carlo se limitaba a escucharla sin abrir la boca—. Pero, ¿quién coño te crees que eres para montar el numerito en mi propia casa? Quiero que te largues ahora mismo —le ordenó con un tono frío que no sorprendió a los allí reunidos mientras se volvía hacia Laura.

—¿Podemos hablar Viola? —le preguntó con un tono pausado mientras se metía las manos en los bolsillos traseros de su pantalón aguardando a que se volviera hacia él.

—¿Hablar? —le preguntó sorprendida por su petición—. No creo que entre tú y yo haya algo de lo que hablar —le aseguró volviéndose de nuevo hacia Laura.

—Oye... Yo... Siento mucho lo que ha sucedido —comenzó diciendo tratando de hacerle ver su error, mientras miraba a Marcos de reojo como si buscara su apoyo.

Viola sacudía su cabeza mientras cerraba sus ojos. No quería saber nada de él en esos momentos. Ninguna explicación posible que le diera le haría cambiar de opinión esa noche.

—Mira, Carlo, vamos a dejarlo. ¿Quieres? —le pidió empleando ahora un tono más cortante en su voz—. Vete a tu casa y duerme la borrachera. Hazte ese favor.

—Estaba cabreado porque no me hablabas

—¿Y eso te parece excusa para montar el lío que has montado? —le preguntó abriendo los ojos al máximo mientras se encaraba con él.

—Lo sé, lo sé.

—Vaya, lo sabes. ¿Ahora te das cuenta? Un poco tarde, ¿no crees?

—Estaba celoso porque te veía bailar con ese tío, joder —le confesó enrabiado porque era consciente de que la había cagado con Viola.

—¿Qué pasa? ¿Qué soy tuya? —le preguntó enfurecida porque él pensara eso. Se habían enrollado un par de veces y entre ellos había algo, pero ni siquiera quedaban a solas para ir al cine, o a tomar algo. Siempre se veían por las noches en la zona de marcha de la ciudad cuando él terminaba de ver el fútbol con sus amigos—. No soy de nadie Carlo y no puedo estar con alguien que no puede verme bailar con un amigo. No puedo estar con alguien que no confía en mí. Lo siento.

Viola se marchó seguida por Giulia, dejando a Carlo con la palabra en la boca, mientras los demás no sabían si deberían irse o quedarse. Laura contemplaba a Marcos esperando su reacción, pero tampoco sabía qué decir.

—Bueno, no dirás que no lo he intentado —le dijo a Marcos.

—Tenéis que arreglarlo por el bien de los dos.

—No creo que ella esté por la labor. Lo he estropeado todo por idiota. En fin, creo que es mejor que me marche. ¿Y Silvio?

—Charlando con Stella.

Carlo asintió con una tímida sonrisa.

—Veré si quieren venir a tomar algo a otra parte. Te veo mañana, ¿vale? —le dijo mientras estrechaba la mano con Marcos y le daba un abrazo.

—Deberías irte a casa y dormir en vez de seguir bebiendo —le aconsejó, pero Carlo se había alejado lo suficiente como para que no lo escuchara. Sacudió desalentado la cabeza por el comportamiento de Carlo. Lo siguió con la mirada hasta que se encontró con Silvio. Se pasó las manos por la cara y por el pelo intentando despejar su mente de este hecho para centrarse en Laura, quien ahora lo miraba con una tímida sonrisa en sus labios, y en su rostro mostraba cierta decepción por lo sucedido. Laura caminó despacio hasta quedarse casi pegado a Marcos, quien sentía que ahora ella era lo que más le hacía falta. Se encogió de hombros mientras su rostro dibujaba una mueca de decepción.

—No he podido hacer más.

—Es bastante con que hayas convencido a Carlo para que volviera a hablar con Viola. Reconozco que la culpa es de ambos pero el comportamiento de Carlo ha dejado mucho que desear —le confesó abriendo sus ojos al máximo y apretando sus labios hasta convertirlos en una delgada línea.

—Ya, pues imagínate que no quería si quiera entrar a pedirle disculpas.

—Apuesto a que tú lo harías... Bueno mejor dicho... creo que no eres de los que se ponen celosos si su chica está bailando con otro —le aseguró entrecerrando sus ojos mientras estudiaba su rostro, que ahora mostraba cierta sorpresa por ese comentario.

—¿Posees algún tipo de poder oculto que desconozco para adivinar lo que harían las personas? —le preguntó mirándola con una sonrisa.

—¿Yo? Claro que no, de lo contrario ya sabría que escondes dentro de ti. Hay veces que eres demasiado misterioso, lo cual no deja de atraerme —le dijo con toda intención arrastrando las palabras en un susurro.

—Soy lo que ves —le dijo de manera simple mientras ella sacudía la cabeza negando aquellas palabras.

—No es cierto. Te rodea un halo de misterio que me he propuesto descifrar.

Marcos sonrió mientras cruzaba sus brazos y pensaba en sus palabras como si de una mera anécdota se tratara. Pero fue suficiente para ponerse alerta. No quería que la situación se le escapara de sus manos de la misma manera que había sucedido con sus sentimientos...

—Tú no habrías actuado como Carlo.

—Lo cierto es que a Carlo le gusta mucho Viola. Casi podría decir que está enamorado de ella. Pero en el fondo creo que le asusta reconocerlo abiertamente. Le gusta ir de chico duro dispuesto a no sentir nada por una chica.

—Sí, es la imagen que transmite.

—Imagen, eso es. Tú lo has dicho. Pero creo que esa fachada ha comenzado a tener grietas desde que está con Viola —le aseguró mientras sus cejas formaban un arco que se perdían bajo sus cabellos.

—¿Y tú? —Le preguntó pillándolo por sorpresa una vez más—. ¿Alguna vez te has pillado por una chica y has cometido alguna locura?

—Bueno, la verdad es que no recuerdo...

—Venga ya, me estás dando largas. ¿Ni siquiera en el instituto?

—Nunca me he enamorado de una chica. Lo prometo —dijo levantando su mano derecha en alto. «No sé si esto que empiezo a sentir por ti podría calificarse como tal»

«¿Qué sientes por mí? ¿Es lo mismo que siento yo?», le preguntó Laura en su mente sin atreverse a hacerlo de manera directa, ya que consideraba que era algo muy personal e íntimo como para hacerlo.

—Parece ser que el destino está en contra de nosotros —le dijo Marcos cambiando de tema ya que comenzaba a sentirse algo incómodo hablando de sus sentimientos y sus relaciones pasadas.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó extrañada.

—Siempre que intentamos estar juntos y divertirnos surge algo que lo impide.

—¿Crees en el destino? —le preguntó de repente sin que se lo esperara.

—Umm., la verdad es que no demasiado —le respondió mientras ella se mostraba sorprendida—. Creo que cada uno se forja el suyo cada día.

—Pero admite que algo hay que te indica hacia dónde ir, o qué elegir.

—No te lo discuto.

—Aquí decimos que el destino de cada uno está escrito en las estrellas —le dijo arrastrando las palabras mientras su tono se volvía dulce, sintiendo como las manos de él recorrían su cintura provocándole una cadena de suspiros incontrolados.

—¿Y tú ya conoces el tuyo?

—Todavía no.

—¿Y qué pasa si una noche no hay estrellas? —le preguntó con un tono burlón.

—Mira que eres... —le dijo poniendo sus ojos en blanco y sintiéndose algo decepcionada por el comentario—. ¿Por qué los chicos sois tan poco románticos? —le preguntó apartándose de él mientras lo empujaba fingiendo estar molesta por su comentario.

—Tal vez porque desde pequeños nos enseñan a ser duros, fuertes. A no mostrar nuestros sentimientos. Pero seguro que todos, todos lo somos en algún momento. Mira Carlo...

—¿Tú también? —le preguntó mordiendo el labio con malicia mientras volvía a acercarse hasta él.

—No lo sé. Tendría que decírmelo la chica con la que estuviera —hizo una pausa esperando su respuesta. Al ver que no se producía miró su reloj en un intento por cambiar de tema—. Tal vez deberíamos irnos. Es tarde.

—No, no digas eso —se apresuró a decirle mientras lo miraba frunciendo el ceño y sus labios en clara señal de rabia—. Es pronto. Nos queda noche para divertirnos —le aseguró tratando de animarlo.

—Bueno en eso tienes razón. Pero, en serio, ¿a qué hora quieres regresar a casa? —le preguntó confundido.

—Quiero ver amanecer contigo —le dijo mientras sentía que con esas palabras le estaba revelando demasiado. Una ola de calor ascendió desde los dedos de sus pies hasta las puntas de sus cabellos en el preciso instante que se dio cuenta del posible significado de sus palabras.

Marcos la miró asombrado ¿Qué había querido decirle? ¿Acaso esperaba amanecer en su cama...? Inclino su rostro hacia ella sin saber qué podía decir a su invitación. Ahora mismo estaba bloqueado. En ese momento no podía pensar con claridad.

«¡Maldita sea! Esto está yendo demasiado lejos», se dijo mientras la mirada de ella no parecía querer apartarse de él en ningún momento. «Ella me necesitaba a su lado como si fuera su sombra, pero...»

Lo miraba intrigada por saber qué estaría pensando de ella en esos momentos después de confesarle su anhelo por ver amanecer junto a él. Pero, sonreía al pensar en lo que él creería que le estaba pidiendo. Sabía que los chicos siempre pensaban de manera diferente a ellas. Seguramente él se estuviera devanando los sesos pensando que quería acostarse con él y aunque no era nada que no deseara también deseaba pasar algún que otro momento romántico junto a él.

—Está bien, si quieres podemos marcharnos y decirle a Giorgio que iremos por ahí y ya está. Además, estás conmigo, ¿no?

—¿Con quién mejor podría estar no? —le preguntó mientras Marcos asentía pensando en lo que sus palabras habían querido decirle—. Iré por la chaqueta.

Marcos se limitó a asentir y a esperarla mientras en su cabeza revoloteaban las preguntas. «¿Qué siente ella cuando estamos juntos? Bueno no hay que ser adivino para intuirlo», se respondió mientras se pasaba la mano por la nuca caminando por el salón de la casa. Silvio parecía haber desaparecido junto a Carlo, pero también Stella. Giulia seguiría con Viola y Paola andaba charlando con un tío. Seguramente se acabaría enrollando con él. Mejor que Silvio no lo viera, aunque ahora que lo pensaba, ¿qué hacía con Stella? ¿No se suponía que era Paola la que le tiraba? Sonrió al pensar en este hecho y aguardó a Laura deseando que volviera cuanto antes. ¿La echaba de menos? ¿Qué le estaba sucediendo?

Laura regresó pasados quince minutos.

—Estuve hablando con Viola. De momento no quiere saber nada de Carlo. Quiere estar tranquila y pensar.

—Lo entiendo. No quiere tomar una decisión errónea.

—¿Crees que se arreglará todo?

—Eso espero. Por el bien de todos.

—Giulia me ha dicho que se quedará a dormir con ella. No piensa dejarla sola.

—Me parece bien. Por cierto si tú quieres quedarte...

—No —le respondió de manera directa sin darle opción a explicarse. Esa noche era para ellos dos y no quería que nadie la apartara de su intención.

—Sólo tendríamos que avisar a Giorgio

—Ni hablar. Ella tiene a Giulia, su mejor amiga. Y yo te tengo a ti. Voy a invitarte a tomar algo a un sitio que seguro que no conoces.

Marcos asintió complacido por esa invitación mientras caminaba a su lado sin cogerla de la mano, sin rozarla, aunque se moría de ganas de echar su brazo por encima de sus hombros y atraerla hacia él. Pero no lo haría con los hombres de su padre esperándolos en su coche. Ella deseaba refugiarse bajo el abrigo de su brazo y agradecería sentir el calor de su cuerpo. Lo miraba con mayor detenimiento comprobando como su rostro se contraía con un gesto de preocupación por algo que sucedía. De repente se detuvo y Laura se sobresaltó. Se había quedado mirando fijamente al coche, de una manera que la intrigaba.

—¿Qué sucede? —le preguntó acercándose a él para quedarse cogida de su brazo de manera inconsciente.

—Hay algo extraño —le respondió mientras extendía su brazo derecho hacia ella y la situaba detrás de él.

—Pero, ¿qué pasa...? —El tono de la pregunta se acercó más a la preocupación e incluso rozó el temor. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo ante la posibilidad de que algo malo les sucediera.

—No te separes de mi lado en ningún momento —le recomendó con un tono de voz serio mientras él cruzaba en dirección al coche—. No se mueven. Ni si quiera hacen intención de venir hacia nosotros. Ni han hecho señales con las luces del coche.

Laura se mantenía expectante mientras caminaba aferrada, ahora sí a la mano de Marcos mientras intentaba averiguar qué era lo que estaba sucediendo. Sintió el pulso acelerarse por momentos y que le empezaba a costar respirar. Estaban a diez pasos del coche cuando Marcos se detuvo en seco haciendo que Laura se tropezara contra él.

—Joder —murmuró entre dientes mientras se volvía hacia ella para que no viera a los dos ocupantes del coche en aquel estado. Pero era demasiado tarde.

Laura los había visto y ahora trataba de ahogar un grito en su garganta. Marcos se apresuró a abrazarla contra él intentando tranquilizarla mientras ella se agitaba nerviosa. Marcos cogió su rostro entre sus manos y la miró con una intensidad devastadora, dejándole muy claro lo que sentía por ella.

—Mírame Laura —le pidió aunque Laura no reaccionaba. Estaba en una especie de shock por lo que acababa de ver—. Mírame —le repitió y esta vez sí accedió—. Hay que salir de aquí cuanto antes, ¿de acuerdo? No te separes de mí por nada del mundo. Pase lo que pase, ¿entiendes? —le dijo mientras acariciaba sus mejillas con los pulgares de sus manos.

—Pero... Están... Muertos —balbuceó presa de los nervios de ese momento—. Yo no quiero que nos suceda lo mismo —le confesó sintiendo el miedo apoderarse de su cuerpo mientras sacudía su cabeza rechazando esta idea. Volvió a pensar en que su egoísmo lo había implicado en algo serio.

—No va a pasarnos lo mismo. Tienes mi palabra —le dijo mientras le regalaba una sonrisa que pareció tranquilizarla pese a su agitación. La cogió de la mano y caminaron de vuelta a la acera contraria. Luego le pasó el brazo por encima para atraerla contra su cuerpo mientras sentía como la sangre le corría por sus venas como lava candente. Miraba a todas partes en busca de quien o quienes habían acabado con la vida de los dos hombres de Alfredo Tespi. Los habían seguido. Sabían que estaban en esa casa, y ahora seguramente estuvieran vigilándolos. Se maldijo por lo bajo pensando que no iba a suceder nada.

Ahora ella era lo que más le importaba. Laura era su responsabilidad y haría cualquier cosa para protegerla.

—¿Crees que no siguen? —le preguntó ésta mirando a todas partes.

—No lo sé. Ten ponte mi gorra —le dijo mientras la sacaba del bolsillo de su chaqueta y se la pasaba. Marcos le colocó los cabellos que sobresalían de ésta. Se detuvo a contemplarla y sonrió—. Te favorece. Estás preciosa —le dijo guiñándole un ojo intentando animarla. No quería que pensara en nada malo. Bastante tenía ella con la agitación que experimentaba su cuerpo.

—Desde luego que con este vestido no me pega, pero... haré lo que me pides

—Es por seguridad. Para ocultar sus cabellos, tu rostro...y porque acabo de darme cuenta que te queda muy bien.

Laura sintió que se sonrojaba a pesar de la situación en la que estaban, y le gustó que la mirara de aquella manera. Sabía cómo hacer que una chica sintiera cariño por su parte.

Un coche se acercó hasta ellos. Marcos apretó con mayor decisión a Laura contra él lo cual no pasó desapercibido para ella. Rodeó la cintura de Marcos con su brazo y lo miró desde la profundidad de sus ojos. La visera de su gorra ocultaba parte de su rostro y así podría pasar desapercibida. El coche se detuvo delante de ellos bloqueando la calle. Marcos se detuvo con Laura aferrada a él.

—Tranquila —le susurró pero ella no lo parecía. Estaba muerta de miedo.

Una de las puertas de vehículo se abrió lentamente. Un tipo alto con abrigo hasta los pies se apeó y se quedó delante de ella sonriendo. Marcos miraba a éste pero al mismo tiempo estudiaba las posibilidades que tenían de huir. Les habían bloqueado la calle que iban a cruzar, pero podía girar a la derecha y correr.

—Hemos venido a buscarte Laura. Tu padre nos envía —dijo con una voz de ultratumba mientras señalaba con su mano la puerta trasera del Nissan. Laura pareció tranquilizarse y con gran aplomo se encaró con él.

—¿Mi padre? No tenía conocimiento de ello. ¿Quién eres? Nunca te he visto trabajar para él —le dijo con total normalidad.

—Me llamo desde Milán y me dijo dónde estabas. Cuando te dejemos en casa podrás llamarlo tú misma y comprobar que es cierto —le dijo con naturalidad.

Laura permaneció en silencio unos instantes observándolo. Sabía que era una trampa. Su padre se lo habría dicho, además Giorgio y Steffano estaban muertos en su coche con las gargantas abiertas. Estaba claro cuál era la jugada. Marcos se quedó a la derecha de ella, desde donde podía protegerla mejor y tenía una mejor visión del tipo. Permanecía atento a la conversación mientras estudiaba las posibilidades de escapar.

—Agradezco tu disposición pero prefiero caminar. Ahora si nos permitís... —le dijo intentando avanzar pero el hombre y el coche se lo impedían.

—Lo siento, pero debemos cumplir las órdenes de tu padre. Se enfadará si ve que no te hemos llevado a casa.

—Aun así, insisto. Quiero ir caminando —le dijo en un tono que dejaba clara su elección—. De manera que por favor si retiráis el coche podremos seguir.

El hombre hizo una mueca de desagrado al tiempo que chasqueaba la lengua con desilusión. Marcos percibió su intención de ir por ella y se anticipó dando una patada a la puerta del coche, que golpeó al tipo en las rodillas haciéndolo maldecir mientras se agachaba por el dolor. Aprovechó para coger la puerta y cerrarla con todas sus fuerzas golpeando ahora al tipo en la cabeza y dejándolo inconsciente en la acera.

Laura permaneció en estado de shock viendo a Marcos comportarse de esa manera. El otro ocupante del coche salió por la otra puerta con una pistola en su mano dispuesto a todo. Pero de nuevo Marcos se le anticipó. Se deslizó por el capó para cerrar la puerta de un puntapié que golpeó en la mano al tipo. La pistola cayó al suelo y Marcos aprovechó para lanzar un puñetazo sobre su rostro. El tipo reaccionó golpeando a Marcos en el costado y haciendo que se doblara mientras tosía y creía que iba a vomitar hasta la primera papilla.

Laura, reaccionó presa de una furia y una determinación inusitada en ella en cuanto vio a Marcos en apuros. Se acercó hasta el desconocido y lo golpeó con su bolso con violencia en el rostro haciéndole retroceder. Marcos se rehizo mientras veía la escena y se apresuró a coger la pistola para golpear en la cabeza dejándolo en el suelo al instante. Se volvió a Laura, quien se mostraba agitada por todo y que había acudido en su ayuda para librarse de aquel tipo. Le dedicó una sonrisa de agradecimiento mientras subía al coche.

—¡Sube! —le pidió mientras ella se sentaba en el asiento del copiloto cerrando la puerta justo en el instante que Marcos arrancaba y los neumáticos del Nissan chirriaban sobre el asfalto dejando su marca—. Ponte el cinturón.

Laura lo hizo mientras contemplaba el rostro de Marcos fijo en la carretera mientras el coche volaba por la velocidad. Por un instante lo contempló en silencio sin saber qué decir, ya tendrían tiempo de hablar más tarde. Marcos la miró por unos instantes. Sus miradas se cruzaron mientras él le cogía la mano en la suya y se la acariciaba.

—Dime que estás bien.

—Sí... Estoy... Bien o eso... Eso creo —balbuceaba fruto del subidón de adrenalina que tenía en esos momentos, provocado por la escena con los dos desconocidos y porque ahora Marcos conducía por Bolonia como un auténtico demonio—. Desconocía que supieras conducir.

Marcos la miró y sonrió.

—Me saqué el carnet en verano cuando acabé el instituto. Así podía alquilar un coche aquí y recorrer la Toscana —le dijo mirándola como si la estuviera invitando a recorrerla con él.

—Una buena idea recorrerla en coche, pero de manera más relajada —le sugirió mientras se agarraba con todas sus fuerzas al asiento.

—Voto por ello —le dijo guiñándole un ojo mientras le quitaba la gorra y sus cabellos volvían a caerle libres por el rostro.

—¿Dónde vamos? —le preguntó mirando en toda direcciones.

—A tu casa no podemos ir. Seguramente la tengan vigilada. A la mía tampoco por lo mismo. Es mejor pillar un hotel. ¿Alguno en especial? —le preguntó con una sonrisa producto de los nervios.

—Ehhhhh, no tengo ni idea —le dijo mientras tomaban una curva a gran velocidad y Laura creía que saldría por el parabrisas.

—Te haré caso —asintió sonriendo mientras el coche entraba en la Via dell'Indipendenza, donde redujo la velocidad hasta que divisó un hotel—. Nos alojaremos en ese. Pero antes dejaremos el coche en el estación del tren, de este modo pensarán que nos hemos ido de Bolonia.

—Oye, tú tienes mucha imaginación, ¿no? ¿Cómo se te ha ocurrido eso? —le preguntó mientras su mirada iba de la carretera al rostro de Marcos sintiendo su corazón a mil por la velocidad que alcanzaba el coche.

—Digamos que me gustan las novelas de espías —le respondió guiñándole un ojo.

—¿Y tú actuación con esos dos desconocidos? ¿De dónde lo sacaste? ¿De una película? —le preguntó sin olvidar como la había defendido.

—Eso fue improvisado. No quería que te sucediera nada —le dijo mirándola fijamente una vez que hubieron aparcado el coche en la estación del tren de Bolonia—. Pero hablando de actuaciones, ¿por qué te liaste a bolsazos con aquel tío? Podía haberte dado un golpe y...

—Te estaba machacando —le dijo levantando la voz fruto de la tensión del momento—. Desagradecido, ¿es así como me lo agradeces? —le preguntó mirándolo como si fuera a golpearlo.

—Gracias y perdona —le dijo con una voz suave mientras la miraba descubriendo una vez más a una chica que no parecía en nada a su compañera de clase.

—Sentía que te lo debía —le dijo mientras ahora le acariciaba su rostro con su mano y se humedecía los labios fruto de los nervios—. No quiero que por mi culpa...

—Yo solito me he metido en esto. No lo olvides —le dijo antes de coger su mano y marcarle la muñeca con un beso cálido y revelador que provocó en ella un leve gemido.

Una especie de latigazo recorrió su brazo una vez que sintió los labios de Marcos. Éste se apeó del coche y lo siguió hacia el hotel que había señalado.

—Una noche interesante, ¿eh?

—Pues no ha terminado —le dijo Laura esperando que nada malo le sucediera en lo que restaba.

—Cierto, tienes que ver amanecer. Restan algunas horas pero veremos qué podemos hacer. Venga vamos —le apremió esbozando una sonrisa de complicidad mientras en un acto espontáneo la abrazaba contra él y la besaba en la sien con toda intención al tiempo que Laura se aferraba con más fuerza a él como si pensara que se iba a escapar.

—Que sepas que no pienso marcharme —le dijo con un leve gruñido y un gesto de dolor en su rostro.

—Ya lo sé, ¿por qué me lo dices? ¿Y esa cara? —le preguntó separándose de él y mirándolo con preocupación. Recordó el puñetazo del desconocido—. Siento haberte abrazado tan fuerte. No me daba cuenta del golpe. Es mejor que lo veamos ahora.

—Me ha gustado tu abrazo pero para otra vez... procura no estrujarme como si fuera una naranja a la que le exprimes la última gota.

—Lo tendré en cuenta. Sabes, siento que eres la única persona en quien puedo confiar y que va a cuidarme —le confesó con rotundidad mientras se agarraba a Marcos como si él fuera su tabla de salvación.

El hotel se encontraba en plena Avenida dell' Independenzia, aunque algo oculto por los árboles y el pórtico de la entrada. Caminaron con determinación hacia el mostrador de recepción.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Desearíamos una habitación doble —le pidió Marcos con decisión mientras cogía su cartera para abonar el importe.

El recepcionista los miraba con curiosidad y sonreía entiendo que se trataba de una pareja de novios, que querían pasar la noche lejos de sus casas. Movi6 el rat6n y tecle6 un par de veces hasta que pareci6 satisfecho.

—¿Cuántas noches? —pregunt6 sin apartar la mirada de la pantalla.

—S6lo ser6 por esta.

El recepcionista no les dijo nada. Se limit6 a asentir mientras tecleaba con decisi6n.

—¿Desayuno incluido?

Marcos mir6 a Laura, quien asinti6 al instante casi sin pensar en lo que estaba haciendo. Estaba en una especie de nube de la que parecía que no se iba a bajar. Se estaba quedando a cuadros con Marcos. Su decisi6n de liberarla de los dos desconocidos; su conducci6n temeraria, pero al mismo tiempo segura por las calles de Bolonia; su sangre fría al planificar lo que iban a hacer. Desprendía una seguridad en sí mismo y en lo que hacía, abrumadora para alguien de su edad y que no dejaba de sorprenderla, de cautivarla. Sabía que con él estaba en buenas manos.

Marcos sac6 el dinero de su cartera para pagar la factura, cuando Laura se dio cuenta.

—Eh, espera... yo... —dijo rebuscando su cartera en el interior de su bolso. Pero entonces sintió su mano sobre la suya y su mirada rechazando su oferta.

—Habitaci6n 1101. En el primer piso. Que descansen —les dijo el recepcionista mientras le entregaba una llave electr6nica y les sonreía—. Por el ascensor de su derecha.

Marcos cedi6 el paso a Laura, quien a ún seguía presa de los nervios aunque poco a poco parecía que se le calmaban.

—¿Por qué no has querido que pagara? —le pregunt6 una vez dentro del reducido espacio del ascensor mientras sentía el cuerpo de Marcos tan cerca del suyo, que pareciera que le costara respirar.

Marcos sonri6 mientras bajaba la mirada para fijarla en ella.

—No tiene importancia. Dime, ¿cómo te encuentras? —le pregunt6 mientras su mano atrapaba la de ella y después entrelazaban sus dedos.

—La verdad no sé qué...

El ascensor se detuvo antes de que pudiera responderle. Salieron al pasillo para buscar la habitaci6n. Marcos introdujo la llave en la ranura y al instante la lucecita verde sobre el manillar les indic6 que estaba abierta. La puerta dio paso a una amplia habitaci6n con suelo enmoquetado en verde, una cama grande de matrimonio en la que podían incluso perderse, una mesa con lámpara y su correspondiente silla. El ba ño quedaba a la derecha donde destacaba una ducha peque ña y moderna.

Marcos se desprendió de su chaqueta, que dejó sobre el respaldo de la silla mientras miraba a Laura para comprobar su estado de ánimo. Le pareció algo cansada por todo lo que estaba sucediendo, pero aún con ese cansancio reflejado en su rostro también le seguía pareciendo atractiva.

—Deberíamos dormir —le sugiri6 mientras ella se quedaba ú nicamente con su vestido negro ajustado dejándolo sin aliento e intentando pensar con claridad. Si ella se mostraba tan sensual con sus cabellos cayendo libres en cascada sobre sus hombros, ocultando de manera enigmática parte de su rostro con ellos, le sería harto complicado hacerlo. Su mirada la sigui6 hasta la cama donde se sent6 para desprenderse de sus zapatos.

—Me estaban matando —le confes6 mientras los dejaba sobre la moqueta y resoplaba. Mir6 a Marcos mientras sonreía embozado por verla actuar de una manera tan normal. Moviendo sus pies arriba y abajo mientras seguía sentada y apoyaba sus manos sobre la cama. Recorri6 su cuerpo con su mirada. Sus pechos subían y bajaban por la respiraci6n. Sus caderas perfectas y sus piernas, largas y torneadas a la perfecci6n en su pantorrilla. El vestido le permitía observarlas casi por completo, ya que se le había subido un poco al sentarse sobre la cama. Sintió deseos de acercarse a ella, recostarla y recorrerlas con sus manos, con sus labios...

—¿Por qué me miras de esa manera? —le pregunt6 percatándose de su intensa mirada. Podría adivinar lo que estaba pensando, lo que sentía, lo que seguramente querría hacerle. Laura se apart6 el pelo de su rostro para que él la viera mejor, mientras entornaba la mirada hacia él esperando que se explicara.

—Deberías tratar de dormir.

—Imposible —le dijo de manera tajante mientras sacudía la cabeza.

—Vale. ¿Entonces? ¿Qué sugieres que hagamos? —le pregunt6 con cuidado esperando que Laura no entendiera otra cosa.

—Estoy demasiado nerviosa como para conciliar el sueño. Todo lo vivido en estas últimas horas... —resopl6 soltando el aire que llevaba acumulado en sus pulmones mientras sentía como si algo revoloteara en su est6mago cada vez que percibía la mirada de él fija en ella. «¿Qué demonios me pasa? Estoy nerviosa por todo lo que ha sucedido, pero ¿cómo es posible que desee estar con Marcos a solas en una habitaci6n de hotel y pensando en lo que podría suceder entre nosotros?», se pregunt6 intentando encontrar algo de coherencia en sus pensamientos. Pero la sola presencia de él la turbaba demasiado—. Bien, ¿qué hacemos? ¿Llamamos a mi padre y le informamos de todo? —sugiri6 mientras lo observaba detenidamente sintiendo su respiraci6n en mitad de ese silencio.

—No tengo ni idea de qué nos conviene, salvo dejar Bolonia cuanto antes. Estoy seguro de quien te quiere secuestrar no parará hasta dar contigo —le asegur6 con gesto serio—. Lo que no entiendo aun es: ¿por qué? Me refiero a la insistencia que están poniendo. A las molestias que se están tomando, ¿no crees? —le pregunt6 captando su atenci6n por completo y haciéndola pensar en ello—. Es como si con tu secuestro obligaran a tu padre a hacer o no hacer algo. No lo sé —dijo resoplando mientras sacudía su cabeza en sentido negativo. No entendía nada de lo que estaba pasando.

—No estoy al tanto de los negocios de mi padre —le dijo Laura sintiendo no saber mucho de ellos—. S6lo sé que pretende dejar la presidencia de la firma, ya oíste a mi madre.

—Bueno, lo que importa es que de momento estás a salvo —dijo arqueando sus cejas en clara se ñal de alivio.

—Te lo debo a ti —su tono fue dulce y suave provocando en Marcos un leve sobresalto. Sintió los dedos de ella rozar los suyos, ya que él tenía sus manos cruzadas hacia delante, suspendidas en el aire. Fue un roce intencionado, tal vez buscando alguna reacci6n. Marcos sonri6 mientras jugueteaba con los dedos de ella

hasta que su mano quedó oculta bajo la de Marcos—. Por cierto no me esperaba tu reacción con aquellos dos tipos —le comentó frunciendo el ceño y sonriendo burlona—. No sabía que fueras así.

Marcos se encogió de hombros sin darle importancia.

—Lo hice para protegerte. Ya te lo dije.

—Lo hiciste bien y te lo agradezco —le repitió mirándolo a los ojos al tiempo que sus deseos por besarle aumentaban. Pensó que estaban a solas, con una cama delante de ellos y que la agitación de las últimas horas podría desencadenar en algo que deseaba pero que no sabía si sería el momento—. ¿Dónde iremos? —quiso saber cambiando de tema tratando de enfriar sus sensaciones, sus deseos de perderse entre sus brazos.

—Creo que me debes un viaje por la Toscana —le recordó divertido.

—¿Yo?

—Oh sí, tú... ¿No recuerdas? Dijiste que te parecía bien. La otra vez. Lo sabía, sabía que no lo harías al final. Que te echarías atrás —bromeó mientras gesticulaba como si en verdad estuviera decepcionado mientras no dejaba de mirarla.

—Eh, no te rías de mí —le dijo apuntándolo con su dedo como si lo acusara—. No te prometí nada.

—Sí, lo hiciste. En el coche de camino a la estación. ¡Oh venga ya!

—Te estás riendo de mí —le dijo al comprobar sus gestos y su sonrisa.

—No me estoy riendo de ti. Me estoy riendo contigo —le aclaró mientras la cogía de la mano extendida.

—Ah, vale y... ¿cuál es la diferencia según tú? —le preguntó mientras fingía estar enfadada con él y dejaba que siguiera aferrado a su mano, transmitiéndole calor, ternura, protección, cariño...

Marcos se encogió de hombros al tiempo que se incorporaba de la silla con su mano aún en la suya. Aquel era un juego peligroso, y lo sabía. ¿Y ella? ¿Sabía a lo que se estaba exponiendo? Laura movió sus pies en el aire intentando golpearlo. Entonces Marcos la soltó y la cogió de un pie, mientras ella se agitaba presa de un ataque de pánico porque le pudiera hacer cosquillas en la planta de sus pies. Le gustó verla reír de aquella manera tan divertida, tan sensual, al fin y al cabo se merecía un rato de risas después de todo lo que había pasado. Marcos se sentó en la cama mientras posaba el pie de Laura sobre sus piernas y el vestido se deslizaba más y más captando la atención de Marcos. Percibió la curva de su muslo perdiéndose bajo la tela. Tenía la piel blanca y su aspecto era suave. Apartó la mirada antes de que sintiera deseos de dejar que su mano la acariciara.

—Ves lo que te decía, esto es reírme contigo —le dijo mirando como ella no paraba de reír, y le costaba respirar mientras él le acariciaba la planta de su pie. Comenzó a aflojar su placentera tortura al verla así y ella en un descuido le propinó un golpe en su costado que le hizo gruñir.

Laura se dio cuenta y al momento se incorporó preocupada. Había olvidado que uno de los desconocidos lo había golpeado en esa zona con violencia. Marcos apretó los dientes tratando de reprimir el dolor que le había producido, y miró a Laura sonriendo.

—Te duele —le dijo mirándolo con preocupación.

—Tranquila, no es nada —le aseguró restando importancia al golpe mientras sentía por dentro la quemazón.

—Vamos déjame echarle un vistazo —le pidió mientras sus manos ya estaban comenzando a tirar de su camisa sacándola de su pantalón ante la sorpresa de Marcos.

—Oye, de verdad, estoy bien... —le aclaró mientras trataba de apartar sus manos de él.

—¿Te da vergüenza que te vea sin camisa? —le preguntó con un gesto divertido en su rostro y una voz sensual no exenta de picardía mientras no parecía desistir de su propósito.

Marcos abrió la boca y se quedó sin palabras ante este comentario. Apartó sus manos de ella y contempló como seguía dispuesta a despojarlo de su camisa de manera lenta como si creyera, que le dolía el hecho de rozarle con la tela. Pero lo que en realidad le estaba produciendo era otra clase de sensaciones más placenteras. Alzó la camisa y la camiseta que llevaba debajo y observó un moratón a la altura de las costillas. Su piel era suave, firme, le gustaba recorrerla con las yemas de sus dedos sin saber que a Marcos le estaba produciendo una quemazón difícil de soportar.

—Quítate la camisa y la camiseta —le dijo mirándolo con decisión, con preocupación por el golpe recibido al defenderla mientras él abría la boca para decir algo pero el gesto autoritario de ella pareció hacerle desistir—. Déjame que vea el golpe. Es posible que tengas una costilla rota.

—Ya no me duele.

Laura pasó la mano sobre la piel y Marcos se agitó más por la suave sensación de sus dedos, que porque en verdad le doliera el golpe. Laura puso cara de tener razón y sonrió complacida. Marcos accedió finalmente siendo consciente que aquello no era lo que mejor le convenía en esos momentos, hablando en un plano serio y profesional. La preocupación reflejada en su rostro y su mirada cargada de tensión.

Se desprendió de la camisa bajo la atenta mirada de ella, quien no podía evitar sentirse extraña. A continuación le siguió su camiseta revelando un cuerpo atlético y definido en cada uno de sus músculos. Sin duda que el deporte había sido una máxima en su corta vida. Sus abdominales aparecían firmes por encima del pantalón.

Sintió que se quedaba paralizada por aquella visión mientras Marcos era consciente de lo que le estaba provocando. Laura se acercó hasta él tratando de centrar su atención en el costado, donde el morado era patente. Le pasó la mano con delicadeza mientras Marcos apretaba los dientes. Sus cabellos le producían una caricia tan dulce, tan placentera, tan suave, pero al mismo tiempo lo estaban atormentando. Sentía como su piel se erizaba, como su sangre circulaba caliente por todo su cuerpo. Ella seguía pasando sus manos por el golpe mientras ahora lo miraba a los ojos fijamente.

—Dime si te duele —le susurró con una voz cálida, sensual al tiempo que seguía acariciándolo.

Era tal la tensión a la que se veía sometido, que ni siquiera pudo responder. Se limitó a mover la cabeza. Un leve e imperceptible gesto que sólo ella percibió. Marcos la miraba fijamente preguntándose qué era lo que pretendía. Apretó las mandíbulas controlando sus impulsos de rodearla con sus brazos, de atraerla hacia su cuerpo desnudo, de hundir su rostro en su cuello y recorrerlo con sus labios. Aspirar el aroma de sus cabellos y acariciarle la espalda con sus dedos para provocarla.

—Te estás aguantando. Sé que te duele, pero no vas a admitirlo —le susurró mientras sus dedos seguían trazando figuras geométricas desconocidas sobre su piel y Marcos deseaba abandonarse bajo aquellas sensuales caricias.

—Estoy mejor gracias a mi particular doctora —le comentó esbozando una sonrisa tímida.

Laura sonrió ante el comentario pero no apartó sus manos del cuerpo de Marcos. Ascendieron por sus brazos hasta detenerse en sus hombros. En el derecho un pequeño tatuaje en forma de dragón captó ahora su atención. Lo miró sorprendida mientras lo recorría pausadamente, como si fuera ella la encargada de dibujarlo.

—No dejas de sorprenderme —le dijo mientras levantaba la mirada del tatuaje para encontrarse con la de él.

—Un tatuaje es algo corriente.

—No me lo esperaba de ti.

—¿Puedo saber el motivo? —le preguntó con curiosidad por ese comentario.

—Los tatuajes son más para los chicos malos —le confesó abriendo sus ojos al máximo y poniendo cara de niña traviesa.

—¿Qué te hace pensar que yo no lo soy? —le preguntó sonriendo de manera diabólica al tiempo que Laura sentía las manos de Marcos subir por su espalda lentamente. Entreabrió sus labios dejando escapar varios suspiros de placer mientras cerraba los ojos para ahondar en esa sensación. Sentía que las piernas le temblaban más de lo normal y que en ese instante no era debido a la tensión vivida a lo largo de ese día.

Era la proximidad de Marcos la que lo producía. Su mirada. Sus caricias. Sus labios rozándole su sien de manera suave, casi imperceptible y como tomaba su rostro entre sus manos para mirarla con determinación. No podían seguir así, debían tomar una decisión. La deseaba. Tanto que le dolía todo el cuerpo anhelando el de ella sobre su piel. ¿Pero era el momento?

Laura sentía como él se estaba convirtiendo en una parte importante de su vida. Aquella intimidad; aquella complicidad en esa habitación del hotel... Sentía

deseos de besarlo, de acariciarlo, de sentirlo dentro de ella pero todo esto que sucedía a su alrededor parecía retenerla. Algo le decía que todo debería aclararse antes de dar el paso. Se quedó mirándolo fijamente mientras en su interior se desataba la tormenta.

—Abrazame —le pidió apoyando su rostro contra su pecho y ella lo rodeaba por la cintura—. No quiero estar sola esta noche... por favor.

Marcos la estrechó contra él sintiendo sus pechos contra su cuerpo desnudo. Los latidos de su corazón. Su respiración algo agitada, ¿Pensaba que la dejaría solas en esa habitación? Le había prometido que no la abandonaría y ahora menos. La besó en la cabeza antes de cogerla en brazos y llevarla a la cama mientras ella pasaba los suyos alrededor del cuello de él y lo miraba fijamente. La dejó sobre ésta mientras ella lo contemplaba como si nunca hubiera conocido a alguien como él. ¿De dónde había salido?

No pensó que pudiera existir un chico como él; atento, divertido y dispuesto a jugarse su vida por una compañera de clase. Creía que los chicos pensaban sólo en divertirse y en el sexo nada más conocerte, pero Marcos... su personalidad la había atrapado desde el primer día pero no creía que a cada momento que pasaba con él pudiera sorprenderla más. Sonrió al pensar en él como si fuera una cebolla, con cada capa que quitas, más logra sorprenderte.

Lo agarró por la mano cuando sintió que la dejaba sola.

—Duerme conmigo —le pidió mientras su mirada se lo imploraba.

Marcos sonrió ante esta invitación. No podía negarle nada. Asintió mientras le besaba la mano y le arrancaba una sonrisa dulce, tímida pero sensual. Cerró los ojos presa del agotamiento al que se había visto sometida todo el día. Estaba tranquila. Marcos velaría por ella.

Se acomodó detrás de ella y la rodeó con su brazo hasta rozarle el pecho. Ella le tomó la mano y la cubrió con la suya para sentirlo cerca de ella. Sentía el cuerpo de Laura junto al de él y como le seguía produciendo esa sensación de deseo en su entrepierna. Pero aunque la deseaba sexualmente, sus sentimientos protectores se anteponian. Inspiró hondo para incorporarse y apoyar el codo en la almohada. Soltó el aire mientras le acariciaba el pelo con devoción y la sentía respirar profundamente. Laura se había quedado dormida tras las tensiones vividas ese día.

En la quietud de la noche y en el silencio de la habitación Marcos pensaba en Laura; en su vida; en el peligro que corría; en lo que sucedería una vez que todo hubiera acabado. ¿Qué haría con el curso? ¿Se quedaría junto a ella o regresaría a España? ¿Podría dejarla aquí sola sabiendo lo que ambos sentían? ¿Y quién quería secuestrarla? ¿Tenía Alfredo Tespi algún negocio turbio y por ello le estaban mandando estos avisos? ¿A qué venía tanta insistencia en hacer daño a Laura? Entendía que era el eslabón más vulnerable de la familia, y que por ahí lograrían su propósito ¿Dinero? ¿Propiedades? ¿Qué buscaban? Fuera lo que fuera no descansarían hasta conseguirlo de eso estaba seguro. Pero él no se separaría de ella en ningún momento. La contempló dormir plácidamente mientras ahora sus deseos se limitaban a abrazarla, y arrullarla contra su pecho.

—Duerme Laura —le susurró mientras se alzaba para besarla en la mejilla y ella se movía en sus sueños, como si hubiera sentido el leve roce de los labios de Marcos.

—No me puedo creer que se os haya escapado —gritó Leonardo Altobelli golpeando la mesa con su puño—. ¿Y me decís que un chico de su edad la ha ayudado? —Preguntó incrédulo mientras miraba a sus dos sicarios—. ¿Me estáis diciendo que no habéis podido con dos adolescentes? Para que os pago, ¿eh? ¡Decídmelo!

Los hombres miraban a Leonardo temiendo su reacción ya que sabían de qué era capaz. Se sentó tras la mesa de su despacho. Eran las tres de la madrugada, pero no le importaba ya que estaba más que acostumbrado a resolver asuntos de esa índole a todas horas. Junto a él otros dos hombres los miraban como si les quedara poco tiempo de vida.

—¿Dónde están ahora? —les preguntó mirándolos con resignación.

—Creemos que siguen en Bolonia, pero no sabemos dónde. A casa de la chica no han vuelto. De eso estamos seguros. Nuestro hombre no llamó para confirmarlo —le informó mientras Leonardo los miraba esperando alguna explicación adicional.

—Pueden estar en cualquier parte.

—En cualquier parte. Panda de inútiles. ¿Para eso os pago? Debería mandaros... —se contuvo pensando en cuál sería la mejor solución para esos dos—. ¡¿Cómo vamos a lograr que Alfredo me nombre su sucesor si no tenemos una medida de presión?! ¡Quiero a su hija aquí conmigo para que se entere de una vez que debe traspasarme la empresa a mí! ¡¿Queda claro?! —les preguntó mirándolos como si fuera a matarlos en cualquier momento.

Se limitaron a asentir pero no dijeron nada. Temían que si abrían la boca Leonardo Altobelli se la cerrara para siempre.

—A ver si nos aclaramos. Sabemos que Alfredo está en Milán haciendo negocios. Dentro de tres días debe ir a Siena para la convención de diseñadores italianos. Yo estaré allí y para entonces quiero que la chica esté en vuestras manos. ¿Me habéis entendido? —Preguntó mirándolos fuera de sí, como si en cualquier momento pudiera coger un arma y quitarlos de en medio—. De manera que mover el culo y registrar toda Bolonia.

Los dos sicarios se levantaron de sus asientos y caminaron hacia la puerta mientras Lorenzo Altobelli les recordaba en voz alta.

—Dentro de tres días. La quiero en Siena. ¡Conmigo!

—¿Por qué no te limitas a quitarla de en medio? —le preguntó una voz desde el umbral de la puerta de su despacho.

—No es necesario llegar a ese punto, Sandro. Basta con hacer entrar en razón a Alfredo, eso es todo —le explicó algo más calmado.

—¿Y si no acepta nombrarte su sucesor? Hasta ahora no ha mostrado interés en ti. No le he visto hacerte ningún gesto de preferencia —le recordó provocando un sentimiento de rabia en Lorenzo.

—Si tengo a su hija en mi poder, Alfredo convencerá al Consejo de Administración para que me nombren su sucesor. ¡Coño, levantamos la puta empresa juntos y ahora quiere cederle los galones a un recién llegado como Nicola Mantovani! ¡Joder, he luchado durante veinticinco años por esa empresa! ¿Y así es como me lo paga? —Preguntó irritado por el hecho de recordar cómo estaba la situación en la multinacional de la moda—. Le haré entrar en razón. Pero tú, coge un par de muchachos y rastrea Bolonia. No me fio de esos dos.

Sandro sonrió complacido porque le encargara ese trabajo.

—Eh, pero te advierto. No se te ocurra extralimitarte —le advirtió mirándolo fijamente mientras lo señalaba en clara señal de advertencia.

Sandro se limitó a sonreír al tiempo que hacía una pequeña reverencia de despedida.

La luz de un nuevo amanecer comenzaba a filtrarse a través de la ventana de la habitación. Marcos apenas si había pegado ojo las horas que llevaban en ésta. Laura se había vuelto y ahora descansaba abrazada a él. La observó detenidamente en silencio mientras pensaba en cuales serían los siguientes pasos. Tenían que tener claro donde irían y donde se alojarían. También deberían decidir si llamar a Alfredo y relatarle lo sucedido, aunque ello podría ponerlo en alerta y enviar a su gente a recogerlos.

Llamarían la atención y tal vez eso era ahora mismo lo que menos necesitaban. Volvió a mirar a Laura que poco a poco parecía ir despertando. Sonrió al ver como abría los ojos y se quedaba pensativa, ahora lo miraba confusa al ver como su brazo descansaba sobre él. Se incorporó y miró bajo las sábanas ante la sonrisa de Marcos.

—No te preocupes. Aún sigues vestida —le dijo burlón porque ella pensara que se habían acostado—. ¿Pensabas que me aprovecharía de ti y de la situación?

Laura sonrió a través del velo del sueño que todavía la envolvía. Reposó su cabeza sobre la almohada y dejaba su vista fija en el techo mientras trataba de ordenar sus ideas.

—Por cierto, está amaneciendo —apuntó Marcos señalando la ventana. Salió de la cama y corrió a retirar la cortina para que la habitación se fuera aclarando con la luz de un nuevo día—. ¿Qué me dices de ver amanecer juntos? —le preguntó recordando su propuesta de la noche pasada cuando ella le había propuesto regresar a casa después de ver amanecer juntos.

Laura se movió bajo las sábanas y salió de la cama. Marcos la contempló avanzando hacia él con sus cabellos desordenados, su rostro sin una sola huella de pintura en sus ojos, sus labios sonrosados, el vestido arrugado y descalza. Tal vez alguien le diría que no tenía un aspecto muy decoroso, pero a él le pareció que estaba preciosa. Siempre se había preguntado cómo sería por las mañanas al despertar. Se lo preguntaba porque apenas si se maquillaba para ir a clase y ahora al

verla reconocí que Laura, era una chica atractiva y muy sensual incluso al levantarse por la mañana.

—Ya sé que debo estar horrorosa —le anunció nada más percatarse de como la miraba. Le volvió el rostro con su mano obligándolo a que mirara el nuevo día, mientras ella se reía.

—Siempre me he estado preguntando qué aspecto tendrías al levantarte —le confesó sorprendiéndola—. No eres de las que se embadurnan la cara con maquillajes, sombras y demás. Siempre que me he fijado en ti, mostrabas un aspecto natural y sencillo.

—¿Cuándo te has fijado en mí? —le preguntó mirándolo de arriba abajo con sorpresa.

—Bueno, digamos que te observaba desde la distancia. Y me gustaba lo que veía.

—Vaya —exclamó sintiendo cierto júbilo en su pecho por escucharle decir eso al tiempo que se recogía el pelo para darse una apariencia que a él le gustara más.

Marcos la dejó colocarse frente a la ventana mientras el día comenzaba a clarear con más fuerza. Se situó detrás de ella rodeándola por la cintura y dejando que el aroma de sus cabellos y de su piel envolviera sus sentidos.

Laura inspiró hondo mientras los brazos de Marcos la rodeaban y la hacían sentir protegida «¿Qué haré si me falta?» se preguntó por primera vez mientras ya se acostumbraba a su presencia de una manera diferente a como cuando estaban en clase. Ahora todo esto los estaba uniendo más y de una manera más profunda. No quería pensar ni un solo segundo que pasaría cuando todo esto hubiera pasado.

—No sé si esta era tu idea de ver amanecer conmigo pero es lo que hay —le susurró Marcos en su oído provocándola una escalofrío por todo su cuerpo.

—Es más de lo que jamás pude imaginar.

Apoyó su cabeza sobre él mientras entrelazaba sus manos con las suyas propias en silencio. Sin ser capaces de pronunciar una sola palabra, aunque en ese preciso instante todo lo que pudieran decir sobraba. Eran conscientes de lo que sentían en uno por el otro. Un nuevo día comenzó a rasgar el velo de la noche sin que ninguno de los dos supiera que les depararía. Marcos apoyó su mentón sobre la cabeza de Laura mientras dejaba su mente en blanco. Mejor así, pensar en algo que no tuviera que ver con salvar a Laura, ahora sería descabellado.

—Es mejor que nos pongamos en marcha —dijo finalmente Marcos rompiendo el momento mágico que se había creado. No quería precipitar la situación, forzarla por el simple deseo de lo que sentían.

—Me gustaría darme una ducha antes de bajar a desayunar —le dijo apartándose de él con una sonrisa.

—Claro. Yo aprovecharé para dar un toque a Carlo. Necesitamos que venga al hotel y nos traiga ropa.

Laura lo miró agradecida por ese detalle. Necesitaba ropa cómoda para moverse. Aquel vestido y aquellos zapatos de tacón no eran la indumentaria perfecta para escapar de sus secuestradores, y emprender una aventura como la que se presentaba antes ellos.

—¿Qué tienes pensado que hagamos? —le preguntó mientras lo contemplaba desde la mitad de la habitación sintiendo el deseo crepitar en su interior.

—De momento bajaremos a desayunar y esperaremos a Carlo. Ya decidiremos, aunque lo más sensato es abandonar Bolonia cuanto antes. Por ahora no hay prisa. No creo que nadie sepa que estamos aquí. Puedes tomarte una ducha larga y relajada —le dijo señalando el cuarto de baño con su móvil mientras marcaba el número de Carlo y la miraba como si esperara que ella pudiera invitarlo a compartir la ducha con ella.

Laura asintió mientras ella misma se preguntaba si sería sensato invitarlo a ducharse con ella. Se mordió el labio de una manera sensual mientras lo miraba apoyada en el marco de la puerta.

—¿Tú no vas a ducharte? —le preguntó tentándolo con el tono suave de su voz, con sus labios entreabiertos, su hombro derecho descubierto,...

Marcos parecía estar dispuesto a venderle su alma al diablo por aceptar aquella invitación; pero supo que ya lo había hecho en el momento en que se acercó a ella, cuando sintió su deseo por tenerla para él, por no dejarla a solas...

—No, tranquila. Dúchate tú primero. Yo voy a llamar —le dijo alzando el móvil y esbozando una sonrisa.

Ella lo miró con cierta desilusión antes de desaparecer en el interior del baño. Pero no cerró la puerta, la dejó entreabierta por si él se decidía en el último instante.

Marcos pulsó el botón de rellamada para localizar a Carlo. Esperaba que lo tuviera encendido y que si no se había despertado, al menos el tono de su móvil lo despertara. Esperó a que diera línea. Sonrió satisfecho cuando percibió que no lo había apagado y que la llamada estaba en curso. Ahora sólo esperaba que...

—Tío, ¿qué horas son estás de llamarme? —le respondió la voz somnolienta de Carlo. Sin duda estaba dormido, pensó Marcos.

—Oye, colega, ¿estás despierto? —le preguntó con un tono de voz que denotaba la urgencia y la necesidad del momento.

—Ahora sí, pero hace treinta segundos no. Antes de que me llamas. Marcos, son las ocho de la mañana y es Domingo.

—Lo sé, lo sé. Soy consciente de ello.

—Pues podrías haber tenido un poquito de consideración —le dijo antes de darse cuenta que no estaba en el piso—. Oye, tío, ¿dónde estás?

—Te lo cuento mientras desayunamos. Yo invito —Escuchó un gruñido de asentimiento por parte de Carlo—. Coge una bolsa de viaje de las mías y mete ropa.

—¿Qué pasa? ¿Te mudas? No serás tan capullo de...

—No, no me mudo. Pero escucha. Mete ropa en esa bolsa. Un poco de todo pero ropa suficiente para dos personas. Y ven con la bolsa de inmediato al hotel que se encuentra en la Vía dell'Indipendenza, ¿de acuerdo?

Carlo se quedó callado pensando en lo que significaba aquello. ¿Para dos personas?

—¿Me estás llamando desde allí?—. El tono de su pregunta sonó a sorpresa. ¿Qué hacía Marcos en hotel? Todo aquello era demasiado raro y complicado.

—Sí, por supuesto —le dijo volviéndose hacia el cuarto de baño cuya puerta estaba entreabierta. Se acercó despacio hacia ésta mientras sentía que se le formaba un nudo en la garganta.

—Pero, entonces... Vale... una bolsa con ropa para dos. No voy a hacer preguntas indiscretas acerca de tu acompañante —le dijo entre risas empleando un tono irónico—. ¿Qué más?

—Coge mi IPod también.

—Hecho.

—Dispones de veinte minutos. Te estaré esperando en la entrada del hotel. ¿Entiendes? —le preguntó mientras su mirada se quedaba clavada en la silueta femenina tras la mampara de la ducha y en cómo se movía de manera lenta. El vapor del agua caliente había empañado lo justo los cristales impidiéndole tener una visión más nítida del cuerpo de Laura. Pero tampoco le hacía mucha falta para percibir la voluptuosidad de sus pechos, su cintura estrecha, sus caderas redondas... Se humedeció los labios e intentó centrarse en sacarla de allí sana y salva. Cerró los ojos unos instantes mientras se imaginaba a él mismo detrás de ella...

—Claro que lo entiendo. Oye, Marcos, Marcos —repetió Carlo ante el silencio que se había producido—. ¿Estás ahí?

—Eh, sí, sí. Eso es todo por ahora. Nos vemos en el hall del hotel. Luego te explico todo. Pero date prisa. Y procura no venir en línea recta, sino que callejea por si alguien te sigue. ¿De acuerdo?

—Esto tiene que ver con Laura, ¿verdad? —le preguntó empleando un tono cargado de preocupación.

—Sí.

—Joder, mira que te dije que te marcharas a España y pasaras de rollos —le sermonéó de mal humor.

—Demasiado tarde. Nos vemos.

—Ciao.

Colgó y se quedó mirando el móvil ajeno a lo que sucedía detrás de él.

—¿Todo bien?

La voz de Laura sonó a sus espaldas incitándole a girarse hacia ella. Marcos contó hasta diez e inspiró profundamente antes de volverse. Después de ver la silueta de su cuerpo tras los cristales empañados de la ducha, no sabía cómo la vería ahora.

—Sí, claro. Carlo vendrá en unos minutos —le respondió mientras su mirada se fijaba en una Laura envuelta en una toalla de color blanco atada bajo sus brazos y que dejaba al descubierto una generosa proporción de sus piernas. Sus cabellos mojados le daban un aspecto tan sensual, tan diabólicamente sexy. Laura era completamente consciente del deseo que despertaba en Marcos. Aunque no lograba comprender como todavía no había intentado acostarse con ella.

En la fiesta en casa de Viola, sólo se habían limitado a mirarse, a rozarse, pero no había sentido sus labios posarse en los de ella de manera posesiva, frenética, hambrienta... Lo había acariciado con toda intención cuando le vio el morado en su costado. Había buscado sus labios al mirarlo desde aquella posición, pero él parecía no comprender las señales que le enviaba. Eso, o prefería esperar mejor ocasión. Lo cierto era que tras lo vivido el día anterior, tal vez lo que menos le interesara acostarse con ella. Lo entendía, a ella hubo un momento que se le pasó por su mente.

—No tengo nada que ponerme... Salvo el mismo vestido —le dijo extendiendo sus brazos mientras Marcos temía que la toalla se deslizara de su cuerpo dejándola completamente desnuda ante él.

—Le he pedido a Carlo que nos traiga ropa de casa.

—¿Quieres que me ponga tu ropa? —le preguntó de manera divertida y no exenta de sorpresa mientras abría sus ojos al máximo y sonreía.

—De momento es lo que tenemos. Creo que unos vaqueros pueden valerte y alguna camiseta —le dijo de pasada sin saber cómo reaccionar ya que nunca se había tenido que preocupar por dejarle ropa a una chica.

—Hasta ahí bien... pero... —Laura balbuceaba inquieta porque sentía la mirada hambrienta de Marcos en ella, pero al mismo tiempo su autocontrol. Era digno de admirarlo. Sabía que se moría de ganas por quitarle la toalla y tumbarla en la cama... — hay ciertas prendas que no podrás dejarme —le aclaró con un toque de sensualidad y picardía haciendo clara alusión a su ropa interior mientras se mordía el labio y se llevaba un dedo a éste con ingenuidad.

Aquello pilló a Marcos fuera de juego. No había caído en ello.

—Bueno imagino que podremos comprarte alguna pieza en Florencia.

—Bien, veo que tienes respuesta para todo. Eso me gusta. Piensas rápido —le dijo mientras agitaba un dedo en alto y el tono de su voz expresaba seriedad—. De manera que a Florencia...

—Sí, creo que al ser una ciudad grande no nos encontrarán. Desde allí podrás llamar a tu padre y explicarle qué sucede.

Laura asintió ante este comentario. Ahora mismo no estaba pensando en su padre precisamente, ni en nada que tuviera relación con él. En ese momento todos sus sentidos permanecían alerta por lo que pudiera llegar a suceder con Marcos. Inspiró hondo sintiendo que su pecho se hinchaba y que podría tener dificultades para sostener la toalla. Sonrió burlona mientras se acercaba a él. Marcos se había apoyado contra la ventana con los brazos cruzados intentando guardar las distancias con ella, quien por su parte, se aproximaba sintiendo deseos de besarlo. Le parecía tan cortado en esos momentos. «¿Es que nunca ha estado con una chica?», se preguntó de repente mientras fruncía el ceño. «¿Qué le pasa?»

Marcos entornó la mirada hacia ella y de manera inesperada le rozó los cabellos mojados. Se los apartó del rostro mientras trazaba su contorno y ahora parecía ser Laura, quien tenía dificultades para controlar su respiración. Marcos sabía que su voluntad ya no le pertenecía porque en ese instante se dejaba guiar por lo que Laura le hacía sentir.

Lo miraba con una mezcla de deseo y de expectación por ver qué haría. Las piernas le temblaban, pero no de la misma manera que la noche pasada cuando tuvo miedo que le sucediera algo. Ahora el temblor era debido a la excitación. Por un instante pensó en que había llevado demasiado lejos su juego de seducción, pero llegados a este punto, se dio cuenta que aunque quisiera apartarse de él y salir corriendo de allí, no podría hacerlo mientras él la mirara de la manera en la que ahora lo hacía.

Marcos posó una mano sobre el rostro de Laura mientras su pulgar la acariciaba sin prisas. Era consciente que se estaba acercando demasiado a la línea que los separaba. Podía sentir la magia del momento en su rostro, en su mirada... El sol ya había salido detrás de él y ahora sus rayos iluminaban el rostro de Laura. Sentía el latido de su corazón bajo la toalla, su respiración agitada, su aliento impregnando sus labios. Cerró los ojos y la atrajo con su mano hacia él para tantearlos de una manera cuidadosa, como si temiera que aquel instante se evaporara. Sus labios eran suaves, cálidos, tentadores, pero eran perfectos para que él los cubriera con los suyos.

Laura cerró sus ojos mientras sentía como la mano de Marcos se aferraba a la toalla. No le importó que se aflojara un poco cuando alzó sus brazos para rodearlo por el cuello y atraerlo más y más hacia ella. Lo besó de manera lenta, con pequeños roces que elevaron su deseo, sintió su lengua humedeciendo sus labios, trazando su contorno para provocar una sensación inesperada en ella.

Atrapó su labio inferior entre los suyos y lo mordió de manera delicada antes de tirar de éste de manera traviesa, mientras él abría los ojos al máximo. Laura lo dejó, sonrió y se alzó sobre sus pequeños pies para darle una serie de cortos y juguetones besos mientras él no dejaba de mostrarse sorprendido por aquel gesto, por aquella manera suya de besarlo, de divertirse con él. Frotó su nariz con la de él mientras reía y reía divertida como una niña traviesa que estuviera realizando alguna travesura.

Se apartó de él para permitirle que la mirara de cuerpo entero mientras se sujetaba la toalla evitando que ésta se le cayera.

—¿Cómo lo haces?

—¿A qué te refieres? —le preguntó contrariado por aquella pregunta.

—A sacar a la niña gamberra que llevo dentro —le dijo mientras se acercaba otra vez a él y volvía a asediar sus labios con besos fugaces mientras sonreía y sus ojos chispeaban de emoción. Le gustaba Marcos, le hacía sentirse bien. Le gustaba provocarlo, jugar con él, porque no se lo tomaba mal. Sabía que en el fondo aquellos juegos elevaban la temperatura de los cuerpos y que detenerse así de repente...

—No tengo la menor idea. Yo no hago nada —se limitó a decirle mientras se encogía de hombros y volteaba sus manos dejando las palmas hacia arriba.

—Eres tan rico —le confesó mientras ahora era ella la que le acariciaba el rostro. Le gustaba demasiado aunque por ahora no se veía capaz de mirarlo a la cara y decirle que lo quería, que lo echaría de menos si se marchara de vuelta a España... por ahora. Le tomó de las manos sintiendo como sus dedos se entrelazaban con los de él. Le gustaba aquella sensación.

—Estás algo loca, que lo sepas —le comentó Marcos sonriendo al ver como parecía disfrutar de aquellas pequeñas situaciones a las que no querían renunciar y que los asaltaban cuando menos lo esperaban.

—Tal vez lo esté —asintió ella mientras volvía a besarlo repetidamente en los labios y reía divertida. Sus manos siguieron entrelazadas dejando que los dedos de él resbalaran por las palmas de sus manos provocando una corriente que ahora ascendía por sus brazos—. Sí, seguramente —asintió mirándolo fijamente tratando de hacerle entender el motivo de su locura.

Marcos dejó que sus dedos recorrieran el borde de la toalla, rozando su piel suave y tersa. Cálida y tentadora mientras los gemidos escapaban por los labios entre abiertos de Laura. Sentía el calor ascendiendo por sus piernas, el deseo febril apoderarse de ambos cuando Marcos se inclinó para posar sus labios en su cuello de manera significativa, dejando que resbalaran hacia su clavícula mientras la marcaba.

Laura cerró los ojos y se dejó arrastrar por la pasión. La toalla comenzaba a aflojarse de más sin importarle que finalmente pudiera quedar a sus pies. Marcos no podía detenerse en esos instantes, no quería pero entonces la melodía de su teléfono le advirtió que estaba jugando con fuego. Ambos parecieron no hacerle caso pero la insistencia de la llamada hizo que finalmente desistieran. Sonrieron tímidamente, al tiempo que Marcos apoyaba su frente sobre la de Laura y cogía su rostro en sus manos. Ella se colocó la toalla mientras ahora sus labios dibujaban una tímida sonrisa.

—Creo que debería cogerlo —le dijo mientras Laura asentía con los ojos cerrados sintiendo que la magia del momento se hubiera visto rota. Lo vio caminar hacia la mesilla donde aún sonaba y vibraba—. Es Carlo.

—Hey tío, ¿qué pasa? ¿Por qué tardabas tanto en cogerlo? ¿He interrumpido algo? —le preguntó con un tono de voz que pareciera que él supiera lo que acababa de pasar en la habitación. Marcos se volvió hacia Laura con una sonrisa en sus labios.

«Tal vez el destino nos esté dando a entender que no deberíamos ir más allá. O bien que todavía no ha llegado el momento», pensó mientras cruzaba sus brazos sobre su pecho y se mordía el labio mirando fijamente a Marcos.

—De acuerdo. Bajo enseguida. Mientras te vistes bajaré a recibir a Carlo —le dijo sin poder dejar de mirarla mientras ella no dejaba de sentirse halagada por su

forma de mirarla. Se sonrojaba como una cría que descubre el amor por primera vez. Lo agarró de la camiseta y lo atrajo una vez más hacia ella para sentirlo cerca.
—No tardes —le susurró en sus propios labios antes de besarlo y reavivar el deseo en él.

Marcos soltó todo el aire acumulado en sus pulmones en el momento en que cerró la puerta de la habitación. Le gustaba sentir el cuerpo de Laura junto al de él. Sus labios sobre los suyos, sus caricias, pero no le gustaba la sensación con la que se quedaba al final. Debía admitir que desconocía su tenacidad para controlarse cuando ella estaba cerca. Sacudió la cabeza para desechar esas ideas y fue en busca de Carlo, quien ya lo estaba aguardando en la entrada del hotel. Camino de la recepción pensaba en si sería conveniente dejarse llevar por sus emociones con Laura. Si este estado de ansiedad le beneficiaba en algo. Carlo daba vueltas por la recepción con aire distraído.

—Ven, sentémonos un momento —le dijo sin darle tiempo a abrir la boca mientras lo llevaba del brazo hasta el salón que había al fondo de la recepción.

—¿Qué pasa tío? ¿Qué haces en este hotel? ¿Y Laura?

—Laura está bien. En la habitación.

Carlo entrecerró sus ojos y palmeó a Marcos en el hombro mientras sonreía como si intuyera lo que había sucedido entre ambos.

—Tú sí que sabes. Bueno, ¿y qué tal? Ya me entiendes —le dijo con un gesto muy revelador de sus pensamientos.

—No sigas por ahí porque no ha habido nada —le dejó claro Marcos viendo que Carlo no parecía tragárselo.

—Venga ya Marcos, no me creo que hayas pasado la noche con una tía tan buena como Laura en un hotel y no haya pasado nada —le comentó con un tono de incredulidad en su voz mientras lo miraba sin comprender nada—. Apuesto a que cuando te llamé... os interrumpí.

—Entre Laura y yo no ha pasado nada. Pero aunque pasara no te lo contaría.

—Vale tío, gracias por tu confianza —le dijo mirándolo algo decepcionado.

—Lo que me preocupa es otra cosa. Ayer noche al irnos de la fiesta tuvimos un encontronazo con dos tipos.

La cara de Carlo cambió al escuchar aquello.

—¿Qué pasó? ¿Os han hecho algo? —su tono estaba cargado de preocupación.

—Nada que no pudiéramos arreglar. Por eso estamos aquí. Porque no podíamos volver a su casa.

—Menudo lío en el que te has metido. Y no será porque no te lo advertí —le dijo con cierto reproche en su voz—. ¿Y ahora qué?

—De momento cogemos un tren hasta Florencia. Aquí no podemos quedarnos.

—Pero, ¿por qué no llamáis a su padre y que lo solucione? Él tiene gente que...

—Los mataron.

—¿A quiénes? —le preguntó sorprendido mientras se quedaba con la boca abierta.

—A los dos hombres que debían proteger a Laura. Sólo me tiene a mí, por ahora.

Carlo se llevó la mano a la boca sin saber qué decir. Luego se la pasó por todo el rostro mientras sacudía su cabeza.

—En la que estás metido... Pero mira que te lo dijimos... Tío, tío, llama a su padre, que venga a por ella y tú vuelve a España. Es la última vez que te lo digo —le advirtió con un gesto serio en su rostro—. Olvida la beca, el curso, todo. Olvida que viniste a Italia a estudiar Historia del Arte —le dijo mientras veía a su amigo sacudir la cabeza.

—No puedo. Ya es tarde —le aseguró mirándolo fijamente esperando que lo comprendiera—. Demasiado tarde. Y aunque quisiera no podría. Di mi palabra a su padre de que estaría a su lado.

—No me lo puedo creer —le dijo mirándolo como si no lo conociera.

—Bueno, es mejor que suba algo de ropa a Laura. ¿Has desayunado? —Le preguntó mientras Carlo sacudía su cabeza—. Bien, nosotros bajaremos a hacerlo ahora. Quédate y nos cuentas que tal anoche —le dijo cogiendo la bolsa y palmeando a su amigo en la rodilla mientras abría sus ojos al máximo intentando hacerle ver que no había vuelta atrás.

Marcos abrió la puerta sin pensar que se encontraría a Laura saliendo del cuarto de baño desnuda.

—¡Joder! —exclamó Laura al verlo aparecer sin avisar. Su rostro reflejó el corte que le había producido esa situación. Se cubrió sus pechos con sus manos y regresó al cuarto de baño. Estaba toda azorada por el repentino calor que había ascendido desde las plantas de sus pies hasta la raíz de sus cabellos—. ¡Podías haber llamado antes de entrar! —le dijo a través del hueco que quedaba para cerrar la puerta del baño.

—Perdona... No sabía... No sabía qué... —Marcos balbuceaba sin saber qué decir. La imagen del cuerpo de Laura lo había dejado impactado. Habían sido tal vez cinco segundos... pero bastante reveladores. Aquella situación iba a acabar con él si no encontraban un término medio—. ¡No puedes andar paseándote desnuda por la habitación! Imagina que subiera Carlo conmigo —le dijo alzando la voz molesto por cómo se sentía, por lo que Laura le provocaba.

Al momento volvió a salir ahora envuelta en la toalla de baño una vez más, y dispuesta a dejar claro que ella tenía razón. Lo cogió del brazo y lo volteó para que la mirara fijamente a la cara.

—Había terminado de secarme el pelo e iba a por mi vestido para ponérmelo hasta que tú llegaras —le rebatió ofuscada por la situación.

—Pero podías ser más cuidadosa si no quieres que te vea desnuda, ¿no crees? —le dijo poniendo sus brazos en jarras mientras no podía dejar de mirarla. Estaba preciosa con el cabello recién secado y cayendo libre por sus hombros. Juraría que se le había incluso rizado un poco más con el agua—. Además, ¿por qué te pones así? No ha sido para tanto —le dijo mientras Laura lo contemplaba perpleja por aquella declaración. Se quedó con la boca abierta sin saber qué responderle o si debería abofetearlo—. Anoche te empeñaste en ver mi golpe —le recordó esbozando lo que parecía una sonrisa de claro triunfo y trataba de no recordar las emociones vividas en aquel momento.

Laura entrecerró sus ojos fulminándolo con la mirada. Sacudió la cabeza en clara señal de no estar de acuerdo con aquello mientras lo señalaba.

—Un momento, ¿me estás diciendo que es lo mismo ver a una chica desnuda de cintura para arriba que a un chico? —le preguntó un toque de incredulidad en su voz, al tiempo que ahora lo miraba con los ojos abiertos como platos.

—Pues claro —le respondió encogiéndose de hombros para hacerla rabiarse más. Era una especie de pequeña venganza por lo que le había hecho momentos antes. ¡Sus besos, sus caricias, sus miradas lo habían puesto a mil... y al final se había quedado frío!

—No me lo puedo creer —murmuró girando sobre si misma mientras trataba por todos los medios que la toalla no se cayera rebelando su cuerpo desnudo.

—Pues yo sí. ¿Cuál es la diferencia? Yo no veo ninguna —le dijo concentrándose hacia la bolsa de deporte repleta de ropa.

—Me estás vacilando, ¿verdad? —le preguntó mientras lo miraba con desaire por primera vez desde que lo había conocido. Le tocó en la espalda captando su atención una vez más.

—Si no tienes cuidado la toalla se te caerá y serás capaz de decir que poseo poderes para hacerlo.

Laura lo miró con una mezcla de querer matarlo e incredulidad porque tenía la sensación de que se burlaba de ella.

—Ten —le dijo tendiéndole unos vaqueros algo desgastados—. Es posible que sean de tu talla. Déjame ver —le dijo mientras la volvía para fijarse en su culo algo que a Laura le produjo una sensación de calor en su rostro. Se los arrebató de la mano tirando de ellos con rabia y se volvió hacia el cuarto de baño bajo la atenta mirada de Marcos y su sonrisa burlona —. Yo de ti cogería algo para la parte de arriba...

Laura se detuvo de golpe, inspiró hondo al tiempo que cerraba sus ojos y apretaba los vaqueros bajo su mano. Deseaba matarlo, sí. Todo el cariño que le había mostrado momentos antes parecía haber desaparecido de golpe. Se volvió mientras Marcos trataba de disimular una sonrisa socarrona. Estaba preciosa con aquel gesto de enfado dibujado en su rostro. Laura entornó su mirada hacia él mientras le tendía una camiseta de manga corta.

—Gracias. Y por cierto, ¿no me has visto bien el culo desde que nos conocemos? —le preguntó queriendo hacerle ver que nunca había sido ajena a sus miradas indiscretas hacia esa parte de su cuerpo.

Se quedó pensativo mientras ella desaparecía en el baño una vez más. ¿Por qué no le había quitado la toalla y había recorrido todo aquel escultural cuerpo con sus manos y sus labios? Sacudió confundido su cabeza al intentar explicarse lo que Laura le hacía sentir. En el instituto había tenido varios ligues que habían acabado en la cama. Y al llegar a Italia no le habían faltado oportunidades antes de centrarse en Laura. Y cuanto más tiempo pasaba con ella más la conocía y más le gustaba. Sin embargo, el miedo a enamorarse de ella lo atenazaba. De expresarle con gestos, con palabras lo que le hacía sentir...

Laura no podía creer que estuviera vistiéndose con la ropa de Marcos. La verdad es que le quedaba grande pero con un cinturón bien apretado... La camiseta le quedaba amplia, pero no le importaba porque así difuminaría algo sus curvas pensó mientras sentía el tacto suave de su camiseta sobre su piel y el aroma que desprendía a él. El mismo que había sentido durante toda la noche en el que había permanecido abrazado a ella. Pensar en ello encendía su rostro y tensaba su cuerpo. Un ligero escalofrío recorrió su espalda. Apoyó sus manos sobre el lavabo y suspiró mientras contemplaba su rostro en el espejo.

—¿Qué me sucede?

Se retocó el pelo y echó un vistazo para ver cómo le quedaba la ropa antes de abrir la puerta para encontrarse con Marco inclinado sobre la ropa viendo que había metido Carlo. Se había cambiado de camiseta y ahora la que llevaba le marcaba toda la musculatura de su espalda mientras se estiraba para recoger una camisa. Se volvió para verla y Laura se quedó sin habla una vez más al comprobar como su mirada la devoraba. Esa manera tan peculiar de hacerlo que le provocaba que su estómago pareciera saltar dentro de ella. Pero esta vez le echó la culpa al hambre que tenía.

—Te queda algo largo —le dijo señalando el pantalón.

Laura no dijo nada ya que intuía que iba a volver a jugar sucio. Apoyó el pie sobre una silla para doblar el bajo del pantalón. Este gesto le permitió a Marcos percibir su pantorrilla torneada, la curva de su muslo y la redondez de su glúteo bien ceñidos al pantalón. Quiso desviar su mirada pero aquel cuerpo se lo impedía. Laura sonrió al ver que él estaba mirándola con ese gesto tan peculiar de deseo.

—Necesitaría un cinturón —le dijo mientras le mostraba lo grande que le quedaba el pantalón. La goma de sus braguitas asomaba por encima de este. Y si se descuidaba un poco conseguiría que el pantalón se deslizara solo por sus caderas y sus muslos hasta quedar arremolinado a sus pies.

Lo vio acercarse hasta ella e introducir su mano bajo el pantalón provocándole un revuelo más intenso en su estómago. Y no era hambre lo que le hacía sentir con aquella caricia involuntaria. Sus dedos rozaron la piel de su vientre provocándole un nuevo gemido.

—Sí. Ten —le dijo mientras se quitaba el suyo.

—¿Y tú?

—No te preocupes no se me caerán —le aseguró moviendo sus cejas de manera rápida—. Y tampoco pasa nada si me ves sin ellos —recalcó volviendo al momento en que él entró en la habitación.

—Muy gracioso —le rebatió con un gesto de rabia porque sabía por dónde iba aquel comentario.

Marcos la contemplaba mientras se ajustaba su cinturón. La verdad era que no podía apartar su mirada de ella y sentirse extraño. Se estaba convirtiendo en un juego muy peligroso, ya que en sus planes no entraba enamorarse de una italiana. Pero uno no planeaba enamorarse y sentir por otra persona. Surgía y entonces estabas perdido. A cada momento deseaba estar cerca de ella, rozarla, acariciarla, abrazarla, besarla... Por ello se acercó a ella una vez más.

—No parece que abroche bien.

Marcos sonrió al tiempo que Laura sentía como su proximidad le nublaban los sentidos, como deseaba retenerlo junto a ella en todo momento. Le agradaba emplear cualquier pretexto como el del cinturón para tenerlo cerca. Sus dedos jugaron con la hebilla mientras su mirada se fijaba en sus manos suaves, de dedos largos y hechas para acariciar. Tiró del cinturón oprimiendo su cintura y provocando que ella abriera sus ojos de manera desmesurada.

—Eh, afloja un poco. ¿Quieres dejarme sin respiración?!

—Vale, vale. Espera. Ya está —le dijo cuando consiguió dejarlo más flojo—. Dime si te aprieta —le comentó alzando la mirada para quedarse como una estatua de mármol mientras los ojos de Laura lo hechizaban. Algunos cabellos caían sobre su rostro ocultándolo pero al mismo tiempo le daban un toque enigmático y seductor. Laura entreabrió los labios sintiendo que le costaba respirar. Y que esperaba que él volviera a besarla como lo había hecho aquella mañana, pero finalmente no lo hizo. Se apartó de ella sin mirarla lo cual la sorprendió. Tal vez se contuviera porque estaba algo molesto por lo sucedido.

Marcos recogió todo sin mirarla. Sabía que si volvía a estar cerca de ella, no podría resistirse más. Aquella situación era como caminar por un precipicio sin una red bajo sus pies.

—Carlo nos espera —se limitó a decirle mientras ella terminaba de ponerse una chaqueta con cremallera y se calzaba sus zapatos de tacón rojo y cogía su bolso. La contempló abriendo la puerta para que saliera de la habitación y sonrió.

—Ya sé que lo zapatos no pegan ni con cola... —le comentó algo molesta.

Marcos se acercó por detrás mientras cerraba la puerta.

—Para mí estás perfecta —le susurró hundiendo su rostro entre sus cabellos para aspirar el aroma afrutado que desprendían. Laura sintió su piel erizarse y como abrió sus ojos hasta que pareciera que fueran a salirse de las órbitas, se mordió el labio y una sensación de deseo recorría todo su cuerpo.

Se reunieron con Carlo en el vestíbulo del hotel y tras intercambiar varios saludos entre él y Laura se dirigieron al comedor para desayunar. Se encontraba un piso por debajo de la recepción. Ocuparon una mesa y se dispusieron a servirse del buffet. Marco no era capaz de contenerse a la hora de mirar a Laura vestida con su ropa. No le quedaba mal del todo a pesar de que Carlo le había hecho algún comentario por lo bajo sin que ella se enterara. De todas maneras con la mirada que le había echado nada más verla aparecer había sido suficiente para que Laura se diera cuenta de la opinión de Carlo al respecto de llevar puesta la ropa de Marcos.

—Bueno, entonces, ¿qué tenéis pensado hacer? —les preguntó una vez que se hubieron sentado y daban buena cuenta de su desayuno.

—Abandonar Bolonia cuanto antes y llegar a Florencia —le respondió mirando a Laura en busca de su aprobación. Ella parecía estar de acuerdo puesto que no protestó, ni objetó lo contrario.

«Uhhh, no está mal. Me apetece recorrer las calles de Florencia junto a él. Una especie de escapada romántica, aunque de esto último tiene poco si nos siguen pisando los talones», se dijo mientras se llevaba la taza del café a los labios y lo observaba por encima de ésta.

—¿Dónde os alojareis?

—Buscaremos un hotel, ¿no? —respondió Laura mirando ella ahora a Marcos quien asintió mientras bebía café.

—Oye, tengo una amiga en Florencia. Puedo llamarla y que os eche una mano —les sugirió sacando el móvil dispuesto a marcar su número.

Marcos y Laura intercambiaron sus respectivas miradas. ¿Era buena idea involucrar a otra persona?

—No creo que sea buena idea, pero gracias de todos modos —le respondió Marcos mientras Carlo ponía cara de no entenderlo—. No olvides que nos persiguen. Y podríamos poner en peligro a tu amiga. Lo que si puedes hacer es recomendarnos un hotel para quedarnos —sugirió mirando a Laura.

—Primero deberíamos llamar a mi padre. Aunque seguro que a estas horas ya sabe...
En ese preciso instante su móvil comenzó a sonar dentro de su bolso. Los tres se quedaron mudos con la mirada fija en el móvil de Laura. Carlo y Marcos la miraron mientras ésta sacaba el teléfono del bolso para comprobar quien la llamaba.

—Vaya, hablando de él.

Carlo y Marcos intercambiaron una mirada de ¿alivio porque su padre pudiera hacerse cargo de todo? ¿De preocupación por lo que su padre pudiera decir o hacer al respecto? Ambos sabían que a estas horas Alfredo Tespi ya se habría enterado de lo que estaba sucediendo.

—Sí, papá estoy bien. No te preocupes. Marcos está conmigo, sí.

—Me han dicho que han acabado con Giorgio y con Steffano. No me lo puedo creer —le dijo su padre con un tono de clara incredulidad en su voz.

—Así es papá. Los dos están... —se le trabó la lengua mientras en su mente se reflejaba la escena de sus dos hombres de confianza muertos en el interior de su coche.

—¿Dónde te encuentras ahora mismo? Puedo mandar alguien a recogerte y sacarte de Bolonia hoy mismo.

—No te preocupes papá, nosotros podemos encargarnos. Además, llamarías la atención, y es mejor pasar desapercibidos. ¿Marcos? Si está aquí. A mi lado. Espera. Mi padre quiere hablar contigo —le dijo con un tono que reflejaba cierta inquietud, pero también perplejidad por lo que tuviera que decirle. Lo conocía desde hacía poco y aunque le había caído bien parecía como si ya se conocieran y tuvieran un trato cercano.

Laura permaneció en silencio mientras volvía el rostro hacia Marcos y le entregaba el móvil.

—Marcos, soy Alfredo. ¿Cómo marcha todo? ¿Cómo está mi hija? ¿Y tú?

—Buenos días, señor Tespi. Su hija está bien, no tiene que preocuparse por ella. Yo también —le dijo olvidando el golpe que tenía en un costado.

—Sé que puedo confiar en ti, pero quiero que me asegures que no hay ningún problema —le pidió con voz seria haciéndole ver que la situación era delicada.

—Por ahora hemos conseguido sortear las dificultades.

—Marcos, ¿cómo tienes pensado sacar a Laura de Bolonia? ¿Y hacia dónde? No, espera, es mejor que no me lo digas. No me fío de los teléfonos —le dijo con un tono de advertencia por si pudieran estarlos escuchando.

—Entiendo. Ahora mismo estamos bien. En breve nos pondremos en marcha.

—De acuerdo. Está bien. Pásame a Laura y cuida de ella, Marcos.

—No se preocupe. No hace falta que me lo recuerde. Quiere decirte algo —le dijo a Laura mientras le devolvía el móvil.

—Dime, papá.

—Cuidate hija. Y confía en Marcos. Es un buen muchacho —le pidió provocando en Laura un leve ardor en su rostro—. Llámame en cuanto llegues a dónde sea. Tu madre y yo llegaremos a Siena pasado mañana temprano para una reunión de última hora de la firma. Me encargaré de que estéis allí sanos y a salvo. Espera, tu madre quiere hablar contigo —le dijo devolviéndole el móvil.

Marcos inspiró hondo antes de decir nada. Laura se levantó y se apartó de ellos dos para hablar con su madre. La conversación entre Carlo y Marcos junto son el ruido de las vajillas no le permitía escuchar bien.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Carlo mientras removía su café.

—Que cuide de ella.

—Estoy seguro que eso no hace falta que te lo diga —le dijo con un tono irónico en su voz mientras lanzaba una mirada hacia Laura—. Entonces, ¿nada de nada...?

—Carlo, déjame decirte que eres algo cansino a ese respecto —le confesó mientras le palmeaba la mejilla—. Ya te he dicho que entre Laura y yo hay una buena relación de amistad y compañerismo. Nada más

—Es que es tan difícil de creer. Me refiero a que sabiendo que hay algo entre vosotros... No me creo que no hayáis enrollado si quiera. No puede ser tío — insistía Carlo negando ahora con la cabeza mientras no apartaba la mirada de Marcos, intentando vislumbrar algún gesto que confirmara sus sospechas.

—Pues siento decepcionarte, pero es lo que hay.

Marcos no estaba dispuesto a contarle lo sucedido entre ellos en la habitación del hotel, sus caricias involuntarias, sus manos encontrándose tímidamente, el suave roce de sus labios, de sus dedos recorriendo el costado donde tenía el golpe y luego ascendiendo hasta su tatuaje, sus miradas... El haberla besado esa mañana mientras ella permanecía enfundada en una toalla tratando que no se deslizara más de lo normal.

—En vez de preocuparte por si nos liamos, más te valdría solucionar lo tuyo con Viola.

Carlo mudó el semblante de su rostro. Comenzó a jugar con un sobrecito de azúcar mientras pensaba en Viola y todo lo sucedido la noche antes en su fiesta.

—Venga tío, se nota a kilómetros que estás pillado por ella.

—Lo sé —le confesó por primera vez desde que eran compañeros, lo cual no dejó de sorprenderlo—. ¿Crees que no me he dado cuenta de ello?

—Perdona que me entrometa pero, ¿de qué te has dado cuenta? —le preguntó Laura volviendo a la mesa y pasando su mirada de uno a otro.

—Hablamos de Viola y de lo que Carlo siente por ella —le explicó dejando sorprendida a Laura al escuchar aquella confesión.

—Deberías hablar con ella —le sugirió mientras miraba a Carlo con cierta compasión. Intuía que lo estaba pasando mal y que la escena de la noche pasada no había venido a cuento. Tal vez Viola se pasara bailando con aquel tío delante de Carlo, sabiendo que lo pondría celoso.

—Tiene el móvil desconectado. Le he dejado varios mensajes pero no he recibido respuesta.

—Es posible que te llame cuando esté mejor —sugirió Laura intentando quitar hierro al asunto. Sabía que Carlo era sólo fachada. Sus aires de conquistador y rompecorazones no eran más que una máscara bajo la que se ocultaba—. En el fondo todos los chicos sois iguales —soltó de repente antes de volver a beber café y sentir las miradas de los dos, Carlo y Marcos, fijas en ella.

—¿Qué has querido decir? —le preguntó Carlo frunciendo el ceño sin entender el significado de aquel comentario.

—Pues que sólo sois fachada. Os hacéis los duros y los machitos delante de nosotras. Rechazáis cualquier sentimiento que una chica pueda despertar en vosotros. Por no hablar de si ese sentimiento es correspondido —les dijo dejándolos tocados con sus explicación, en especial a Marcos, quien trataba de desviar su mirada cada vez que Laura se centraba en él y pronunciaba esas palabras.

¿Qué sentía ella por él? ¿Se creía que él estaba dentro del mismo saco de chicos? Él nunca había negado nada, ni rechazado... Se quedó pensativo mientras la contemplaba en silencio. Le gustaba Laura, disfrutaba de su compañía, lo hacía reír,... la deseaba. Nada más.

—¿Tú la crees? —le preguntó Carlo confuso por todo ello.

Marcos se encogió de hombros.

—Algo de razón tiene

—No sé. ¿Tú crees que soy fachada?

—Totalmente —le respondió Laura de vuelta a la mesa—. Ah, y ayer te comportaste como un inmaduro. Algo normal en vosotros.

—¿Eso crees? —le preguntó Carlo quien parecía estar comenzando a enfadarse con aquellas puyas que le estaba tirando Laura.

—Reaccionaste como alguien inmaduro.

—¡Ese tío se comía con los ojos a Viola! —protestó enérgicamente captando la atención de las pocas personas que quedaban en el comedor.

—Pero ella no iba a hacer nada —le aclaró muy segura Laura.

—¿Ah sí? ¿Cómo lo sabes?

—Porque le gustas demasiado Carlo. Está pilladita por ti —le dijo con un aplomo y una seguridad en sus palabras, que lo derrumbaron por dentro. No esperaba esa aclaración por parte de Laura. Ahora mismo no sabía que decir, ni siquiera era capaz de moverse. Marcos lo miraba y sonreía.

—Y ¿por qué no me lo dice? ¿Por qué no me lo demuestra?

—Tal vez porque vea que te comportas como un crío. Reflexiona un poco sobre las últimas cosas que habéis hecho juntos. ¿La has invitado al cine? ¿A tomar

un café? ¿La has ido a buscar a casa? ¿La has acompañado? ¿Habéis pasado una noche romántica a solas? —le preguntó mientras sus cejas trazaban un arco.

—Está bien, está bien. No sigas por ahí. Me rindo —le respondió derrotado porque en el fondo sabía que no se había comportado como Viola esperaba—. Tienes toda la razón.

Laura lo miró esbozando una sonrisa de triunfo. Había dejado al descubierto sus errores con Viola, su falta de iniciativa con ella. Y esperaba y deseaba que aquella conversación sirviera para enmendarlos.

—Por cierto, ¿y Silvio? —preguntó Marcos cambiando de tema.

Carlo sonrió mientras se recostaba sobre el respaldo de la silla.

—Prepararos para la bomba —les dijo mientras simulaba un redoble de tambor, y Marcos y Laura permanecían expectantes—. Silvio desapareció con Stella.

—¿No! —Fue lo primero que se le ocurrió decir a Laura con un tono que denotaba la consabida sorpresa de la noticia.

—¿Silvio y Stella? —Preguntó Marcos sin creerse él mismo lo que implicaba esa pregunta—. Que desaparecieran juntos no significa nada.

—Los dejé solos cuando yo me marché a casa y esta mañana no estaba en su cama —le informó como si se sintiera orgulloso de su acto.

—Pero a Silvio le tira Paola —comentó Marcos como si hablara consigo mismo e intentara aclarar su mente y todo lo referente a Silvio.

—¿En serio?! —exclamó Laura fuera de juego ante esa noticia mientras lo miraba sin poder creer lo que decía.

—¿No lo sabías? —apuntó Carlo con una sonrisa burlona.

—No estábamos seguras del todo. Notábamos que la miraba mucho y que estaba siempre a su lado, o al menos intentaba estar siempre cerca de ella. Pero de ahí a que esté pillado...

—Bueno pues no lo estaría, porque ya te digo que se fue con Stella y no sé nada de él.

—Déjalo, ya sabe lo que hace. Pero tampoco podía imaginarme que Stella...—dijo Marcos confundido con aquella noticia—. ¿Y tú? ¿Sabías algo? —le preguntó a Laura

—No tenía ni idea. Me dejás de piedra. Seguramente sea un rollo de una noche —les aclaró restando importancia a este hecho.

Tras una breve pausa en la que los tres parecían asimilar el bombazo que representaba el hecho de que Silvio y Stella se pudieran haber enrollado, fue Marcos quien dio orden de marcharse.

—Es mejor que nos marchemos. No quiero pasar demasiado tiempo aquí. Al final podrían encontrarnos.

—Tened mucho cuidado —les dijo Carlo mientras estrechaba la mano de Marcos y luego se dirigía a Laura a quien daba dos besos—. Y tenme informado.

—De acuerdo. Pero yo si fuera tú me pondría manos a la obra y arreglaría lo tuyo con Viola —le dijo apuntándolo con su dedo índice como si lo acusara—.

Cuando te vuelva a ver quiero saber que todo está bien entre vosotros.

Carlo apretó sus labios hasta que sólo fueron una delgada línea mientras asentía.

—Y entérate de lo que hay entre Stella y Silvio —le recordó Laura sonriendo de manera traviesa.

—Las tías os morís por un buen cotilleo, ¿eh? —Le dijo Carlo sacudiendo la cabeza—. Oye, gracias por el desayuno.

—No hay de qué. Pero recuerda lo que te he dicho.

—Descuida. Pero aquí los que tenéis que tener cuidado sois vosotros dos —les aseguro mientras los abrazaba a ambos.

—Tranquilo estaremos bien. Tengo a Marcos —le susurró con toda intención mientras Carlo sonreía al separarse de ella.

—Estaremos en contacto —aseguró mientras se volvía hacia la puerta de entrada del hotel.

Lo vieron marcharse mientras ellos subían a la habitación a terminar de recoger. Marcos se quedó mirando a Laura, de una manera que le provocó un extraño revuelo en su cuerpo. No sabía que quería, o que iba a hacer. De manera que se limitó a esbozar una tímida sonrisa aguardando a que él reaccionara.

—¿Sucedo algo? ¿Por qué te me quedas mirando de esa forma?

Marcos no dijo nada, sino que se limitó a abrir la bolsa de deporte y a buscar algo. Extrajo la gorra que había llevado la noche antes y se la tendió a ella.

—Recógete el pelo y ponte la gorra. Pasarás más desapercibida con ella.

Laura asintió sin decir nada, ya que sabía que tenía parte de razón. El miedo a su situación actual volvió a tensar su cuerpo. Sería mejor centrarse en salir de Bolonia y dejar sus sentimientos para otro momento.

—Dime, ¿temes que nos puedan localizar?

—Temo que ya lo hayan hecho —le comentó con un tono de preocupación mientras cogía la bolsa de deporte en su mano y caminaba hacia la puerta. Se detuvo y se quedó mirándola fijamente mientras ella sentía que sus palabras la habían puesto más nerviosa de lo que estaba—. No estoy seguro de si lo han hecho. Pero es algo con lo que debemos contar. No te dejaré sola, no te preocupes —le aseguró mientras sonreía y le acariciaba la mejilla en un claro gesto de cariño.

Laura creyó a pies juntillas sus palabras, así como su caricia, la cual había servido para calmarla un poco. ¿Cómo hacía para que ella no se preocupara? ¿Qué magia poseía su tacto o sus ojos para que al instante ella se sintiera segura con él?

Dos desconocidos merodeaban por las inmediaciones de la estación revisando todos y cada uno de los coches que había aparcados hasta dar con el que buscaban. Intercambiaron sus miradas y luego se fijaron en el coche. Sí, era el que el muchacho les había robado la noche anterior para escapar de ellos. Miraron por los alrededores por si estuvieran por allí aunque había pocas posibilidades. Uno de ellos sacó el teléfono para llamar sin duda a su jefe.

—Hemos encontrado el coche en la estación del tren. Pero no hay rastro de ellos.

El otro seguía vigilando por si tal vez aparecieran pero no había rastro de ellos.

—Es posible que cojan el tren esta mañana. Anoche no salía ninguno.

—Entonces sería mejor darnos una vuelta por la estación.

Caminaron pegados el uno al otro mientras Marcos escrutaba con su mirada los rostros de la gente con la que se cruzaban camino de estación. Laura sentía su corazón latir a mil por hora y sabía que hasta que no se subieran al tren no estarían a salvo. O al menos eso pensaba porque quien sabía si dentro del tren les estaban esperando. Sólo quería que todo aquello concluyera cuanto antes y a que aquella no era la vida que había esperado llevar en su primer año en la facultad.

Marcos la había cogido de la mano con el pretexto de cruzar la Avenida dell'Independenzia y ella había aceptado sin ningún reparo aferrándose con fuerza. Marcos tiró de ella para que diera el último paso y subiera a la acera, pero su impulso acabó con Laura aferrada a él con decisión mientras sentía como la rodeaba por la cintura. Se miraron durante unos segundos pensando que en realidad el destino pareciera estar jugando su particular partida con ellos. Poniéndolos a prueba constantemente. Laura sonrió por la carrera que había tenido que emprender con sus zapatos de tacón.

—Estás baja de forma —le dijo en broma tratando de quitar hierro al asunto.

—Me gustaría verte correr con zapatos de tacón como estos —le hizo ver mientras seguía aferrada a él y doblaba la pierna para mostrarle el tacón, pero por extraño que le pareciera se reía y su rostro se enrojecía por el esfuerzo.

—Supongo que sería divertido. Trataremos de encontrarte un calzado más cómodo cuanto antes. Pero por ahora no tenemos otra opción. Vamos ya casi hemos llegado —le dijo señalando la estación.

Caminaba aferrada a él sin dejar de mirarlo ni un solo instante. Le parecía más atractivo que cuando lo conoció meses atrás. Lo achacó a estar pasando por todo aquello juntos compartiendo situaciones de peligro; a haberse besado, haber sentido su piel bajo las yemas de sus dedos... Fuera lo que fuera se sentía tan bien con él que por primera vez se le pasó por la cabeza la locura de que no deseaba llegar a Siena. Hacerlo supondría que con toda seguridad deberían separarse.

Sacaron un par de billetes para el próximo tren a Florencia mientras no dejaban de observar a la gente que transitaba por la estación. Laura sonrió al verlo con unas gafas que pareció sacar de la nada.

—Pareces un empollón —le dijo—. No sabía que llevaras gafas.

—Y no las llevo. Suelo utilizar lentillas, pero ahora es mejor ponérmelas. Toda precaución es poca.

—Entonces es que eres un presumido, pero me gustas también con ellas —le dijo mientras le daba un toquecito suave para encajárselas mientras lo dejaba sin palabras una vez más. ¿Por qué no conseguía acostumbrarse a ella?

Caminaron hacia él andén, donde el tren que los llevaría a Florencia estaba a punto de salir.

—Dame la mano —le dijo mientras él subía al vagón, dejaba la bolsa de viaje y luego la ayudaba a ella bajo la atenta mirada de los dos hombres. Justo cuando Laura ponía el pie en el vagón el tren cerró las puertas y se puso en marcha.

Buscaron un vagón vacío donde nadie pudiera prestarles atención y se sentaron en frente el uno del otro sin intercambiar una sola palabra. Marcos observaba por la ventanilla en todo momento como si buscara a alguien, Entonces se sobresaltó al creer reconocer a los dos tipos de la noche pasada.

—¿Qué sucede? —le preguntó Laura alterada porque pudieran haber dado con ellos.

—No te muevas. Ni te asomes por a la ventanilla. Ten, coge mi iPod y ponte a escuchar música sin prestar atención a lo demás —le dijo cogiendo el periódico que alguien se había dejado en el asiento de al lado. Lo abrió y se ocultó tras él mientras seguía los movimientos de los dos hombres por el andén. Si los veían estaban perdidos.

—Pero, ¿qué pasa? Me estás asustando —le dijo sintiendo como no era capaz siquiera de sujetar su iPod en las manos.

—Los dos tipos de anoche merodean por el andén.

—¿Crees que nos hayan visto? —le preguntó alarmada incorporándose en el asiento y mirando a Marcos con temor.

—No, no lo creo —le dijo restando importancia a este hecho. Aunque en su interior no se fiaba de que los hubieran reconocido y dieran un chivatazo para que los esperaran en la estación central de Florencia.

Laura abrió los ojos y el iPod se resbaló de sus manos cayendo sobre su regazo. Marcos se dio cuenta del estado en el que estaba. Sabía que no debería haberle dicho nada. Se inclinó sobre ella y se lo devolvió mientras le rozaba el muslo con el dorso de su mano. La miró a los ojos e intentó tranquilizarla mientras le acariciaba su mano y sonreía.

—Tranquila, no te pasará nada mientras yo esté aquí.

Lo creía. Sabía que no permitiría que le sucediera nada malo. Asintió mientras deslizaba el nudo que se había formado en su garganta e inspiraba profundamente. Marcos se levantó de su asiento y se agachó delante de ella mientras el tren se ponía en marcha. Deslizó su mano bajo el mentón de ella.

—Y ahora regálame una de esas sonrisas tuyas —le susurró mientras le guiñaba un ojo.

Laura sintió el vuelco de su corazón en el interior de su pecho. Por muy atacada que estuviera Marcos sabía cómo arrancarle una sonrisa o una mirada tierna. Era tan distinto al resto de chicos que conocía... Se aseguró de que ella estaba bien y regresó a su sitio pero sin dejar de mirarla. No obstante mantenía la mirada fija en la puerta del vagón, y no podía evitar un ligero sobresalto cada vez que se abría para dejar paso a los viajeros.

Se quedó mirándolo mientras encendía el iPod y de repente comenzó a sonar *Lost* de Faith Hill. Ahora conocería los gustos musicales de él. Le intrigaba que clase de música preferiría. Se centró en la letra mientras miraba a Marcos. ¡Se ajustaba tanto a lo que le estaba sucediendo a ella! ¡¿Qué clase de broma le estaba gastando el destino?! ¿Era cierto que ella estaría perdida sin él? ¿Qué nada tendría sentido para ella si él le faltara? ¿Sería posible que hubiera descargado esta canción pensado en alguien en concreto? ¿Alguna chica?

—Tengo que decirle a mi padre que te mereces una recompensa por protegerme como lo estás haciendo —le dijo sonriendo divertida mientras la canción seguía y le ponía los pelos de punta: «*No me despiertes si esto es un sueño. Gritaré si esto no es amor*»

Marcos la contempló por encima de sus gafas y sonrió.

—No se me había pasado por la cabeza, pero ahora que lo dices... —le dijo mientras meditaba qué le pediría—. De todas maneras no creo que aceptara nada.

—¿Por qué lo haces entonces? No creo que a un chico de diecinueve años que viene a estudiar a Italia, le apetezca ser perseguido por unos matones —dedujo mientras seguía observándolo desde la intimidad que le permitía la gorra.

—Tal vez sea porque me aburro en clase. O porque la chica me gusta —le dijo en voz baja como si temiera que al decirlo ella pudiera desaparecer, reírse de él...

—En ese coincido —le dijo provocando en Marcos un gesto de extrañeza—. Me refiero a que a mí me gusta también el chico que me protege —matizó provocándole una sonrisa—. Aunque sigo intrigada descubriendo que oculta debajo de la última capa. Eres mi cebolla particular. Pero por ahora me conformaré con saber tus gustos musicales —le dijo levantando su IPod y esbozando una sonrisa malévola—. Así podré conocerte algo mejor, ¿no crees?

—Vaya, me han llamado muchas cosas pero te prometo que nunca me han definido como una cebolla —le comentó entre risas.

—Cada capa que quito descubro algo nuevo de ti. Pareces tímido y distraído. Como si fueras a solo a lo tuyo, pero luego eres amigo de tus amigos. Te comprometes y ayudas. Estás dispuesto a jugarte el cuello por tu compañera; despliegas una serie de patadas sacadas de una peli de acción; tienes un tatuaje de un dragón en tu hombro derecho; ahora te pones gafas; pareces un experto en fugas para pasar desapercibido. ¿Qué más puedo decir de ti? —resumió asombrada por todo lo que había visto de él—. Ah, y me encanta como me besas.

Marcos la escuchaba en silencio tomando detalle de lo que decía de él y cuando le confesó lo último se quedó sin habla. No sabía cómo reaccionar porque no esperaba que le dijera algo tan íntimo y tan personal. Laura se dio cuenta de lo que sus últimas palabras habían provocado en él. Le encantaba verlo cortado como en ese momento. Le parecía tan indefenso, pero luego no era nada de eso.

—Por cierto, llevamos dos fines de semana medio enrollados y no has intentado acostarte conmigo, ni siquiera me has metido mano —le comentó extrañada por este hecho aunque era consciente que lo había deseado como ella pero se había contenido. Pero no sabía el motivo.

Marcos sonrió tímidamente ante esta afirmación. No lo había intentado, pero lo había deseado.

—El año pasado en el instituto cada chico que quería conocerme sólo pensaba en enrollarse conmigo, meterme mano y llevarme a la cama. ¿Qué se creían que era yo? —le confesó molesta por este hecho.

—Bueno, los tíos somos así —le dijo encogiéndose de hombros.

—Tú no —le dijo dejándolo cortado—. Tal vez sea esa la razón por la que me gustas.

«Bueno, en realidad me estoy encariñando contigo de una manera que me aterra, porque no sé si sería conveniente seguir y acabar descubriendo que me he enamorado de ti, Marcos», pensó mientras no dejaba de mirarlo fijamente.

—Vas a conseguir que me ruborice —le dijo mientras observaba al revisor acercarse a ellos y pedirles los billetes.

—Venga ya, ¿ruborizarte tú? Apuesto a que has tenido legiones de admiradoras en el Instituto en España —le lanzó queriendo saber quién era en realidad.

—Psss tampoco te creas... —le dijo sin darle demasiada importancia a este hecho.

—Pues la verdad... no te creo. Apuesto a que tenías donde elegir —le dijo pensando en su cuerpo y que ella había visto de cintura para arriba, en su forma de besarla, de acariciarla y de hacerla sentir...

—Bueno algún rollo he tenido.

—¿Novia?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? —le preguntó sintiéndose muy a gusto con ella y con los gestos de su cara.

—Un tercer grado, mi cebolla. Debo llegar a la última capa —le dijo esbozando una sonrisa seductora y entrecerrando los ojos bajo la visera de la gorra.

—Está bien. Haremos una cosa. Yo responderé a tus preguntas y tú a las mías.

Laura lo miró intrigada. ¿Qué podía querer saber él? Bueno al fin y al cabo ella no tenía nada que ocultar, pero él... tal vez...

—De acuerdo. Tuve dos novios en el Instituto. El último el año pasado, pero era un verdadero gilipollas. Ahora estoy libre como los taxis —le insinuó mientras se mordía el labio de manera seductora mientras él reía divertido por aquella invitación—. ¿Y tú? —le preguntó mientras escucha *Dark Side* por uno de los auriculares. «*Todos tenemos un lado oscuro. Si me amas, ¿amarás mi lado oscuro?*» pensó en él y en su lado oscuro. ¿Qué podría esconder Marcos?

Pareció que se lo estaba pensando.

—¿Ves? —le dijo sobresaltándolo—. Ni siquiera eres capaz de recordar si alguna chica te ha gustado más que las otras. Eso es porque has tenido donde elegir o no les has dado la importancia que se merecía.

—O porque no me hizo sentir nada —le dijo encogiendo sus hombros.

—Oh, vaya, eso sí que es bueno —le rebatió con ironía—. No es posible que digas eso.

—Bueno, hubo una chica —comenzó diciendo mientras captaba la atención de Laura, quien abrió los ojos, expectante por lo que tuviera que confesarle.

—¿Y qué pasó?

—Simplemente no funcionó. Nos conocimos una tarde y nos enrollamos. Estuvimos unas semanas saliendo y al final no sé cómo ni por qué dejamos de vernos —le confesó sin darle demasiada importancia.

—Vaya —exclamó—. ¿Y no hubo más después?

—Sí, bueno algún que otro rollo, ya sabes, pero nada en serio. ¿Y tú?

—Entonces, ¿estás libre como yo? —le preguntó nerviosa por lo que tuviera que decirle. Aunque a estas alturas era consciente de que estaba solo. Creía recordar que ya se lo había confesado, pero por alguna extraña razón quería oírse lo decir.

—Sí. Ahora mismo no tengo ninguna relación seria con ninguna chica —le dijo mirándola con toda intención mientras evitaba reírse. Lo cierto es que entre ellos había algo, un buen rollo, una atracción física, sexual, que estaban prolongando. Pero no era una relación en toda regla.

Laura se sintió extraña al escucharle decir eso. Era cierto que estaban compartiendo momentos íntimos de alta tensión. Que se habían besado, pero nada más. Y eso que la noche anterior habían estado a punto. Ella sabía que no era su novia, ni su pareja, ¡ni pensaba que aquello duraría eternamente, por favor! Acababa de empezar la facultad y ahora pensaba en divertirse a tope durante todo el año... aunque si era con él, mejor. Así que en cierto modo tenía razón en lo que había dicho. Lo que le gustaría saber era si él sentía que se estaba encariñando con ella. Si había algo que no fuera sólo una mera atracción, aunque sabía por experiencia que los chicos no confesaban abiertamente sus sentimientos.

—Yo nunca me planteé tener una relación seria con los dos chicos del instituto. Así que me he pasado el verano bastante tranquila hasta que empecé en la facultad. No quería comerme la cabeza pensando en tener un lígule de verano —le dijo como si esa posibilidad le parecía algo absurdo.

—Me parece bien.

—¿Has tenido algún lígule este verano?

—Sí, estuve con una inglesa.

—Así que te va el rollo internacional ¿eh? Y ahora una italiana...

Los dos se miraron sin saber qué decir. Laura pensó que la tierra debería abrirse bajo sus pies y engullirla por bocazas. Lo había dicho sin pensar que debería decirlo; y mucho menos sin medir las consecuencias.

—¿Una italiana? —repetió confundido mientras la miraba sin saber de qué le estaba hablando. Sonriendo de manera burlona por su último comentario—. Que yo sepa...

—¡Serás capullo! —exclamó ella incorporándose de su asiento con su gorra en mano dispuesta a golpearlo con ésta mientras fingía su enfado.

Marcos la vio avanzar mientras seguía con su sonrisa cinica al tiempo que Laura se abalanzaba sobre él dispuesta a dejarle claro que se había molestado. Sin embargo, tropezó con su pie y cayó sobre él. Marcos la rodeó por la cintura para sujetarla y amortiguar el golpe. Sus cabellos se alborotaron cayendo libres sobre su rostro ofreciendo una imagen de alguien rebelde.

Marcos sonrió y se apresuró a apartárselos. Atrapó algún que otro mechón entre sus dedos sintiendo su suavidad para luego devolverlos a su sitio. Sentía la mirada expectante de él por ver qué sucedía. De repente en un gesto inexplicable sintió como la mano de él le acariciaba la mejilla y sonreía tímidamente. La atrajo más hacia él para besarla con una especie de urgencia que le surgía de su interior. Laura sintió los labios de él tomar posesión de los suyos con una especie de determinación que hasta ahora no había mostrado y que aparte de sorprenderla le agradó mucho.

Correspondió a su beso al tiempo que sentía como las manos de él rodeaban su rostro. En el iPad sonaba *Just a Kiss* pero Laura no prestó atención a la letra porque ella formaba parte de ese beso del que hablaba la canción.

Se separó de ella mientras la miraba y sonreía por aquel impulso que había tenido. Algo en su interior lo había empujado a besarla y ahora se sentía mejor. Laura permanecía tumbada sobre él mirándolo mientras una sensación extraña en su interior la llevó a quitarle las gafas; a pasar su mano por el rostro de él, dejando que sus dedos recorrieran su contorno hasta detenerse en sus labios, lo cuales se estaban convirtiendo en algo peligroso y adictivo.

Sintió la suavidad bajo las yemas de sus dedos mientras no era capaz de apartar su mirada de ellos. Se humedeció los suyos y empujada por una extraña fuerza se incorporó para devolverle el beso mientras se perdía en las caricias de Marcos, comprendiendo que él era capaz de alejar todos sus temores y que seguía sembrando su vida de una ilusión nunca antes conocida. Atrapó los labios de Marcos con los suyos, los humedeció con su lengua mientras sus manos enmarcaban su rostro y escuchaba un gemido de complacencia por parte de él. Nunca sintió nada tan real. Nada tan perfecto.

Se quedaron mirándose en la misma postura sin que ninguno de los dos pareciera dispuesto a moverse. Le encantaba su manera de besarla.

—¿Qué decías de que no te habías dado cuenta que estabas enrollado con una italiana? —le preguntó entrecerrando sus ojos mientras sus labios adoptaban un mohín tentador y Laura pasaba su dedo por el contorno del rostro de Marcos, quien sonreía divertido por aquel comentario.

—Eres tremenda. Sabes cómo descolocarme.

Laura movió sus cejas de manera rápida como si fuera un aviso.

—¿Tremenda? Me han calificado de muchas cosas pero nunca... como tremenda —repitió la palabra con cierta expectación—. Y en cuanto a lo de descolocarte... Bueno... eso está bien. Que te sorprenda, ¿no crees?

Marcos se limitó a asentir pero sin decir nada más. Sin duda que Laura lo descolocaba, lo sorprendía con sus actos, como este último, lo provocaba y lo seducía poniéndolo al límite de su aguante. ¿Qué haría al final con ella? No quería pensar en nada que no fuera ella en ese momento que pasaba sus dedos por su pelo.

Laura volvió a su asiento cuando percibió que el revisor regresaba. No era cuestión de que les llamaran la atención. Se había vuelto a su asiento y se había colocado la gorra de nuevo para así evitar que pudieran reconocerla. Su mirada quedó fija en la ventana observando el paisaje que pasaba rápido sin que ella pudiera retenerlo en su memoria mientras en el iPod sonaba *Love Story*.

Marcos la contemplaba preguntándose qué estaría pasando por su cabeza en esos momentos. ¿Por qué se había quedado tan callada mirando por la ventana? Tal vez estuviera preguntándose qué la había empujado a besarlo, o porqué él lo había hecho. «*Todo es tan complicado*», se dijo Marcos mientras se volvía a poner sus gafas. «*¿Por qué debe ser así?*»

—Te has quedado muy callada —le dijo captando su atención de nuevo.

Laura pareció salir del trance en que se encontraba. Marcos se dio cuenta que acababa de interrumpir sus pensamientos. ¿Estaría él en estos?

—Perdona, es que no puedo sacarme de la cabeza todo lo que está pasando —le respondió volviendo el rostro para mirarlo a él. Era tan atractivo que cuanto más lo miraba más miedo le daba lo que estaba sucediendo.

—Sí, todo lo que está sucediendo es demasiado complejo.

—Todo, ¿verdad? —le preguntó mirándolo fijamente a los ojos. Se divertía con él, le agradaba su compañía, pero se estaba convirtiendo en un peligro. Un peligro al que no pareciera querer poner fin. Se había fijado en él en la facultad, lo había ido descubriendo poco a poco y había sido consciente que a medida que despejaba las incógnitas, él la atraía más y más. No le parecía que fuera capaz de llegar hasta el fondo de él—. ¿Cuál es tu opinión?

Marcos la miró fijamente ante esta pregunta. Se quedó clavado en el asiento sin que pareciera que fuera a moverse. Debía tener cuidado con su respuesta. No quería que ella lo malinterpretara. Sabía que aquella pregunta por su parte había sido hecha en cierto modo a traición. Quería saber a qué atenerse con él. No quería que la rompiera el corazón y se marchara de vuelta a España. Llegados a este punto comenzaba a pensar en ello.

—Bueno, lo cierto es que es complicado pensar en algo claro ahora con todo esto que tenemos encima —le dijo evitando dar demasiada información.

Laura entrecerró los ojos y sonrió de manera irónica, como el tono de su voz.

—¿Sabes que eres capaz de hablar sin decir nada?

Marcos apretó sus labios hasta que fueron una sola línea. Lo que ella quería saber era qué sucedería con ellos dentro de unos meses cuando todo el embrollo de su padre se hubiera solucionado. Cuando el curso terminara. Si se le había pasado por la cabeza la remota posibilidad de quedarse. Regresar al año siguiente. Si seguirían juntos o su historia terminaría el último día de las clases. Pero eso no dependía del todo de él. Había otros factores que debería considerar y además, necesitaba consultarlo con la persona indicada.

Las respuestas quedaron en suspenso ya que en ese momento se anunciaba la llegada a la estación central de Florencia. Se miraron unos segundos y se dispusieron a descender del tren. Marcos sentía la preocupación de Laura en su mirada, el no saber qué te va a deparar el futuro, pero tampoco debería preocuparle demasiado, era demasiado joven y no quería complicarle la vida más de lo que ya la tenía en estos momentos. Nadie sabía qué sucedería mañana. La semana siguiente. El futuro era incierto para ambos.

—Entendido —dijo el hombre a través de su móvil mientras asentía y hacía señas a su compañero—. Déjalo de mi cuenta. Vale. *Ciao* —pulsó el botón de fin de llamada y se lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta—. Los vieron subir al tren con destino Florencia en el último instante. No pudieron subirse. Bueno ahora deben de estar llegando. Así que venga atento a ver si damos con ellos.

El otro arrojó el cigarrillo al suelo y comenzó a andar en dirección a la estación del tren de Florencia.

Cuando el tren se detuvo Marcos y Laura se encontraban en una de las puertas listas para bajar. Primero lo hizo él vigilando en todo momento la gente que transitaba por el andén en ese momento. No estaba convencido de que no los estuvieran vigilando. Caminaron hacia el vestíbulo, que estaba al fondo.

—¿Qué haremos en Florencia? —le preguntó Laura mirándolo de reojo. Estaba algo confundida por todo lo que le estaba sucediendo. Marcos la había besado, luego ella había hecho lo mismo. Y no saber qué pasaría cuando todo aquel embrollo terminara, si lo hacía alguna vez.

—Esperar a que tu padre nos llame desde Siena. Por ahora, pasaremos el día en Florencia hasta que llegue ese momento —le respondió sin poder decirle nada más. Creía que en Florencia estarían más seguros que en Bolonia. No obstante tenía la ligera impresión que los hombres que iban tras Laura acabarían sabiendo que ella había dejado Bolonia. Marcos temía que los estuvieran esperando allí. Su móvil emitió un pitido que alertó a Laura. Marcos sonrió tratando de tranquilizarla cuando vio que era un mensaje de Carlo para saber qué tal estaban—. Es Carlo. Quiere saber qué tal estamos.

—Voy por un café, ¿vale? —Le dijo señalando un pequeño kiosco junto al vestíbulo—. ¿Quieres uno?

—Bien, vete pidiendo. Ya voy para allá —le dijo mientras tecleaba en su móvil un mensaje para Carlo.

Laura se dirigía hacia el kiosco ajena a los dos pares de ojos que ahora mismo la vigilaban y miraba una fotografía.

—¿Es ella?

—Sí. Vamos.

Caminaron despacio hacia el kiosco de café, donde Laura aguardaba pacientemente su turno. En su mente revoloteaban las últimas palabras de Marcos. No había querido mojarse cuando ella le había preguntado por lo que le parecía todo lo que les estaba sucediendo. Y él la había despachado tirando balones fuera. Ahora mismo ya no sabía qué creer de él. Recordó las palabras de su abuela cuando ella estaba preocupada por poder entrar en la facultad de Arte.

No sabía si sus notas se lo permitirían y fue cuando se lo dijo: «*¿Por qué te preocupas antes si quiera de saber si entrarás, ya lo harás llegado el momento y tomarás la decisión más acertada?*» ¿Por qué debería preocuparse por lo que Marcos pensara o esperara de lo que había entre ellos? Llegado el momento ya se lo plantearía. Y tendría tiempo para enfrentarse a lo que llegara. Sacudió su cabeza tratando de no pensar en ello y se acercó hasta el hombre del kiosco.

—Dos cafés, por favor —le dijo mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba varias monedas de un euro.

Marcos terminó de enviar el mensaje a Carlo para tranquilizarlo. Guardó su móvil y buscó con su mirada a Laura. La gente caminaba frente a él impidiendo tener una visión clara del kiosco. Se apresuró abriéndose paso a empujones, escuchando las voces e insultos de aquellos que abordaba. Por fin la vio mientras dos hombres se situaban a su lado como si fueran a pedir café, pero algo en su interior le previno a Marcos de que no eran lo que parecían.

Vio a uno de ellos hacer una señal al otro hacia Laura. Marcos no se lo pensó dos veces y corrió hacia ellos. Empujó un carrito de revistas hacia el que estaba a la derecha de Laura. Ella se sobresaltó al verlo empotrado contra el mostrador del kiosco. Giró el rostro hacia el otro hombre y en un acto reflejo le arrojó el contenido de un café a la cara. El calor le abrasó el rostro mientras dejaba escapar chillidos de dolor. Laura quiso escapar de allí, pero el otro se había rehecho y pretendía agarrarla.

Marcos se precipitó hacia él y en un acto reflejo le arrojó la bolsa de viaje llena de ropa haciéndolo tambalearse. Agarró a Laura de la mano y a duras penas emprendieron la carrera por el vestíbulo de la estación central del tren de Florencia apartando a la gente que se cruzaba delante de ellos. Laura intentaba por todos sus medios estar a la altura de Marcos, pero una vez más los zapatos eran un problema. Salieron a la Piazza de la Stazione y corrieron sin detenerse por las calles hasta que les pareció que habían conseguido despistarlos.

Sin soltarla de la mano ni un solo instante por miedo a perderla entraron en un café. Saludaron al camarero y se adentraron hacia el fondo, hacia la mesa más apartada mientras el hombre sonreía al ver a una pareja tan joven buscar la intimidad de aquel rincón.

Se sentaron tratando de recuperarse cuanto antes y Marcos sonrió divertido mientras la miraba.

—Sabes que estar contigo es algo muy emocionante. Y peligroso para el corazón —le dijo llevándose la mano hacia el lado izquierdo de su pecho.

—No me digas —le dijo Laura mientras se desabrochaba la chaqueta y el camarero llegaba para tomarles nota—. Un *capuccino*.

—Otro para mí —asintió Marcos.

—¿Cómo sabías que eran...? —Laura balbuceaba aturdida por lo que había sucedido. No comprendía como Marcos lo había visto antes que ella.

—Vi que se acercaron a ti. Uno por cada lado y como se hacían señas mirándote. Fue sencillo —le dijo con una sonrisa.

—Sencillo, claro —exclamó ella con un deje de burla en su voz mientras sonreía.

—Por cierto, buenos reflejos con el café, ¿eh? —Le dijo guiñándole un ojo—. Procuraré no hacerte enfadar.

—No te preocupes que no corres peligro en ese aspecto —le dijo mientras lo miraba con cariño y sentía que con él a su lado nada malo podría sucederle. Pero, es que no podía dejar de pensar que no era como el resto de compañeros, o amigos que conocía—. Oye, dime la verdad, ¿quién eres?

La pregunta lo cogió desprevenido por completo. Estaba contemplándola mientras movía el café con su cucharilla. No escuchó bien, o no quiso. Se quedó en silencio mientras bebía un sorbo de café, y la miraba por encima del borde de la taza. Laura no le quitaba ojo, lo miraba fijamente y pareciera que no se iba a conformar con una nueva salida por la tangente. La miró con intensidad.

—No te entiendo.

—Quiero saber quién eres. No me trago que seas un estudiante español. Tienes una visión de las cosas que me deja helada; y tus reacciones cuando estoy en peligro... no sé, pero a veces me da la sensación de que estoy con una especie de James Bond —le dijo abriendo sus ojos al máximo mientras lo miraba y levantaba las manos para enfatizar más sus palabras. Lo miraba aturdida, sorprendida, confundida... ¿enamorada?

—Soy tu guardaespaldas —le dijo en voz baja acercándose a ella. Su voz fue un leve susurro para que nadie lo escuchara. Laura puso cara de estar escuchando una trola más y asintió mientras fruncía sus labios—. Pero nadie tiene que enterarse. Debes guardarme el secreto de lo contrario correrías peligro —le pidió rozando su mano sobre la mesa.

—¿No me digas? —le preguntó burlona siguiéndole el juego—. No te preocupes que de mis labios no salga ni una sola palabra de esta conversación.

—Además de ser estudiante de Arte y tener una beca Erasmus, soy tu guardaespaldas —le dijo muy serio con una voz fría y una mirada penetrante que confundieron a Laura por primera vez.

—¿Hablas en serio? —le preguntó sintiendo una extraña sensación. Ya no sabía si hablaba en serio o le tomaba el pelo. Pero entonces Marcos comenzó a dibujar una sonrisa en su rostro que desencadenó en una cadena de carcajadas mientras Laura cerraba sus ojos, inspiraba hondo y volvía a fruncir los labios—. Te advierto que tengo la taza de café de la mano, por si no te has dado cuenta —le dijo advirtiéndole de lo que podía ser capaz.

—No, no, vale he captado tu mensaje —le dijo extendiendo sus manos para evitar cualquier ataque.

—¡Idiota! —le dijo esbozando ahora una sonrisa de diversión. Debía admitir que su personalidad era tan intrigante que se sentía cautivada por este hecho. Y parecía haberse jurado descubrir quién era en realidad. ¿Su guardaespaldas? No, Marcos no tenía aspecto de serlo. Esos eran los hombres de su padre, con sus trajes, sus gafas oscuras y ese rictus en el rostro que parecían no sonreír nunca.

—¿Cómo puedes pensar que soy alguien así? ¡Por favor, tengo diecinueve años Laura! ¿Tengo pinta de guardaespaldas? —le preguntó levantándose para que ella lo viera.

—No te pareces en nada a los hombres de mi padre. Anda siéntate —le pidió entre sonrisas mientras lo agarraba de su jersey y tiraba hacia abajo—, o vendrá el camarero. ¿Diecinueve? Vaya has repetido algún curso en el instituto, ¿eh? —bromeó mientras removía su café.

—Tuve un año loco. Eso es todo —se limitó a responderle sin más explicaciones. Laura lo contempló pero sin decirle ni preguntarle nada acerca de sus motivos. No quería ser demasiado curiosa, adentrarse en su vida pasada no era lo que le interesaba sino más bien su presente. Allí y ahora con ella.

—¿Crees que hemos despistado a los tipos?

—Si no han entrado a tomarse un café... —le dijo sonriendo—. Aunque no creo que quieran otro después de tu invitación.

—¿Alguna vez te tomas algo en serio? —Le preguntó sintiendo que se burlaba de ella una vez más—. Pero, ¿cómo he podido fijarme en ti? —se preguntó mientras entrecerraba sus ojos mirándolo al tiempo que comenzaba a reírse.

El rostro de Marcos se contrajo mientras su mirada reposaba en su taza. «*¡Claro que me tomo las cosas en serio, sobre todo lo que tenga que ver contigo!*» se dijo así mismo mientras apretaba furioso sus dientes.

Laura se percató de su gesto y temió haber dicho algo que le molestara. Entornó su mirada hacia él mientras de manera disimulada le rozaba la mano.

—Eh... eh... Estoy aquí. ¡Socorro, vienen por mí! —le dijo imitando una voz de falsete que captó su atención. Le obsequió con la sonrisa más maravillosa que le había visto y se sintió complacida.

—Claro que me tomo las cosas en serio. Algunas más que otras —le dijo mirándola intensamente durante unos segundos en los que ninguno dijo nada más.

—Soy consciente de ello —asintió sabiendo que a ella si la tomaba, bueno a su seguridad. No sabía si a ella como chica lo haría.

—Creo que deberíamos darnos un paseo por Florencia —le sugirió mientras terminaba su café y se disponía a pagar.

—¿Piensas dejarme sola? —le preguntó confusa y fingiendo preocupación. Sabía que ahora no podía sucederle nada, pero le gustaba vacilarlo.

—Vaya, estoy salvado. No te queda café —le dijo al tiempo que le guiñaba un ojo y se volvía.

Laura se quedó boquiabierta ante aquella apreciación. Miró su taza vacía y sonrió por lo bajo. ¿Cómo hacía para tener siempre una respuesta que superaba a la suya? ¿Cómo conseguía derribar sus defensas? Lo vio acercarse mientras ella se levantaba y él la miraba como si no la hubiera visto antes.

—Necesitas un calzado acorde. Ya está bien de correr con tacones.

—Cierto. Voy a destrozarme los pies. Por cierto hemos perdido la bolsa con la ropa, pero todavía conservo tu iPod para seguir sabiendo de ti en cuanto a gustos musicales, mi cebolla —le dijo enseñándoselo con cara de felicidad.

—Bueno son muy normales —le dijo encogiendo sus hombros.

Se despidieron del camarero y buscaron una zapatería, donde Laura encontró una par de deportivas con las que podría correr por las calles de Florencia.

—Vaya, pensaba que eras más alta —le dijo cuando salieron a la calle y la estatura de Laura se vio reducida debido a la suela plana de sus botas por el tobillo. Lo miró confundida sin captar su ironía una vez más—. Ah, es que eran los tacones

—Deberías saber que el perfume más caro se guarda en frascos pequeños.

—Sí, y también el veneno —le rebatió provocándola una vez más.

—¡Serás idiota! —exclamó mientras su mano le golpeaba en su brazo.

—Más de lo que tú te piensas —le dijo mientras la miraba y comprendía que en verdad lo era por sentirse atraído por ella, por encariñarse, por comprender que se estaba adentrando en un terreno de arenas movedizas con cada minuto que pasaba con ella. Pero que no hacía nada por evitarlo—. Deberíamos ir a ver el

Duomo, ¿no crees?

—Me parece bien. Es más, podrías darme una pequeña lección de Arte —le sugirió mirándolo con cara de niña buena a la que no podría decirle que no.

Sin embargo, antes de que dijera nada el móvil de Laura volvió a sonar.

— ¡Sois unos inútiles! —Exclamó un enfurecido Leonardo Altobelli cuando se enteró que Laura y Marcos habían burlado a sus hombres en Florencia—. ¡Estoy rodeado de imbéciles! ¿¡Es que no hay nadie que pueda encargarse de dos adolescentes?!

—Déjeme a mí —le dijo Sandro muy seguro de lo que decía.

Leonardo Altobelli arrojó el teléfono sobre la mesa y miró a su hombre. No le gustaban los métodos tan expeditivos de Sandro, pero entendía que era la última baza que le quedaba antes de la reunión en Siena.

—Imagino que estarán en contacto con su padre y que éste les indicará el camino a seguir —comenzó diciendo mientras sonreía.

— ¿Qué insinúas? —le preguntó mirándolo con escepticismo.

—Pienso que Alfredo Tespi le dirá a su hija que acuda a Siena donde él llegará mañana.

— ¿Quieres partir a Siena y cogerlos tú mismo? ¿Es eso? —le preguntó sonriendo como un zorro.

—Sabemos el hotel donde se celebrará la reunión de los accionistas de la empresa... —le dejó caer Sandro mientras esbozaba una sonrisa socarrona.

— ¿Y tú piensas que Alfredo le dirá a su hija el hotel al que debe ir? —le preguntó asintiendo complacido por este hecho.

—Sólo es cuestión de esperarlos allí. Pensarán que su padre ha mandado a buscarlos y subirlos a la habitación. El resto déjeme a mí.

Leonardo Altobelli sonrió complacido por primera vez en muchos días. Parecía que por fin el plan daría su fruto. Sabía que Sandro era de fiar, aunque debía dejarle claro que la quería viva.

—Recuerda que ella no debe sufrir ningún daño. El chico es lo de menos —le dijo con cierto tono de desprecio mientras agitaba la mano—. Ahora vete a Siena y prepara todo para mañana.

—Es mi padre —le dijo Laura aceptando la llamada para hablar con él—. ¡Hola papá!

—Hola cielo, ¿dónde te encuentras?

—En Florencia —no importaba que le dijera el lugar exacto ya que a fin de cuentas habían averiguado hacia dónde iban.

— ¿Y Marcos? ¿Está contigo? —le preguntó con un tono de preocupación.

—Sí, claro. Es un cielo de muchacho. No me deja sola ni un minuto —le dijo riendo mientras se miraban con esa complicidad que ellos dos sólo compartían.

Marcos se apoyó contra la fachada de la calle mientras ella hablaba por el móvil. Sus ojos se movían rápidos en todas las direcciones temiendo que en cualquier momento pudiera sucederles algo. Laura sentía su mirada fija y lo que ella le producía, un aumento de la temperatura en todo su cuerpo que se reflejaba en su rostro. Se volvió dándole la espalda para que no la viera sonrojarse y siguió hablando durante al menos diez minutos en los que Marcos intentó matar el tiempo pensando en los próximos movimientos. Seguro que su padre le estaba diciendo donde tenía que ir o a quien llamar.

La pregunta que le hizo en el tren sobre qué pensaba de todo esto volvió a su mente. ¿Qué pensaba? Ufff demasiado complicado. Se había encariñado de Laura, tal vez más de lo que él pensó en un principio y ahora ya no sabía cómo pararlo. Su relación se basaba en una mera atracción física y sexual. Pero también había química entre ellos que sin duda se había reforzado considerablemente con todo este lío de quererla secuestrar. Pero, ¿quién y por qué? Sin duda tenía que ver con su padre y su firma de moda. Y no parecía que la cosa fuera a quedar ahí, porque ya era la tercera vez que intentaban algo estando con él. Esto no acabaría de la noche a la mañana.

La vio acercarse hasta él con el móvil en la mano.

—Mi padre llegará a Siena mañana donde celebrará su última reunión como presidente.

Aquella información encendió una especie de alarma en Marcos a raíz de lo que estaba pensando momentos antes.

— ¿Deja la compañía? —le preguntó fingiendo sorpresa por este hecho, ya que sabía que sucedía exactamente con Alfredo. Pero no quiso parecer demasiado interesado en este hecho. Sin embargo, pensó que aquí podía estar la clave de todo.

—Sí, ya te lo dije. ¿Ves cómo los chicos no escucháis? —le recordó sonriendo irónica por esa pequeña victoria sobre él—. Dice que está cansado y que quiere dedicarse a otras cuestiones.

—No lo sabía —le dijo mientras él seguía pensando que tenía que haber algún tipo de relación entre este hecho y Laura—. ¿Y quién se hará cargo de ésta?

—Me imagino que el Consejo de Administración lo nombrará a petición de mi padre. Oye, ¿a qué viene ese interés por tu parte? ¿Hay algo que te preocupa?

—le preguntó intrigada mientras miraba a Marcos queriendo saber que pasaba por su mente.

—Viene a que estaba pensando que tal vez el nombramiento del nuevo presidente de la compañía pueda estar relacionado contigo.

— ¿A qué te refieres? —le preguntó sobresaltada por este hecho.

—Tal vez entre los nominados haya alguno que quiera ejercer cierta influencia sobre tu padre a la hora de nombrarlo —le resumió con un toque de advertencia.

— ¿Insinúas que alguien de dentro de la compañía pretende chantajear a mi padre? —le preguntó sin acabar de creer que esta posibilidad fuera cierta.

Marcos se limitó a asentir despacio mientras accedían a la Piazza del Duomo y el barullo de los turistas los engullía.

—Será mejor que me cojas de la mano. Podrías perderte.

—No hace falta que te inventes una excusa tan pobre como esa para ir cogidos de la mano —le dijo burlándose de él—. Puedes cogerla sin más, no voy a retirarla.

Marcos se sintió descolocado por su reacción. No había pensado en esa posibilidad, y si se lo decía era porque temía que intentaran cogerla una vez más.

—Mi intención... no era... —balbuceaba desconcertado por como lo miraba ahora.

—Me encanta cuando te pones tan tímido —le dijo sonriendo al tiempo que entrelazaba su mano con la de él con fuerza y determinación.

Caminaron por el centro de Piazza del Duomo observando la figura arquitectónica representaba el propio Duomo y el campanario de Giotto donde la gente hacia cola para entrar a éste y subir a lo más alto.

—Por cierto, ¿qué más te ha dicho tu padre?

—Me ha vuelto a preguntar por ti —le dijo sorprendida mientras ninguno de los dos se había percatado que Laura se había aferrado, no sólo a la mano de Marcos, sino también a su brazo, y ahora caminaba apretada contra él—. Creo que le caes bien

— ¿No me digas? —Preguntó fingiendo estar asombrado por este hecho—. Seguro que le caigo mejor a él que a ti.

— ¿Sabes que a veces siento la tentación de mandarte a paseo? —le dijo con un gesto serio mientras se detenían en la mitad de la Piazza justo cuando comenzaba a llover.

— ¿De verdad lo harías? —Le preguntó siguiéndole el juego—. ¿Después de lo que estoy arriesgándome por ti? ¡Santa Madonna!, no lo esperaba de ti —exclamó fingiendo estar ofendido mientras la observaba de reojo.

La lluvia comenzó a arrear con intensidad pero ninguno de los dos parecía darse cuenta. Ambos se miraban fijamente como si se estuvieran estudiando, como si se tratara de dos jugadores de ajedrez pensando el siguiente movimiento. Laura sentía como las gotas de lluvia mojaban su rostro y resbalaban por éste hasta caer al suelo. Se apartó varios mechones de cabello que comenzaban a quedarse adheridos a su rostro. Marcos se acercó más hasta que las puntas de sus botas se toparon con las de las zapatillas de ella.

—No puedes mandarme a paseo y lo sabes —le susurró mientras le rozaba la mejilla—. Del mismo modo que yo no puedo alejarme de ti.

Se quedó clavado mientras las gafas se le empañaban por la humedad y la lluvia. Se las quitó para inclinarse sobre Laura y rozar sus labios de manera tímida en un primer momento, pero cuando sintió las manos de ella rodearlo con firmeza por la espalda, Marcos la estrechó entre sus brazos mientras se besaban de manera

lenta, perezosa pero hambrienta sin importarle la lluvia, la gente empujándolos al pasar junto a ellos corriendo, que pudieran estar vigilándolos... La acuciante necesidad de sentir los labios de uno sobre el otro era lo que les importaba. Pero por encima de todo convencerse de que no podían separarse... por ahora.

—Nos estamos calando —le susurró él sin separarse de sus labios por completo.

—No me había dado cuenta —le dijo ella riéndose en sus propios labios—. Venga vamos.

—¿Es que siempre tenemos que ir a la carrera? Desde que estoy contigo no he parado de correr...

Laura lo miró sonriendo por lo que acababa de decir. No le faltaba razón. No había habido momentos de descanso. Prácticamente se pasaban el día corriendo esquivando a los que querían atraparla. Confiaba que todo se solucionara cuando llegaran a Siena.

Entraron el Palazzo Vecchio situado cerca del Duomo, y junto al pórtico de los Lansquenettes. En este destacaba la estatua de Perseo. Admiraron el Salón de los Quinientos e intercambiaron diferentes opiniones sobre el arte que contenía el Palazzo, se miraron con complicidad, se rieron como dos colegiales, jugaron al escondite.

Laura comprendía que todo aquello que estaban compartiendo sería complicado de olvidar, porque él lo hacía tan fácil. En más de una ocasión entrelazó su mano con la de él, dejando que los dedos de ambos se acomodaran. Laura sonreía cuando él no la veía y pensaba lo bien que encajaba su mano con la de ella. Otras veces él ponía su brazo sobre los hombros de Laura, mientras ella lo aferraba por la cintura o introducía su mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Sólo entonces él la miraba como si estuviera escandalizado porque le estuviera tocando el culo, lo cual provocada la risa incontrolada de ella. Laura no recordaba habérselo pasado tan bien en compañía de un chico y estaba segura que solo Marcos podría proporcionarle todo aquello que sentía.

10

Pasaron el día en Florencia visitando sus monumentos más emblemáticos. Comprando algo de ropa para cambiarse, en especial Laura. Degustando deliciosos *gelatti*. Perdiéndose entre sus calles y corriendo bajo la fina lluvia. Besándose ajenos a las miradas indiscretas... Contemplaron la construcción del Ponte Vecchio, subieron hasta la Piazzale Michelangelo desde donde obtuvieron las vistas más hermosas de la ciudad.

—Mi padre me facilitó el nombre del hotel en Siena para que fuéramos. Si llama y no estamos, tal vez se preocupe —le recordó Laura mientras Marcos parecía perdido en sus pensamientos mientras miraba los tejados de Florencia desde la Piazzale de Michelangelo—. ¿Me estás escuchando?

—Sí —respondió como si pareciera estar ausente.

—¿Qué te estaba diciendo? —le preguntó sonriendo con malicia pues estaba segura que no sabría responderle.

—Que deberíamos marcharnos a Siena porque tu padre podría preocuparse si llama o llega al hotel y no estamos. ¿Te dijo el nombre del hotel en el que se alojará?

—El hotel Athena. Tenemos una habitación reservada —le dijo toda intención acercándose a él—. ¿Por qué me da la impresión de que en ocasiones no me escuchas cuando te hablo? —le preguntó mirándolo fijamente mientras parecía algo molesta con su comportamiento.

Marcos bajó la mirada hacia Laura. Sus ojos refulgían con una intensidad que no había visto en ellos los días antes. Pero creyó atisbar cierto malestar en el tono de su pregunta.

—Sí te estaba escuchando.

—Pero tu mente estaba en otra parte.

—¿Y qué importancia tiene si ello no evita que te escuche y te responda? —le preguntó dejándola con la boca abierta—. Anda será mejor que nos marchemos no quiero llegar a Siena en plena noche. O que tu padre se asuste —le dijo agarrando su mano para dirigirse a la estación del tren.

—No dejas de desconcertarme —le dijo mirándolo con los ojos entrecerrados y sacudiendo su cabeza.

—Eso está bien, ¿no? —apuntó guiñándole un ojo.

Llegaron a Siena cuando anocheceía. Se montaron en un taxi que los llevó hacia el centro de la ciudad. No querían arriesgarse a perderse a esas horas y sin saber qué les depararía Siena en sus calles. Marcos seguía dándole vueltas en su cabeza a la información que disponía acerca de Alfredo Tespi y su decisión de retirarse de la compañía. Ello sin duda abría un amplio abanico de posibles sucesores. Y como era de esperar si el nombre o los nombres de los candidatos ya circulaban de boca en boca, posiblemente alguno no se sintiera cómodo. No podía dejar de darle vueltas a la posibilidad de que todo aquello que sucedía con Laura fuera una especie de chantaje para que Alfredo nombrara a esa persona. Y como medida para obligarlo a acceder a esas pretensiones.

Laura contemplaba a Marcos con una inesperada tristeza porque estaba segura que al día siguiente se marcharían de vuelta a Bolonia a sus clases. Y aunque estaría con él, ya no lo tendría las veinticuatro horas como estos días. El taxi los dejó a la misma puerta del hotel, muy céntrico, cercano a la Catedral y a la Piazza del Campo célebre por la celebración del Palio.

Se apearon del coche y Marcos la condujo hacia la entrada como si de una estrella de cine se tratara. No se apartó de ella en ningún momento mientras Laura le sonreía divertida.

—No hace falta que me protejas tanto. No creo que vaya a sucedernos nada estando aquí. Aunque si quieres puedes llevarme las bolsas —le dijo haciendo referencia a sus compras de Florencia, al tiempo que le sonreía de manera divertida.

—Yo de ti no me fiaría —le comentó mirándola con seriedad. Intuía que la persona que andaba tras Laura lo intentaría antes de que su padre nombrara al nuevo presidente de la compañía.

La vio acercarse hasta el mostrador de recepción del hotel y charlar amistosamente con el recepcionista, quien le entregó un par de tarjetas magnéticas para abrir la puerta, y se volvió hacia Marcos con una sonrisa en sus labios antes de dirigirse a recepción para preguntar si sus padres estaban en el hotel.

—Mis padres todavía no han llegado. ¿Subimos a la habitación? —le preguntó mostrándole las llaves y una sonrisa pícaro—. Necesito una ducha.

Marco asintió de manera casi imperceptible ya que su atención se centraba en esos momentos en la gente que paseaba por el vestíbulo del hotel. No quería que se produjera ningún sobresalto a estas alturas. Laura intuía que algo le preocupaba, por su manera de comportarse. Tenía la impresión que el peligro los acechaba en todas partes. Incluso allí en Siena. Tiró de él hacia el ascensor y lo metió en este a empujones. Una vez que se cerraron las puertas estudio su rostro y sus gestos y aunque él pretendía parecer estar bien, Laura sabía que seguía ausente pensando en sus asuntos.

Los hombres de Leonardo Altobelli ya habían tomado posiciones en el hotel y había observado atentamente la llegada de la pareja. No se habían dado a conocer todavía ya que aguardaban a que Sandro diera la orden para hacerlo. De todas formas bastaba por ahora con tenerlo controlados. Ya tendrían tiempo de

tomar medidas más drásticas, llegado el caso. Pero no sólo ellos vigilaban a la pareja.

Laura abrió la puerta dejando paso a una habitación amplia con el suelo de cerámica en color café y a juego con las cortinas y el edredón. Caminó hacia el balcón, cuyas vistas eran sin duda las mejores que podía tener de la ciudad. Sobre la cama dos cisnes confeccionados con las toallas aparecían juntos formando un corazón. Laura lo miró y sonrió divertida por el gesto. Luego a Marcos, quien echaba un vistazo al baño amplio con ducha. Al fijarse en esta, recordó el cuerpo de Laura desnudo tras la mampara del hotel de Bolonia. Su silueta escondida tras el vapor del agua caliente, pero dejando ver lo suficiente para que él se imaginara el resto.

—Ven a ver las vistas —le dijo con un toque de emoción en su voz que no pudo o quiso disimular.

A pesar de que la temperatura había descendido un poco, Laura salió a la terraza para disfrutar de las maravillosas vistas que ofrecía. La catedral y la Torre de Mangia, que marca el lugar donde se encuentra la Piazza del Campo. Una corriente de aire frío la envolvió y sintió como su cuerpo parecía temblar. Sin embargo, al instante los brazos de Marcos la rodearon para protegerla.

Cerró los ojos y se dejó envolver por su calor, por su seguridad y por su cariño. Sabía que con él a su lado ella estaba segura. Cuando el curso terminara estaba decidida a pedirle que se quedara con ella en Bolonia. No quería que se marchara de vuelta a España. ¡No! Sólo pensarlo le provocaba una angustia en su pecho que no podía contener. No soportaría su ausencia. No pensaba que él fuera el amor de su vida, ni sabía si lo quería, pero era cierto que se estaba enamorando. Sintió su beso suave, cálido, tierno y fugaz pero muy reconfortante para ella.

—Deberías darte un baño para entrar en calor. Te estás quedando fría —le susurró mientras ella se movía entre sus brazos como una gatita indefensa buscando calor.

Se volvió hacia él para mirarlo fijamente. Le pasó la mano por el rostro trazando su contorno con delicadeza. Su corazón latía desbocado por las sensaciones que iba sintiendo en su interior. Por la manera en la que él la miraba en esos momentos. ¿Era consciente de lo que le hacía sentir? ¿De lo que para ella había significado todo lo que había vivido con él estos días? ¿Lo que le había demostrado? Que ella le importaba, que se preocupaba por ella, que... ¿qué sentiría?

—Me gustas tanto... —le susurró mientras lo besaba de manera tímida atrayendo su rostro hacia el de ella para que los labios se unieran. Quería transmitirle sus sentimientos, sus deseos, tantas sensaciones...

Marcos la rodeó por la cintura para atraerla más hacia él para sentirla más cerca, como si quisiera fundir sus cuerpos. Recorrió sus labios con decisión, humedeciéndolos, tanteándolos, hasta que se abrieron y la punta de su lengua se abrió paso buscando a su compañera de juegos. El beso fue lento, sensual, húmedo, provocando la pasión entre ellos. Laura lo tomó de la mano y lo llevó dentro. Cerraron el balcón y siguieron besándose en la habitación siendo conscientes de lo que iba a suceder.

Marcos comenzó a desvestirla de manera lenta mientras sus labios descendían por su cuello hacia su clavícula. Poco a poco fue despojándola de la ropa mientras Laura sentía como las yemas de los dedos de él resbalaban con toda intención por sus brazos erizándole la piel. Las manos de Laura recorrieron su abdomen firme y definido descendiendo hacia el borde de sus pantalones aumentando la excitación en él.

Marcos la atrajo hacia su torso mientras le desabrochaba el sujetador, que se deslizó suelto por los brazos de ella hasta caer a sus pies. Sintió sus pechos sobre él, su suavidad, su firmeza y sus pezones erectos por la excitación, la misma que se había apoderado de él. Marcos la contempló extasiado durante unos segundos mientras Laura sonría llena de felicidad.

—Eres un encanto —le susurró mientras la cogía en brazos y la conducía a la cama donde la dejaba con suma delicadeza mientras ella no apartaba sus brazos del cuello de Marcos y ahora lo atraía hacia ella para profundizar el beso devorando sus labios con avidez.

Las manos de Marcos se centraron en sus pantalones, los desabrochó y los deslizó por sus piernas. Cayeron junto con el resto de la ropa a los pies de la cama. No dejó de besarla ni de acariciarla, mientras sentía que estaba cruzando la línea, pero por alguna razón desconocida no le importó. Laura notaba como su propia excitación aumentaba deseando dar cabida a Marcos en su interior.

Las manos de Marcos ascendieron por sus pantorrillas, sus muslos hasta posarse entre estos sintiendo la humedad. Laura ahogó un gemido cuando él la acarició con determinación. Cerró los ojos y se mordió el labio mientras él seguía profundizando en su interior. Sólo se apartó de ella el tiempo que le llevó coger un preservativo. Lo abrió y se lo colocó antes de volver toda su atención a Laura. Se tumbó sobre ella penetrándola despacio mientras no dejaba de besarla ni de acariciarla.

Las manos de ambos recorrieron cada recoveco de sus cuerpos, regalándose infinitud de caricias y besos; de gestos y miradas llenas de complicidad. Laura lo volteó mientras ahora era ella quien quedaba sobre él y lo besaba con efusividad mientras Marcos no dejaba de acariciarla. El ritmo y la respiración aumentaron de manera gradual a medida que ambos se acercaban al clímax. Entrelazadas sus manos, sus miradas fijas mientras estallaban en una sensación de felicidad y bienestar. Laura se inclinó sobre la boca de Marcos para ahogar los últimos vestigios de la pasión mientras él la abrazaba con todas sus fuerzas.

Se rieron y se amaron sin tregua, olvidándose de su situación, de por qué estaban allí. Sólo contaba lo que el uno sentía por el otro. Eso era lo que verdaderamente los llenaba en ese preciso instante. Más relajados Laura lo contemplaba con el rostro todavía encendido por la pasión, con los ojos brillantes, los labios hinchados y una sensación de bienestar y quietud en todo su cuerpo.

—Nunca pensé que pudiera acabar contigo en la cama —le susurró mientras lo miraba y reía—. ¡Eres tú! ¡Por favor! Pellizcame para que sepa que es real. Que no es un sueño. Y si lo es no me despiertes o gritaré.

Marcos sonrió mientras la contemplaba apoyado sobre su codo y la pellizcaba con fuerza.

—¡Auuuuu! Vale, vale me ha quedado claro que no estoy soñando —le dijo mientras se incorporaba y le hacía cosquillas provocando las carcajadas en Marcos.

—¡Para, para! Por favor, tengo muchas cosquillas...

—Eso es bueno saberlo —le dijo sin dejar de atormentarlo mientras en su interior se sentía feliz.

Se detuvo para mirarlo fijamente, acariciarle su cabello, el rostro, trazar el perfil de su nariz con su dedo, el de sus labios. Se inclinó sobre él besándolo despacio, de manera tímida, pero siendo consciente de lo que le entregaba en él.

—¿Por qué has venido a Italia? —le preguntó entrecerrando su mirada, intentando hallar la solución a ese misterio.

—Porque tenía una beca, ¿lo has olvidado? —le dijo sonriendo burlón mientras ella parecía no hacerle ni caso. Lo conocía y sabía que siempre la estaba vacilando porque en el fondo no quería expresar sus sentimientos, pero a ella no le hacían falta palabras. Sabía que su presencia en Italia se debía a otros motivos. El destino lo había planeado todo y no se podía contradecirle.

—¿Por qué me fijé en ti, mi español? —le preguntó mientras arqueaba su ceja derecha.

—Porque te gusto —le susurró a Laura en sus propios labios provocándole la sonrisa.

—Creído —le dijo mientras tocaba su nariz provocándole un mohín—. Aunque reconozco que no estás nada mal —le dijo levantando la sábana para recorrer su cuerpo con su mirada.

—Basta —le dijo Marcos sintiéndose tímido e indefenso frente a la mirada de ella.

—Me encanta cuando te vuelves tímido. ¿Qué te parece si nos pasamos la noche en la cama? —le sugirió apoyando su codo en la almohada y su cabeza sobre su mano.

—Creo que deberíamos salir a cenar algo. Ver Siena...

—Ummm es muy tarde —le dijo con voz sensual mientras le ponía ojitos.

—No es tan tarde. Además, deberías llamar a tu padre para decirle que hemos llegado a Siena y que estamos en el hotel.

El gesto que puso en su rostro lo dijo todo. Frunció el ceño mientras resoplaba, cansada de todo aquello. Pero sabía que Marcos tenía razón y que debería avisar.

—Vale, pero antes me doy una ducha —le dijo saliendo de la cama.

Marcos la contempló caminar desnuda hacia el cuarto de baño y perderse tras su puerta. En ese momento de quietud intentó aclarar sus pensamientos, bastante revueltos tras lo sucedido. Necesitaba pensar lo que iba a hacer y lo que significaba Laura para él. Se sentó en el borde de la cama y permaneció quieto con los ojos cerrados, sus manos entrelazadas delante de él, sus labios esbozando una sonrisa de felicidad. Pasó sus manos por el rostro como si intentara despejarse, o más bien aclararse. No tenía por costumbre comportarse con las chicas como lo estaba haciendo. Eran situaciones de desenfreno, de aquí te pillo y aquí te mato.

Nunca había sentido la necesidad de tomarse su tiempo en acariciar el cuerpo de una chica, tal vez fuera ella la que despertara en él todas esas sensaciones nuevas. Echó un vistazo por encima del hombro hacia el baño donde escuchaba a Laura cantar *Tu nombre* de Nek. Sonrió divertido cuando la escuchó añadir el suyo al estribillo. Se incorporó de la cama y se puso los vaqueros. Antes de decidir qué hacer con su vida tenía una llamada que hacer.

—¿Alfredo? Soy Marcos —dijo mientras se aseguraba que Laura seguía en la ducha.

—Marcos, ¿cómo marcha todo? —le preguntó con el consabido tono de preocupación.

—Estamos en Siena. En el hotel.

—Gracias a Dios —le dijo suspirando por la tranquilidad que ello significaba—. Ya me han informado del trágico final de Steffano y Giorgio. Y que habéis tenido problemas en la estación central de trenes de Florencia.

—Vaya, no sabía que las noticias volaran tan rápidas.

—Es la ventaja que tiene ser alguien importante. Mucha gente te debe favores, y cuando los necesitas ahí están. Observando todo. Pero dime, ¿qué sucede entonces?

—Sí, quería comentarte algo a raíz de una conversación que he tenido con Laura —comenzó diciendo mientras pensaba como explicarle sus sospechas.

—Adelante. Te escucho.

—Todo viene a raíz de tu marcha de la compañía. ¿Has decidido quien te sustituirá?

—La verdad es que lo tengo claro desde hace unos meses, ¿por qué?

—Porque intuyo que alguien no debe estar contento con esa decisión.

Hubo una breve pausa en la que ninguno se aventuró a decir nada. Alfredo Tespi sopesaba aquel comentario, que por otra parte, ya se le había ocurrido a él pero lo había aparcado por ser una locura.

—Siempre he tenido enemigos y gente descontenta... De esos siempre sobran, Marcos.

—Ya, pero alguien parece ser que va más allá —le dijo con voz seria—. Alguien quiere llegar a la presidencia utilizando otro camino. No sé si me sigues...

—Entiendo. ¿Crees que alguien que quiere llegar arriba pudiera estar empleando métodos más expeditivos, no? Como por ejemplo intentar secuestrar a mi hija.

—Y con ello obligarte a nombrarlo presidente. Lo que ya no llevo es a saber quién puede ser.

—Por eso no te preocupes. Estamos trabajando en esa posibilidad desde hace algún tiempo. Estamos cerca de resolver todo este maldito lío —le dijo con total seguridad—. Vamos a desenmascarar al traidor en Siena. Pero dime, ¿y Laura?

—Oh, bien, se está duchando —le respondió sintiendo que su rostro enrojecía. Temía que pudiera saber que había sucedido entre ambos.

—Estás haciendo un buen trabajo, muchacho. Sin duda alguna Enrico te conoce bien.

—Enrico es un gran hombre.

—Sin duda que mi cuñado lo es. Estaremos en Siena mañana por la mañana.

—Imagino que Laura te llamará ahora. Le he dicho que lo hiciera para que os quedéis tranquilos.

—No te preocupes por eso, lo hará Claudia. Ya sabes cómo se preocupa por ella —le dijo sonriendo—. Gracias Marcos. Nos vemos mañana.

—Ciao.

Apagó el móvil y lo devolvió al bolsillo interior de su chaqueta. Caminó descalzo por la habitación pensando en Laura una vez más, quien ahora aparecía ante él envuelta en su toalla como lo hiciera en el hotel de Bolonia. Sensual, seductora, irresistible, caminando hacia él con una sonrisa diabólica en sus carnosos labios, que lo volvía loco.

Lo contempló siendo consciente que le gustaba el aspecto que tenía en ese momento; con el torso desnudo, las manos en sus bolsillos de sus desgastados vaqueros y esa mirada de expectación y de timidez al mismo tiempo que la volvía loca.

—¿Sabes cómo me pones con esa pose que tienes? —le preguntó de manera juguetona mientras su dedo trazaba el contorno firme y definido de su abdomen.

—No, pero puedo imaginarlo —le aseguró inclinando su cabeza para que su mirada se centrara en el dedo de Laura trazando figuras sobre su piel.

Lo miró con un gesto divertido y lleno de picardía mientras se mordía el labio y se disponía a desprenderse de la toalla. Sin embargo, en ese momento su teléfono sonó. Laura hizo como que no lo escuchaba y seguía seduciendo a Marcos.

—¿No vas a cogerlo? —le preguntó mirando a su bolso—. Seguramente sea tu padre...

Laura puso cara de pocos amigos al escucharle decir eso. Sabía que sería él y que podía esperar. No iba a marcharse a ninguna parte.

—Puede esperar —le dijo mientras se desprendía lentamente de la toalla, pero la insistencia Ariana Grande y su *Love me Harder* le produjo un gesto de descontento.

Marcos sonrió sin que ella lo viera, porque sabía quién era, y también que si supiera su madre lo que andaba haciendo Laura...

—¡Hola mamá! —dijo esbozando una sonrisa mientras se sentaba en la cama y miraba a Marcos—. Sí, estamos en Siena. Acabamos de llegar. Iba a llamarte ahora.

—Tu padre y yo llegaremos a Siena mañana.

—¿Qué tal por Milán, mamá? ¿Has aprovechado el tiempo? —le preguntó con toda intención conociendo a su madre, y que el tiempo que su padre estuviera reunido, ella lo dedicaría para ir de compras con sus amigas de la capital de la Lombardía.

—Como siempre. Mirando, comprando y enterándome de los últimos cotilleos... y a sabes. ¿Y tú? ¿Cómo va todo? —le preguntó tratando de parecer casual, pese a que intuía que entre Laura y Marcos había surgido el flechazo propio de dos jóvenes.

—Todo marcha bien —le aseguró mientras jugaba con su pelo y miraba a Marcos, quien le hacía gestos de irse a la ducha.

—¿Y Marcos?

—Marcos está bien, mamá —asintió mientras le guiñaba un ojo a este y fruncía sus labios como si fuera a silbar—. Muy bueno —se le escapó mientras abría los ojos y trataba de arreglarlo.

—Vaya —exclamó Claudia con ironía mientras chasqueaba la lengua y esbozaba una sonrisa.

Marcos se había vuelto al escucharla decir aquello.

—Muy bien. Quise decir que está bien —le explicó mientras miraba a Marcos, quien se partía de risa por su metedura de pata y Laura lo amenazaba llevando su dedo a su cuello.

—Entiendo —continuó su madre al otro lado de la línea sonriendo por lo que acababa de confesarle. No hacía falta que rectificara. Claudia era consciente de lo que había sucedido entre ellos dos. A solas, en una habitación de hotel y con una atracción mutua de por medio...

—Pues eso... que estamos bien y que nos iremos a cenar de inmediato.

—Procura irte pronto a la cama —le dijo con un toque irónico en su voz.

—Sí. Claro. Descuida que nos acostaremos temprano.

—No dudo que os acostareis, pero tened cuidado —le dejó caer con sorna mientras Laura enrojecía de vergüenza y se cubría los ojos porque su madre le daba a entender que sabía perfectamente lo que sucedería. Pero por primera vez no le importaba. Era mayor de edad y estaba con el chico que le gustaba. Era feliz—. Mañana nos veremos.

—Hasta mañana, mamá

Marcos seguía riendo por la conversación que acababa de tener Laura, quien colgaba y dejaba el teléfono en la cama.

—Mi madre sabe que estamos liados —le dijo toda seria mientras no sabía si era bueno que lo supiera o no.

—Y más si te pregunta por mí, como imagino que ha hecho, y le respondes que estoy “*muy bueno*”

—Si no hubieras estado delante de mí...

—Pensé que ibas a decir que si no estuviera tan bueno... —le dijo burlándose de ella—. Creo que tu madre sabe de la atracción existente entre nosotros desde que te acompañé a casa.

—Vale, pero ahora piensa que nos acostamos.

—No creo que lo piense —le dijo mirándola con gesto divertido mientras ella no comprendía sus palabras—. Lo sabe.

—¿Cómo va a saberlo? —le preguntó confundida.

—Analiza la situación por un momento. Una habitación de hotel, una pareja de chicos que se gustan, la adrenalina a cien por los últimos acontecimientos...

Necesito una ducha.

Laura se quedó callada durante unos segundos mientras pensaba en lo que acababa de decirle Marcos. Lo vio alejarse hacia el baño y sonrió con picardía. Caminó tras él y lo sorprendió en la ducha. Lo abrazó por detrás y lo besó en la espalda, en el cuello, hasta que le mordisqueó la oreja.

—¿Y lo que me decías acerca de que tu madre...?! —comenzó diciéndole de manera confusa mientras ella lo besaba.

—Bueno, si ya sabe que nos acostamos, no creo que pase nada si nos duchamos juntos, ¿no crees?

Marcos sonrió mientras la atraía hacia él y la besaba dejando que el chorro del agua los empapara como había hecho la lluvia en Florencia. Pero con la diferencia que este era más cálido y estimulante.

Cuando Claudia terminó la conversación con su hija, apagó su móvil sonriendo de manera cómplice.

—¿A qué viene esa sonrisa? —le preguntó Alfredo mirándola sorprendido por este gesto.

—Porque me estoy dando cuenta que Laura se ha convertido en una mujer.

—Bueno, cumplirá su mayoría de edad dentro de unos meses.

—Sí, pero ya no es una niña, Alfredo. Tiene sentimientos —le dijo con toda intención.

—Entiendo.

—Tú mismo lo comentaste cuando estuvieron en casa. ¿Recuerdas?

—Sí, lo percibí con claridad en su mirada.

—Pues creo que el hecho de estar pasando juntos por todo esto...

—Sí, es lógico que se encuentren más unidos que al principio. En realidad no esperaba que Laura pudiera llegar a sentir algo por Marcos. Nunca comentó nada en casa...

—Por eso mismo. Porque ya no es la niña que llegaba del colegio y te contaba todo lo que había hecho, lo que le había sucedido. Ahora es una mujer que va a la Universidad y que ha comenzado a sentir y no me estoy refiriendo a tontear como en el instituto, Alfredo —le comentó mientras observaba a su marido apoyado sobre la mesa de su habitación de hotel, con los brazos cruzados y una mirada de sorpresa e interés.

—Me preocupa que llegue a enamorarse de verdad de Marcos, si no lo está a estas alturas —dijo mientras abría sus ojos hasta su máxima expresión y apretaba sus labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Sí, yo también lo he pensado. ¿Qué sucederá una vez que finalice el curso? —le pregunto intrigada.

—Cuando llegue el momento lo sabremos, Claudia. No puedo decirte que piensa Marcos porque ni yo mismo lo sé —intentó hacerle ver con un tono neutro de voz—. Sólo quiero que Laura no sufra.

—Yo también lo deseo. Y ahora dime, ¿qué te traes entre manos? —le preguntó mirándolo con sus cejas arqueadas.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Alfredo confundido sin variar ni un solo ápice su postura.

—Me refiero a que he visto a Nicola y a Marchessi por aquí.

—Ah, te refieres a eso. Bueno, creo que estamos muy cerca de descubrir lo que está sucediendo.

—¿Te refieres a quien está interesado en Laura?

—Eso mismo. Pero es algo que debemos llevar en secreto —le susurró mientras desviaba la mirada hacia el suelo por unos segundos—. Sólo te diré que estamos comprobando cierta información acerca de algunas personas de la compañía.

Claudia se sobresaltó al escuchar a su marido.

—¿Qué pasa Alfredo? ¿Estás sugiriendo que alguien de tu propia compañía quiere secuestrar a Laura? —le preguntó caminando hacia él mientras sentía agitarse su pecho más de lo normal.

Alfredo se limitó a chasquear la lengua y a cambiar el gesto de su rostro. Claudia conocía a su marido y sabía lo que significaba aquel gesto, aquella mirada. Se detuvo paralizada mientras lograba con esfuerzo llevarse la mano a la boca. Sacudió su cabeza negando aquella propuesta de su marido. ¿Sus propios socios? ¿Compañeros?

—No te preocupes. Todo está bajo control. Mañana se descubrirá todo.

—¿Y Laura?

—Ella está en buenas manos con Marcos, lo sabes. Y además, Santino está moviéndose cerca de ellos por si les pasara algo. Ha sido él quien ha descubierto lo que sucede, por eso has visto a Marchessi y Nicola. Pero ahora vayamos a cenar y olvidémonos por un momento de todo esto. ¿Quieres? Mañana llegaremos a Siena y todo quedará zanjado.

Las palabras de Alfredo la tranquilizaron, ya que sabía que su familia era lo primero. Su protección estaba por encima incluso de la suya propia. Por eso mismo estaba tranquila.

Laura se puso la ropa que habían comprado en Florencia durante las horas que estuvieron en ésta. Unos vaqueros, un top de tirantes blanco y una camisa de su talla, que dejó por fuera de su pantalón. Le había gustado la sensación de llevar la ropa de Marcos sobre su piel, el aroma a su propio cuerpo, a su colonia la habían acompañado durante las últimas veinticuatro horas.

Ahora con la ropa nueva sentía como si le faltara esa compañía. Se arregló el pelo con sus propias manos mirándose al espejo de la habitación mientras recordaba las palabras de su madre y sentía que el calor de la vergüenza envolvía su cuerpo hasta sonrojar su rostro. «*¿Qué pillada! Mi madre sabe que entre Marcos y yo hay algo, y que encima nos acostamos*», pensó mientras contemplaba su rostro en el espejo y después daba un paso atrás para intentar contemplarse de cuerpo entero mientras se movía como si estuviera desfilando. Se dio la vuelta y miró por encima de su hombro para ver como de ceñidos le quedaban los pantalones.

Marcos, desde el umbral de la puerta del baño, la contemplaba sonriendo. Le parecía que estaba radiante. Miró a la cama cuyas sábanas aparecían revueltas y sonreía al pensar en lo que había sucedido momentos antes.

—Te queda perfecto para mi gusto —le dijo captando su atención provocando en Laura un pequeño sobresalto al escuchar su voz.

—¿Tú crees? —le preguntó sin estar segura del todo—. ¿No crees que los pantalones se ajustan demasiado?

—Son perfectos para mi gusto —insistió recorriendo su cuerpo con su mirada mientras ella ponía los ojos en blanco ante su comentario y su mirada.

—¿Por qué todos los chicos siempre os fijáis en lo mismo? —le preguntó con un tono cansino y fingiendo que le molestara. Aunque en su interior le gustaba experimentar el calor que su mirada le había dejado.

—Sería bueno que nos fuéramos marchando a cenar. Tengo un hambre que me muero —le comentó recordándole, que apenas si han probado bocado desde que

salieron de Florencia.

—Pues hace un rato no te quejabas —le aseguró mientras le guiñaba el ojo con toda intención dejándolo con la palabra en la boca.

Abandonaron el hotel y decidieron caminar hasta la Plaza del Campo en cuyos soportales hay *trattorias* y restaurantes.

—¿Conoces la fama mundial de Siena, no? —le preguntó Laura mientras caminaba junto a él con las manos en los bolsillos de sus pantalones, y lo miraba de reojo.

—Oh, sí, la tradición de El Palio. La famosa carrera de caballos.

—¡Bien por mi español! —exclamó sonriendo tal vez sorprendida porque él conociera la tradición histórica de la ciudad de Siena. Marcos sonrió al escucharle referirse a él como “mi español”

—Lo que no sé es el motivo de la carrera. ¿Qué ganan? —le preguntó lanzándole fugaces miradas como si quisiera comprobar que ella seguía allí, junto a él.

—El Palio es una carrera en la que participan los distintos barrios de la ciudad, también llamados “*contrade*” Se disputa en verano en dos ocasiones, el dos de julio y el quince de agosto. Es una fiesta tradicional en la que consiste en obtener el estandarte o palio, que ese barrio lucirá con orgullo durante un año, hasta la siguiente carrera.

—¿Has dicho los barrios de la ciudad? —le preguntó sin comprender muy bien qué había querido decir con eso.

—Cada barrio tiene un nombre y una especie de blasón. Si te fijas en las fachadas de las casas puedes verlo —le dijo señalando el dibujo de una de ellas para que Marcos se fijara—. Cada barrio tiene un nombre, una insignia y una iglesia. Llegado el día de la celebración, los participantes se visten con los trajes tradicionales, lucen sus emblemas. En total hay diecisiete “*contrade*” El día de la carrera se hace un desfile de los barrios, antes de la carrera. El momento más emotivo es sin duda el juego de la bandera, donde los portaestandartes exhiben sus habilidades con éstas. Eso sí, no pueden dejarla caer al suelo —le dijo con un tono de advertencia.

—¿Por qué motivo?

—Porque sería una deshonra para el barrio y para el abanderado. Se preparan durante todo un año para la ocasión. Después llega la carrera que tiene lugar en el corazón de la ciudad —le explicó con un tono de emoción, como si fuera a presentarle a un gran artista—. La Piazza del Campo.

La calle por la que habían bajado tenía unas escaleras a su derecha desde las cuales podían contemplar la magnífica estampa de Siena. La Plaza donde tenía lugar no sólo la carrera del Palio, sino la vida de los ciudadanos. Marcos se quedó clavado en lo alto de las escaleras contemplando la magnitud de la plaza en forma de cancha.

—Vaya, te has quedado sin palabras, ¿eh? —Comentó Laura mirándolo fijamente como si fuera un niño pequeño—. La verdad es que la impresión que causa a la gente la primera vez que la ve, es la misma que has experimentado tú.

Descendieron las escaleras hasta llegar a la misma plaza donde la gente charlaba, caminaba, se sentaba en las cafeterías y restaurantes bajo sus arcos.

—El día del Palio la gente se sitúa en el centro mismo de la plaza —le dijo señalando la zona de color más oscuro—. Y la carrera tiene lugar alrededor de la misma.

—Debe ser un espectáculo digno de ver. ¿Alguna vez has estado en Siena para ver la carrera? —le preguntó volviendo el rostro hacia ella y observar como suspiraba y parecía contemplar con cierta nostalgia la plaza. Como si estuviera deseando estar allí en mitad de la carrera.

—La verdad es que nunca he podido venir y eso que el día que se celebra el Palio en Agosto es mi cumpleaños. Sería el regalo perfecto —le dijo mientras lo contemplaba con toda intención, intentando hacerle ver lo mucho que le gustaría asistir al Palio con él. Marcos se percató de lo que sus palabras implicaban, de lo que su mirada parecía suplicarle—. Me gustaría que lo viéramos juntos, pero imagino que tú volverás a España en junio cuando acabe el curso...

Marcos se volvió hacia ella mirándola de manera fija. Se humedeció los labios, deslizó el nudo que se le había formado en su garganta y cerró los ojos por unos segundos mientras en su mente flotaban las últimas palabras de ella.

—No puedo prometerle nada, Laura —le dijo en un susurro que apenas si escuchó ella.

—Entonces míenteme y dime que me regalarás el espectáculo del Palio el día de mi cumpleaños. Dime que te quedarás conmigo. Que no te marcharás de vuelta a España. Que no me dejarás sola aunque sea mentira, pero esta noche creeré que me lo dices en serio —le dijo mirándolo con los ojos brillando como estrellas mientras le acariciaba el rostro y se le formaba un nudo en su garganta.

Marcos se quedó callado sin saber qué más podría decirle. ¿Prometerle que estaría con ella? ¿Qué volverían a Siena para ver el Palio en verano el día de su cumpleaños? Ni siquiera sabía que sucedería con él en un par de días, si todo se resolvía. ¿Cómo podía prometerle algo que no estaba en sus manos del todo? Estaba en un callejón sin salida mientras Laura lo miraba como si él fuera el único chico que había en la Piazza del Campo en esos momentos. Se sintió feliz porque se lo pidiera y porque sintiera... ¿qué sentía? Seguía mirándolo como si su vida dependiera de sus palabras, de su sentencia.

—Sí ese es tu deseo, vendremos a Siena el día de la carrera del Palio para verlo —le dijo finalmente sintiendo que tal vez la estuviera mintiendo, engañando y provocándole tanto dolor en su pecho como el que él mismo sentía en esos momentos. Pero consiguió arrancarle una sonrisa a Laura y eso mitigó algo la sensación de traición.

—Gracias —le susurró en sus propios labios antes de besarlos mientras hacía esfuerzos por contener las lágrimas.

Marcos la rodeó por la cintura y la atrajo hacia él sintiendo sus suaves labios, su dulce beso mientras cerraba sus ojos para intensificar la sensación. Laura sentía que no había necesidad de decir más, el beso, el latido de su corazón, su mirada, supo que Marcos no sabía mentir, pero le había gustado escuchárselo decir.

Se separaron y se miraron durante unos segundos en lo que ambos parecían estar pensando en lo que sucedería el verano próximo, pero por ahora era mejor dejarlo pasar.

—Tengo hambre —le dijo sonriendo—. ¿Te hace una pizza con vistas a la Piazza? —le sugirió mientras le guiñaba un ojo en señal de complicidad y sonreía.

—Claro. No tengo planes para esta noche.

Iban a dirigirse hacia uno de ellos cuando un hombre se interpuso en su camino. Intentaron sortearlo pero el hombre permaneció firme en su sitio impidiéndoles el paso. Su rostro serio, como tallado en frío mármol, su mirada cortante como el filo de una navaja. Movi6 la cabeza en sentido negativo y luego hizo un gesto para que se volvieran sobre sus pasos. Otro hombre con las manos en los bolsillos de su gabardina los escrutaba detenidamente.

Marcos agarró de la mano a Laura y la situó tras él en un intento porque no le pasara nada mientras sentía como sus latidos habían aumentado y la adrenalina recorría todo su cuerpo. Miró por encima del hombro para ver el rostro de Laura. Parecía asustada, podría sentirlo en sus ojos abiertos, en cómo le apretaba la mano con determinación.

—¿Qué queréis? —le preguntó Marcos a uno de ellos.

—A ella —respondió otro tipo que apareció por un lateral esbozando una sonrisa cínica—. Sólo la queremos a ella. Tú puedes irte o puedes quedarte y correr con las consecuencias —le explicó con toda naturalidad mientras se ajustaba un par de guantes negros de piel.

Marcos le sostuvo la mirada en todo momento sin dar apariencia de estar asustado, aunque en su interior tenía miedo por lo que pudiera sucederle a Laura más que a él.

—No le hagáis nada a él —intervino Laura saliendo de detrás de Marcos, soltando su mano mientras él sentía el frío envolverlo. Lo miró con una sonrisa de cariño en su rostro, con los ojos empañados por las lágrimas, con el corazón en la garganta. Se acercó a él y aferrándose a sus brazos lo besó—. No puedo permitirme perder lo que más quiero —le dijo sorprendido por haber descubierto ese sentimiento.

Marcos se quedó quieto sin poder reaccionar. Todo aquello lo estaba superando. Nunca pudo imaginar que ella... Pero... debía hacer algo. No podía permitir que ella se marchara. Laura alzó el rostro para contemplarlo una última vez. ¿Era una mirada de despedida? Pero...

«*Le he prometido que vendría a Siena a ver el Palio el día de su cumpleaños, se lo he prometido. Y también que nunca la dejaría sola, que no me apartaría de ella. Y no porque Alfredo Tespi, su padre me lo dijera, sino porque... porque yo tampoco puedo perder lo que quiero*»

—Bien, ¿ves como no ha sido tan complicado muchacho? —le preguntó con un toque irónico en su voz mientras sonreía y tendía la mano a Laura.

La rechazó pero se quedó frente a él retándolo con su mirada. Si pensaba que era una muchacha ingenua y débil se había equivocado.

—¿Puedo saber dónde me llevaréis? —le preguntó con un tono frío y cortante como el filo de una navaja.

—Pronto lo sabrás. Y no temas, si tu padre entra en razón pronto te reunirás con él —le dijo acercando su mano hacia el rostro de ella. Pero Laura al ver su intención se apartó evitando que la rozara si quiera—. *Uuhhhh* eres arisca. Muy bien. Acabad con el chico —dijo mirando a los dos tipos.

—¡Noooo, prometiste que lo dejarías libre! —gritó Laura arrojando su furia contra él. Se abalanzó para golpearlo, arañarlo, morderlo, pero la sujetó por los brazos sonriendo mientras ella se debatía furiosa.

Marcos tensó su cuerpo. Miró a ambos tipos que se acercaban a él. Uno de ellos esgrimía una navaja cuyo filo centelleaba con la luz de la luna. Esta sería el único testigo de lo que allí sucediera. La gente se había apartado de la plaza al ver las intenciones de aquellos tres desconocidos. No se veía a nadie cerca de ellos, salvo la gente que pasaba por los soportales a toda velocidad sin querer ver nada.

Se preparó para recibirlos. Primero al de la navaja que sonriendo lanzaba cuchilladas intentando herirlo, pero Marcos se mostraba ágil y escapaba con relativa facilidad. Laura lo contemplaba con la angustia en su pecho, el dolor en su mirada y sin poderse mover ya que ahora mismo el desconocido la apuntaba con una pistola.

Marcos miraba en todas direcciones buscando algo con lo que poderse defender. Y lo encontró en uno de los paneles que anunciaban el menú de uno de los restaurantes. Lo cogió con las dos manos y lo esgrimió frente al tipo de la navaja. Se abalanzó hacia él consiguiendo que su arma se clavara en el cartel de tal forma que no pudo sacarla, lo cual

Marcos aprovechó para empujarlo utilizando el panel como una especie de ariete. El tipo trastabilló caminando hacia atrás y cayó de espaldas aturdido. Quedaba el otro, quien de repente esgrimió una pistola con silenciador con la que ahora mismo lo apuntaba. Marcos jadeaba por el esfuerzo mientras miraba el cañón del arma y sentía como la sangre se le helaba en sus venas. Inspiró profundamente, y consiguió deslizar el nudo de su garganta. Lanzó una mirada cargada de cariño hacia Laura y le regaló una sonrisa como si fuera una despedida. Y esta vez sí que lo parecía.

Laura se había quedado paralizada por la escena. Había dejado de forcejear. Tenía los ojos abiertos al máximo, el rostro pálido, creía que su corazón se había parado ya que no sentía sus latidos, ni siquiera la sangre correr por sus venas. Ahora mismo no sentía nada salvo el terror de ver a Marcos morir.

Un click sonó a sus espaldas y una voz desconocida.

—Dile que baje el arma, Sandro.

El mundo se paró unos momentos. Ninguno de los que estaban allí se movió. Eran una especie de fotografía.

—O quieres acabar tus días aquí y ahora. De todas maneras si no lo hace tengo hombres cerca que lo pueden derribar de un disparo certero en un segundo. Ni siquiera se enterará.

—Tengo un arma apuntando a la chica.

—No te vale de nada. No tendrías tiempo para apretar el gatillo. Te reventaría la cabeza —le advirtió con un tono frío mientras presionaba con insistencia la boca de su arma sobre la cabeza de éste.

Laura sintió como el tal Sandro aflojaba su brazo liberándola poco a poco.

—Detrás de mí, Laura.

—¿Por qué debería fiarme de ti? —le preguntó aturdida, enfadada. Ella quería ir junto a Marcos.

—Soy amigo de tu padre Alfredo Tespi. Inspector Baressi. Nos dijo que llegaríais hoy a Siena y os hemos estado siguiendo. Soy agente de policía, llevamos tiempo intentando detener a quienes quieren secuestrarte.

Aquellas palabras parecieron calmarla por un momento. Miró a Marcos quien ahora parecía algo más tranquilo, aunque alerta por lo que pudiera suceder. Asintió levemente mientras sonreía de manera tímida.

—Sandro, dile a tu hombre que tire el arma, ahora.

—¿Y si mata al muchacho? —le preguntó con una voz fría y una sonrisa cínica que heló la sangre de Laura.

El hombre cerró los ojos y sacudió la cabeza. Sólo dijo dos palabras.

—Vía libre.

Laura miró expectante a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. De repente los dos tipos que había atacado a Marcos caían al suelo como dos sacos pesados provocando un leve sobresalto en ella.

—Excelente —dijo Sandro sonriendo de manera melancólica.

—Marcos, llévate a Laura de vuelta al hotel —le dijo el hombre alzando la voz y haciendo un gesto con su cabeza hacia ella—. No te preocupes. Ya nos encargamos nosotros de todo.

Marcos asintió mientras rodeaba a una perpleja Laura por la cintura y hacía ademán de llevársela de allí. Varios hombres salieron de las sombras y los rodearon.

—Pero...

—Todo está bien. No tenéis nada que temer ahora que tu padre ha descubierto a quien quería secuestrarte —le dijo sonriendo tímidamente mientras dos de sus hombres se ocupaban de Sandro y se lo llevaban. El resto retiraban los cuerpos de los dos caídos por los disparos.

—¿Cómo sabíais...?

—En todo momento os hemos seguido por Siena. Sabíamos que la persona que quiere traicionar a tu padre lo intentaría antes de la reunión que tiene mañana para nombrar a su sustituto.

—¿Todo esto tiene que ver con la compañía? —le preguntó sorprendida por el hecho de que ella hubiera sido moneda de cambio en las intrigas empresariales de su padre.

—Tu padre te lo explicará mañana. Nosotros sólo hemos cumplido con nuestro trabajo. Es mejor que regreséis y no salgáis del hotel. ¿Preferís caminar u os llevamos en un coche?

—Caminar —dijo Laura mirando a Marcos, a quien se había aferrado en esos momentos.

—Como queráis. Mañana verás a tu padre —le dijo mientras se volvía y desaparecía acompañado de dos hombres.

Laura estaba paralizada después de lo que había vivido. Miraba a Marcos y sonreía mientras le acariciaba el rostro. Lo cogió entre sus manos y lo besó varias veces de manera efusiva hasta que se abrazó a él rodeándolo por el cuello. Marco la rodeó por la cintura y la retuvo contra su cuerpo sin soltarla por temor a perderla.

—Temí que te mataran —le dijo mientras sentía sus nervios agitados al recordar la escena del hombre apuntándolo con su arma. Esa imagen la perseguiría durante mucho tiempo. Estaba convencida de ello. Había estado a punto de suceder lo que siempre quiso evitar.

—Yo también. No quería que mi último recuerdo en esta vida fuera tu rostro lleno de miedo por mí —le dijo apartándole el pelo de su rostro y sonriendo nervioso. En ese momento Laura estaba temblando, la tensión de la escena vivida la había agarrutado, y las lágrimas inundaban sus ojos—. Estás temblando y llorando —le susurró abrazándola con todas sus fuerzas mientras la besaba en el pelo, y luego en sus mejillas borrando el trazo salado de sus lágrimas—. Ya no hay de qué preocuparse. Ya ha pasado todo. Anda volvamos al hotel —le dijo esbozando una sonrisa.

—¿Oíste lo que dijo el inspector? Un traidor en la compañía de mi padre —comentó en un susurro y con un tono de incredulidad en su voz—. ¿Qué somos capaces de hacer por conseguir el poder?

Una vez en el hotel, Marcos y Laura fueron conducidos hacia una especie de reservado junto al comedor, que se destinaba a reuniones de negocios y almuerzos o cenas privadas. Una mesa pequeña estaba puesta para ellos dos. Laura sonrió emocionada en parte por la manera en que había dispuesto todo, pero sobre todo porque no había tenido la ocasión de disfrutar de una cena tan íntima con él. A lo más que había llegado había sido el día en que se desencadenó todo. Cuando quedaron para comer.

Marcos se sentó sin poder apartar de su mente los últimos momentos vividos. Había temido por su muerte, pero más si cabe por no volverla a ver. Por perder a Laura. Y ahora, sentado a la mesa con ella delante mirándolo, no sabía qué haría llegado el día. En un principio había pensado marcharse de Italia una vez terminado el curso. A ello contribuía que su beca finalizaba en junio, y tendría que regresar a España.

Pero entonces, todo estalló en sus manos. Y ahora no estaba tan seguro de querer regresar con Enrico. ¿Cabría la posibilidad de seguir estudiando en Bolonia junto a ella haciéndose él cargo de todos sus gastos? Por otra parte, si decidía dar ese paso debería comunicárselo a Enrico. Pero por ahora, no quería pensar en nada más que no fuera aquella noche junto a ella.

Laura parecía más relajada a medida que pasaba el tiempo en compañía de Marcos. Lo miraba y sonreía dichosa porque estuviera allí con ella después de haber creído que lo perdería para siempre. *«Es duro saber que al final se marchará. Miente fatal, pero agradezco su gesto por esta noche»* ¿Y si él se quedara en Bolonia? La respuesta a esa pregunta es demasiado complicada por ahora. Y la verdad, no me apetecía pensarlo en esos momentos. *«Quiero disfrutar de Marcos esa noche»*

—Todo está resuelto, Alfredo —le dijo la voz del inspector por el móvil provocando un sonrisa en su rostro, al tiempo que se relajaban las facciones de su rostro—. El resto corre de tu cuenta, como me dijiste. Por cierto, el muchacho que va con tu hija... ¿Quién es?

—Un compañero de clase. ¿Por qué?

—Pues es un chico valiente. No dudó en defenderla en todo momento; como si su vida dependiera de él. Bueno, si necesitas algo más...

—No, gracias Mauricio. Cuidate. Y gracias una vez más.

Era tarde y su mujer hacía tiempo que se había retirado a la cama ajena a todo lo que había sucedido desde que habló por teléfono con su hija. Él, continuaba sentado a la mesa que tenía la habitación de su hotel en Milán. Mañana temprano estaría en Siena y podría abrazar a su pequeña; felicitar a Marcos por su entrega y su dedicación y acabar con Leonardo Altobelli de una vez por todas.

Subieron a la habitación para estar más cómodos. Laura salió al balcón para respirar el aire frío de aquella noche. Tenía demasiadas cosas en su cabeza como para echarse a dormir, y ni siquiera sentía la necesidad de hacerlo. Por ello se quedó apoyada sobre el saliente del balcón y contempló Siena de noche. La catedral, la Torre del Mangia destacando en la Plaza del Campo, infinidad de luces que como luciérnagas parecían señalarle el camino.

Sintió un escalofrío al pensar que pasado mañana regresaría a las clases, y que ya no podría disfrutar de Marcos las veinticuatro horas del día. No podría besarla cuando quisiera, ni acariciarla cuando sintiera la necesidad, sino durante las horas que decidieran no entrar en clase. Lo que sí tenía claro es que algo había cambiado entre ellos dos y que esperaba que su nueva situación se consolidara hasta que... no quiso pronunciarlo, ni tan siquiera pensarlo. Lo desterró de su mente como quien arranca una mala raíz de la tierra.

Marcos la contemplaba en silencio a su lado. Se había apoyado de tal manera que sus brazos se rozaban tímidamente. Ambos miraban al frente, hacia el Duomo de Siena, dejando que el aire de la noche los envolviera. El mismo que apartaba ahora el pelo de Laura de su rostro.

—He temido por tu vida —le dijo de repente volviendo el rostro hacia él—. Miedo de perderte, Marcos —le confesó mientras sus ojos adquirían un brillo mayor por las lágrimas que los empañaban.

—Bueno, ya ha pasado todo —le dijo esbozando una media sonrisa y acariciando su brazo—. No tienes de qué preocuparte.

Laura siguió mirando a lo lejos como si pensara que tal vez allí encontrara las respuestas. Alzó la mirada al cielo estrellado, que se extendía por encima de sus cabezas y sonrió. Marcos siguió su gesto con su mirada hasta ese mismo cielo donde una infinidad de puntos luminosos lo salpicaban. Tras unos segundos, su mirada volvió a fijarse en Laura y sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. Una necesidad acuciante por estrecharla entre sus brazos. Un deseo ferviente por besarla y acariciarla. Por hacerle el amor una vez más.

—Dicen que el destino de cada uno de nosotros está escrito en las estrellas —comenzó a contarle mientras su mirada seguía fija en ellas—. Y qué si te fijas detenidamente puedes leerlo.

—¿Y qué te dicen?

Laura sonrió con timidez y melancolía mientras sacudía su cabeza.

—Todavía no lo sé.

Marcos sonrió por el comentario. Él no necesitaba mirar al cielo. No le hacía falta leer nada en las estrellas... Marcos la besó en la sien al tiempo que Laura cerraba sus ojos para hacer el instante más intenso. Marcos sintió como algunos mechones de su cabello lo acariciaban, como su aroma se impregnaba en todos y cada uno de sus sentidos provocándole infinidad de sensaciones desconocidas. Se quedó mirándola mientras el pulgar de su mano derecha se situaba bajo el mentón de Laura y él se inclinaba para besarla despacio, sin prisas, sabiendo que tenían toda la noche para ellos dos solos.

Se perdieron entre un mar de caricias y besos. De gestos de complicidad, gemidos y de promesas de amor eterno. Se entregaron de nuevo el uno al otro siendo conscientes que ahora no era la pasión desenfundada lo que los empujaba a hacerlo. Era cariño, ternura, amor lo que los había empujado. Sus manos se unieron en el momento de máximo placer hasta quedar abrazados el uno al otro.

Marcos la rodeó como si temiera que pudiera evaporarse. Laura apoyó el mentón sobre el pecho de él y sonrió juguetona mientras trazaba el contorno de la nariz de Marcos. Le gustaba el gesto que hacía, la manera de mover su nariz. Y la timidez con la que la miraba y se comportaba después de haberle hecho el amor.

—Eres tan rico cuando te vuelves tímido.

—Oh, venga no empieces con eso —le dijo sintiendo que su rostro se encendía cada vez que ella lo piropeaba. La verdad es que no acababa de acostumbrarse a sus cumplidos. Cogió la almohada y se tapó el rostro para evitar que lo viera sonrojarse como un colegial.

—No me importa que te tapes, puesto que sé que te estás sonrojando. Y cuanto más trates de evitarlo más lo harás.

Marcos apartó la almohada de su rostro para contemplarla erguida frente a él mientras se recogía el pelo. Acarició su cuerpo voluptuoso con su mirada y sonrió.

— ¿Y esa sonrisa llena de picardía?

—Me pareces muy sexy cuando te recoges el pelo —le dijo mientras recorría sus muslos con sus manos erizándole la piel a Laura.

— ¿Sexy? —Le preguntó sonriendo divertida por aquel calificativo—. Es la primera vez que me lo dicen.

—Bueno pues me alegra haber sido el primero.

Laura se quedó en silencio observándolo mientras dibujaba formas extrañas con su dedo sobre el pecho de Marcos. Se sentía feliz junto a él hasta el punto de no saber con certeza que era lo que en verdad le inspiraba, lo que le hacía sentir.

—Siempre me gustaste. Desde que te conocí —comenzó diciéndole mientras sonreía.

—Acaba de entrarme el complejo de presa.

Laura comenzó a reírse por el comentario.

—Desde el día que nos chocamos en el sala de lectura de la facultad. ¿Recuerdas?

—Sí, ya lo creo. Me tiraste todos los folios al suelo.

— ¿Cómo que te tiré?! —Le preguntó contrariada por sus palabras—. Fuiste tú quien se abalanzó sobre mí, haciendo que mis apuntes se fueran al suelo.

— ¿Abalanzarme? Pero si sólo fue un leve tropiezo.

—Apuesto a que intencionado —le susurró dejándose caer lentamente sobre él.

—Aquí si hay alguien que haya jugado a la seducción no soy yo, precisamente —le recordó mientras sentía su cuerpo apoyado en el suyo, su piel rozándose con la de ella, su mirada fija en la de él intimidándolo con su manera de mirarlo—. ¿Qué me dices de la fiesta en el piso de Daniela?

—Sólo me acerqué para bailar contigo —le respondió con normalidad

— ¿Sólo? —la mirada que le lanzó hizo que ella volviera a sonreír.

—Vale está bien. He intentado seducirte, tal vez. Pero admite que tú también querías que lo hiciera —le aseguró mientras sus cejas formaban un arco perfecto.

Marcos quiso decir algo pero se le trabó la lengua una vez más. Se le había secado la boca al contemplar a Laura y su manera de mirarlo.

—Otra vez te estás sonrojando —le dijo mientras lo señalaba con un dedo y sonreía burlona—. A veces eres como un niño indefenso

Marcos sonrió mientras no podía dejar de mirarla. Por mucho que lo intentara no podía. Algo en su interior lo obligaba a hacerlo pero que no quería nombrar, ya que implicaba algo más serio que limitarse a pasarlo bien en su compañía. La atrajo hacia él una vez más para besarla pero cuando se acercaba, Laura se apartaba con intención de provocarlo. De aumentar el deseo en él. Sonreía, se humedecía los labios y se los mordía adoptando una pose de chica mala.

—Eres tremenda.

Entonces, sonrió, se acercó hasta él y lo besó con toda la intensidad que pudo. Con una mezcla de pasión y de deseo que lo sobrecogió mientras la abrazaba y juntos rodaban por la cama.

La luz de un nuevo día se filtraba por el espacio que las cortinas no cubrían. Marcos había salido al balcón, abrigado para combatir el frío de la mañana. El amanecer de un nuevo día en Siena, un día trascendente para ellos. Todo se resolvería cuando Alfredo Tespi llegara. Marcos sonrió tímidamente mientras los recuerdos de las diferentes situaciones vividas con Laura inundaban su mente como fognazos de una vieja cámara.

Se quedó pensativo mirando al frente viendo cómo la mañana se abría paso recortando la silueta del Duomo como si estuviera contemplando una típica estampa turística. Nunca pensó que acabaría sintiendo aquello por Laura. Nadie le dijo que iba a encontrarla en la facultad de Arte de Bolonia. Oculta entre más de cien alumnos como él.

Llegó a Bolonia para ayudar a Alfredo Tespi a protegerla, pero nadie le habló de que él debería haberse protegido también. Pero frente a otra clase de amenaza que ahora sacudía todo su interior. Se volvió para contemplarla dormida bajo las sábanas ajena a cualquier peligro. Se movía lentamente mientras parecía despertar. Se giró estirando su brazo hacia el lugar donde antes descansaba él.

Abrió los ojos despacio mientras la luz de un nuevo día la golpeaba en pleno rostro y que al estirarse la sábana se deslizara de manera sutil por sus piernas revelando la curva de su cadera. Insinuándose de manera tímida y desenfadada. La escuchó gemir, ronronear como una gatita mientras sus cabellos aparecían esparcidos como finas hebras sobre la almohada.

¿Sería capaz de dejar su corazón en Italia? Sonrió burlón. Pero si decidía quedarse debería aplicarse al curso. Aunque sus notas no eran del todo bajas, podría subirlas sin mucho esfuerzo. Pero eso estaba en un segundo plano, porque lo que haría sería quedarse por y para ella. El estúpido juego del amor, en el que has jugado solo para perder. Pierdes tu corazón o la pierdes a ella. Así de sencillo.

«¿Qué harás Marcos? Apostarás todo a una de las dos posibilidades» le preguntó una voz en el interior de su mente mientras él cerraba sus manos y apretaba hasta que sus puños palidecían.

Sus pensamientos se vieron alterados por unos leves toques sobre la puerta de la habitación. «¿Quién podría ser?», se preguntó mientras avanzaba alerta hacia ésta y de paso miraba a Laura fingiendo estar dormida; dejando al descubierto toda su espalda y permitiendo entrever el comienzo de su trasero y sus finas braguitas. Marcos sonrió al verla de esa manera mientras extendía el brazo para abrir la puerta. Echó un vistazo por la mirilla y se quedó paralizado. Quiso avisar a Laura, pero ya había abierto la puerta y su madre esperaba en el umbral sonriendo. Por suerte para él, se había vestido hacía tiempo.

—Buenos días Marcos.

Alfredo Tespi se encontraba sentado ya a la mesa que habían reservado para la reunión de la junta directiva de la compañía. Claudia y él habían llegado hacía un rato aprovechando la hora del desayuno. Después, ella había subido a la habitación para ver a Laura.

—La veré después —le había dicho Alfredo mientras terminaba su café solo como todas las mañanas—. Antes quiero cerrar este asunto.

Ahora Alfredo aguardaba sentado a que los miembros del consejo de administración fueran llegando. Pero antes quería reunirse a solas con Leonardo Altobelli. Tenía pruebas de que había estado alterando las cuentas de la compañía. Que había llegado a acuerdos a espaldas de él y sobre todo, que había utilizado a su propia familia para intentar chantajearlo y lo nombrara presidente. Pensaba en ello cuando la figura de Leonardo Altobelli surgió de la nada cruzando el umbral de la puerta. Sonreía nervioso pues no había vuelto a tener noticias de Sandro y su móvil estaba apagado. ¿Qué estaba sucediendo? No le gustaba nada el curso que estaban teniendo los últimos acontecimientos. O tal vez hubiera cambiado de parecer y fuera a comunicarle su nombramiento al frente de la compañía.

—Siéntate Leonardo —le dijo Alfredo señalando una silla mientras lo miraba detenidamente a los ojos. «¿Cómo es posible que me esté traicionando de esa manera?» se preguntó ahora que por fin lo tenía frente a él—. ¿Un café?

—No, gracias. ¿Querías hablar conmigo? —le preguntó con un deje de escepticismo en su voz mientras entornaba la mirada hacia Alfredo.

Leonardo apoyó los codos sobre la mesa con sus manos entrelazadas mirándolo fijamente.

— ¿Hay algo que quieras contarme?

Alfredo le tendió un portafolio de piel y una pluma sobre éste mientras lo miraba con gesto serio y podría decirse que su mirada era fría como un témpano de hielo.

— ¿Qué es esto? —le preguntó mientras lo cogía y lo abría. Leyó en silencio durante unos segundos mientras su rostro reflejaba una mueca de desagrado. Levantó la mirada del papel y la dejó fija en Alfredo esperando su explicación—. ¿Pretendes que firme mi dimisión de la compañía? —le preguntó sin salir de su asombro mientras abría sus ojos como si fuera un loco.

—Si te vas recibirás una indemnización, algo a lo que me opondría abiertamente si explicamos al Consejo de Administración lo que has hecho durante el último año.

—Pe...pero...—Leonardo Altobelli palideció intentando justificarse. Balbuceaba sin ser capaz de articular un pensamiento coherente. De repente le pareció

que la corbata le estorbaba y se aflojó el nudo de ésta mientras su mirada vagaba del documento de dimisión a la de Alfredo—. ¿De qué estás hablando?

Alfredo siguió sereno, frío y calculador mientras abría otro portafolio y le tendía a Lorenzo copia de varios documentos para que los estudiara. Palideció al reconocer su firma.

—¿Me has estado espiando? —le preguntó irónico por saber perdido. Por saber que la nave se hundía y él con ella. Aunque tenía una salida que era aceptar su dimisión voluntaria.

—No. Tus propios contactos te han delatado —le dijo señalando el papel—. Vinieron a verme con ese mismo contrato antes de que tú lo firmaras. Sólo me limité a exponer la situación ante el Consejo de Administración. Ellos votaron y decidieron tu suerte.

Leonardo sonrió cínico.

—Me la has jugado.

—Yo mismo firmé un contrato con ellos como debía hacerse y no tratando de engañarlos a mis espaldas y a la del Consejo. Por no mencionar el porcentaje que tú te habías reservado en la operación. De manera que nos sentamos a negociar y llegamos a un acuerdo justo para ambas partes. Al mismo tiempo te hicimos creer que firmabas un buen acuerdo con ellos, pero...

—Viejo zorro. Siempre dije que eras bueno.

—Y ahora me vas a explicar cómo se te ocurrió meter en esto a mi hija —comenzó diciendo mientras su tono se endurecía y el rictus de su rostro se tornaba en uno más despiadado.

Lorenzo suspiró. Cerró sus ojos y asintió. Cogió la pluma y firmó su renuncia. Se lo tendió a Alfredo con un gesto risueño.

—¡Ya está! Ahí lo tienes. Renuncio. ¿Contento?

—No del todo. Te he hecho una pregunta. ¿Por qué Laura?

—No creo que eso importe ya una vez que has conseguido lo que querías —le rebatió con ironía.

—Intentabas hacerme entrar en razón al respecto de quien debería sustituirme... ¿Lo has hecho para ocupar mi puesto? —Le preguntó incrédulo por escuchar aquellas palabras—. ¿Cómo se te ocurrió mezclar a mi hija en esto? —le preguntó alzando la voz por primera vez desde que estaban juntos.

—Creía que...

—Precisamente tú. Que me haya enterado de todo esto por Sandro. Tú y yo creamos de la nada esta compañía y la situamos en lo más alto de la moda. ¿Lo recuerdas?

—Sí, no lo he olvidado —le respondió con ironía—. Pero la firma debía cambiar de dirección, de rumbo. Un giro nuevo.

—Y en vez de sentarte a discutirlo conmigo, intentas secuestrar a mi hija para hacerme entrar en razón —le dijo apretando los dientes enfurecido por lo que estaba diciendo.

—Deberías nombrarme a mí como presidente único.

—Tú ya no tienes sitio en la compañía —le recordó cerrando el portafolios con su renuncia firmada.

—¿Qué habéis hecho con Sandro? —le preguntó de pasada, intentando desviar la atención.

—No te preocupes. Está a buen recaudo. Tengo amistades que se encargarán de él.

Lorenzo sonrió mientras sus dedos tamborileaban sobre la mesa. Se levantó de la silla y se abrochó la chaqueta sin mirar a Alfredo.

—Creo que ya tienes lo que querías. De manera que mi presencia en la reunión es innecesaria.

—Sólo una cosa más —le dijo haciendo que se volviera—. Si te acercas a mi familia no seré tan benévolo contigo dándote la oportunidad de despedirte con honores.

—¿Me estás amenazando? —le preguntó mirándolo fijamente.

—Interprétalo como más te guste —le rebatió con el mismo tono de frialdad.

Lorenzo supo que hablaba en serio, que Alfredo era de los que cumplían su palabra al precio que fuera. Asintió dándole a entender que comprendía.

—Por cierto, ¿quién es el muchacho que acompaña a tu hija en todo momento? —le preguntó deseoso por saber su identidad, ya que le parecía tan extraño que un chico de la edad de Laura se desarrollara de tal manera que hubiera hecho abortar sus planes.

Alfredo sonrió por la pregunta.

—Un compañero de clase.

Lorenzo chasqueó la lengua sabiendo que Alfredo no le diría nunca quien era. Se volvió sobre sus pasos y salió de la sala donde su presencia era innecesaria. Alfredo respiró por fin al saber que Lorenzo Altobelli se marchaba. No sabía si se le ocurriría algo más como venganza hacia él, pero por eso mismo no bajaría la guardia sobre su hija. Y esperaba que Marcos estuviera dispuesto a contribuir a ello. Aunque claro, dada la situación entre su hija y él... no creía que fuera difícil pedirle que se quedara en Bolonia una temporada. Sonrió al recordar las palabras de Claudia: Laura se estaba convirtiendo en una mujer y estaba empezando a tontear en serio con el amor.

—¡Mamá! —exclamó Laura al verla entrar en la habitación. Se revolvió bajo las sábanas y rápidamente se sentó con la espalda apoyada en la almohada y la sábana cubriendo su desnudez. Se arregló el pelo de manera rápida para ofrecer un mejor aspecto a su madre, quien ahora la contemplaba perpleja a los pies de la cama.

—Vaya, no sabía que te gustara tanto la cama —le dijo con ironía—. Pensaba que eras de las que les gusta madrugar, de hecho para ir a clase... Bueno no insistiré mucho para que salgas de ella —le recordó provocando el rubor en su rostro—. Aunque también te entiendo —le dijo con toda intención desviando su mirada hacia Marcos, quien se abrochaba su camisa a gran velocidad.

Laura no esperaba que su madre apareciera así, tan de repente en la habitación. Y menos que la pillara todavía en la cama sin nada más para cubrirse que las sábanas. La miraba esperando su siguiente comentario irónico.

—Marcos, serías tan amable de dejarme a solas con mi hija —le pidió con un gesto amable y una sonrisa de complicidad.

—Sí claro. Bajaré a desayunar —dijo cogiendo su móvil, cartera y demás objetos personales mientras lanzaba una mirada a Laura y la sonreía.

—Gracias por todo Marcos —le dijo mirándolo con gratitud mientras le cogía la mano.

—Ha sido un placer.

—No lo dudo —dijo Claudia sonriendo mientras pasaba su mirada a su hija, quien abrió sus ojos al máximo y veía como Marcos sonreía tímidamente antes de marcharse.

Una vez a solas Claudia se sentó al borde de la cama mirando fijamente a su hija, esperando que ella se explicara. Aunque a juzgar por lo que había visto en casa días antes cuando Marcos la acompañó... no le cabía la menor duda de que esto sucedería.

—¿Cuándo habéis llegado? —se aventuró a preguntarle a su madre rompiendo el hielo mientras la miraba fijamente.

—Acabamos de llegar. Tu padre te verá después de la reunión del consejo de administración de la compañía. Estaba ansioso por resolver sus asuntos. Pero dime, ¿qué tal estás? ¿Estás herida? —Le preguntó esperando que ella le contara lo sucedido desde que su padre y ella se marcharon a Milán—. Aunque me enteré de lo sucedido con los dos hombre de tu padre.

—Bueno... pues... Entonces sabes tanto como yo. ¿Qué más quieres que te cuente? —le preguntó intentando no mirar a la cama sin hacer mientras se apartaba algunos mechones de pelo del rostro y sentía los nervios por la mirada de su madre.

—No necesito detalles cariño, sólo quiero saber cómo estás —le interrumpió queriendo conocer su situación emocional con Marcos, ya que todo parecía indicar que se resolvería pronto. Ese mismo día según su padre. Por otra parte, conocía la verdadera identidad de Marcos y sabía que existía una remota posibilidad de que se enamoraran y que ello pudiera acarrearle consecuencias dolorosas a su hija.

Laura se mordió el labio mientras sus ojos se empañaban por unos instantes en los que recordaba situaciones vividas junto a Marcos. Gestos, miradas,

caricias, situaciones en las que la había hecho reír, olvidarse de todo menos de vivir, de disfrutar. Había sentido su cariño, su ternura, pero también su deseo por ella, su pasión entregada en sus besos. Aún ahora pasados esos momentos Laura sentía que la piel se le erizaba con solo recordarlos. Temía que todo terminara ese mismo día y ahora mismo no sabía cómo reaccionar. Al ver su angustia reflejada en el rostro de Laura, su madre la abrazó mientras sentía como su camisa se humedecía en los hombros mientras su hija intentaba ahogar sus sollozos.

—Todo va a salir bien. No te preocupes —le aseguró sabiendo cual iba a ser la decisión de su padre con Marcos.

Cuando la reunión hubo terminado y todos los problemas estuvieron resueltos, Alfredo abandonó la sala para buscar a Marcos. Lo encontró sentado en recepción echando un vistazo al periódico.

—¿Tienes un momento? —le preguntó Alfredo sonriendo por primera vez después de aquella mañana tan agitada.

—Por supuesto.

—¿Qué tal todo? ¿Claudia? —preguntó entornando la mirada para saber si la había visto.

—Se quedó en habitación charlando con Laura —le dijo recordando la escena de la entrada de la madre de Laura en la habitación, y el gesto en el rostro de ambas.

—Bien, es mejor dejarlas a solas para que hablen de cosas de mujeres —comentó sonriendo al tiempo que sus cejas formaban un arco—. Pero verás, quería saber cómo marcha todo entre Laura y tú.

Marcos lo miró confundido pues no entendía muy bien qué quería saber.

—Las cosas marchan bien —se limitó a responderle de una manera natural sin dar detalles.

—Verás, todo ha terminado —le dijo de repente provocando un ligero sobresalto en Marcos—. Me refiero a que hemos conseguido alejar el peligro de Laura. Ah, y por cierto, tenías razón —le dijo observando el gesto de extrañeza en el rostro de Marcos—. Quien quería hacerle daño era precisamente alguien allegado a mí. Pero eso es otro tema. Dime, ¿qué planes tienes ahora que todo ha terminado?

La pregunta que temía que le hiciera. La misma que se había estado haciendo él todo este tiempo. Desvió la mirada de la de Alfredo, inclinó la cabeza y soltó todo el aire acumulado en sus pulmones.

—Si te sirve de algo te puedo asegurar que Laura quiere que te quedes con ella —le dijo de manera muy sutil, provocando una sonrisa irónica en Marcos.

—Soy consciente de ello. Ya me lo ha pedido —le confesó recordando su conversación de la noche pasada en la Plaza del Campo de Siena, cuando le pidió que le regalara ver el Palio juntos el día de su cumpleaños.

—Sabía que no andaba mal encaminado. Pero dime, ¿qué le has dicho?

—Le prometí una mentira —le dijo mirándolo fijamente. Ahora el gesto de extrañeza se reflejaba en el rostro de Alfredo.

—¿Cómo una mentira? —preguntó Alfredo sobresaltado.

—Le dije que estaría con ella en su cumpleaños. Que vendríamos a Siena a ver las fiestas y la carrera del Palio —comenzó diciéndole mientras no podía apartar la imagen de su rostro cuando ella se lo pidió—. Nada le haría más ilusión que venir a verlo, ¿sabes?

—Me parece genial —exclamó Alfredo entusiasmado con esa proposición. Sin embargo al ver el gesto en el rostro de Marcos...—. ¿Y cuál es el problema?

—Vamos, Alfredo, los dos sabemos lo que hay. Quien soy y lo que hago aquí —le dijo con un tono de voz cansina, como si Alfredo hubiera olvidado la verdad que había entorno a él.

—Eres un estudiante Erasmus en Bolonia. De primer curso de Historia Arte, para ser más exactos —le aclaró ante la mirada de perplejidad de Marcos—. En tus manos está cumplir el deseo de Laura —insistió mirando al muchacho como si pareciera que fuese él quien no lo entendía aún—. Te estoy ofreciendo la posibilidad de seguir con ella.

—Pero... ya no me necesitas. Acabas de decirme que el peligro ha pasado —le aclaró encogiéndose de hombros.

—Eso no significa que tengas que marcharte. Puedes seguir aquí estudiando Arte junto a Laura... si es lo que quieres —le dejó caer poniéndole en bandeja esa posibilidad.

—¿Y Enrico? Se lo debo todo a él. Se ha ocupado de mí desde que mis padres fallecieron. Él me ha enseñado todo lo que soy y lo que sé.

—¿Por qué te empeñas en tomar el camino más difícil, Marcos? —Le preguntó riendo por su tenacidad en no querer ver lo que tenía delante de sus mismas narices—. Deja que sea yo quien hable con mi cuñado Enrico. Lo entenderá y estoy seguro que incluso te animará a quedarte si se lo cuentas tú mismo. Por eso no debes preocuparte. Ah, y te equivocas al pensar que no te necesito —le dijo con toda intención intentando inclinar la balanza hacia él—. Pero, si necesitas pensarlo o no es lo que quieres... —le dijo alzando sus manos y mirándolo en un intento de dejarle claro que no influiría en su decisión—. Te restan unos meses por delante antes de finalizar el curso. No tienes por qué decidirlo aquí y ahora. Tanto Claudia como yo nos quedaríamos mucho más tranquilos si decidieras quedarte en Bolonia. ¿Quién puede protegerla mejor que el chico que se ha enamorado de ella? —le preguntó mientras sus cejas formaban un arco muy revelador.

Marcos sonrió complacido por las palabras de Alfredo. Sabía que él haría todo lo que estuviera en sus manos para que no se machara. Tenía ante sí la oportunidad de quedarse en Bolonia estudiando, pero por encima de todo estar con ella. La oferta era tentadora, pero ¿no era lo que él quería y lo que Laura deseaba? ¿De qué tenía miedo? ¿De haberse enamorado de Laura? ¿Eso lo aterraba? Miró a Alfredo y asintió lentamente mientras su gesto provocaba una sonrisa de satisfacción en éste.

—Siento curiosidad, ¿ha llegado a averiguar Laura quien eres en realidad y por qué estás en Bolonia? —le preguntó Alfredo entrecerrando sus ojos con gesto de curiosidad.

—No, ella no sabe nada. Aunque en ocasiones se ha sorprendido por mi manera de actuar —le aclaró esbozando una sonrisa irónica.

Alfredo sonrió comprendiendo lo que había querido decirle.

—¿Crees que es bueno que lo sepa? Tal vez deberíamos decírselo —le sugirió Alfredo mirando al muchacho interesado en su respuesta.

—Debería saberlo. No me gustaría que siguiera engañada.

—Puedes creerme si te digo que nada de lo que puedas decirle la hará cambiar de opinión hacia ti. Tal vez le sorprenda, pero si se ha enamorado de ti no tienes nada que temer.

—Déjame que sea yo quien lo haga llegado el momento más oportuno. Junto con lo de quedarme en Bolonia. ¿De acuerdo?

—No tengo nada que objetar —le dijo sonriendo en complicidad con él y satisfecho porque decidiera quedarse.

Marcos asintió convencido de que había tomado la mejor decisión. Seguir estudiando en Bolonia significaba mucho para él, aparte de estar con Laura.

Claudia y ella aparecieron en el vestíbulo del hotel. Ambos se quedaron mirándose en silencio sabiendo en todo momento lo que sentían el uno por el otro. Eran conscientes que sus voluntades ya no les pertenecían porque ambos se habían dejado llevar por sus respectivos corazones, y aunque quisieran separarse no podrían mientras fueran capaces de hacer sentir al otro con una simple mirada.

—¡Papá! —le llamó mientras se abrazaba con fuerza a él.

—¡Laura, cariño! —le dijo sujetándola por las manos mientras la contemplaba y Laura se sonrojaba más por la manera que la miraba Marcos, que por el comentario de su padre.

—¿Qué tal todo? —le preguntó de manera neutral pero queriendo saber si todo el problema estaba solucionado.

—Todo ha salido como esperaba. No tendrás que preocuparte más de que te pueda suceder algo malo —le aseguró mientras miraba a Claudia y a Marcos—. ¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido en tu pequeña escapada con Marcos? —le preguntó buscando ahora él las respuestas que ya intuía por la manera de mirarse de ellos dos.

—Marcos no conocía la Toscana y bueno... ha sido muy interesante visitar Florencia y Siena a la carrera, ¿verdad? —le dijo mirándolo de manera directa, sin importarle que sus padres estuvieran delante. Al fin y al cabo ya estaban al corriente de lo sucedido entre ellos dos.

—Sí, la verdad es que ha sido muy instructivo —asintió mientras se daba cuenta que no podía hacer otra cosa que quedarse junto a ella

—Y emocionante —apuntó Laura abriendo los ojos con expresión de sorpresa.

—Como presumo que no habéis tenido mucho tiempo para visitar Siena como se merece. He pensado que queráis pasar algún día más a solas para terminar de ver la ciudad —propuso rodeando por los hombros a su hija y mirándola con cariño. Luego a Marcos, a quien guiñó un ojo en señal de complicidad—. Me quedan por cerrar algunas cosas y necesito que tu madre me eche una mano —dijo finalmente mirando a Claudia.

—Sí claro. Creo que es lo más lógico dado que ayer no tuvieron mucho tiempo —señaló ésta mirando a su hija.

—Bien pues nada os dejamos. Pasadlo bien.

—¿A qué hora os marcharéis? —les preguntó Laura.

—Por eso no te preocupes. Regresa al hotel cuando quieras. Tendrás un coche esperándote. Disfrutad del día y de Siena.

Laura sonrió complacida por la propuesta de su padre. Se volvió hacia Marcos en cuanto se quedaron solos, lo miró en silencio, sintiendo sus emociones a flor de piel.

—¿Por qué me miras de esa manera? —le preguntó con una sonrisa traviesa.

Marcos sonrió tímidamente al escucharle decir aquello.

—¿Tal vez porque esta mañana estás preciosa?

—¡Mira que eres tonto! —le dijo riendo de felicidad por escucharle decir eso. Le gustaba que él se lo dijera, que la hiciera sentirse única—. Anda vámonos a ver Siena de día —le dijo aferrándose a su brazo con decisión.

Marcos se detuvo de repente una vez que abandonaron el hotel. Volvió el rostro hacia ella y se la quedó mirando de nuevo. Poco a poco comenzó a dibujarse una sonrisa en su rostro que trastocó a Laura por completo.

—¿Puedo saber qué te sucede? Estás muy extraño. Por cierto, ¿qué has hablado con mi padre? —le preguntó entrecerrando sus ojos y frunciendo el ceño como si sintiera una curiosidad desmedida.

—Cosas de hombres —le respondió adoptando un tono serio.

—Cosas de hombres —repitió ella con cierta burla y frunciendo sus labios en un mohín provocativo.

Marcos sonrió mientras seguía con su mirada clavada en ella. Sabía que había tomado la decisión acertada. Sí, sin duda. Tenía que seguir con ella porque era lo que su corazón le pedía.

—Siena nos aguarda —le dijo esperando a que ella volviera a cogerse de su brazo; algo que no dudó en hacer pues de alguna manera era un gesto que le transmitía seguridad. Sabía que nada malo le sucedería mientras fuera con él; se lo había demostrado.

El viaje de regreso a Bolonia no fue lo esperado. A penas si hablaron e intercambiaron miradas o caricias. Eran conscientes que en cuanto llegaran a Bolonia se separarían y cada uno de ellos tendría que seguir con su vida. Ya no habría habitaciones de hotel que compartir; ni camas sobre las que amarse; sensaciones que habían despertado durante aquellos días. Les quedaría el recuerdo de días intensos. Caminaron hasta casa de Laura. Querían tener un rato a solas antes de despedirse. Regresaban a Bolonia como dos personas totalmente nuevas. Se marcharon siendo compañeros que sentían una pasión desconocida y regresaban como una pareja que había confirmado sus sentimientos.

—¿Te apetece que nos veamos? Voy a llamar a Viola para que me ponga al día —le preguntó Laura mirándolo directamente por primera vez desde que se habían apeado del coche.

—Claro. Podemos quedar. Mándame un WhatsApp —le sugirió deslizando su mano de manera lenta por la de Laura hasta que sus dedos se entrelazaron sin ningún problema. Sintió como Marcos apretaba su mano con una mezcla de firmeza y de ternura mientras la miraba y le regalaba una sonrisa. Aquel gesto tan casual por su parte la había sorprendido de tal manera que sólo pudo inspirar hondo sintiendo que todo iba a salir bien.

—Pienso mandarte uno, dos o cientos. Los que hagan falta para poder verte de nuevo —le dijo sonriendo mientras su pecho se henchía de gozo, y sus ojos chispeaban de emoción ante la velada que se acercaba—. Esto todavía no se ha acabado.

Marcos se detuvo y la miró fijamente sintiendo deseos de besarla. Y lo hizo, allí, en ese momento, sin pararse a pensar en nada más salvo en besarla.

—Estamos juntos, ¿no?

«*Estamos juntos*» aquellas dos palabras provocaron en Laura un escalofrío de emoción. Sintió que de repente su piel se erizaba al pensar en lo que había dicho. Le gustaba como sonaba, y la manera en que Marcos la había dicho.

—Sí, lo estamos. Es evidente —exclamó riéndose mientras levantaba su brazo izquierdo en alto para mostrarle sus manos entrelazadas.

—Creo que tienes toda la razón. Es evidente.

Caminaron por la plaza de Bolonia, donde días antes había comenzado todo con un simple gesto como el de recogerse el pelo. A medida que se acercaban al lugar Marcos no pudo reprimir una sonrisa que llamó la atención de Laura.

—¿De qué te ríes?

—Me río al recordar que fue aquí donde estuve peleando con tu pelo, ¿recuerdas?

Laura lo miró confundida. ¿Cómo era posible que lo recordara? Se suponía que eran ellas las que se fijaban más en esos detalles. Abrió los ojos para mirarlo como si Marcos no fuera de este mundo.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? ¿Y por qué me miras así? —le preguntó confundido por la expresión que reflejaba su rostro.

Pero Laura no dijo nada. Se acercó hasta él para sujetarse a su chaqueta y alzarse sobre las puntas de sus botas y besarlo mientras en su interior el cosquilleo no cesaba. Lo besó con ternura, con efusividad y sin creer lo que había escuchado decir. Marcos estaba tan aturdido que cuando Laura lo besó a penas si tuvo tiempo para corresponderle antes de que ella se apartara y lo mirara con una expresión de felicidad en su rostro.

—No pensé que te acordaras de ello.

—Pues claro que me acordaba —le dijo con toda naturalidad como si para él fuera lo más normal del mundo.

—No sé... me ha parecido tan... inesperado.

—Apuesto a que alguno de los chicos con los que has estado ni siquiera recordaba la fecha de tu cumpleaños.

—Alguno que otro —asintió ella sonriendo burlona.

—No te preocupes que a mí no se me olvidará —le aseguró convencido de ello.

Laura sonrió tímidamente al escucharle decir aquello. Para su cumpleaños faltaba mucho tiempo y se suponía que para entonces... no sabía si él estaría en España. De manera que por ahora sería mejor no pensar en ello.

—¿Qué vas a hacer ahora estas semanas antes de los exámenes?

—Imagino que prepararlos con tiempo ¿Y tú?

—Empezaré a avanzar las lecturas que tengo pendientes, los trabajos que tengo que entregar... ya sabes, lo normal es estos casos —le respondió como si en realidad aquello le aburriera o no le satisficiera tanto como estar con ella todo el día.

—¿Piensas dejar tiempo para tomarte un café conmigo o vas a encerrarte en la biblioteca y no volver a ver la luz del sol? —le preguntó con sorna mientras fruncía el ceño y cruzaba sus brazos en un pose algo rebelde, y retadora.

—Para ti pienso reservarte lo mejor.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es según tú ese momento? —le preguntó expectante por su respuesta, aquel chico no podía sorprenderla más todavía. Era más que una caja de sorpresas. Ya no sabía que más podía hacer o decir para dejarla sin habla.

—Las noches —le susurró esparciendo su aliento por sus labios y provocando en Laura una sensación de quietud y bienestar mientras cerraba los ojos.

—*Ummm*, creo que me gustará —le dijo cogiendo su rostro entre sus manos y volviéndolo a besar en repetidas ocasiones—. Bueno te dejo que te vayas, aunque me duela hacerlo.

—Piensa que pronto volveremos a vernos. Cuidate.

—Preferiría que lo hicieras tú —le aseguró con picardía antes de entrar en casa.

La vio perderse tras la puerta y al momento se sintió extraño. Invadido por una sensación desconocida hasta ese momento. Tal vez el hecho de haber pasado juntos tantos días, aunque viviendo en un continuo frenesí, le había afectado más de lo que podía comprender. Sonrió mientras caminaba a su casa donde esperaba encontrar a sus amigos y que le pusieran al día de todo lo ocurrido en su ausencia.

—Ese tío no es real. No puede serlo —le decía Viola a Laura cuando ésta le contaba algunas de las situaciones vividas con Marcos. Había llamado a sus compañeras para charlar un rato y ponerse al día en cuanto a cotilleos. Ahora las cinco estaban sentadas en torno a la mesa del salón de la casa de Laura. Sobre ésta había varios cuencos repletos de comida para picar. Así como bebidas—. Te digo que tiene que tener algún fallo. No me creo que se comporte como dices.

—Yo quiero uno como él —dijo Paola haciendo pucheros

—Creo que deberíamos compartirlo —sugirió Giulia—. Un día de la semana con cada una y el fin de semana para ti, Laura.

—Estaría bien —apuntó Stella mientras se llevaba a la boca un puñado de palomitas.

—Ni se os ocurra acercaros a él, brujas, os sacaré los ojos —les dijo sonriendo sabiendo que lo que le decían era en broma—. Y en cuanto a lo que tú dices, Viola, de momento no le he encontrado ningún fallo.

—Bueno y entonces qué... ¿qué tal por las noches? —le preguntó Viola mientras sus ojos se abrían hasta su máxima expresión como consecuencia de sus deseos de saber más.

—Pero, ¿qué pregunta es esa? No creo que te vaya a dar detalles de sus noches locas de pasión, ¿verdad Laura? —dijo Paola mirando a ambas mientras sonreía de manera pícaro.

—Si no hace falta que diga nada. Sólo con mirarla a la cara podemos hacernos una idea de lo que ha pasado —apuntó Giulia con un tono que no dejaba lugar a la duda.

—Chicas, chicas, ¿qué interés podéis tener en saber si me acosté con Marcos? —les preguntó mirándolas a las tres por igual.

—Saber que tal te fue con él —apuntó Viola sonriendo con malicia, pero al ver que Laura no soltaba prenda y sólo se limitaba a sonreír cambió de tema—. Bueno, ¿y cómo lo ves? ¿Qué va a pasar ahora entre vosotros? Porque entendemos que estáis juntos como pareja, ¿no? ¿Se quedará para estudiar el año que viene?

Laura cambió el rictus de su rostro al escuchar la última pregunta. Sonrió tímidamente y se encogió de hombros.

—No lo sé. No me ha dicho nada aún. Estamos juntos, eso sí es cierto —le respondió con un sonrisa que suavizó un poco la angustia que sentía cada vez que pensaba en que Marcos podría volverse a España.

—Pero, ¿tú crees que hay posibilidades de que pueda quedarse en segundo de carrera? —le preguntó Giulia entornando la mirada.

Laura se mordió el labio mientras sentía que la angustia comenzaba a apoderarse de su pecho, y que una ola de tristeza asomaba a sus ojos.

—No lo sé —Se limitó a decir sin ninguna gana, como si diera por hecho que él se marcharía y no volvería. Que le quedaría un bonito recuerdo de su primer año en la facultad, nada más. Aunque se aferraba a la esperanza de que a última hora, en el último momento pudiera sorprenderla una vez más—. Se lo comenté cuando estuvimos en Siena. Le dije que me gustaría volver allí por mi cumpleaños y disfrutar de las fiestas y de la carrera del Palio —dijo recordando ese momento, su mirada, sus palabras, y lo mal que se le da mentir.

—¿Y qué te dijo? —le preguntó Viola en un tono de voz baja, lenta, pausada, como si tuviera miedo en cierto modo a hacerle la pregunta porque intuía la respuesta que les daría.

—Que no podía prometerme nada por ahora —respondió con un susurro mientras sentía que su interior se encogía.

Las cuatro amigas miraron a Laura y cada una de ellas expresó con gestos su sensación, aunque todas coincidían en la misma.

—Bueno, en cierto modo tiene razón —comentó Viola captando la atención de las demás—. Creo que debería decidirse cuanto antes ya que falta poco para los exámenes finales. Pero no te preocupes, pueden pasar muchas cosas y verás cómo al final se os arregla —le aseguró posando su mano en el hombro de Laura.

Laura inspiró hondo queriendo creer que podía ser cierto y que si había una posibilidad por muy pequeña que fuera, ella la aprovecharía.

—Si tiene que acabarse se acabará, no puedo hacer nada. Pero por ahora no pienso preocuparme. Decía mi abuela que hay que preocuparse cuando el problema llega, nunca antes de que lo haga porque puede suceder que nunca llegue.

—Sabías palabras —apuntó Paola.

—Bueno vamos a dejar mi situación y venga contarme cotilleos. ¿Qué ha pasado entre Carlo y tú? —Le preguntó a Viola quien puso sus ojos en blanco al escucharla pronunciar ese nombre—. ¿Tan mal están las cosas?

—No, no es eso. He perdido la cuenta de las veces que se ha disculpado.

—Bueno algo es algo, chica. No te puedes quejar —le dijo Paola cogiendo varias patatas fritas.

—Si no digo que no sea malo, pero se ha vuelto algo empalagoso. Y yo sólo pido que se comporte de manera normal.

—Tiene miedo de perderte —apuntó Laura recordando su conversación en el hotel—, y por eso se comporta de esta manera. Tal vez pretenda demostrarte que lo sucedido en tu casa fue un error.

—¡Fue una estupidez! —exclamó Viola pasando su mirada por las cuatro amigas.

—Estaba celoso —señaló Stella.

—Pero... ¿por qué? No estaba haciendo nada. ¿Por qué tuvo que comportarse de esa manera?

—Bueno a decir verdad tú tampoco hiciste nada por acercarte a él —le recordó Laura quien había estado gran parte de esa noche con ella.

—Y no sólo eso sino que te pusiste a bailar con otro tío delante de él —le dijo Paola mirándola como si fuera culpable.

—Fue él quien se acercó a mí, no lo olvides —le aclaró con cierto enfado porque pensaran que había sido ella la que había provocado la situación.

—Está bien, está bien. Calma chicas —intervino Giulia tratando de poner paz—. Lo sucedido ya no se puede cambiar. Lo que tienes que hacer es hablar con él, decirle lo que te gusta y lo que no de él. De su comportamiento.

—De todas maneras si Carlo es celoso, es complicado que logre cambiarlo —apuntó Stella antes de coger palomitas.

—Si de verdad Carlo te gusta, creo que deberías hablarlo con él e intentar arreglarlo por todos los medios —le aconsejó Laura.

—Pues claro que me gusta. Me gusta demasiado —les dijo esbozando una sonrisa irónica al pensar en él.

—Yo creo que en el fondo él también está pillado por ti, sino no hubiera actuado como lo hizo —dijo Stella.

—Su comportamiento fue de crío, por favor —insistió Viola mirando a Stella como si hubiera dicho una estupidez.

—En cualquier caso es bonito que saquen la cara por ti, ¿no creéis? Mira Marcos —dijo mirando a Laura, quien parpadeó repetidas veces al escuchar su nombre—. Ha estado a su lado en todo momento protegiéndola, dispuesto a todo, incluso a sacrificarse por ella.

—Pero Marcos no es celoso, ¿no? —apuntó Viola desviando su mirada hacia Laura.

—De momento no me ha dado motivos de ello —le respondió sin saber exactamente la respuesta. Entrecerró los ojos pensando en esa posibilidad, pero no había tenido oportunidad de saberlo. Aunque por su forma de ser no le parecía que lo fuera.

—Pues entonces no hay más que decir. Por cierto Stella, dinos que tal con Silvio —preguntó Viola mirando al resto de las amigas, que se quedaron con la boca abierta—. Os fuisteis de mi casa con Carlo, pero y después... ¿qué sucedió?

Stella abrió los ojos hasta su máxima expresión mirándolas como si no supieran de qué hablaban.

—¿Qué pensáis que sucedió? —les preguntó encogiéndose de hombros.

—Tú sabrás —señaló Paola.

—Pues nada, lo normal —les dijo como si no le diera la menor importancia a este hecho.

—Ya, pero, ¿qué es para ti lo normal? —insistió Viola deseosa de saber qué había sucedido.

—Estuvimos bailando, tomando algo en los sitios de moda, dejamos a Carlo en casa y me acompañó a la mía —les resumió como si fuera algo de lo más normal mientras las cuatro la miraban expectantes sin mover un solo músculo, ni hacer el más mínimo gesto—. Pues nada que... nos enrollamos. Ya está. ¿Contentas?

Las cuatro dieron un pequeño grito y saltaron sobre el sofá mientras miraban a Stella como si hubiera ganado algún premio.

—¿Qué os pasa? ¿A qué viene este griterío? —les preguntó contemplándolas como si hubiera dicho que se iba a casar.

—¿Con Silvio? ¿Te has liado con Silvio? —le preguntó Paola mirándola sin poder creerse que fuera cierto lo que Stella contaba y ésta asentía sin comprender a qué venía ese escándalo.

—¿Y entonces, estáis juntos? —le preguntó Viola sin poder contener la emoción de querer saber más.

—Hemos quedado, pero a ver, que no me ha pedido que salgamos formalmente. ¡Coño, tías, que tengo dieciocho años, no me apetece atarme a un chico! —les

dejó claro provocando un silencio mientras se miraban entre ellas—. Además, esto ha surgido de repente, no es algo como lo de Laura y Marcos que todos veíamos que había algo entre ellos.

—Sí, eso es cierto —apunto Giulia—. Todos lo veíamos venir.

—¿Qué veáis? —les preguntó Laura mirándolas con interés en lo que tuvieran que decir.

—Pues que entre vosotros dos había *feeling*. No es que a ti te gustara y fueras tras de él; a Marcos se le notaba. La de veces que lo he pillado mirándote, buscándote por la facultad o por la biblioteca. Si se le caía la baba cuando te veía, no me digas que tú no te dabas cuenta Laura —le comentó Viola mirándola asombrada porque dijera o pensara eso.

—Ella no se daba cuenta porque estaba igual de atontada con Marcos como él con ella —apuntó Stella provocando las carcajadas de las cinco amigas.

—Bueno, entonces Silvio y tú ¿no vais en serio? —le preguntó Giulia provocando en Stella un gesto de cansancio por repetirle el tema.

—¡Que nooooo! Que sólo nos hemos enrollado, nada más. Ni que fuera a casarme con él. Me gustó en ese momento y punto.

—Pero, ¿volverías a repetir? —le preguntó Laura con picardía.

Stella se quedó callada con una galletita salada a medio camino de su boca, mirando a Laura, como si hubiera dicho algo en un idioma que no entendía.

—Que nos hayamos enrollado una vez no significa que vayamos a repetir. O sí, no lo sé. Dependerá de la situación. Pero te repito que no voy a pillarme por él, ni se me pasa por la cabeza atarme. No estoy tan loca como tú.

Todas se quedaron en silencio mirando a Laura por ver qué tenía que decir. ¿En verdad era una locura lo que había hecho con Marcos? No creía que pasar buenos ratos con él fuera una locura, ni una estupidez.

—No creo que lo sea. Nos estamos divirtiendo juntos y no pensamos en el futuro.

—Ya, pero habéis cruzado una línea y tú sabes cuál —le dijo Viola—. Y nos has dicho que le has pedido que esté por tu cumpleaños para ir a Siena a ver el Palio. ¿Me vas a decir que no estás haciendo planes a largo plazo con él? ¿Que no estás pensando en que pueda haber algo más que una mera diversión, Laura? —le preguntó adoptando un tono irónico mientras sonreía y arqueaba sus cejas con expectación.

Laura se quedó en silencio ante la rotundidad de las palabras de Viola y las miradas de sus amigas. Tal vez tuviera razón y que ella estuviera planeando cosas que significaban algo más que una mera diversión.

—¿Cómo va todo? —preguntó Marcos al entrar en el piso que compartía con Silvio y Carlo. Los encontró a ambos tirados en el sofá mirando la televisión.

—Oye, tío, ¿cuándo has vuelto? —le preguntó Carlo saltando del sofá para abrazarlo, mientras Silvio se volvía y no creía que fuera Marcos quien hubiera entrado—. ¿Todo bien? ¿No estás herido? ¿Y Laura?

—Todo está en orden —les aseguró mirando a ambos mientras se apoyaba en el sofá—. Laura no tendrá de qué preocuparse más.

—¿Y eso? —preguntó Silvio frunciendo el ceño contrariado—. ¿Han pillado a esos capullos?

—Sí. Su padre lo ha solucionado.

—Es una familia con suficientes recursos para hacerlo —apuntó Carlo como si fuera un entendido de los negocios de la familia Tespi.

—Bueno y de lo demás qué nos dices, ¿qué tal con Laurita? —le preguntó mientras trazaba su silueta en el aire.

—Eh, que quede claro que no estoy con Laura sólo por sexo, como insinúas, que quede claro —dijo mirando a ambos compañeros—. Estoy porque me gusta su compañía, porque me divierte con ella.

—No tío, no estás sólo por su compañía, ni por muy bien que te caiga o porque te lo pasas bien con ella —comenzó diciéndole dejándolo sorprendido— estás con Laura porque sientes algo muy fuerte ahí dentro —le dijo señalando su lado izquierdo.

—Sí Marcos. Carlo tiene razón. Uno no se la juega por una chica así como lo has hecho tú si no tiene una razón muy fuerte para hacerlo —apuntó Silvio mirando a Marcos con gesto serio.

—Y deberías plantearte en serio que vas a hacer a partir de ahora —le dijo Carlo mirándolo seriamente.

—¿A qué te refieres? —le preguntó sorprendido por el cambio que veía en él

—Marcos, te recuerdo que estás en Bolonia gracias una beca, ¿qué pasará cuando se acabe? —le preguntó con gesto de preocupación en su mirada.

—Eso es algo que todavía no he decidido. No es el momento para pensar en ello, no ahora que todo lo de Laura se ha arreglado —le respondió sacudiendo la cabeza—. Pero, venga, contadme, ¿qué habéis hecho durante mi ausencia, eh?

Ambos se miraron sin saber cuál de los dos iba a empezar a contarle lo que había sucedido en los días que se había ido.

—Vale, vale, calma chicos. De uno en uno si no os importa —les dijo con sorna al ver que ninguno abría la boca.

—Aquí Silvio, que se ha enrollado con Stella —dijo de repente Carlo a Marcos como si no se lo hubiera dicho aquella mañana en el hotel de Bolonia, y señalándolo con su mano a Silvio.

—¡Serás capullo! —Le soltó Silvio molesto porque lo hubiera dicho—. Y él está en plan baboso con Viola. Viola esto, Viola lo otro.

—Yo no voy así detrás de Viola. No babeo —le rebatió Carlo cabreado porque las palabras de Silvio.

—Vale, vale chicos. Haya paz. Vayamos por partes. ¿Cuándo te has liado con Stella? ¿No era Paola la que te gustaba? —le preguntó Marcos confundido por este hecho y fingiendo que no lo sabía.

—Sí, bueno, pero aproveché la ocasión con Stella —les dijo mientras lo miraban sin entenderlo—. Tíos estaba allí, delante de mí, algo contentilla igual que yo... y surgió la cosa.

Marcos sacudió la cabeza sin entender nada.

—Pero, ¿y Paola?

—Paola también me gusta, pero ahora está Stella.

—*Pufff*, cambias una por otra así de buenas a primeras —apuntó Carlo resoplando—. Si ya decía yo que apuntabas muy alto.

—Aún puedo conseguir a Paola —le rebatió todo serio mientras se incorporaba del sofá.

—No lo dudo, pero después de haberte liado con Stella... déjame decirte que perdiste tu oportunidad si alguna vez la tuviste —le dijo alzando las manos con las palmas abiertas mientras Silvio no comprendía a qué se estaba refiriendo.

—¿Por qué? No veo por qué no puedo ligarme a Paola a pesar de haber estado con Stella.

—Si Paola hubiera tenido algún interés en ti, cosa que dudo, ahora después de saber que tú te has liado con Stella, ¡zas! Esa posibilidad ha desaparecido. Tú elegiste.

—Si sentía por mí algo me lo podría haber dicho ¿no?

—Seguro —bromeó Carlo.

—Tal vez debiste haber ido tú, te lo dijimos —apuntó Marcos—. Bueno pero si estás bien con Stella... —dijo mirando a Carlo buscando su aprobación—. Y qué pensáis hacer, ¿seguir viéndoos?

Silvio se encogió de hombros sin saber qué responder.

—Hasta ahora no hemos hablado nada de nada. No sé qué hacer, ni que quiere ella.

—Pues tío, deberías saber que espera ella de esto. No sé, vamos, si os vais a convertir en *follamigos* o vais a salir como una pareja. O se acaba, sólo fue un rollo de una noche y ya está —le dijo Carlo buscando la aprobación de Marcos, quien asintió a cada palabra de éste.

—No lo sé. Sólo quiero divertirme. No quiero atarme como tú a Viola o como tú a Laura —les dijo mirándolos fijamente.

—Entonces deberías igualmente decirselo. Aunque yo creo que Stella no es de las que quiere una relación. La veo más de no ser de las que repiten menú —le dijo arqueando sus cejas.

Se quedaron en silencio unos segundos mientras parecían asimilar esta información.

—Y tú con Viola, ¿habéis arreglado lo vuestro? —le preguntó Marcos mirándolo detenidamente.

—Lo intento tío. Créeme que lo intento, pero la situación es chunga, porque parece que ella no está muy dispuesta. Estoy pendiente de ella en todo momento, he perdido la cuenta de las veces que le he pedido disculpas, yo ya no sé qué hacer —le confesó con un tono de desesperación en su voz.

—Tal vez se sienta agobiada.

—Pero Marcos, ¿no quieren que estemos pendientes de ellas? —le preguntó confundido mientras lo miraba como si él fuera su salvación.

—Sí, pero no tienes que agobiarla. Déjale su propio espacio. Además, ella cree que es fruto de tus celos.

—Pero es que...

—Eres celoso Carlo por eso la montaste en su casa —le comentó Marcos con seguridad.

—Tú la viste colega, ¿estaba bailando con otro o no? —le preguntó mientras sentía su pulso acelerarse con sólo pensar en la escena.

—Estaban bailando todos, pero nada te indicaba que él estuviera con Viola. También estaba Laura y yo no me cabré con ella. Te pasaste de la raya. Vistes cosas donde no las había.

Carlo se quedó en silencio meditando estas palabras aunque no parecía dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Pero, ¿por qué no me lo dijo? —le preguntó confuso.

—No le diste tiempo —dijo Silvio interviniendo en la conversación—. Te metiste con el pavo aquel sin dejar que Viola se explicara.

—Pero, si estaba claro... —dijo con un tono que quería expresar la seguridad de lo que decía.

—Déjalo Silvio, Carlo no entrará en razón. Tienes un problema amigo, y es que no confías en Viola. Así la perderás —le dijo mirándolo seriamente mientras Carlo apretaba sus mandíbulas y sus puños enfurecido por esta situación—. Voy a pegarme una ducha. Estoy molido.

—No me extraña amigo —le rebatió Carlo sonriendo con ironía—. Nos alegramos por tu y por ella. Que todo se hay solucionado —le aclaró ahora más serio mientras lo abrazaba.

—Lo sé. Pero no te pongas tan sentimental conmigo. Déjalo para Viola —le pidió entre risas mientras le golpeaba en el hombro.

—Sí, más no puede hacer.

—Por cierto, tendréis que ponerme al día con las clases.

—Pensábamos que sería Laura quien te daría clases —sugirió Silvio—. Pero ahora que lo pienso no puede porque se ha pirado contigo estaos días. Pues tendrás que aguantar al Carlo.

—Qué remedio —dijo éste encogiéndose de hombros.

—No hay problema —le aseguró desapareciendo hacia el baño mientras se daba cuenta de la amistad que se había creado entre los tres. De cómo su vida y su mundo habían cambiado desde el día que llegó a Bolonia y de cómo en ese momento le hará muy difícil cambiarlo. Su amistad con sus compañeros de piso, con las compañeras de Facultad, y su relación especial con Laura. Todo ello junto sin duda que inclinaba la balanza hacia un solo lado.

Junio, fin de curso

—¿Has visto las notas? Las han puesto en el tablón de anuncios del Departamento —dijo Viola mientras salían de su clase y caminaban por el pasillo.

—Sí, las he visto. He aprobado todo —dijo Paola con un grito de felicidad mientras guiñaba un ojo y agitaba su brazo arriba y abajo—. ¿Y vosotras?

—*Puff*, yo tendré que empollar este verano —comentó Stella con desgana.

—Pues ya somos dos, cariño —dijo Giulia—. Y encima hacer dos trabajos —concluyó mientras hacía una mueca de desagrado total.

—¿Y tú Laura? —le preguntó Viola.

—Aún no he ido. Me pasaré ahora —le dijo sin ningún tipo de emoción en su voz. Sabía lo que eso significaba.

—¿No te ha dicho nada todavía? —Le preguntó mientras Laura sacudía su cabeza en sentido negativo—. Eso es porque no lo sabe.

—Pues debería, porque esta espera me está matando, chicas —les confesó agobiada por aquella situación.

—Ten paciencia —le dijo mientras le pasaba su mano por el brazo tratando de consolarla, y las demás la rodeaban.

—No me queda otra —dijo resignada—. Por cierto, ahí viene tu chico.

Se volvieron para ver a Carlo caminando hacia ellas.

—Parece que las cosas van mejor, ¿no? —le dijo Laura.

—Hemos decidido empezar desde cero. Como si no nos conociéramos, y bueno... parece que de momento la cosa funciona —les dijo con un toque de emoción en su voz.

—Por cierto ahí tienes a Marcos. A lo mejor te dice algo. Suerte —le dijo Paola mientras se separaban de ella.

—Nos vemos luego —le dijo Viola marchando con Carlo quien parecía otro las últimas semanas. Había conseguido dominar sus celos y eso lo agradecía Viola.

—Chicas os dejo, he quedado —les dijo de repente Stella dejándolas con la boca abierta—. Luego os llamo.

—Oye, ¿tú sabes con quien ha quedado Stella? —le preguntaron a la vez a Carlo, quien se sintió intimidado por unos instantes.

—¿Con quién va a ser? —les preguntó sorprendido—. Con Silvio.

Las tres se quedaron boquiabiertas cuando Carlo pronunció ese nombre. Se miraron entre ellas y rompieron a reír de alegría mientras chocaban sus manos ante la perleja mirada de Carlo, quien no comprendía nada.

Marcos se acercó hasta Laura. Estaba preciosa con aquel vestido de tirantes en color malva que se ajustaba a su cuerpo resaltando su figura. Se había recogido el pelo pero sendos mechones le caían a ambos lados enmarcando su rostro y dejando al descubierto su cuello. Sus ojos chispeaban y casi podría ver los nubarrones que los cubrían. Una imagen tentadora para cualquier mortal.

Sentía que aquella muchacha le había robado algo más que el sueño. Y que no estaba dispuesta a devolvérselo. Su imagen ocupaba todo el pasillo. No veía a nadie más que a ella. Sintió deseos de salir corriendo y rodearla por la cintura, besarla hasta la eternidad. Nunca pudo imaginar que llegara a sentirse de aquella manera, ya que pensaba que ese sentimiento sólo existía en las novelas y no en la vida real.

Laura lo vio caminar hacia ella con su aspecto desaliñado. Vaqueros desgastados, zapatillas de deporte, camisa de manga corta por fuera del pantalón y abierta dejando ver una camiseta negra. Su pelo despeinado como de costumbre y ese gesto tímido en su rostro que la volvía loca. Poco a poco se quedaron solos en el pasillo. Sin esperar nada a cambio, Laura lo agarró por la camisa y lo atrajo hacia sus labios.

Cerró los ojos para sentir con mayor intensidad el contacto mientras situaba su otra mano en su nuca y lo obligaba a permanecer allí. Besándola como si no quisiera que se separara para no saber la verdad de lo que sucedería con ellos. Pero entonces la necesidad de saberlo pudo más y se apartó de él mientras atrapaba sus labios humedeciéndolos y sintiéndolos. Marcos correspondió a su beso con ternura, de manera lenta, perezosa y sin prisas. Apoyó su frente en la de Laura y sonrió mientras ella se mordía su labio.

—¿Has visto las notas? —le preguntó en un susurro.

Laura negó moviendo su cabeza.

—No tengo ganas.

—Y si te dijera que has aprobado todo.

Sonrió tímidamente pero sin parecerle nada importante. Eso no era lo que más le preocupaba precisamente ahora.

—No me importa. ¿Y tú? —le preguntó en un susurro mientras apoyaba su frente contra la de él y cerraba los ojos.

—Bueno... —carraspeó antes de responderle—. Yo también lo he aprobado todo.

Laura se abrazó a él con fuerza mientras el esfuerzo por contener las lágrimas ya no le importaba. Marcos se alejaba de ella definitivamente. «*Si al menos hubiera suspendido alguna, tal vez pudiera quedarse*» pensó burlándose de su propio pensamiento. Qué tonta había sido al enamorarse finalmente de él sabiendo que al final se acabaría marchando. Pero no había podido evitarlo, no había conseguido retener a su corazón. ¿Quién era ella para prohibirle nada cuando estaba empezando a sentir lo que era el cariño de alguien por primera vez?

—Me alegro —le susurró mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Gracias. ¿Sabes lo que eso significa?

Laura sintió una especie de ruptura cuando escuchó esas palabras. No estaba preparada para ello pese a que en su interior se había dicho mil veces que sí. Que no pasaría nada si él se marchaba.

—Significa que te marchas —le dijo levantando su rostro hacia él con los ojos vidriosos.

—¿Quién ha hablado de marcharme? —Le preguntó sacudiendo la cabeza mientras ella lo contemplaba con el corazón latiendo a mil en su pecho—. No, no me marchó Laura —le confesó provocando en ella una sensación de parálisis. Se quedó clavada en el sitio, incapaz si quiera de parpadear ante lo que acababa de escuchar, ni siquiera pudo articular una sola palabra—. El año que viene estudiaremos juntos.

Laura quería decirle algo, pero las palabras no acudían a su garganta. Ningún sonido salió por ella.

—He decidido que mi sitio está aquí. Entre estas cuatro paredes —dijo abriendo los brazos para abarcar el pasillo de la facultad—. Y junto a ti y a esa pandilla de locos que acaba de salir por la puerta.

Laura no controló sus ansias y se abrazó a él con todas sus fuerzas para no dejarlo marchar.

—Laura... no hace falta que... que me abras tan fuerte... No

—Podrías desaparecer —le dijo sintiendo el temor de que se marchara.

—No pienso irme, ya te lo he dicho. Me quedo estudiando en Bolonia.

—Pero... ¿Cómo...? ¿Y la Beca? ¿Y tu familia?

—No debes preocuparte por nada.

Laura se quedó con la boca abierta sin saber qué más podía decir. Porque en verdad todo estaba dicho.

—Pero, ¿cuándo lo has decidido? ¿Y por qué no me has dicho nada hasta ahora? —le preguntó mirándolo extrañada porque hubiera esperado a última hora—. He pasado dos semanas terribles pensando si te quedarías o al final te marcharías.

—No te lo dije antes porque quería estar seguro por completo de ello.

—Y ahora lo estás, ¿verdad? Esto no es un sueño, ¿no? Pero si lo es, te pido que no me despiertes, porque si es el caso prefiero seguir soñando.

—No es un sueño, Laura —le repitió enmarcando su rostro entre sus manos para mirarla fijamente. Pasó sus pulgares por sus mejillas borrando los trazos de sus lágrimas y se empapó en su sonrisa, se reflejó en su mirada—. No sé cómo lo has hecho pero al final sólo podía pensar en ti. No podía concentrarme en los exámenes, no he dormido apenas. Sólo sabía que quería quedarme.

Se inclinó sobre sus labios para besarlos de nuevo mientras Laura esbozaba una sonrisa de felicidad.

—Si no te estás quieta no podré besarte —le dijo en sus propios labios mientras ella seguía riendo arrojando sus temores y sus miedos fuera de ella—. Y ahora es lo que más me apetece hacer.

Epílogo

Siena, Agosto, Fiesta del Palio

Una multitud de personas abarrotaba las calles de Siena en ese día tan importante para la ciudad. Era el día en el que se celebraba el famoso Palio. La Plaza del Campo había sido acondicionada para tal evento. La gente permanecía expectante a que comenzara el desfile o *corteo* de los miembros de las *contradas* o barrios. Éstos habían sido engalanados con todo tipo de banderas, insignias, blasones y demás adornos para la ocasión.

Entre toda esa gente dos personas permanecían expectantes a que dé comienzo el desfile de los abanderados, palafreneros, trompeteros amén de los demás personajes que recuerdan los pasados gobiernos de la ciudad. De todos ellos destaca la hermosura, la vivacidad de los colores, las comparsas de los diecisiete barrios. Laura y Marcos estaban en lo alto de las escaleras que desembocan en la plaza. Ella no podía creer que estén allí de verdad, en Siena, disfrutando de la fiesta del Palio en compañía de Marcos.

Por un instante recordó como en ese mismo lugar meses atrás ella le pidió que volviera con ella a Siena para ver el Palio, y él se lo prometió. Nunca pudo imaginar que su petición se convirtiera en algo real, es más siempre creyó que Marco se lo había dicho porque ella misma se lo pidió en ese momento. Pero ahora... ¡Sí! Estaba allí disfrutando de su compañía viendo la carrera de caballos más conocida de Italia. Sus manos permanecían entrelazadas en todo momento. Sus cuerpos rozándose pese a la multitud de personas que los rodean.

Marcos sonreía feliz porque había logrado cumplir su promesa, sabía que hoy era sin duda uno de los días más felices para Laura. Ahora la contemplaba en silencio, pensando en cómo había conseguido transformar su vida, hasta el punto de quedarse en Bolonia estudiando Arte con ella. Todo gracias a su padre Alfredo.

Laura volvió su rostro en ese momento para darse cuenta que Marcos la estaba mirando, como embelesado, como si nunca antes la hubiera visto. Entonces se soltó de su mano para pasarle los brazos por el cuello y se quedó mirándolo fijamente sonriendo antes de pronunciar una sola palabra:

—Gracias.

—¿Puedo saber por qué las merezco? —le preguntó Marcos mientras la rodeaba por su cintura y seguía mirándola como si fuera ella la única chica que había allí.

—Por cumplir tú promesa. Por regalarme este día —le susurró mientras lo besaba—No lo olvidaré jamás.

El griterío era ensordecedor en esos momentos. La algarabía, el júbilo de la gente se intensificó cuando dio comienzo el juego de la bandera.

—Vas a perderte la parte más espectacular —le comentó Marcos sintiendo aún sus labios cerca de los suyos, su aliento, su calidez.

Laura sonreía como una niña traviesa al tiempo que daba la espalda a Marcos, y éste la rodeaba por la cintura. Laura aprovechó para dejar que su cabeza se apoyara contra el pecho de él y sentirse así más cómoda, más segura, más protegida. ¿Dónde podía encontrarse ella más segura si no es entre sus brazos?

En ese momento los distintos abanderados de los diecisiete barrios comenzaban su exhibición con sus respectivas banderas. Se exhibían en una serie de lanzamientos y fantasmagóricas figuraciones y acrobacias que hacían las delicias de los asistentes por su colorido, su majestuosidad y su rica fantasía.

Marcos no pudo resistir más y se inclinó para besarla en el cuello mientras Laura sonreía llena de alegría. Cerró los ojos unos segundos y se apretó contra Marcos para sentir su abrazo, para intensificar la sensación que le producían sus besos, sus cabellos revueltos sobre su mejilla. En ese momento parecía olvidarse del Palio, del mundo entero pensando sólo que estaba con el chico que le gustaba.

La gente chillaba, aplaudía con fervor cuando los caballos aparecieron en la Plaza del Campo para disputar la carrera.

—Pero no hay tantos caballos como barrios, ¿no? —le preguntó Marcos confundido al contarlos y ver que sólo hay diez caballos con sus respectivos jinetes.

—Sólo corren diez porque se sortean y al ganador se le entrega el Pallium, el Palio que es el estandarte de la Virgen.

—¿Y el jinete y el caballo?

—Reciben los honores propios por haber ganado la carrera.

—Mira va a comenzar —le dijo señalando con su mano hacia los jinetes y sus monturas que se alinean para la salida.

La expectación era máxima cuando se dio la salida y los caballos arrancaron por la resbaladiza Plaza del Campo, a la que previamente se había echado arena. Algunos jinetes caen, ya que montaban sin ningún tipo silla, y era habitual ver llegar a la meta a algún caballo solo. Laura contemplaba el espectáculo que desde niña había deseado ver con sus propios ojos llena de alegría mientras se llevaba las manos a la boca. Y entonces se dio cuenta de algo en lo que no había vuelto a pensar. Se quedó callada, inmóvil, mientras su corazón se aceleraba por ese descubrimiento.

Era noche cerrada en Siena cuando Laura y Marcos salían a la terraza del hotel Athena, el mismo en el estuvieron meses atrás. Se encontraban relajados mientras la algarabía continuaba en las calles. Hacía calor, eran fiestas y la gente quería divertirse. Laura estaba apoyada sobre el alfeizar de la terraza del hotel con la mirada fija en el cielo. Marcos a su lado la contemplaba en silencio.

—Dime, ¿qué contemplas con tanto interés? —le preguntó intentando captar su atención.

Laura dibujó una sonrisa en sus labios sin apartar su mirada del cielo.

—¿Por qué viniste a Italia? —le preguntó de repente volviéndose hacia él con una mirada llena de curiosidad, que sorprendió a Marcos. Intentó centrarse en la respuesta pero el vestido de color verde de Laura con un pronunciado escote no conseguía que lo hiciera. Se había recogido el pelo dejando varios mechones sueltos, como de costumbre, que le recordarán siempre al día en que todo empezó. Ella se acercó despacio a él marcando cada paso, captando toda su atención, siendo malvada, seduciéndolo, tentándolo.

Marcos se quedó pensativo durante unos segundos mientras inspiraba hondo. Fijó su mirada en ella de manera intensa mientras esgrimía una media sonrisa tímida. Era el momento de contarle la verdad. Laura lo miró intrigada por su cambio de actitud, ¿qué le sucedía? ¿Qué había dicho?

—Hay algo que deberías saber. Algo que me está comiendo por dentro desde hace días, semanas...—comenzó diciendo mientras bajaba la mirada sin saber por dónde empezar.

—¿Qué sucede? —le preguntó entornando su mirada alarmada por lo que tuviera que confesarle, mientras sentía su corazón galopar como un caballo salvaje. Un sudor frío recorrió su espalda. Le había prometido que se quedaría con ella. Y estaban en Siena durante las fiestas del Palio. ¿Qué podría romper aquel

hechizo?

—Recuerdas cuando estuvimos en Florencia —comenzó diciéndole mientras ella entrecerraba sus ojos pensando en lo sucedido aquel día—. Cuando me preguntaste por mi manera de comportarme y yo te dije que era... tu guardaespaldas...

Laura no quiso creerlo entonces porque pensaba que le estaba tomando el pelo. Pero en ese instante algo en su mirada, en su voz y en el semblante de su rostro le expresaban lo contrario. Quiso decirle algo pero las palabras se ahogaron en su garganta. Se llevó la mano a la boca en un claro gesto de sorpresa. ¿Era cierto? ¿No le había gastado ninguna broma?

—Vine para protegerte —le respondió humedeciéndose los labios de manera inquieta, nerviosa, pero esperando la reacción de ella. Esperando que le cruzara la cara con su mano, que lo arrojara de allí, que le pidiera que se marchara.

Laura sonrió mientras movía la cabeza en sentido negativo, lo cual alertó a Marcos. Se quedó clavado en su sitio mientras la gente en el comedor del restaurante permanecía ajena a aquella escena.

—Sabía que había algo extraño en la manera de comportarte —comenzó diciéndole con un tono suave y melodioso de voz que intrigaba a Marcos todavía más—. Siempre lo sospeché, pero no que fueras...—se quedó en silencio observándolo—. ¿Fue idea de mi padre? —le preguntó arqueando su ceja derecha con toda intención mientras Marcos asentía—. Sabía que haría algo así. Que no se quedaría tranquilo. Dime, ¿me protegías porque era tu trabajo o porque en realidad sentías algo por mí? Y quiero que me digas la verdad, porque en seguida sabré si me mientes —le dijo mirándolo intrigada, expectante.

—Te protegía porque era mi deber, hasta que sentí que todo había cambiado. Fue el día en que salimos del restaurante. Por primera vez tuve miedo real por ti. Pero no porque tu padre me hubiera contratado, sino porque en realidad temí perderte.

Laura lo miró y sonrió tímidamente. ¿Qué haría en esos momentos? Su padre le había ocultado la verdadera identidad de Marcos; aunque si lo hubiera hecho ella se habría negado en rotundo. La conocía demasiado bien. Y seguro que su madre también estaba metida en ello.

—Entenderé que quieras que me marche. Que no quieras volver a verme y que ahora mismo estés cabreada, dolida,...

Laura posó su dedo sobre sus labios silenciándolo al tiempo que sacudía su cabeza.

—Si he de estarlo no es contigo, sino con mi padre. Pero eso es otro tema que ya trataré en su momento. Dime, ¿cómo puedo pedirte que te marches? ¿Cómo puedo renunciar a mi propia felicidad? —Sentía sus piernas rozarle las suyas, su aroma envolverlo de manera peligrosa, su mirada brillante sobre él, sus labios entreabiertos, el pulso latiéndole acelerado en su cuello. Todas aquellas sensaciones le decían la verdad. No podía dejarlo ir, no después de haberla hecho sentir todo aquello. Sería una estúpida si renunciara a su propia felicidad porque su padre se lo hubiera ocultado—. Dime, ¿por qué no me lo dijiste antes? —quiso saber mientras entornaba su mirada hacia Marcos con una expresión de curiosidad.

—Tu padre y yo quedamos que sería mejor que no lo supieras. De lo contrario te negarías a tener protección en la Facultad.

—¿Alguien más sabe quién eres en realidad?

—No, sólo tú.

Laura sonrió levemente mientras en su cabeza se agolpaban recuerdos de los momentos vividos junto a Marcos. Como había estado junto a ella en todo momento, arriesgando su propia vida aunque ahora entendía mejor el porqué.

—Dime, ¿cuál era tu pago por hacer bien tu trabajo?

—No le he pedido nada a tu padre —Su respuesta la sorprendió. ¿Nada? ¿Acaso su padre no le había ofrecido algo a cambio de su trabajo? Lo miró con el ceño fruncido por esa respuesta—. Creo que nada podría equipararse al valor que tiene tu compañía.

Laura sonrió agradecida mientras en su interior se agitaba por la emoción del momento. Entonces se acercó más a él, hasta que sus mejillas se rozaron levemente y entonces le susurró en su oído:

—No me importa quien seas. Sólo sé que tenías que venir.

Marcos respiró aliviado cuando la escuchó decirlo. Cerró los ojos por unos instantes en lo que controlaba su respiración y soltó todo el aire acumulado en su interior. Sonrió burlón sabiendo que todo había pasado. Ahora miraba a Laura intrigado, pero divertido y por qué no decirlo a estas alturas, enamorado.

—¿Quién te lo ha dicho? —le preguntó mientras entornaba su mirada.

Laura sonrió y volvió su rostro para dejar su mirada suspendida en lo alto de un cielo estrellado.

—¿Recuerdas que una vez te dije que el destino está escrito en las estrellas?

—Claro. Y me respondiste que el tuyo no estaba aún escrito —le recordó mirándola intrigado. Laura sonrió de nuevo al tiempo que asentía con un gesto risueño en su rostro. Con sus ojos vidriosos fruto de la emoción que la envolvía.

—Ahora si puedo leerlo.

—¿Y qué... qué te dice? —le preguntó balbuceando intrigado Marcos por este juego.

—Que mi destino eres tú.

Marcos la contempló sin dar crédito a sus palabras. Una sonrisa se perfiló en su rostro cuando se dio cuenta que estaba tan atrapado por el momento, y por lo que sentía por Laura que no podía negar lo que acaba de confesarle. La rodeó por la cintura atrayéndola hacia él para verse reflejado en sus ojos, perderse en sus caricias y sumergirse en sus labios una vez más mientras las estrellas relampagueaban fundiéndose con los fuegos artificiales que inundan el cielo de Siena.

Agradecimientos

En primer lugar agradecer a Red Apple ediciones por su interés en esta historia. A Tara y Cristina por el trato recibido en todo momento. Gracias chicas sois geniales.

En segundo lugar pero no menos importante, quiero hacer una mención especial a Shia Weschler por el diseño de la portada, del banner y demás. Muchacha, eres una crack :)

A ti lector por acercarte a la historia de Marco y Laura. Espero que disfrutes recorriendo las ciudades de la Toscana de la mano de ellos dos, aunque sea de una manera precipitada. Que te emociones con su romántica historia y que encuentres tu destino escrito en las estrellas.

A Maribel, por tenerla leyendo esta historia a todas horas hasta que quedara perfecta. Tú, eres mi destino

Biografía



Enrique García (Salamanca, 1974) Doctor en Filología Inglesa especializado en la obra de Walter Scott lo que me llevó hasta Escocia para realizar mi investigación. Comencé mi carrera como escritor de novela romántica histórica en el año 2008 y desde entonces no lo he dejado. Durante años la compaginé con mi trabajo en el campo de los idiomas (profesor, traductor e intérprete) Desde el año 2012 me dedico a escribir novelas románticas con mi nombre o firmadas bajo diferentes seudónimos para diversas editoriales.

Mi blog: El coleccionista de relatos <http://relatoskike.blogspot.com.es/>

Tú, eres mi destino

Enrique García Díaz ©2015



www.redappleediciones.com

Síguenos en las redes sociales

[Facebook](#) · [Twitter](#) · [Instagram](#)